HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO VII

POLIMNIA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 82



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por BEATRIZ CABELLO ÁLVAREZ.

Depósito Legal: M. 12247-1985.

ISBN 84-249-0994-1.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5822.

LIBRO SÉPTIMO

POLIMNIA

SINOPSIS

Segunda Guerra Médica: preparativos persas. La invasión (1-131).

Darío decide organizar una nueva expedición contra Grecia (1).
Jerjes es designado sucesor (2-3).
Muerte de Darío (4).
Mardonio, los Alévadas y los Pisistrátidas instan al nuevo monarca a que ataque Grecia (5-6).
Reconquista de Egipto (7).
Asamblea convocada por Jerjes para deliberar sobre la campaña (8-11).

Mardonio apoya la idea (9).
Objeciones de Artábano (10).
Jerjes resuelto a la guerra (11).

Vacilaciones de Jerjes. Una aparición nocturna convence al monarca y a Artábano de la necesidad de la campaña (12-19).
Magnitud de la expedición (20-21).
Apertura de un canal en el Atos (22-24).
Otros preparativos persas (25).
Partida del ejército en dirección a Sardes (26-31).

Entrevista entre Jerjes y el lidio Pitio (27-29).

Ultimátum a las ciudades griegas (32).
Construcción de los puentes sobre el Helesponto (33-36).
Tras invernar en Sardes, Jerjes reemprende la marcha hacia Abido (37-52).

Castigo de Pitio (38-39).
Orden de marcha de las tropas (40-41).
Coloquio entre Jerjes y Artábano (44-52).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
5, 3	περικαλλής [εἴη] χώρη	περικαλλής εἴη χώρη
18, 3	καὶ αὐτὸς τράπομαι	καὶ αὐτὸς τρέπομαι (cf. Bechtel, 200).
23, 1	ἕως ἀπίκοντο	ἕως ἀπίκοιτο (Stein).
25, 2	τὸν δὴ ὦν πλεῖστον ἐς Λευκὴν	τὸν δὲ ὦν σῖτον ⟨οἳ μὲν⟩ ἐς Λευκὴν (Stein. Vide quae ad versionem adnotavi).
33	στρατηγοῦ 'Αθηναίων	στρατηγοῦ 'Αθηναῖοι (Stein).
36, 2	πεντηκοντέρων καὶ †τριχοῦ†	πεντηκοντέρων καὶ ⟨τριηρέων⟩ (addidit Petau) διχοῦ (coniecit Hude).
49, 2	ἀλλὰ παρὰ πᾶσαν	ἀλλὰ ⟨πολλοὺς⟩ παρὰ πᾶσαν (addidit Stein).
50, 1	μηδὲν παθεῖν	μηδὲν ποιεῖν (Krüger).
57, 1	εὐσύμβλητον ὦν τῇδε [τοῦτο]	εὐσύμβλητον ὦν τῇδε τοῦτο
61, 1	ποικίλους, ... λεπίδος	ποικίλους, ⟨καὶ θώρηκας⟩ λεπίδος (supplevit Biel).
76	'Αρταβάνου ... ἀσπίδας δὲ	'Αρταβάνου. ⟨Πισίδαι δὲ⟩ ἀσπίδας [δὲ] (coniecit Stein. Vide quae ad versionem gallicam adnotavit Legrand).
86, 1	καὶ Κάσπιοι ὁμοίως	καὶ Σάκαι ὁμοίως (Munro, *JHS.* 22, pág. 297).
86,2	ὣς δ' αὕτως †Κάσπιοι†	ὣς δ' αὕτως Κάσπιοι (Vide quae ad versionem adnotavi).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
90	ἄλλοι εἶχον κιθῶνας	ἄλλοι εἶχον κιτάρις (coniecit de Pauw, coll. Pollux, X 163-164).
98	Κυβερνίσκος Σίκα	Κύβερνις Κοσσίκα (coniecit Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III, § 95 n.; cf. How-Wells, *ad locum*).
102, 2	ἐκείνους τοὺς Δωρικοὺς	ἐκείνους τοὺς [Δωρικοὺς] del. Herwerden. Vide quae ad versionem adnotavi).
103, 1	τοσῇδε μαχήσεσθαι.	τοσῇδε μαχήσεσθαι;
116	τὸ ὄρυγμα †ἀκούωνt	τὸ ὄρυγμα ⟨σπευδότας⟩ ἀκούων (suppl. Gomperz, *Her. Stud.*, II 35).
137, 3	οἳ [γὰρ] πεμφθέντες	οἳ γὰρ πεμφθέντες
147, 3	ἔνθα περ οὗτοι	ἔνθα περ ⟨καὶ⟩ οὗτοι (addidit Aldus).
153, 3	ἢ αὐτὸς ἐκτήσατο	ἢ ⟨εἰ⟩ αὐτὸς ἐκτήσατο (addidit Krüger).
154, 1	†ὅς† ἦν δορυφόρος	[ὅς] ἦν δορυφόρος (delebat Reiske. Vide quae ad versionem graecam adnotavit Legrand).
157, 2	ἥκεις μεγάλης	ἥκεις μεγάλως (Reiske).
164, 1	παρὰ Σαμίων ἔσχε	μετὰ Σαμίων ἔσχε (**D R S V**. Vide quae ad versionem adnotavi).
169, 2	μηνίων δακρύματα,	μηνίων δακρύματα;
175, 1	καὶ μία ἀγχοτέρη	καὶ ἅμα μία ἀγχοτέρη (Dietsch).
180	πρῶτον καὶ κάλλιστον	πρῶτον εἶναι κάλλιστον (coniecit Legrand).
194, 3	διαφυγὼν ἔσεσθαι	διαφυγὼν περιέσεσθαι (Reiske).
196	ἵππων τῶν ἑωυτοῦ	ἵππων, τῆς ⟨τε⟩ ἑωυτοῦ (addidit Stein).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
209, 2	ἐκβησόμενα πρήγματα	ἐκβησόμενα ⟨τὰ⟩ πρήγματα (addidit Krüger).
215	ἐπεὶ ἤρεσε	ἐπεί ⟨οἱ⟩ ἤρεσε (add. Aldus).
220, 2	ταύτῃ καὶ μᾶλλον	ταύτῃ καὶ αὐτὸς (Stein).
236, 2	τῶν νέες	⟨ἐκ⟩ τῶν νέες (add. Baehr).

Darío decide organizar una nueva expedición contra Grecia

1 Cuando la noticia de la batalla librada en Maratón [1] llegó a oídos del rey Darío, hijo de Histaspes [2], el monarca, que ya con anterioridad se hallaba sumamente irritado con los atenienses por su incursión contra Sardes [3], se indignó en aquellos momentos mucho más aún, si cabe, y sintió renovados deseos de organizar una expedición contra Grecia [4].

---

[1] Cf. Apéndice I.

[2] En una sociedad clasista, las clases superiores sienten orgullo de su casta. Designar a un personaje citando de paso a su padre o a su abuelo supone halagar ese sentimiento (cf. *Ilíada* X 67 y sigs.). Esta característica tiene su origen, en la literatura griega, en la épica, donde el empleo de patronímicos es muy frecuente.

[3] Sobre el odio de Darío hacia los atenienses, cf. V 105. El ataque combinado de jonios, atenienses y eretrieos contra Sardes (para los fines estratégicos de la incursión, cf. nota V 498) lo narra el historiador en V 99 y sigs.

[4] Dejando al margen argumentos de carácter mítico (como la tradicional enemistad entre Europa y Asia, citada por Heródoto, en I 1-5, para explicar la causa remota de las guerras médicas, y retomada por Jerjes en VII 11), la campaña contra Grecia, que respondía al permanente expansionismo persa de base teológica, tenía un objetivo concreto (cf. A. T. Olmstead, «Persia and the Greek frontier Problem», *Classical Philology* 34 [1939], 314 y sigs.): conseguir que las dos orillas del Egeo estuviesen en manos aqueménidas (de los tres objetivos que, en el libro VII, se mencionan como meta para la expedición —Europa, Atenas, Grecia—, la conquista de la Hélade es mencionada trece veces [cf. VII 1, 7, 12, 17, 25, 38, 39, 46, 47, 57, 82, 101 y 150], por tres la de Europa [VII 50, 54 y 101], y dos la de Atenas [VII 2 y 83]), ya que Persia era un poder europeo por su dominio sobre Tracia y la dependencia implícita de Macedonia, con lo que, de paso, el pequeño fracaso

2 Sin pérdida de tiempo, pues, despachó emisarios por las distintas ciudades [5], con la orden de que preparasen tropas —exigiendo a cada pueblo contingentes muy superiores a los que proporcionaron tiempo atrás [6]—, así como naves de combate, caballos, víveres y navíos de transporte.

Ante estas medidas de carácter general, Asia se vio convulsionada [7] por espacio de tres años [8], mientras se

---

sufrido en Maratón podía subsanarse (Grecia fue un capítulo marginal en la política persa). No obstante, estamos mal informados sobre la política exterior de Darío, así como de la de Jerjes, y parece ser que en Grecia no se tenía conciencia de un inminente ataque por parte persa con posterioridad a 490 a. C.: la política exterior de las ciudades griegas estuvo dominada, entre 490-483, por preocupaciones estrictamente regionales. Cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siècle (510-403)*, Paris, 1972, págs. 99-104.

[5] Heródoto está empleando terminología griega, ya que, salvo en zonas muy concretas del imperio persa, las ciudades, en el concepto helénico del término, eran escasas. Sólo a partir de Alejandro y sus sucesores —particularmente los Seléucidas— se urbanizó Asia.

[6] H. Stein (*Herodotos. Buch VII*, Dublin-Zurich, 1969 [= 6.ª ed., 1908], pág. 3) entiende que las levas que ordenó Darío superaban las regularmente prescritas, suponiendo que, además de los tributos (cf. M. Ehtécham, *L'Iran sous les Achéménides*, Friburgo, 1946, págs. 94 y sigs.), las distintas satrapías del imperio tenían que proporcionar un número determinado de soldados. No obstante, Heródoto no menciona este extremo en su relato sobre la organización de las satrapías persas (cf. III 89 y sigs.), por lo que también se ha pensado que aquí puede haber una referencia a otras campañas de especial importancia emprendidas por los persas, que habrían requerido unas movilizaciones extraordinarias (como la expedición de Darío contra los escitas, por ejemplo).

[7] Aparte de los reclutamientos especiales, Darío debió de exigir aportaciones económicas para sufragar los gastos de la expedición; de hecho, en una inscripción babilonia (cf. F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden*, Leipzig, 1911, pág. 76), datada en junio del año 486, se menciona una disposición real que exigía peajes adicionales por el tráfico de cebada y otros productos por los canales de la región. En general, cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 226-227.

[8] Como la batalla de Maratón tuvo lugar en 490 (el 12 de septiem-

reclutaban los mejores guerreros para marchar contra Grecia y se hacían los oportunos preparativos. A los cuatro años, empero, los egipcios, que habían sido sometidos por Cambises [9], se sublevaron contra los persas [10]. De ahí que, ante lo ocurrido, Darío sintiera profundos deseos de atacar a ambos pueblos a la vez. 3

---

bre, o de agosto; sobre los problemas que plantea su exacta determinación, cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B. C.*, Londres, 1962, pág. 240, nota 10), los tres años a que alude Heródoto (aunque el historiador, a diferencia de lo que hace en VII 20, 1, no dice que fueran «años completos») son los años 490/489, 489/488 y 488/487, según el calendario ateniense (el primer mes del año era el de *Hecatombeon*, correspondiente a nuestro mes de julio; cf. E. J. BICKERMAN, *Chronology of the ancient World*, Londres, 1968, págs. 33-38). Sobre lo dilatado del período de preparativos por parte de Darío se han formulado varias hipótesis: W. W. TARN («The Fleet of Xerxes», *Journal of Hellenic Studies* 28 [1908], 202 y sigs.) apuntó la posibilidad de que Darío estuviese reemplazando su flota de pentecónteros por trirremes, pero esta hipótesis se debe a una dudosa interpretación de TUCÍD., I 14, 2. G. BUSOLT (*Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia*, II, Gotha, 1893, pág. 632) suponía que los tres años de preparativos fueron una invención griega. Posiblemente los persas se estuvieron preparando durante largo tiempo (principalmente —al margen de la magnitud de sus efectivos—, debido a lo alejadas que estaban algunas satrapías de la corte de Susa), pero no hay que olvidar que en Grecia hubo interés por magnificar *a posteriori* lo que supuso la segunda guerra médica.

[9] La conquista de Egipto por parte de Cambises la narra Heródoto en III 1 y sigs. Sobre la política de este monarca, con quien comienza la que se suele denominar «primera dominación persa», o dinastía XXVII (que abarcó de 524 a 404 a. C., y cuyos sucesivos faraones fueron Cambises [525-522 a. C.], Darío I [522-486], Jerjes [486-464], Artajerjes [464-424] y Darío II [424-404]), cf. G. POSENER, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936, págs. 171 y sigs.; A. KLASENS, «Cambises en Égypte», *Ex Oriente Lux* (1946), 339 y sigs. (insiste en el carácter de *damnatio memoriae* que supuso la profanación de la momia de Ámasis, por parte del monarca persa, E. BRESCIANI, en el capítulo 16 de la obra dirigida por H. BENGTSON, *Griechen und Perser. Die Mittelmeerwelt im Altertum* = *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua* [trad. de C. GERHARD], Madrid, 1972, páginas 307-308).

[10] Cf. Apéndice II.

2 *Jerjes es designado sucesor* Mientras Darío se aprestaba a dirigirse contra Egipto y Atenas, se suscitó entre sus hijos un serio altercado a propósito del trono [11], pues, de acuerdo —decían— con la norma vigente entre los persas, para poder entrar en campaña, el monarca 2 debía designar un sucesor [12]. Resulta que Darío, antes de hacerse con la corona [13], había tenido ya tres hijos

[11] La elección de un sucesor para el imperio se había realizado mucho antes de la fecha que apunta Heródoto (el año 486). En el año 507 a. C. un documento babilonio menciona a Artobázanes como «hijo del rey de Elam» (cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, página 214). Pero, a partir del año 498, Jerjes aparece en los bajorrelieves de Persépolis, con símbolos reales, al lado de Darío (cf. F. H. Weissbach, *Keilinschriften Achämeniden...*, págs. 80 y sigs.). En octubre de dicho año se estaba construyendo en Babilonia una casa para Jerjes (el heredero al trono era nombrado virrey de Babilonia, para que se fuera familiarizando con problemas administrativos), y dos años después, en un documento comercial hallado en las cercanías de Borsipa, se alude a que el nuevo palacio ya se había terminado (cf. R. Koldewey, *Excavations at Babylon*, Londres, 1914, págs. 127 y sigs.). Probablemente, las intrigas palaciegas (a las que implícitamente puede aludir Heródoto en VII 3, 4) debieron de influir en Darío para nombrar sucesor a Jerjes.

[12] Posiblemente, Hdt. está confundiendo dos hechos diferentes: el nombramiento de un virrey cuando el rey se ausentaba de Persia y el nombramiento de un sucesor ante la posibilidad de muerte del monarca reinante. Ciro, antes de su expedición contra los maságetas (cf. I 208), nombró sucesor a Cambises (cf. *Cilindro de Ciro* 26-28); Cambises, antes de partir para Egipto, nombró «primer ministro» a «Paticites» (cf. III 61, 1 y 63, 2), y Jerjes, antes de la campaña contra Grecia, nombró virrey a Artábano, cf., *infra*, VII 52. (El historiador no alude a una disposición similar por parte de Darío cuando éste emprendió la expedición contra Escitia, aunque quizá nombrara entonces sucesor a Artobázanes.)

[13] En el año 522 a. C. (cf., *supra*, nota III 434, añadiendo F. Gschnitzer, *Die sieben Perser und das Königtum des Dareios. Ein Beitrag zur Achaimenidengeschichte und zur Herodotanalyse*, Heidelberg, 1977). Jerjes (del persa antiguo *Khšayarša*, que significa «el heroico caudillo»), pues, tendría por estas fechas unos 35 años; cf. H. Mayrho-

con su primera mujer, una hija de Gobrias [14]; y, tras su ascensión al trono, tuvo otros cuatro con Atosa, la hija de Ciro [15]. Pues bien, el mayor de los primeramente citados era Artobázanes [16], en tanto que Jerjes lo era de los habidos en su segundo matrimonio, por lo que, 3

FER, «Xerxes, König der Könige», *Almanach der österr. Akad. Wiss.* (1970), 159 y sigs.

[14] En persa antiguo *Gaubaruva*, uno de los siete conjurados contra Bardiya (cf. A. KÖHNKEN, «Herodots falscher Smerdis», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 6 [1980], 39 y sigs.). No debe tratarse, sin embargo, del mismo personaje mencionado en los *Anales de Nabonido* (reverso, col. I, líneas 15-19), llamado en akkadio *Gubaru*, y que ayudó a Ciro a tomar Babilonia; cf., *supra*, nota I 487, y O. LEUZE, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande* [Schriften der Königsberger Gelehrten-Gessellschaft 4], Königsberg, 1935, págs. 26-27.

[15] Darío, según el testimonio de Heródoto, tuvo seis esposas: la primera fue la hija de Gobrias aquí mencionada, con quien tuvo a Artobázanes, Ársames y Ariabignes (cf. VII 97); la segunda fue Atosa, hija de Ciro (cf. III 88, 2), con quien tuvo a Jerjes, Histaspes (cf. VII 64, 2), Masistes (cf. VII 82) y Aquémenes (cf. VII 97); la tercera fue Artistone, hija de Ciro (cf. III 88, 2), con quien tuvo a Ársames (distinto de su otro hijo del mismo nombre; cf. VII 69, 2) y a Gobrias (cf. VII 72, 2); la cuarta fue Parmis, hija de Bardiya (cf. III 88, 3), con quien tuvo a Ariomardo (cf. VII 78); la quinta fue Fedimia, hija de Ótanes (quien, según el historiador, descubrió el complot del «falso Esmerdis»; cf. III 68, y T. LENSCHAU, *s. v.* «Otanes», *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, 1942, cols. 1866-1869), con quien tuvo a Arsamenes (cf. VII 68), y la sexta fue Fratagune, hija de su hermano Ártanes, con quien tuvo a Abrócomas e Hiperantas (cf. VII 224). Todos los matrimonios citados fueron de conveniencia, para legitimar la ascensión de Darío al trono tras el asesinato de Bardiya, al asociar a la realeza a las familias más importantes de Persia. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, pág. 209.

[16] JUSTINO (II 10) y PLUTARCO *(De amore fraterno* 18) cuentan los hechos de una manera que difieren de la versión herodotea: 1) la cuestión de la sucesión se suscitó a la muerte de Darío; 2) se decidió amistosamente por intervención de un árbitro; 3) Artobázanes es llamado Ariamenes; 4) el papel que Hdt. atribuye a Demarato es omitido. Sobre los detalles y divergencias internas entre Justino y Plutarco en este punto, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books*, II, Nueva York, 1973 (= Londres, 1908), pág. 123, nota 3.

al no ser hijos de la misma madre, se disputaban la sucesión. Artobázanes la reclamaba, debido a que, de entre toda la descendencia de Darío, él era el primogénito, y porque era una costumbre admitida por todo el mundo que el primogénito llegara a ejercer el poder; Jerjes, por su parte, aducía que era hijo de Atosa, la hija de Ciro, y que este último era quien había conseguido hacer libres a los persas [17].

3 Aún no había dado Darío a conocer su decisión cuando, por esas mismas fechas, se daba la circunstancia de que hasta Susa [18] había subido Demarato, hijo de Aristón, quien, al verse despojado del trono de Esparta, se había exiliado voluntariamente de Lacedemón [19].

2 Al tener noticias del desacuerdo que reinaba entre los hijos de Darío, este personaje —según la tradición que sobre él circula [20]— se fue a ver a Jerjes y le re-

[17] Sobre la alta estimación en que se tenía a Ciro (que —desde que, en 553 a. C., se sublevó contra los medos, hasta su muerte, hacia 530, durante la campaña contra los maságetas— conquistó el mayor imperio conocido hasta entonces, ya que se extendía desde las ciudades griegas de la costa de Asia Menor hasta el Indo, y desde el Norte de Arabia hasta el río Yaxartes, el Sir Darya) en Persia, cf. III 89, 3, y J. Harmatta, «The rise of the Old Persian Empire. Cyrus the Great», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 19 (1971), 3 y sigs.

[18] En elamita *Shūshan*, ciudad irania, en el Khuzistán Occidental, capital invernal del imperio aqueménida (fue la única capital del imperio que conocieron los autores griegos, ignorando incluso la existencia de Persépolis [= *Parsa*]), donde los reyes persas eran enterrados.

[19] Nombre oficial que, junto al de Esparta, recibía la capital de Laconia. Sobre la historia de la deposición de Demarato, cf., *supra*, VI 61-70. Demarato se exilió de Esparta en el año 491 a. C. (cf. H. J. Diesner, «Bürger und Untertan bei Herodot», *Wiss. Zeitschr. der Ernst Moritz Arndt Univ. Greifswald* 5 [1955-1956], 403 y sigs.), por lo que la fecha que apunta el historiador (el año 487/486) es sólo aproximada.

[20] La tradición debe de ser espartana y tendía a exaltar, *post eventum*, el nacionalismo helénico, haciendo que la decisión de Darío, que permitió a Jerjes heredar el trono, hubiera estado determinada por la intervención de un griego. A destacar el criticismo de Heródoto al final del capítulo.

comendó que, además de las razones que esgrimía, alegara que él había nacido cuando Darío ya ocupaba el trono y ejercía en Persia la máxima autoridad, en tanto que Artobázanes había venido al mundo cuando Darío todavía era un simple ciudadano; por lo tanto, no era 3 ni lógico ni justo que otra persona, que no fuera él, ejerciera la dignidad suprema, puesto que, en la propia Esparta —continuó sugiriéndole Demarato—, ésa era, al menos, la norma vigente [21]: si el monarca tiene hijos habidos antes de su ascensión al trono y, una vez entronizado, tiene un nuevo hijo, recae en este último la sucesión al trono. Y, como quiera que Jerjes siguiese 4 el consejo de Demarato, Darío reconoció que tenía razón y lo nombró su sucesor. (En mi opinión, sin embargo, Jerjes hubiera reinado aun sin seguir ese consejo, pues Atosa tenía todo el poder en sus manos [22].)

---

[21] No poseemos testimonios que confirmen o contradigan la costumbre que, a continuación, cita el historiador. Quiza Hdt. tuviera en cuenta el hecho de que, a la muerte de Leónidas en las Termópilas, le sucediera su hijo Plistarco, pese a que todavía vivía un hijo de Dorieo (cf., *supra*, V 39-48, y V. Merante, «Sulla cronologia di Dorieo e su alcuni problemi connessi», *Historia* 19 [1970], 272 y sigs.), llamado Eurianacte. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books*, I, Nueva York, 1973 (= Londres, 1908), pág. 94.

[22] La influencia de Atosa (en persa *Hutausā*) en la corte persa debió de ser, en efecto, muy importante (cf. III 134, y T. David, «La position de la femme en Asie centrale», *Dialogues d'histoire ancienne* 2 [1976], 129 y sigs., que presenta testimonios de Escílax de Carianda, Pólux, Estrabón, Apiano y Pomponio Mela sobre la influencia de la mujer en la vida económica, social, religiosa y política en Asia). Fue hija de Ciro, esposa de su hermano Cambises (el matrimonio entre hermanos es ponderado en el *Avesta* y fue practicado por otros monarcas persas —por ejemplo, Artajerjes II se casó con dos hermanas suyas; cf. Plutarco, *Artajerjes* 23—, siendo su práctica general en época sasánida), del falso (?) Esmerdis (cf., *supra*, III 68, 4-5), y de Darío (cf. III 88, 2). Su papel relevante también es puesto de manifiesto por Esquilo en *Los persas*, donde es uno de los principales personajes (si bien el tragediógrafo no le da un nombre concreto, siendo los escolios los que la llaman Atosa).

4 *Muerte de Darío*

Tras nombrar a Jerjes futuro rey de los persas, Darío se dispuso a entrar en campaña. Pero resulta que, un año después de los hechos que he contado y de la sublevación de Egipto, a Darío le sorprendió la muerte en plenos preparativos, tras haber reinado en total treinta y seis años [23]; de manera que no le fue posible reprimir la sublevación de los egipcios ni castigar a los atenienses.

A la muerte de Darío, el trono pasó a manos de su hijo Jerjes [24].

---

[23] Darío murió en noviembre del año 486 a. C., tras haber reinado desde el año 522 (cf. R. A. PARKER, W. H. DUBBERSTEIN, *Babylonian Chronology, 626 B.C. - A.D 75*, Providence, 1956, pág. 14), a los 64 años de edad (el monarca tenía 28 cuando subió al trono, ya que, durante la campaña de Ciro contra los maságetas, no había podido incorporarse al ejército a causa de su juventud; cf., *supra*, I 209, 2, donde Hdt. afirma que, en 530/529 a. C., tenía 20 años, y JENOFONTE, *Ciropedia*, I 2, 13, quien asegura que los persas no estaban obligados a tomar las armas hasta los 25 años, edad que Darío ya había alcanzado durante la expedición de Cambises contra Egipto, puesto que figuraba entre los miembros de la guardia personal del rey, según el testimonio de III 139, 2). Fue enterrado en *Naqš-i-Rustam*, pared rocosa situada a 15 km. al NO. del emplazamiento de Persépolis. Heródoto, pues, está equivocado al fechar en años distintos la sublevación de Egipto y la muerte de Darío (a no ser que los desórdenes hubiesen comenzado en el país del Nilo con anterioridad a los testimonios que nos hablan del estado de agitación reinante en Elefantina [cf. nota VII 10], y que el historiador hubiese recibido informaciones en ese sentido durante su estancia en Egipto [cf. nota III 56], quizá de los griegos establecidos en Náucratis; cf. E. LÜDDECKENS, «Herodot und Ägypten», recogido en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, páginas 434 y sigs.)

[24] El propio Jerjes, en una inscripción encontrada en el edificio donde estaba ubicado su harén (y que fue construido poco después de su ascensión al trono) cuenta cómo Darío lo escogió por heredero. El texto comienza así (cf. E. HERZFELD, *A new Inscription of Xerxes from Persepolis*, Chicago, 1932; y R. G. KENT, *Language* 9 [1933], 35 y sigs.): «Dice Jerjes, el Rey: mi padre fue Darío. El padre de Darío se llamaba Vishtaspa. El padre de Vishtaspa se llamaba Arshama. Vish-

Mardonio, los Alévadas y los Pisistrátidas instan al nuevo monarca a que ataque Grecia

Pues bien, en un principio Jerjes no 5 tenía el más mínimo interés en organizar una expedición contra Grecia, y simplemente reclutaba tropas contra Egipto [25]. Pero, entre sus cortesanos —era, además, el persa que más influencia poseía ante el monarca—, figuraba Mardonio [26], hijo de Gobrias (que era primo de Jerjes por ser hijo de una

---

taspa y Arshama vivían todavía cuando Ahuramazda hizo, por su voluntad, a mi padre, Darío, Rey de la tierra... Darío tenía otros hijos, pero, por decisión de Ahuramazda, mi padre Darío me hizo a mí el más grande después de su persona. Cuando mi padre Darío desapareció [i. e., murió], por voluntad de Ahuramazda me convertí en Rey, ocupando el trono de mi padre.» Jerjes, que reinó de 486 a 465, se destacó por el alcance de los cambios administrativos (hubo, en gran medida, una ruptura con el pasado) que llevó a cabo en el imperio persa. Durante su reinado, Persia alcanzó el cenit de su apogeo (cf. *Isaías* LX 3-9), aunque, en general, las fuentes griegas sobre su persona son tendenciosas. Cf. I. Borzsák, «Die Achämeniden in der späteren Überlieferung. Zur Geschichte ihrer Ruhmer», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 19 (1971), 41 y sigs., que presenta testimonios de los autores antiguos sobre el monarca

[25] La gran importancia que, para Persia, tenía Egipto se evidencia, por ejemplo, en la gran estatua de Darío, descubierta en Susa, donde aparece representado como Faraón, y en la que se encuentran grabadas diversas inscripciones (cf. J. Yoyotte, «Les inscriptions hiéroglyphiques égyptiennes de la statue de Darius», *Comptes rendues Académie Inscriptions* [1973], 256 y sigs.). Además de la cuantía del tributo que los egipcios satisfacían a la administración persa (700 talentos [= 23.583 kg. de plata anuales], más otras aportaciones en especie, cf. III 91, 2-3), un Egipto independiente hubiese podido poner en peligro la soberanía persa en Fenicia (con el menoscabo naval que ello hubiese representado) y, en general, en todo el Mediterráneo Oriental. Es inverosímil, por otra parte, que, con ocasión de la ascensión de Jerjes al trono, se replanteara el ataque a Grecia, ya decidido por Darío. Cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII*, París, 1951, pág. 19, aunque se ha argumentado que Jerjes estaba más interesado en consolidar firmemente el imperio heredado de su padre que en emprender nuevas conquistas; cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, págs. 248 y sigs.

[26] Cf., *supra*, nota VI 203. Sobre Gobrias, vid. nota VII 14.

hermana de Darío[27]), quien hacía hincapié en la si-
2 guiente consideración: «Señor —le decía—, es inadmisible que los atenienses, después de los muchos contratiempos que han causado ya a los persas, no expíen sus iniquidades. Es cierto que, de momento, harás muy bien en llevar a cabo lo que tienes entre manos, pero, una vez que hayas sofocado la insurrección de Egipto, dirige una expedición contra Atenas, para que, ante el género humano, te aureole una bien merecida fama y, en lo sucesivo, todo el mundo se guarde de atacar tu imperio.»

3 Mardonio esgrimía esa consideración con ánimo de vengarse, pero, a la misma, solía añadir la siguiente puntualización: que Europa era un territorio hermosísimo y sumamente fértil, que producía todo tipo de árboles frutales[28], y que sólo el Rey, de entre todos los mortales, merecía poseerla[29].

6 Eso era lo que manifestaba Mardonio por su carácter aventurero y porque, en su fuero interno, deseaba ser gobernador[30] de Grecia. Y, a la larga, logró su

[27] El parentesco de Mardonio con la casa real era más complejo: era yerno de Darío, por su matrimonio con Artozostra (cf. VI 43, 1); sobrino —y, por lo tanto, primo de Jerjes, como aquí dice Hdt.—, pues su padre Gobrias lo había tenido con una hermana de Darío, y cuñado, pues una hermana suya había estado casada con el Gran Rey (cf. VII 2, 2). La monarquía persa tendió siempre a emparentar con las familias más importantes del reino para asegurarse su fidelidad.

[28] Sobre la atracción que sentían los persas por los árboles y los jardines hermosos, cf. VII 31, y Jenofonte, *Económico* 4. En el *Vendīdād* (parte del *Avesta* que contiene, fundamentalmente, una colección de leyes religiosas, pero entre las que aparecen mitos y leyendas de las religiones iranias —su nombre correcto es el de *Vīdēvdat*, o ley contra los demonios, siendo el único libro del *Avesta* que se ha conservado sin alteraciones), Ahuramazda elogia la práctica de la agricultura.

[29] Dadas las intenciones de Mardonio, el elogio que aquí se hace de Europa se contrapone al que Aristágoras hace de Asia en V 59, al intentar persuadir a Cleómenes I para que apoyase la sublevación jonia.

[30] Es decir, sátrapa (el término procede del persa *Khshatrapavan*,

objetivo y persuadió a Jerjes para que hiciese lo que le proponía, pues, en apoyo de su tesis, coincidieron una serie de circunstancias que le ayudaron a convencer a Jerjes: de Tesalia habían llegado unos emisarios, en- 2 viados por los Alévadas, que, poniendo en juego todo su empeño, apelaban al monarca para que interviniese en Grecia (los citados Alévadas eran reyes de Tesalia [31]); y, por otra parte, algunos miembros de la familia de los Pisistrátidas [32], que habían subido a Susa, se

que significa «protector del reino» —cf. *Inscripción Behistun*, §§ 38 y 45—, y que aparece por vez primera en la lista de Sargón sobre los caudillos medos, al parecer como un nombre propio). Heródoto, sin embargo, nunca emplea el término sátrapa, que no sería utilizado en la historiografía griega hasta Jenofonte. La figura de Mardonio presenta, en la obra de Hdt., rasgos negativos, por la helenofobia que le atribuyeron los griegos, recordando su primera incursión contra Grecia (cf. VI 43 y sigs.) y su permanencia en la Hélade, tras la partida de Jerjes, hasta el año 479. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 634, nota 1.

[31] Los Alévadas —o descendientes de Alevas, un mítico rey de Tesalia (cf. VII 130, 3; IX 58, 2; Píndaro, *Pítica* X 5), a quien se atribuía la organización militar y política de la región— eran los miembros de una aristocrática familia de Larisa, al tiempo que constituían el clan más poderoso de Tesalia. No obstante, no eran sus reyes (el término *basileús*, que emplea Hdt., hay que entenderlo en el sentido de «dinasta»; cf., *supra*, V 63, 3, y Tucíd., I 111), sino que, incluso en su zona de influencia, tuvieron que hacer frente a las facciones democráticas (cf. M. Sordi, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, págs. 59 y sigs.). Cuando Tórax, el jefe de la famila, fue nombrado *tagós* (o comandante en jefe de las fuerzas de caballería de la liga tesalia), un cargo que se desempeñaba temporalmente, los Alévadas, para perpetuarse en el mismo, apelaron a la ayuda persa, haciendo creer a Jerjes que era toda Tesalia la que deseaba su intervención en Grecia (cf. VII 130, 3), lo que no era cierto (cf. VII 172). En general, vid. H. D. Westlake, «The Medism of Thessaly», *Journal of Hellenic Studies* 56 (1936), 12 y sigs.

[32] Posiblemente parientes de Hipias, que ya habría muerto por esas fechas (de haber seguido con vida, Hdt. presumiblemente lo citaría en este pasaje), ya que debió de haber nacido hacia el año 570 (en 542 a. C. ya era una persona adulta; cf. I 61, 3 y 63, 2). Sobre la tradición que transmiten Cicerón, *Ad Att.* IX 10, 3, y Justino, II

expresaban en los mismos términos que los Alévadas; es más, de hecho se lo solicitaban incluso con una mayor insistencia.

3 ⟨Por cierto que⟩ habían subido hasta Susa acompañados de Onomácrito —un adivino [33] ateniense que recopiló los oráculos de Museo—, con quien ya se habían reconciliado. (Resulta que Onomácrito [34] fue desterrado de Atenas por Hiparco [35], el hijo de Pisístrato, al haber sido sorprendido por Laso de Hermíone [36] en el preciso instante en que interpolaba en los oráculos de Museo [37] un vaticinio según el cual las islas próxi-

---

9, en el sentido de que Hipias murió durante la batalla de Maratón; cf. nota VI 536.

[33] Literalmente, un *cresmólogo.* Recibían este nombre los adivinos que predecían el porvenir consultando escritos o por una inspiración directa de la divinidad (cf. Cicerón, *Div.* I 18, 34). Solían recorrer las ciudades y durante la guerra del Peloponeso proliferaron notablemente (cf. Tucíd., II 8).

[34] Onomácrito fue un poeta ateniense que compuso poemas órficos, fundamentalmente de contenido cosmogónico (cf. O. Kern, *Orphicorum Fragmenta,* Berlín, 1922, 53-56). Al parecer fue comisionado por Pisístrato, en unión de otros tres eruditos, para reestructurar los poemas homéricos (cf. Pausanias, VII 26, 13), en los que llevó a cabo interpolaciones (cf. G. S. Kirk, *The songs of Homer = Los poemas de Homero* [trad. de E. J. Prieto], B. Aires, 1968, pág. 293), por lo que en esta época ya sería anciano.

[35] El hermano de Hipias, tirano de Atenas, que murió asesinado en el año 514 a. C. a manos de Aristogitón y Harmodio. Cf., *supra,* V 55 y sigs.

[36] Poeta argolio (Hermíone se hallaba situada en la extremidad sudoriental de la Argólide) que llevó a cabo una importante reforma del ditirambo (canto coral en honor de Dioniso que iba acompañado de mímica; cf. F. Rodríguez Adrados, *Orígenes de la lírica griega,* Madrid, 1976, págs. 75 y sigs.), siendo también importante su aportación a la teoría musical; cf. *escolio* a Píndaro, *Ol.* XIII 25; *escolio* a Aristófanes, *Aves* 1403; y Clemente de Alejandría, *Strom.* I 16. Según la Suda *(s. v.),* su *akmḗ* (es decir, el período de la vida de un hombre en el que éste se hallaba en su madurez —alrededor de los cuarenta años—, cf. Platón, *República* 461a) tuvo lugar hacia el año 545 a. C.

[37] Poeta tracio semilegendario, relacionado con Orfeo, a quien se

mas a Lemnos desaparecerían en el mar [38]. Ésa fue la razón de que Hiparco lo desterrara, a pesar de que, hasta entonces, le había unido a él una estrecha amistad [39].) En aquellos momentos, pues, había acompañado a los Pisistrátidas en su viaje a Susa y, siempre que comparecía ante el monarca, dados los grandes elogios que de su persona hacían los Pisistrátidas, se ponía a recitar algunos oráculos. Si en ellos figuraba algún percance que hiciese referencia al bárbaro, no decía nada al respecto, sino que escogía los más favorables y proclamaba que el destino tenía dispuesto que un persa tendiera un puente sobre el Helesponto [40], y explicaba pormenorizadamente el desarrollo de la expedición [41]. 4

---

atribuían composiciones poéticas religiosas (fundamentalmente teogonías —cf. PLATÓN, *Protágoras* 316d—, himnos —cf. PAUSANIAS, I 22, 7— y oráculos —cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 1033), compuestas en épocas mucho más recientes. Cf. A. LESKY, *Geschichte der griechischen Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. de J. M.ª DÍAZ REGAÑÓN y B. ROMERO], Madrid, 1968, pág. 185, nota 126.

[38] Probablemente, en una época en que los atenienses (con anterioridad al año 510, o 506; cf. el trabajo de E. LANZILLOTTA, «Milziade nel Chersoneso e la conquista di Lemno», *Miscellanea greca e romana* 5 [1977], 65 y sigs.), desde el Quersoneso Tracio, amenazaban Lemnos, Onomácrito fue sobornado por los lemnios para que interpolase el falso oráculo que debería disuadir a los Pisistrátidas de atacar la isla. Las islas a que alude el texto de Hdt. eran unos islotes situados al E. de Lemnos, donde el monte Mosiclo (en la zona oriental de la isla, con 430 m. de altitud) poseía actividad volcánica. PAUSANIAS, VIII 33, 4, habla de la desaparición, con posterioridad al año 72 a. C., de uno de esos islotes. Sobre la intervención de Onomácrito ante Jerjes, cf. H. REYNEN, «Ein Onomakritoszitat bei Herodot», *Hermes* 83 (1955), 374 y sigs.

[39] Los Pisistrátidas fueron grandes impulsores de las corrientes religiosas misticistas, y de ahí su relación con adivinos como Onomácrito. Cf. A. ANDREWES, *The Greek Tyrants*, Londres, 1956, págs. 113-115.

[40] O, como traduce M. FERNÁNDEZ GALIANO (*Heródoto*, Barcelona, 1951, pág. 160), «que el Helesponto había de ser sometido por el yugo de un persa».

[41] Traduzco así *tḗn te élasin ēxēgeómenos*, de acuerdo con la interpretación de H. STEIN (*Herodotos. Buch VII*, Dublín-Zurich, 1969 [=

5 Ese sujeto, en suma, trataba de influir sobre el monarca con sus profecías, y los Pisistrátidas y los Alévadas con sus demandas.

7 *Reconquista de Egipto*

Cuando al fin se decidió a atacar Grecia, Jerjes lo primero que hizo entonces —un año después de la muerte de Darío [42]— fue organizar una expedición contra los sublevados. Tras aplastar, como era de esperar, la rebelión e imponer a la totalidad de Egipto un yugo mucho más severo que el que había sufrido en tiempos de Darío [43], confió su gobierno a su hermano Aquémenes [44], hijo de Darío. (Por

---

6.ª ed., 1908], pág. 11): «nach den Andeutungen seiner Orakel auslegend und voraussagend».

[42] Las inscripciones encontradas en el Uadi Hammamat indican que, en enero del año 484, Egipto había sido ya reconquistado, pues las canteras allí existentes estaban funcionando de nuevo para los persas. Cf. G. Posener, *La première domination perse en Égypte...*, pág. 120.

[43] La represión de la revuelta trajo consigo una serie de medidas que rompieron con la, hasta entonces, conciliadora política de Darío hacia Egipto. No sólo no se han conservado monumentos conmemorativos de Jerjes en el país del Nilo, sino que los persas confiscaron las propiedades de numerosos templos (cuando las condiciones políticas lo permitieron, los sacerdotes de Buto llegaron a denominar al monarca «ese maldito Jerjes»; cf. H. R. Hall, *The Cambridge Ancient History*, VI, 1927, pág. 138). Y, lo que es más significativo, Jerjes dejó de ser un «rey nativo» de Egipto (algo que, por ejemplo, Cambises —a pesar de la leyenda antiegipcia que sobre él circula— había tenido interés en subrayar; cf. nota III 13), rehusando tomar un nombre egipcio como faraón del país y siendo denominado simplemente «*Khšayarša*, el gran Faraón». Así, en el sarcófago del buey Apis muerto poco después del fallecimiento de Darío, el espacio en blanco destinado para ser ocupado por el nombre egipcio del nuevo faraón (es decir, por el nombre egipcio que adoptara Jerjes) aparece sin cumplimentar; cf. B. Gunn, en *Annales du Service* 26 (1926), 87 y sigs.

[44] Posiblemente Feréndatas, el sátrapa anterior, debió de morir en el curso de la revuelta; cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 235. A partir de la reconquista de Egipto, el país pasó a convertirse, de reino teóricamente asociado al imperio que era, en satrapía, y el sátrapa pasó a ser la máxima figura de Egipto (cf. G. R. Driver,

cierto que, tiempo después, el libio Ínaro, hijo de Psamético, asesinó a Aquémenes cuando éste ejercía el cargo de gobernador de Egipto [45].)

Asamblea convocada por Jerjes para deliberar sobre la campaña

8 Cuando Jerjes, tras la reconquista de Egipto, se disponía a ocuparse de la expedición contra Atenas, convocó a junta [46] a los principales personajes de Persia [47], para conocer sus opiniones y, por su parte, informarles oficialmente de lo que se proponía hacer. Y, una vez reunidos, Jerjes les dijo lo siguiente [48]:

Aramaic Documents of the fifth Century B. C., Oxford, 1954, VII, 1-4; VIII, 2), lo cual suponía un agravio para el orgullo egipcio, ya que el elemento esencial para la legitimidad real, la vinculación del faraón con los dioses del país, no había sido aceptado. Cf. A. Moret, *Rois et dieux d'Égypte*, París, 1916, págs. 19-21.

[45] En la batalla librada en Papremis, cuya fecha no está bien determinada, si bien debió de tener lugar entre 462 y 459 a. C.; cf., *supra*, nota III 65. Sobre la rebelión de Ínaco (que se vio secundado por el saíta Amirteo), que respondía al tradicional sentimiento de independencia egipcia (favorecido porque ni Jerjes ni sus sucesores se consideraron ya faraones; cf. G. Widengren, «The sacred Kingship of Iran», *Numen* 4 [1959], 242 y sigs.), cf. nota III 87.

[46] Sigo la interpretación de J. E. Powell (*A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 [= 1938], s. v. *epíklētos*), aunque la frase también puede traducirse (como sugieren W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, Oxford, 1968 [= 1928], vol. II, pág. 128) por «convocó a junta extraordinaria».

[47] Probablemente en la junta figurarían los «siete consejeros» del monarca (cf. *Ezra* VII 14 y 15; *Esther* I 14), así como los sátrapas y jefes militares del imperio, que podían hallarse en la corte a su regreso de Egipto, antes de que los diversos caudillos partiesen a sus respectivas provincias. De ahí, quizá, el carácter extraordinario de la junta.

[48] La crítica considera que la conferencia que, sobre la campaña persa contra Grecia, pasa a desarrollar a continuación Heródoto no es histórica (vid. ya N. Wecklein, *Über die Tradition der Perserkriege*, Munich, 1876, pág. 11), aunque pueda responder a un sustrato auténtico, que el historiador pudo escuchar de sus informadores persas: la existencia en la corte de diversos estados de opinión sobre la conveniencia o no de emprender una expedición, representando Mardonio

α «Persas, no voy a ser yo el primero en introducir entre vuestras costumbres esta norma, sino que pienso atenerme a ella siguiendo el ejemplo de mis antecesores [49]. Pues, según he oído decir a las personas de más edad, desde que arrebatamos a los medos el imperio que poseemos, cuando Ciro derrocó a Astiages [50], jamás, hasta la fecha, hemos seguido una política de paz; todo lo contrario, la divinidad así lo dispone y, en las muchas empresas que acometemos, nos depara los mejores resultados [51]. En ese sentido, los logros que alcanzaron Ciro, Cambises y mi padre Darío, así como los pueblos que anexionaron [52], huelga citarlos, pues los 2 conocéis perfectamente. Por mi parte, desde que heredé el trono en que me encuentro, he estado meditando el medio para no desmerecer de mis predecesores en este cargo y para anexionar al imperio persa no menos territorios. Y, en mis cavilaciones, he llegado a la conclusión de que podemos conseguir una nueva gloria y un

---

la tesis partidaria de la guerra y Artábano la opuesta. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford, 1963, págs. 90-91.

[49] No está claro el carácter de la norma a que alude Jerjes, ya que puede referirse a la costumbre de consultar con sus subordinados las futuras empresas a realizar, o —lo que parece más probable— a la de que los reyes persas aumentaran sus dominios mediante nuevas guerras.

[50] Cf., *supra*, I 123-130, y A. Cizek, «From the historical truth to the literary convention. The life of Cyrus the Great viewed by Herodotus, Ctesias and Xenophon», *L'Antiquité Classique* 44 (1975), 531 y sigs.

[51] O bien, según otra traducción que permite el texto, «... la divinidad así lo dispone y, de acuerdo con sus dictados, obtenemos con frecuencia los mayores éxitos».

[52] También cabe otra interpretación, como hacen, por ejemplo, Ph. E. Legrand *(Hérodote. Histoires. Livre VII...,* pág. 29): «quels peuples Cyrus et Cambyse et Darius mon père ont soumis et annexés...»; o A. Barguet *(Hérodote. L'enquête,* París, 1964, pág. 463): «les peuples que Cyrus, Cambyse et mon père Darius ont vaincus et ajoutés à leurs terres...».

país que no es menor [53], ni más pobre [54], que el que en la actualidad poseemos, sino más feraz; y, de paso, podemos vengarnos y obtener una satisfacción. Por eso, os he convocado en estos momentos: para haceros partícipes de lo que proyecto hacer.

»Me propongo tender un puente sobre el Helesponto β y conducir un ejército contra Grecia a través de Europa, para castigar a los atenienses por todos los contratiempos que ya han causado a los persas y, concretamente, a mi padre. A este respecto, visteis que el propio 2 Darío se disponía a atacar sin dilación a esos sujetos. Mas él ya está muerto y no ha podido vengarse; por eso, yo, en su nombre y en el de los demás persas, no cejaré hasta que haya tomado e incendiado Atenas, cuyos habitantes fueron, sin ningún género de dudas, los primeros en romper las hostilidades contra mi persona y la de mi padre. Primero, acompañaron hasta 3 Sardes a Aristágoras de Mileto [55] —¡un esclavo nuestro!— y, [una vez allí], prendieron fuego a los recintos sagrados y a los templos [56]; luego, todos sabéis, supon-

---

[53] Para Heródoto, Europa, en el sentido de la longitud, tenía la misma extensión que Libia (= África) y Asia juntas (cf. IV 42, 1), porque el historiador incluía en Europa toda la zona septentrional de Asia, al N. del mar Caspio y el río Araxes. Y, en el sentido de la latitud, era mucho mayor, porque los confines septentrionales de Europa eran desconocidos (cf. IV 45, 1), en tanto que se sabía que Libia estaba toda ella rodeada de agua (cf. IV 42, 2), y que Asia se hallaba limitada al S. por el mar Eritreo (cf. IV 44, 2).

[54] Sobre la pobreza de Asia, cf., *supra,* I 71.

[55] La afirmación es incorrecta, pues el propio Hdt. indica, en V 99, 2, que Aristágoras permaneció en Mileto mientras las fuerzas jonias atacaban Sardes. Cf., además, nota V 498.

[56] La diferencia semántica radica en que, con el primer término (en griego *álsos),* se alude a los terrenos consagrados a una divinidad, en los que se hallaban situados los santuarios. La afirmación de Jerjes es interesante porque, precisamente, el monarca se distinguió en Persia por la reforma religiosa que llevó a cabo. En una inscripción hallada en Persépolis (se trata de una proclamación del comienzo de su

go[57], lo que nos hicieron cuando desembarcamos en su territorio, en la campaña dirigida por Datis y Artáfrenes[58].

Y »Éstas son, en definitiva, las razones[59] por las que estoy decidido a atacarlos. Además, cuando me paro a pensarlo, advierto que la empresa comporta todas estas ventajas: si sometemos a esas gentes y a sus vecinos (los que habitan la tierra del frigio Pélope[60]), consegui-

---

reinado conocida con el nombre de *Inscripción Daeva;* cf. la *editio princeps* de E. Herzfeld, *Archäologische Mitteilungen aus Iran* 8 [1937], 56 y sigs.), Jerjes dice: «En esos países [se refiere a los dominios del imperio] había lugares donde, anteriormente, el *Daeva* fue adorado. Entonces, por deseo de Ahuramazda, abolí el culto del *Daeva* e hice una proclama: 'el *Daeva* no será adorado'. Donde anteriormente el *Daeva* fue adorado, adoré a Ahuramazda con arreglo a la verdad y al ritual conveniente. Muchas otras cosas que estaban mal hechas las corregí. Y todo lo que hice, lo hice por deseo de Ahuramazda. Ahuramazda me prestó su ayuda hasta que concluí mi tarea.» Los «falsos dioses» a los que alude Jerjes son los *daevas,* divinidades de las sociedades guerreras prezarathústricas, opuestas al zoroastrismo por sus ritos sangrientos u orgiásticos. Cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, págs. 232 y sigs.

[57] La apostilla de Jerjes es reveladora de dos hechos: de que entre los asistentes a la reunión había personajes que, normalmente, habitaban en zonas remotas del imperio, y de que la «primera guerra médica» no pasó de ser, para los persas, un incidente fronterizo de mediana importancia.

[58] Es decir, la que concluyó con la derrota persa en Maratón. Hdt. narra la campaña en VI 94-120.

[59] Como observa R. W. Macan *(Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, I, pág. 12), «at least seven good reasons have been stated for the king's resolve: (1) filial piety, (2) religion, (3) revenge, (4) justice, (5) profit, (6) honour, (7) ambition».

[60] Héroe legendario epónimo del Peloponeso. Sobre su descuartizamiento por su padre Tántalo, para poner a prueba la omnisciencia de los dioses, y su boda con Hipodamía, princesa de Élide, tras haber vencido en la carrera de carros a Enómao, padre de la muchacha, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* Madrid, 1975, págs. 190 y sigs. Al recordar que Pélope era originario de Frigia (es decir, de una región sometida a la autoridad persa), Jerjes parece denotar que se consideraba con derechos sobre el Peloponeso.

remos que el imperio persa tenga por límites el firmamento de Zeus [61], pues el sol ya no verá a su paso ninguna nación, ninguna, que limite con la nuestra: con vuestra ayuda yo haré, después de haber recorrido Europa entera, que todos esos países formen uno solo. Según mis informes, la situación es la siguiente: una vez fuera de combate los pueblos que he citado, no queda en el mundo ni una sola ciudad, ni nación alguna, en toda la tierra, que pueda enfrentarse con nosotros en el campo de batalla [62]. Así, caerán bajo el yugo de la esclavitud tanto las naciones culpables ante nosotros como las inocentes [63].

2

3

»Por lo que a vosotros se refiere, podéis complacerme actuando de la siguiente manera: cuando os indique el

δ

---

[61] Es decir, de Ahuramazda, dios supremo de los persas, creador del mundo y dios del cielo, que fue identificado por los helenos, de acuerdo con su habitual *interpretatio graeca* de todo tipo de fenómenos sociales, con su propio dios del cielo y máxima divinidad. Heródoto concebía la tierra como un disco plano (cf., asimismo, HECATEO, fr. 18a, F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* [= *F. Gr. Hist.*], 1, Berlín, 1923), situado bajo una bóveda celeste hemiesférica con la que coincidía en sus límites extremos. Cf. CH. VAN PAASEN, *The classical traditions of Geography*, Groninga, 1957, págs. 65 y sigs.

[62] En el discurso de Jerjes aparecen tres afirmaciones que debían de halagar el sentimiento nacional de los griegos y, en particular, de los atenienses: el recuerdo del ataque contra Sardes, el fracaso persa en Maratón y la aseveración de que ellos eran el único obstáculo que se oponía a los persas para conquistar el mundo occidental.

[63] Aparece aquí otra vez (cf., por ejemplo, III 134, 1) la idea aqueménida de hacerse con un imperio universal, ansias de conquistas ininterrumpidas (causa remota de las guerras médicas, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction*, París, 1966 [= 1942], págs. 229-231), motivadas por la base teológica de la realeza persa, ya que su poder era considerado como la emanación de la potencia cósmica de Ahuramazda, por lo que el monarca se creía el dueño del mundo. Cf., asimismo, F. EGERMANN, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrbücher für klassische Altertum* (1938), 191-197 y 239-254, para quien la idea principal de Heródoto —y en torno a la que se agrupan todos los episodios de su obra— es la responsabilidad en la guerra de la potencia persa, que se ejerce por la fuerza.

momento en el que tenéis que acudir, cada uno de vosotros deberá presentarse decidido a todo; y, a quien acuda con el contingente mejor pertrechado, le concederé los presentes que, tradicionalmente, son más aprecia-
2 dos en nuestra patria [64]. Así pues, esto es lo que debéis hacer. Pero, para que no os dé la impresión de que sólo me atengo a mis propias opiniones, someto el asunto a vuestra consideración y os invito a que, quien lo desee, manifieste su parecer.» Dicho esto, Jerjes puso fin a su intervención [65].

---

[64] Según JENOFONTE *(Anábasis* I 2, 7), los presentes en cuestión consistían en collares y brazaletes de oro, y en un alfanje del mismo metal, además de un caballo con el freno, asimismo, de oro. CTESIAS *(Persiká* 22) incluye también un bastón de oro.

[65] En el discurso de Jerjes hay tres consideraciones principales que aparecen también en *Los persas* de ESQUILO (cf. A. W. GOMME, *The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley, 1954, págs. 95 y sigs.):

1. Expansionismo de sus predecesores, que aparece en *Persas* 93-99 (cito la traducción de J. ALSINA, *Esquilo. Tragedias completas*, Madrid, 1983, págs. 38-39):

   Por la voluntad divina
   ha reservado el destino
   a los persas, desde antiguo,
   luchas que torres abaten,
   choques de caballería,
   y destrucción de ciudades.

2. Imperiosidad de castigar a Atenas, reflejado en *Persas* 231 y sigs.
3. Atenas como obstáculo al imperialismo persa, plasmado en *Persas* 234. El pasaje, que en la tragedia de Esquilo refleja ambos puntos, dice así:

   REINA. — ...*Pero saber quisiera,*
   amigos, una cosa: ¿Dónde se encuentra Atenas?
   CORIFEO. — *Lejos, hacia poniente, do acaba su carrera*
   el sol, nuestro señor.
   REINA. — *¿Es que abrigaba el deseo*
   de apoderarse, acaso, de esta ciudad mi hijo?
   COR. — *Sí, que entonces la Grecia vasalla del rey fuera.*
   REINA. — *¿Tal es, pues, la abundancia de sus recursos bélicos?*
   COR. — *Su ejército es tan fuerte, que ha causado ya al Medo*
   grandes daños.

Tras las palabras del monarca, Mardonio dijo: «Señor, no sólo eres el persa más glorioso de cuantos han existido, sino también de cuantos vivan en el futuro, pues, en todas tus palabras, has alcanzado las máximas cotas de acierto y precisión, pero, sobre todo, es que no vas a permitir —ya que son indignos de ello— que los jonios que habitan en Europa[66] se burlen de nosotros. Desde luego, sería algo vergonzoso que, si hemos sometido a los sacas, a los indios, a los etíopes, a los asirios[67] y a otros muchos y poderosos pueblos, que no infligieron el menor agravio a los persas y a quienes tenemos esclavizados por el mero deseo de extender nuestro imperio, no castigáramos a los griegos, que fueron los primeros en iniciar las hostilidades. 9 2

[66] Es decir, los griegos de la península helénica (no los atenienses exclusivamente), ya que, en Oriente, los griegos eran conocidos con el nombre de jonios. Los judíos los denominaban *Javan* (cf. *Génesis* X 2), y Darío, en la *Inscripción de Behistun*, los llama *Yauna* (cf. col. I, § 6). También Atosa (cf. Esquilo, *Persas* 178) denomina a Grecia «la tierra jonia». Cf. J.M. Cook, *The greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962, págs. 23 y sigs.

[67] Los sacas debían de ser un pueblo escita (en las inscripciones de Darío aparecen citados con el nombre de *Sakastana)*, establecido al N. del Hindukush, entre los cursos medios del Oxos (= Amu Daria) y del Yaxartes. Por otra parte, pese a que, en la inscripción de Darío en Persépolis, el monarca incluye entre sus súbditos a los indios (Heródoto dice, en IV 44, 3, que Darío, tras el viaje de Escílax —sobre el mismo, cf. nota IV 194—, sometió a algunos pueblos indios y que empleaba el Indo como ruta comercial), la soberanía persa puede haberse limitado a la región noroccidental de la India (cf., *supra*, III 102, 1); y, en época de Alejandro, la autoridad persa no era reconocida al E. del Indo. Sobre la conquista de Etiopía por parte de los persas, cf. nota III 141. Por Asiria, Hdt. entiende —pese a que en las inscripciones cuneiformes hay distinción geográfica— todo el territorio comprendido entre la meseta del Irán, Armenia y el desierto arábigo; la confusión del historiador (cf., por ejemplo, I 178, 1) puede deberse a la similitud religiosa y cultural existente entre Babilonia y Nínive, y a que Babilonia había sido vasalla de los asirios con frecuencia.

α »¿Qué podemos temer? ¿La coalición, acaso, de numerosas tropas? ¿tal vez su poderío económico? Conocemos su manera de combatir[68]; conocemos que su poder es débil. Hemos sometido, y los tenemos en nuestro poder, a sus descendientes, a esos que residen en nuestros dominios y que reciben el nombre de jonios, eolios 2 y dorios[69]. Además, hablo por propia experiencia, pues, siguiendo instrucciones de tu padre, ya he marchado contra esos sujetos: avancé hasta Macedonia, y poco me faltó para llegar a la mismísima Atenas, sin que nadie saliera a mi encuentro para presentarme batalla[70].

β »Sea como fuere, según mis informes, los griegos, por su arrogancia y estupidez, tienen por costumbre entablar combates de la manera más insensata: cuando se declaran entre sí la guerra, los contendientes buscan a toda costa el terreno más aprovechable[71] y despejado, y bajan a luchar allí, de manera que los vencedores acaban retirándose con elevadas pérdidas, y, acerca de

---

[68] Es decir, que los griegos entraban en combate con escasos efectivos militares en comparación con la magnitud de fuerzas que los persas lanzaban a las batallas. Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war*, Berkeley, 1957, págs. 1 y sigs.

[69] Sobre el establecimiento de las ciudades griegas en Asia Menor, cf. C. Roebuck, «The Economic Development of Ionia», *Classical Philology* 48 (1953), 9 y sigs. La documentación literaria está recogida en M. B. Sakellariou, *La migration grecque en Ionie*, París, 1958. Las instituciones y los elementos micénicos, en F. Cassola, *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles, 1957.

[70] Sobre la campaña de Mardonio (que tuvo lugar en el año 492 a. C. y que Hdt. narra en VI 43 y sigs.), cf. H. U. Instinsky, «Herodot und der 1. Zug des Mardonios gegen Griechenland», *Hermes* 84 (1956), 477 y sigs. Sin duda, Mardonio está exagerando, aunque la expedición que acaudilló cumplió el objetivo previsto: consolidar el dominio militar persa en Tracia Occidental y Macedonia; cf., *supra*, nota VI 219.

[71] Literalmente, «más hermoso», haciendo referencia a las llanuras cultivadas, donde podían desplegarse las tácticas de combate de la falange; sobre ellas, cf. P. Connolly, *Los ejércitos griegos*, Madrid, 1981, págs. 26 y sigs.

los vencidos, huelga que diga nada, pues, como es natural, resultan aniquilados. Dado que esas gentes hablan 2 la misma lengua, deberían dirimir sus diferencias apelando a heraldos y mensajeros [72], o por el medio que fuese, antes que en el campo de batalla. Y, si fuera absolutamente necesario que, entre sí, recurriesen a la guerra, deberían buscar a toda costa un lugar en el que ambos bandos resultasen prácticamente imbatibles y medir allí sus fuerzas [73]. Pues bien, a pesar de que los griegos suelen actuar de una manera tan poco acertada, cuando yo avancé hasta Macedonia, no se decidieron a ponerla en práctica, es decir, a presentar batalla.

»Por consiguiente, majestad, ¿quién va a oponerse Y a ti en son de guerra, cuando conduzcas todos los efectivos de Asia, así como todos sus navíos? En mi opinión, el talante de los griegos no alcanza semejante osadía, pero, si se diera el caso de que yo errase en mi apreciación y ellos, con un optimismo insensato, nos presentaran batalla, se percatarían de que, en el terreno militar, somos los mejores guerreros del mundo. En definitiva, no renunciemos a nada sin haberlo intentado, pues nada se resuelve por sí solo, sino que los seres humanos suelen conseguirlo todo a fuerza de tentativas [74].»

---

[72] Sobre las relaciones interestatales griegas y los procedimientos empleados para tratados y arbitrajes, cf. D. J. MOSLEY, «Diplomacy in classical Greece», *Ancient Society* 3 (1972), 1 y sigs.

[73] Como observa PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 20, nota 1), «la voix qui déclare que les Grecs, parlant la même langue, devraient, pour régler leurs différends, recourir à la diplomatie et à tout autre moyen plutôt que d'en appeler aux armes, n'est pas celle du 'belliciste' Mardonios; c'est la voix d'Hérodote, qui, ailleurs, ne cache pas son peu de goût pour la guerre. Et c'est encore Hérodote qui réprouve la conception chevaleresque, la conception sportive de la guerre, et souhaite que, si on est dans l'obligation de la faire, on la fasse du moins en économisant les vies humaines».

[74] Mardonio concluye su intervención con un proverbio griego que

10 Tras haber matizado [75] tan hábilmente el objetivo de Jerjes, Mardonio puso fin a su intervención.

Entonces, en vista de que los demás persas guardaban silencio, sin atreverse a manifestar una opinión contraria a la que había sido propuesta, Artábano [76], hijo de Histaspes, que era tío paterno de Jerjes, confiando precisamente en dicho parentesco, dijo lo que sigue:

α «Majestad, si no se expresan opiniones que entre sí difieran, resulta imposible elegir la mejor alternativa, por lo que es menester atenerse a la que haya sido expuesta; en cambio, sí que es posible hacerlo cuando hay un contraste de pareceres (exactamente igual a lo que ocurre con el oro puro, al que no podemos distinguir por sí solo, y, en cambio, cuando lo frotamos [77] junto

---

aparece ya en Alcmán, fr. 125 *PMG* (= D. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962); en Teognis, 571, y en Teócrito, IX 62.

[75] Al limitar a la conquista de Grecia los grandiosos proyectos de Jerjes de conquistar todo el mundo occidental.

[76] Artábano (que en persa significa algo así como «el bienaventurado») va a desempeñar el papel de sabio consejero, en una intervención de carácter gnomológico plagada de aforismos y sentencias. Es lo que L. Lattimore («The wise Adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 [1939], 24 y sigs.) ha llamado un *practical adviser*, un «consejero práctico», una figura que aparece en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 27 para Biante o Pitaco, y III 36 para Creso).

[77] «En la piedra de toque», se entiende, donde el oro puro deja una huella característica. En la Antigüedad se conocía a la piedra de toque con el nombre de *Lydius lapis*, porque la variedad del jaspe negro se daba abundantemente en la zona del monte Tmolo (cercano a Sardes, la capital de Lidia). Plinio *(Hist. Nat.* XXXIII 43) dice, al respecto, de la operación para verificar la pureza del oro: «his coticulis periti, quum e vera ut lima rapuerint experimentum, protinus dicunt quantum auri sit in ea, quantum argenti vel aeris, scripulari differentia, mirabili ratione, non fallente» (en la actualidad, sobre la huella dejada por el oro en la piedra se vierte ácido nítrico y, si el objeto es de oro puro, la huella no se altera, mientras que, si es de una aleación, se produce un cambio de color, que indica aproximadamente la pureza del oro). La metáfora aparece también en Teognis, 417, 449, 1105, y en Píndaro, *Pít.* X 67.

a oro de otra calidad, podemos distinguir cuál es mejor). Yo ya aconsejé a Darío, tu padre y hermano mío, 2 que no atacara a los escitas [78], un pueblo que no posee una sola ciudad en todo su territorio [79]. Pero él, con la esperanza de someter a los escitas nómadas [80], no me hizo caso, organizó una expedición y regresó después de haber perdido muchos y valeroso soldados de su ejército [81]. Pues bien, tú, majestad, te dispones a 3 atacar a unos hombres mucho más bravos aún que los escitas, unos hombres que pasan por ser magníficos guerreros tanto por mar como por tierra. Así que, en justicia, debo explicarte el peligro que entraña tu proyecto.

»Dices que vas a tender un puente sobre el Helesponto y a conducir un ejército a través de Europa, con destino a Grecia. Pero lo cierto es que también puede β

78 Cf. IV 83, 1.

79 Sobre la inviabilidad de un ataque contra Escitia, el propio Hdt. insiste, en IV 46, 3, sobre la carencia de ciudades en la zona. Pero ello sólo es cierto parcialmente, ya que había escitas sedentarios (cf. IV 18, y T. N. Bysockaja, «Sur l'agriculture des Scythes tardifs en Crimée», *Sovietskaja Archeologija* [1972], 260 y sigs.), y en la costa se encontraban emplazadas diversas ciudades griegas.

80 Sobre los diversos pueblos escitas a que alude Heródoto, cf. IV 17 y sigs. La campaña de Darío contra Escitia se fecha tradicionalmente en 514/513 a. C. (cf. M. A. Levi, «La spedizione scitica di Dario», *Rivista di Filologia* 61 [1933], 58 y sigs., aunque se han propuesto diversas dataciones; cf., *supra*, nota IV 1), y, pese a que sus móviles y el desarrollo de las operaciones militares son poco claros, los críticos han propuesto diversas hipótesis para explicar la expedición, siendo las más significativas las siguientes: 1) que el objetivo fuese conquistar Tracia (cosa que se logró) y que la campaña contra los escitas consistiera meramente en una demostración de fuerza, para asegurar la frontera persa en el Danubio; 2) que Darío pretendiera conquistar todo el mar Negro por razones económicas (fundamentalmente, obtener el oro de Transilvania y el trigo del S. de Rusia), lo cual parece más improbable.

81 Sobre el resultado catastrófico que, en el libro IV, atribuye Hdt. a la expedición de Darío, cf. Ph. E. Legrand, «Hérodote historien de la guerre scythique», *Revue des Études Anciennes* (1940), 219 y sigs.

producirse una derrota por tierra o por mar, o en ambos lugares a la vez, pues esos individuos tienen fama de ser gente bizarra, y cabe deducir que así es, si tenemos en cuenta que fueron los atenienses quienes, por sí solos, aniquilaron [82] el poderoso ejército que, con Datis y Artáfrenes, llegó hasta el Ática [83]. 2 Supongamos, en cualquier caso, que no triunfan en ambos terrenos; pero si se lanzan sobre nuestras naves [84] y, tras alzarse con la victoria en un enfrentamiento naval, ponen rumbo al Helesponto, destruyendo acto seguido el puente, en esa posibilidad, precisamente, radica el peligro [85], majestad.

Y »Personalmente, yo no abrigo esos temores por poseer una perspicacia innata, sino por el desastre que a punto estuvo de sucedernos en cierta ocasión, cuando tu padre, tras mandar que se tendiera un puente sobre el Bósforo Tracio y que se hiciera lo propio sobre el río Istro [86], los cruzó para atacar a los escitas. Durante aquella campaña, los escitas, apelando a todo tipo

---

[82] La afirmación es hiperbólica en dos aspectos: 1) se omite la participación del contingente plateo en Maratón (cf. VI 108, 1), así como la decisiva presencia en Atenas del ejército lacedemonio —aunque Hdt. no llegó a entender bien este extremo— al día siguiente de la batalla (cf. VI 120); 2) el ejército persa acaudillado por Datis y Artáfrenes no fue aniquilado, ya que toda la caballería (unos cinco mil hombres), más, al menos, cinco mil soldados de infantería, debieron de regresar a Asia (cf. nota VI 569).

[83] Acerca de los presumibles efectivos con que contaron los persas durante la primera guerra médica (cf., *supra*, nota VI 548).

[84] O, según otra traducción que permite el texto, «si embarcan en sus naves».

[85] Al impedir al ejército persa la retirada por tierra, medida que propondría Temístocles tras Salamina; cf. VIII 108, 2 y F. Miltner, «Das Themistokles Strategie», *Klio* 31 (1938), 219 y sigs.

[86] Respectivamente, el estrecho del Bósforo (la precisión tiene por objeto distinguirlo del «Bósforo Cimerio», o estrecho de Kerch, a la entrada del mar de Azov) y el río Danubio. Los puentes se tendieron en las proximidades de Bizancio (cf. IV 87, 2) y a unos 80 km. de la desembocadura del Danubio (cf. IV 89, 2).

de argumentos, instaron a los jonios, a quienes se había confiado la custodia de los puentes del Istro [87], para que destruyeran el paso. Y es seguro que si, en aquellos 2 momentos, Histieo, el tirano de Mileto, hubiera seguido el parecer de los demás tiranos, en lugar de oponerse [88], el imperio persa habría sido exterminado. ¡Y, sin embargo, es terrible sólo oír decir que la suerte del Rey estuvo toda ella en manos de un hombre, sí, de uno solo!

»Por lo tanto, no te arriesgues, bajo ningún concepto, δ a correr semejante peligro, ya que no hay la menor necesidad, y hazme caso: de momento disuelve esta junta, y, cuando te parezca, vuelve a reconsiderar la cuestión a solas y ordena lo que, a tu juicio, sea más apropiado. Pues he llegado a la conclusión de que planear a fondo 2 un asunto constituye un inapreciable provecho, ya que, aun cuando pueda presentarse algún contratiempo, la decisión adoptada no deja de ser adecuada, y lo que ocurre es que la misma se ve trastocada por lo imprevisible [89]. En cambio, quien toma sus decisiones a la ligera se encuentra con un éxito inesperado, si le acompaña la fortuna, pero su decisión no deja de ser errónea.

---

[87] Cf., *supra*, IV 97-98.

[88] Cf. IV 137.

[89] La afirmación de Artábano se halla en la línea del pensamiento racionalista griego de la segunda mitad del siglo v a. C. (cf. Demócrito, fr. B 119, D.-K. [= H. Diels, W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, 1952]), siendo su mejor exponente, en el terreno de la teoría política, Tucídides, para quien, aunque el político responsable planea todos los factores que están al alcance de su razón, siempre pueden escapársele aspectos marginales. Esos imponderables reciben el nombre de *týchē*, sin que este término aluda a una potencia divina, sino a que los proyectos humanos para el futuro tienen sus límites. Cf. W. Müri, «Bemerkungen zum Verständnis des Thukydides», *Museum Helveticum* 4 (1947), pág. 251; y H. Herter, «Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides», *Rheinisches Museum* 93 (1950), 135.

ε »Puede observar cómo la divinidad fulmina con sus rayos a los seres que sobresalen demasiado, sin permitir que se jacten de su condición; en cambio, los pequeños no despiertan sus iras [90]. Puedes observar también cómo siempre lanza sus dardos desde el cielo contra los mayores edificios y los árboles más altos, pues la divinidad tiende a abatir todo lo que descuella en demasía [91]. De ahí que, por la misma razón, un numeroso ejército pueda ser aniquilado por otro que cuente con menos efectivos: cuando la divinidad, por la envidia que siente [92], siembra con sus truenos pánico o des-

---

[90] Por la existencia de un principio rector del universo que vela por el mantenimiento del equilibrio cósmico (sobre ese sentido cósmico aplicado al campo de la actividad humana, política o individual, cf. H. Pagel, *Die Bedeutung des aitiologischen Momentes für Herodots Geschichtsschreibung*, Berlín, 1927, pág. 34: «wie die Natur in einigen festen Bahnen kreist, so bewegt sich die menschliche Geschichte in einer Kreise wie ein Rad»). El pasaje presenta concomitancias con Sófocles, *Áyax* 758; Eurípides, fr. 964, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Hildesheim, 1964 (= 2.ª ed., 1888); y Platón, *Protágoras* 321b-c.

[91] La idea aparece también en Horacio, II, X 9-12:

> *Saepius ventis agitatur ingens*
> *pinus et celsae graviore casu*
> *decidunt turres feriuntque summos*
> *fulgura montis.*

Nos encontramos, como en otras ocasiones en la obra del historiador, con la idea de que la divinidad no quiere que un hombre se eleve demasiado. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, Munich, 1955, I, págs. 604 y sigs.; I. Kroymann, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalbegrifs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), 166 y sigs.

[92] La envidia de los dioses aparece como un estadio anterior a la moralización del destino humano (cf. *Odisea* V 118), y es una idea permanente en la obra de Heródoto. Cf., por ejemplo, la entrevista mantenida entre Solón y Creso, que se narra en I 28 y sigs., y J. Nawratil, «Θεῖον ταραχῶδες», *Philologische Wochenschrift* 60 (1940), 125 y sigs.

concierto[93] entre sus filas, dicho ejército, en ese trance, resulta aniquilado de manera ignominiosa, si tenemos en cuenta su número. Y es que la divinidad no permite que nadie, que no sea ella, se vanaglorie.

»La precipitación, en suma, engendra errores en todo tipo de asuntos, y de los errores suelen derivarse graves daños; en la cautela, en cambio, radican una serie de ventajas que, aunque no denoten su presencia de inmediato, a la larga, empero, llegan a detectarse[94]. ζ

»Esto es, majestad, lo que, en definitiva, te aconsejo. Y tú, hijo de Gobrias, deja de decir tonterías sobre los griegos, que no son merecedores de tus infamias. Lo cierto es que calumnias a los griegos para inducir al rey a que entre en campaña personalmente; a mi juicio, ésa es precisamente la razón de toda la vehemencia de que haces gala. Pues bien, ¡que ello no suceda! La calumnia es algo sumamente execrable[95]: en ella dos son los reos de injusticia y una sola la víctima. En efecto, quien calumnia es reo de injusticia, ya que acusa a alguien que no está presente, y también es reo de injusticia quien le presta oídos sin haberse informado previamente como es debido. Por lo tanto, el que no asiste η 2

---

[93] Los truenos aterran, y producen un estado de estupor (que recibe el nombre de *embróntēsis)* que impide todo movimiento, porque se consideran una manifestación de la voluntad divina. Cf. E. O. James, *Prehistoric Religion = La religión del hombre prehistórico* [trad. de J. M. Gómez-Tabanera], Madrid, 1973, pág. 299.

[94] Artábano está hablando como un griego, al exhortar a Jerjes a la moderación *(sōphrosýnē)*, una virtud típicamente helénica. Todo este pasaje es, naturalmente, ahistórico, concebido en forma poética, y procedente quizá de una fuente griega en sus líneas maestras. Cf. K. Glombiowski, «Swiat Perski dziele Herodota», *Meander* 34 (1979), 83 y sigs. (aunque sus conclusiones son en exceso radicales).

[95] Cf. Isócrates, *Antídosis* 18, que insiste en lo mismo. También en el mundo persa son abundantes los testimonios que reprueban la calumnia (cf., *supra*, I 138, 1; *Vendīdād*, IV 54-55; *Inscripción de Behistun* I 10 y IV 5, 6, 13 y 14).

a la conversación resulta agraviado durante la misma de la siguiente manera: se ve calumniado por uno de los interlocutores y, a juicio del otro, pasa por ser un malvado.

θ »Ahora bien, si, en realidad, es absolutamente necesario atacar a esas gentes, de acuerdo: por lo que a la persona del rey se refiere, que permanezca en territorio persa, y nosotros dos pongamos en juego la vida de nuestros hijos. Tú escoge los hombres que quieras, toma los efectivos que desees, por numerosos que sean, 2 y dirige personalmente la expedición. Si los intereses del rey triunfan como tú aseguras, que mis hijos sean ejecutados, y yo con ellos; pero, si todo ocurre como yo predigo, que sufran esa suerte tus hijos, y tú con 3 ellos, suponiendo que regreses. Mas, si rehúsas someterte a estas condiciones y, pese a todo, acabas conduciendo un ejército contra Grecia, estoy seguro de que cualquiera de los que se queden aquí, en nuestra patria, oirá decir que Mardonio —sí, que tú—, después de haber ocasionado a los persas un terrible desastre, es pasto de perros y de aves [96] en cualquier rincón de la tierra de los atenienses o de los lacedemonios (si es que no lo has sido ya antes, por el camino), tras comprobar el temple de los hombres contra quienes pretendes que el rey entre en campaña [97].»

---

[96] Artábano vuelve a hablar como un griego, ya que el mayor temor que podía abrigarse a la hora de la muerte era quedar insepulto, a merced de las alimañas (piénsese en la *Antígona* de Sófocles). No obstante, entre los persas (como el propio Hdt. indica en I 140, 1), «el cadáver... no recibe sepultura, mientras no haya sido desfigurado por un ave de rapiña o un perro», pues el zoroastrismo prohibía mancillar el agua, la tierra y el fuego, por ser elementos divinos. Cf. *Vendīdād*, VI 44, y J. DUCHESNE-GUILLEMIN, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.

[97] Además del elogio final a los griegos, el discurso de Artábano señala, como desgracias posibles que deben tenerse en cuenta, exactamente lo que acabará sucediéndole a la expedición de Jerjes: derrota

11 Esto fue lo que dijo Artábano. Entonces Jerjes, irritado[98], le respondió en los siguientes términos: «Artábano, eres hermano de mi padre; eso te va a librar de recibir el castigo que merecen tus tonterías. Pero, por tu cobardía y tu flaqueza, te voy a imponer la siguiente afrenta: no me acompañarás a mí en la campaña contra Grecia y permanecerás aquí, con las mujeres; que yo haré realidad, aun sin tu concurso, todos los planes que he expuesto. 2 ¡Que deje de ser hijo de Darío, nieto de Histaspes y descendiente de Ársames, de Ariaramnes, de Teíspes, de Ciro, de Cambises, de Teíspes y de Aquémenes[99], si no castigo a los atenienses! Pues sé perfectamente que, si nosotros seguimos una política de paz, ellos, en cambio, no lo harán, sino que, con toda seguridad, atacarán nuestro país, si hay que tomar como referencia su anterior comportamiento, ya que incendiaron Sardes e invadieron Asia[100]. 3 A ambos bandos, pues, nos resulta imposible renunciar a la guerra; todo lo contrario, la cuestión estriba en tomar la iniciativa o en ser agredidos, a fin de que Asia entera caiga en poder de los griegos, o toda Europa pase a manos de los persas: debido a nuestras diferencias, no cabe término medio[101]. 4 Ya va siendo hora, en definitiva, de que nos-

militar por mar y por tierra, manifestaciones divinas adversas puestas en evidencia por las tormentas que habrían de desencadenarse (cf. VII 43, VIII 12 y 37-38), y muerte de Mardonio a consecuencia de la «envidia» divina (cf. IX 63).

98 Por el atrevimiento de Artábano al manifestar un parecer opuesto a los planes de Jerjes expresados en el capítulo octavo (sobre la contradicción con la fórmula con que el monarca termina su intervención en dicho pasaje, cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 31, nota 1). Como ha puesto de relieve P. Hohti («Freedom of speech in speech sections in the *Histories* of Herodotus», *Arctos* 8 [1974], 19 y sigs.), en Heródoto el problema de la libertad de expresión sólo aparece en contextos persas.

99 Cf. Apéndice III.

100 La frase es histerológica.

101 La consideración es anacrónica, ya que la posibilidad de lle-

otros, que hemos sido los primeros en resultar agredidos, nos venguemos, para que, de paso, pueda constatar ese terrible peligro que voy a correr si ataco a esos individuos; sí, a esos a quienes ya el frigio Pélope —que fue un esclavo de mis antepasados [102]— sometió con tal éxito que, todavía hoy en día, esas gentes, así como su territorio [103], llevan el nombre de su conquistador.»

Vacilaciones de Jerjes. Una aparición nocturna convence al monarca y a Artábano de la necesidad de la campaña

12 Hasta este punto se prolongó el debate. Poco después, sin embargo, cayó la noche y la opinión de Artábano empezó a inquietar a Jerjes, quien, consultando la cuestión con la almohada [104], llegó a la firme conclusión de que no le convenía atacar Grecia. Una vez que hubo tomado esta nueva resolución, se quedó profundamente dormido. Mas he aquí que, al decir de los persas, en el transcurso de la noche tuvo, poco más o menos, la siguiente visión [105]: Jerjes

---

var la guerra contra los persas al propio continente asiático no empezó a cobrar cuerpo entre los griegos hasta los años que siguieron al fin de la segunda guerra médica. Y la idea de una conquista de Asia por parte griega no se vislumbró hasta los años sesenta del siglo v a. C., durante las victoriosas campañas de Cimón. Cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 92 y sigs.

[102] Cf., *supra*, nota VII 60.

[103] Los peloponesios y el Peloponeso, respectivamente.

[104] Literalmente, «entregando consulta a la noche». Sobre la importancia de la noche como consejera, cf. Plutarco, *Temístocles* 26. Como señala M. Fernández Galiano (*Heródoto*..., pág. 165), «comienza un forcejeo dramático entre el Rey y su destino, que podría pertenecer a la mejor tragedia griega. Obsérvese la preponderancia de lo poético sobre lo histórico». Cf. K. Glombiowski, «De regum imaginibus a Herodoto depictis», *Meander* 35 (1980), 459 y sigs.

[105] La tradición persa sobre el sueño de Jerjes debió de surgir *post eventum* para mitigar la responsabilidad del monarca en la decisión de llevar a cabo la desafortunada campaña contra Grecia (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII*..., pág. 18: «l'intention apologétique est évidente; l'histoire des apparitions du spectre a été inventée dans les mêmes cercles où l'on rejetait sur les Grecs l'initiative

creyó ver junto a él a un individuo alto y bien parecido [106] que le decía: «¿Así, persa, que has cambiado de parecer y no vas a dirigir tus tropas contra Grecia, a pesar de haber ordenado a los persas que reúnan efectivos? En verdad que no haces bien al alterar tus planes, y nadie en tu corte te lo perdonará [107]. Mira, como de día te decidiste por la acción, sigue por ese camino.» Una vez que la aparición hubo pronunciado estas palabras, Jerjes creyó ver que se alejaba volando. 2

Sin embargo, al rayar el día, el monarca no hizo caso alguno del citado sueño, sino que convocó a los persas a quienes había reunido la víspera y les dijo lo siguiente: «Persas, excusadme por cambiar súbitamente de opinión, pero es que todavía no he llegado a mi plena madurez y, por otra parte, quienes me instigaban a llevar a cabo los planes que os expuse no se apartaban de mi lado ni un solo instante. Es verdad que, al 13 2

---

des conflits entre la Grèce et l'Asie; Hérodote peut la tenir des mêmes *lógioi* perses de qui, tout au début e son ouvrage, il faisait connaître l'opinion et les réflexions sarcastiques»). En general, sobre este pasaje, vid. G. GERMAIN, «Le songe de Xerxès et le rite babylonien du substitut royal (Étude sur Hérodote 7, 12-18)», *Revue des Études Grecques* 69 (1956), 303 y sigs., y J. A. S. EVANS, «The dream of Xerxes and the νόμοι of the Persians», *Classical Journal* 57 (1961), 109 y sigs.

[106] Una elevada estatura y una acusada belleza física son signos por los que se puede reconocer a héroes y divinidades (cf., *supra*, I 68, 3, y II 91, 3; *Ilíada* I 272), siendo la belleza un rasgo propio de divinidades favorables (cf. PLATÓN, *Critón* 44a).

[107] En la frase puede haber latente una referencia al descontento del militarismo persa ante la política de Jerjes, más preocupado por cuestiones legislativas y religiosas que por emprender nuevas conquistas (cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, pág. 248), ya que, si los tiranos griegos solían aplicar una política de construcciones públicas para dar trabajo a la población más pobre y mantenerla ocupada (cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1966), el imperialismo persa, al menos hasta Jerjes, mantenía a los siempre inquietos nobles ocupados en guerras de conquistas para evitar sublevaciones. Sobre el valor de la guerra como medida política para asegurarse el orden interior, cf. ARISTÓTELES, *Política* V 10, 1313b.

oír el parecer de Artábano, mi ardor juvenil [108] se desbordó al instante, hasta el extremo de que me encaré con una persona entrada en años en un tono menos correcto de lo debido. Sin embargo, en estos momentos, 3 reconozco mi error y voy a seguir su consejo. Por consiguiente, como he cambiado de idea y no pienso atacar Grecia, podéis dejar sin efecto los preparativos.» Al oír estas palabras, los persas se prosternaron [109] ante él llenos de alegría.

14 Mas, al llegar la noche, volvió a presentársele a Jerjes, mientras dormía profundamente, la misma aparición, que le dijo: «¿Así, hijo de Darío, que ante los persas has renunciado abiertamente a la expedición y haces caso omiso de mis palabras, como si las hubieses escuchado de labios de un don nadie? Pues bien, ten muy en cuenta lo siguiente: si no emprendes inmediatamente la expedición, por no hacerlo te ocurrirá lo que voy a decirte: así como en breve plazo te has hecho grande y poderoso [110], de la misma manera muy pronto volverás a ser insignificante.»

---

[108] Sobre la edad de Jerjes por esas fechas, cf. nota VII 13, y E. Hermes, *Die Xerxesgestalt bei Herodot*, Kiel, 1951. Para los griegos la juventud era el período de la vida comprendido entre la adolescencia (los dieciocho años) y la madurez (los cuarenta años, aproximadamente).

[109] Para este tipo de saludo entre los persas, cf., *supra*, I 134, 1. La monarquía persa se basaba en la fidelidad de los nobles, ya que el monarca era «Gran Rey», o «Rey de Reyes». A diferencia de lo que ocurría en Egipto, el monarca no era considerado un dios, sino el representante de la divinidad sobre la tierra. Su poder se consideraba como la emanación de la potencia cósmica de Ahuramazda, por lo que era visto como dueño del mundo, subyaciendo en ello una ideología que tenía sus raíces en las más antiguas concepciones iranias (si bien no eliminó por entero los aspectos feudales de la realeza), de ahí su inaccesibilidad a la gente y el ceremonial de la *proskýnesis* (o «postración», un fenómeno que fue mal comprendido por los griegos), que no indicaba divinidad, sino carácter sacrosanto de la realeza. Cf. G. Widengren, «The sacred kingship of Iran», *Numen* 4 (1959), 242 y sigs.

[110] Posiblemente, Jerjes personaliza aquí a Persia. Según H. Stein (*Herodotos. Buch VII...*, pág. 28), este pasaje es parodiado por Aristófa-

Aterrorizado por la visión, Jerjes saltó de la cama 15 y despachó un emisario para que llamase a Artábano. Y, a su llegada, el monarca le dijo lo siguiente: «Artábano, en un principio yo procedí de una manera irreflexiva, pues, ante el acertado consejo que me brindabas, me dirigí a ti en un tono insultante. Sin embargo, poco 2 tiempo después me arrepentí de ello y comprendí que debía hacer lo que tú me habías sugerido. Mas he aquí que, en contra de mis deseos, me veo en la imposibilidad de seguir tus indicaciones, pues, precisamente por haber reconsiderado mi actitud y haber cambiado de opinión, se me está apareciendo un espectro que se opone rotundamente a que obre en ese sentido; concretamente, ahora mismo acaba de marcharse después de haberme hecho objeto de serias amenazas. En resumen, 3 si quien lo envía es un dios que desea a toda costa que se organice una expedición contra Grecia [111], ese mismo espectro también se presentará volando ante ti, para transmitirte las mismas órdenes que a mí. E imagino que ello puede suceder así, si tomas mi indumentaria y mis atributos [112] y, con ellos puestos, te sientas acto

---

NES, *Aves* 488. Esta comedia fue representada en el año 414 a. C., lo que, junto a otras referencias del comediógrafo a la *Historia* (cf. *Acarnienses* 524 y sigs., respecto a I 4, 2; *ibid.* 82-86, para I 133, 1, y 192, 1; *Aves* 552 y 1124 y sigs., para I 179, 1; *ibid.* 1130, para II 127, 1; *ibid.* 1142 y sigs., para II 136, 4; *Nubes* 273, para II 25), prueba la pronta difusión de la obra del historiador.

[111] La misma divinidad a la que, en tono confiado, se había dirigido Jerjes en VII 8α, 1 (cf., asimismo, nota VII 51). Sobre el valor de los sueños —que en la Antigüedad fueron siempre considerados como poseedores de un carácter premonitorio—, cf. E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. de M. ARAUJO], Madrid, 1980, págs. 103 y sigs., con la bibliografía que se cita en las notas.

[112] Literalmente, «todo mi equipo». En los bajorrelieves de la sala del trono de Jerjes, en las ruinas de su palacio en Persépolis, el monarca aparece sentado sobre su trono (consistente en una elevada silla, provista de dosel, y cuyas patas terminan en forma de cabezas

seguido en mi trono, para, posteriormente, ir a acostarte en mi cama.»

16 Esto fue lo que le dijo Jerjes. Artábano, sin embargo, se negó en un principio a obedecer su orden, dado que no se consideraba digno de sentarse en el trono real [113]; finalmente, viéndose presionado, hizo lo que le ordenaba, pero antes le dijo lo siguiente:

α «En mi opinión, majestad, el mismo aprecio merecen el juicio atinado y la predisposición a prestar oídos a quien propone sabios consejos, cualidades ambas de las que estás dotado, siendo una camarilla de intrigantes quienes propician tus errores [114]; exactamente igual

---

de león), tocado con una tiara vertical, zapatos de color azafrán, capa y bombachos de color púrpura, al igual que su túnica en la que hay bordados, en tonos blancos, halcones, los pájaros sagrados de *Ormuzd* (principio del bien, que acabó siendo identificado con Ahuramazda en períodos posteriores, convirtiéndose en dios máximo al reducir a las restantes divinidades al papel de aspectos del dios), y que iba ceñida por un cinturón de oro (cf., *infra,* VIII 120), de la que pende su espada, adornada con piedras preciosas. Cf. P. Huart-Delaporte, *L'Iran antique,* París, 1943, págs. 310 y sigs.

[113] Tomar asiento en el trono del rey constituía un delito de lesa majestad que podía castigarse con la muerte. Cf. Quinto Curcio, VIII 4, 17, y Valerio Máximo, V 1, así como Arriano, *Anábasis* VII 24, 1-3, donde el que un desconocido se sentara en el trono de Alejandro es considerado un mal presagio.

[114] Artábano debe de estar refiriéndose al partido militarista que existiría en Susa (cf. notas VII 48 y 107), cuyas imputaciones —solapadas, sin duda— al monarca aparecen en Esquilo, *Persas* 753 y sigs., en boca de Atosa, hablando con la sombra de Darío (cito por la traducción de J. Alsina mencionada en nota VII 65):

> *Tales son las lecciones que el trato con malvados*
> *ha inyectado en el alma del impetuoso Jerjes.*
> *Decían que tu inmensa fortuna con tu lanza*
> *para tus descendientes ganaste, y que él, en cambio,*
> *preso de cobardía manejaba la pica*
> *en su casa tan sólo, sin aumentar en nada*
> *la fortuna paterna. Día a día escuchando*
> *de labios de malvados reproches parecidos,*
> *contra Grecia decidiste mandar bélica hueste.*

que el azote de los vientos, al abatirse sobre el mar —el elemento más útil del mundo para los seres humanos—, no le permite, según dice la gente, conservar su verdadero carácter [115].

»A mí no me produjo tanto pesar oír los reproches 2 que me dirigiste como comprobar que, siendo dos los planes propuestos a los persas —uno que tendía a fomentar su desmesura [116], y otro, en cambio, tendente a refrenarlo y partidario de que es perjudicial imbuir en la conciencia del hombre el deseo permanente de conseguir más de lo que se posee—, como comprobar, repito, que, a pesar de que los planes propuestos eran los que he citado, elegías el más peligroso tanto para tu persona como para los persas.

»Sea como fuere, en estos momentos, tras haberte β decidido por la mejor alternativa, aseguras que, por haber renunciado a la expedición contra los griegos, un

Sobre todos los pasajes de Heródoto que presentan concomitancias con pasajes de los *Persas*, cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, pág. 125, nota 2.

[115] La afirmación (sorprendente en labios de un persa, de un individuo perteneciente a un pueblo continental) es específicamente griega, siendo aplicada por lo general (los orígines de la misma se hallan en *Ilíada* II 144) a la comparación con las pasiones del populacho (Tito Livio, XXXVII 10, llama al tópico *vulgata similitudo)*. Cf. Solón, fr. 11D (Ernst Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca*, fasc. 1: «Poetae elegiaci», Leipzig, 1954, 3.ª ed.); Polibio, XI 29, 10.

[116] En terminología más moderna podríamos decir, o traducir, «expansionismo». Literalmente, su «orgullo», su *hýbris*, uno de los conceptos fundamentales de la filosofía religiosa de la época arcaica griega y que, con ciertos matices, pervive en época clásica. Como señala E. R. Dodds *(Los griegos y lo irracional...*, págs. 39 y sigs.), la doctrina de la *hýbris* es el resultado de una moralización de la creencia general en la «envidia» de los dioses (cf. nota VII 92): si la divinidad, celosa garante del orden cósmico, actúa contra el ser humano, lo hace movida por una justa reacción, porque el hombre ha incurrido en *hýbris*, en insolencia; y toda *hýbris*, en la mentalidad arcaica, exige un castigo. En general, cf. E. Wolff, *Griechisches Rechtsdenken*, Francfort, 1950.

sueño enviado por algún dios se te presenta repetida-
2 mente sin permitirte eludir el proyecto. Pero esos fenómenos, hijo mío, no poseen, ni mucho menos, un carácter sobrenatural. Los ensueños que asaltan de vez en cuando a los seres humanos consisten en lo que yo, que soy muchos años mayor que tú, voy a indicarte: lo que se ve en los sueños, que de vez en cuando suelen asaltarnos, responde por lo general a las preocupaciones que uno tiene de día [117]. Y nosotros, durante las pasadas fechas, no hacíamos más que ocuparnos de dicha campaña.

Y »Pero, si resulta que ello no es como yo presumo, sino que lo ocurrido se debe a una intervención sobrenatural, tú mismo, sucintamente, has indicado la solución: en concreto, que la visión se me aparezca también a mí —como ya ha hecho contigo— y que me transmita sus órdenes. Ahora bien, ese espectro, si es que realmente quiere aparecerse a todo trance, no va a sentirse más obligado a hacerlo ante mí porque lleve tus ropas en lugar de las mías, ni tampoco porque pase la noche
2 en tu cama y no en la mía. Pues, como es natural, cuando ese ser —sea el que sea—, que se te aparece en sueños, me vea, no va a caer en la enorme simpleza de confundirme contigo únicamente por tu atuendo. Lo que tenemos que averiguar de una vez por todas es si a mí no me presta la menor atención, sin dignarse a aparecerse (tanto si llevo puesta mi ropa como la tuya), y en cambio a ti se te sigue presentando. Pues si lo que pasa es que persiste en sus visitas [118], personalmente

[117] Cf. Cicerón, *De Div.* I 22: «res, quae in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident, quaeque agunt vigilantes agitantque, ea si cui in somno accidunt, minus mirum est, sed di rem tantam haud temere improviso offerunt». La interpretación de Artábano es producto de la experiencia del durmiente, pero, ya desde época prehistórica, no todos los sueños debieron de considerarse significativos. Cf. L. Lévy Bruhl, *La mentalité primitive*, París, 1922, pags. 101 y sigs.

[118] Mostrándose, a partir de ese momento, también a Artábano.

estaría también obligado a reconocer su carácter sobrenatural [119]. En fin, si esa es la decisión que has adoptado y no hay medio de que la reconsideres, sino que debo acostarme en tu cama sin perder un instante, de acuerdo; ejecutaré puntualmente tus órdenes y esperemos que la visión también se me aparezca a mí. Pero, hasta entonces, seguiré pensando como ahora.» 3

Esto fue, concretamente, lo que dijo Artábano, que cumplió las órdenes de Jerjes en la esperanza de poder demostrarle al monarca la inexactitud de sus afirmaciones. Se puso, pues, la indumentaria de Jerjes y tomó asiento en el trono real, para, posteriormente, irse a la cama. Pero, cuando estaba profundamente dormido, se le acercó la misma aparición que ya visitara a Jerjes y, en levitación sobre su cuerpo, le dijo lo siguiente: «¿Conque tú eres el sujeto que, so pretexto de velar fielmente por sus intereses, se empeña en impedir que Jerjes ataque Grecia? Pero no dejarás de recibir tu merecido, tanto en el futuro como en este mismo instante [120], si intentas oponerte a la voluntad del destino [121]. Que, por lo que a Jerjes respecta, la suerte que le aguarda, si se niega a obedecerme, ya se la revelé a él personalmente.» 17 2

Artábano, en suma, creyó ver que la aparición lo amenazaba en esos términos y, además, que iba a que- 18

---

[119] Lo cual, en principio, está en contradicción con la interpretación onírica propuesta por Artábano, ya que, de producirse, su sueño podría considerarse, asimismo, «objetivo» (o «externo», en la terminología de J. Hundt, *Der Traumglaube bei Homer*, Greifswald, 1935), al estar provocado por una causa externa: la confidencia y posterior decisión de Jerjes.

[120] Además de intentar dejarlo ciego (cf. el comienzo del capítulo siguiente), la aparición le augura otros castigos.

[121] Sobre el destino ineluctable que se cierne sobre los seres humanos, un tema presente constantemente en la *Historia*, cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), 31 y sigs.

marle los ojos con unos hierros candentes [122]. Entonces lanzó un alarido, se incorporó de un salto y fue a sentarse junto a Jerjes, contándole con toda suerte de detalles la visión que había tenido en sueños; tras de lo cual 2 le dijo lo siguiente: «Majestad, como soy una persona que ya ha visto a muchas y poderosas naciones sucumbir ante adversarios inferiores, quería evitar que te dejases llevar en todos tus actos por tu fogosidad juvenil, pues sé lo perjudicial que es ambicionar muchos objetivos, ya que recuerdo cómo concluyó la campaña de Ciro contra los maságetas [123], así como la de Cambises contra los etíopes [124]; y, por otra parte, porque acompañé al propio Darío en su expedición contra los escitas [125]. 3 Teniendo en cuenta estos factores, era de la opinión de que, si seguías una política de paz, ibas a recibir los parabienes de todo el mundo. Pero, dado que nos encontramos ante un designio de carácter sobrenatural y, al parecer, una catástrofe de origen divino se va a abatir sobre los griegos [126], personalmente me retracto de lo que dije y cambio, asimismo, de opinión.

---

[122] Cegar a una persona era un castigo habitual en Oriente. Cf. *Jeremías* 39, 7 y 52, 11, para la suerte que sufrió *Sidqiyahu* (= Sedecías), en 587 a. C., al sublevarse contra Nabucodonosor II de Babilonia, y Jenofonte, *Anábasis* I 9, 13, para idéntico castigo aplicado a los malhechores en la satrapía de Ciro el Joven.

[123] Cf. I 201 y sigs. Los maságetas eran un pueblo nómada, dedicado fundamentalmente al pastoreo, que habitaban la región del lago Aral. Acerca de ellos, vid. I. V. Piankov, «The Massagetae the neighbours of the Indians», en *L'Asie centrale dans l'antiquité et au moyen âge*, Moscú, 1977, págs. 53 y sigs.

[124] Cf. Apéndice IV.

[125] Cf., *supra*, notas VII 80 y 81.

[126] Como señala A. Hauvette (*Hérodote historien des guerres médiques...*, pág. 289), «le fantôme qui... poussait à la guerre, c'était, pour les Perses, son mauvais génie; pour les Grecs, dans le récit d'Hérodote, c'est le dieu jaloux d'une trop haute puissance et vengeur d'un orgueil excessif. Ainsi l'historien grec adapte avec un art parfait les traditions orientales au goût de son public».

Así que tú haz saber a los persas las señales que nos envía la divinidad, ordénales, en lo que a los preparativos militares se refiere, que se atengan a tus instrucciones iniciales y, supuesto que el cielo nos otorga su beneplácito, procura, por tu parte, no incurrir en negligencia alguna.»

4 Tras estas manifestaciones, ambos se sintieron entusiasmados [127] con la visión, por lo que, apenas rayó el día, Jerjes informó de esos pormenores a los persas y, por otra parte, Artábano, que en un principio era el único que se oponía abiertamente a la campaña, demostraba en aquellos momentos un gran interés por ella.

19 Poco después, cuando Jerjes se hallaba ya decidido a llevar a cabo la expedición, tuvo en sueños una tercera visión, que —una vez que la hubieron escuchado— los magos [128] estimaron que se refería a la suerte de toda la tierra, en el sentido de que todos los seres humanos serían esclavos suyos. (Por cierto que la visión consistió en lo siguiente: Jerjes creyó verse coronado por un tallo de olivo y que las ramas que surgían del mismo se extendían por la totalidad de la tierra; posteriormente, sin embargo, la corona que ceñía su cabeza había desaparecido [129].)

---

[127] El término empleado posee un sentido ominoso. Cf. H. C. Avery, «A poetic word in Herodotus», *Hermes* 107 (1979), 1 y sigs.

[128] Los magos constituían la casta sacerdotal del zoroastrismo, única conocedora del ritual religioso y encargada de la interpretación de todo tipo de prodigios. Cf. É. Benveniste, *Les mages dans l'Iran ancien*, París, 1938. Sobre el significado del término *maguš*, vid. R. G. Kent, *Old Persian Grammar, Texts, Lexicon*, New Haven, 1950, 201 b (y la reseña de F. Altheim en *Gnomon* 23, 191 y sigs.).

[129] La visión podía interpretarse favorablemente antes del comienzo de la campaña. El tallo de olivo podía simbolizar a Atenas (al ser el árbol sagrado de la ciudad, ya que el olivo fue el don que Atena hizo a la ciudad cuando se disputó con Posidón su soberanía; cf. Apolodoro, III 14, 1), y las ramas que de él salían representan el dominio sobre Grecia entera, una vez sometida Atenas. La desaparición de la

2 Una vez que los magos hubieron dado la citada interpretación, todos y cada uno de los persas que habían sido convocados partieron sin pérdida de tiempo hacia sus respectivas provincias y pusieron todo su empeño en el cumplimiento de las órdenes recibidas, ya que cada cual deseaba conseguir, a título personal, las recompensas prometidas [130]. Así fue como Jerjes reclutó su ejército: rebuscando, para las levas, por todas las zonas del continente [131].

20 *Magnitud de la expedición*

En efecto, por espacio de cuatro años enteros [132] a partir de la reconquista de Egipto, Jerjes estuvo preparando su ejército y todo lo necesario para el mismo; finalmente, a los cinco años [133], se puso en campaña con un enorme contingente de tropas.

---

corona podía interpretarse como la absorción de Grecia por el imperio persa, consumada ya la conquista, que es lo que habría dado temporalmente gloria a Jerjes y, por ello, durante un tiempo habría aureolado su cabeza. No obstante, la tradición del tercer sueño de Jerjes debe de haber surgido *post eventum*, y significaría el revés que sufrió el monarca tras haber tomado la acrópolis de Atenas y haber destruido el olivo consagrado a Atena (cf. VIII 55). Por otra parte, el origen de la tradición sobre la visión es posible que fuera ateniense y, en todo caso, el informador de Heródoto no debió de ser el mismo que le habló de la aparición que impulsó a Jerjes a decidirse por la guerra. Cf. R. G. A van Lieshout, «A dream on a καιρός of history. An analysis Herodotus, *Hist.* VII, 12-19; 47», *Mnemosyne* 23 (1970), 225 y sigs.

[130] Cf., *supra*, VII 8δ, 1, y nota VII 64.

[131] Es decir, todos los rincones de Asia.

[132] De 485/484 a 481/480 a. C. Pese a lo que dice Heródoto, Jerjes no debió de emplear cuatro años ininterrumpidos en la organización de la campaña, que, si se retrasó durante ese tiempo, fue entorpecida por los problemas internos por los que atravesó el imperio. En la *Inscripción Daeva* (cf. nota VII 56), Jerjes dice (§ 2 y sigs.): «Yo soy Jerjes, el Gran Rey, Rey de Reyes..., hijo de Darío, el Rey; un Aqueménida, un persa, hijo de persa, un ario de estirpe aria... Por la gracia de Ahuramazda, éstos son los países sobre los que, además de Persia, impero...» Sigue a continuación una lista en la que, aparte de los países citados en las primeras inscripciones de Darío, se observa un avance de la soberanía persa en la frontera nororiental, ya que se menciona

De hecho, que nosotros sepamos, de todas las expedi- 2 ciones militares, ésta fue, con gran ventaja, la más im-

---

a los *Dakai* (que, al parecer, residían al E. del Caspio; cf. Estrabón, XI 511) y a los *Akaufaka* (quizá establecidos en el Afganistán septentrional). La inscripción prosigue así: «Dice Jerjes, el Rey: cuando llegué a Rey, hubo uno de esos países que se rebeló. Entonces Ahuramazda me prestó ayuda. Gracias a Ahuramazda aplasté a ese país.» Aunque cabe la posibilidad de que el país aludido sea Egipto, A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 232, nota 6, incide en que debió de producirse una rebelión en Bactria (a ella aluden autores tardíos, como Plutarco, *Moralia* 173, y Justino, II 10), encabezada por Ariamenes, un hermano de Jerjes. Lo que sí es seguro es que Babilonia se sublevó en el año 482. A diferencia de Egipto, Babilonia aceptó sin resistencia la sucesión de Jerjes (el nuevo monarca había sido, en tiempos de Darío, virrey en la región), ya que, entre el último documento babilonio en que aparece el nombre de Darío y el primero en que figura el nombre de Jerjes (y que data del 1.° de diciembre del año 486), pasó menos de un mes (cf. R. A. Parker, W. H. Dubberstein, *Babylonian Chronology...*, pág. 14), y en él era citado con el título tradicional de «Rey de Babilonia, rey de los países». Algo debió, pues, de ocurrir, que indujo a los babilonios a la sublevación. Como la rebelión egipcia había sido aplastada, no es presumible que Babilonia se levantara contra Jerjes alentada por el ejemplo de Egipto; lo más probable es que ello se debiera a la intolerancia político-religiosa del monarca, así como a sus medidas centralizadoras, ya que ordenó que el título real («Rey de Persia y de Media») se antepusiera al título babilonio. La cuestión es que el sátrapa Zópiro (cf., *supra*, III 160, 2) fue asesinado, estallando la rebelión (cf. Ctesias, *Persiká* 53). Del 10 al 29 de agosto del año 482 un tal *Belshimanni* aparece en las tablillas babilonias como «rey de Babilonia»; y, antes de octubre del mismo año, quien aparece citado como rey es *Shamash-ariba* (cf. G. Cameron, «Darius and Xerxes in Babylonia», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 58 [1941], 319 y sigs.). No obstante, Megabizo (hijo del conjurado del mismo nombre que apoyó a Darío en el derrocamiento de Bardiya; cf. III 70, 2) tomó Babilonia poco después; y la conquista de la ciudad fue seguida de una dura represión: las fortificaciones construidas por Nabucodonosor fueron demolidas, *Esagila* y su *ziggurat* fueron destruidos, y la estatua de *Bel-Marduk* (cf., *supra*, I 182, 2-3) fundida en lingotes.

[133] En primavera del año 480 a. C. La expedición propiamente dicha comenzó para Heródoto cuando las tropas de Jerjes abandonaron Sardes (cf. VII 37, 1), ya que el viaje desde Susa a la satrapía jonia lo consideraba parte integrante de los preparativos. Para la traduc-

portante [134], hasta el extremo de que, comparada con ella, la de Darío contra los escitas [135] parece una insignificancia, lo mismo que la de los escitas (cuando estos últimos invadieron Media, en persecución de los cimerios, y sometieron y ocuparon casi toda Asia Superior [136], lo cual indujo posteriormente a Darío a tratar de castigarlos), o —según los datos de la tradición— que la de los Atridas contra Ilión [137], o que la de los misios y los teucros [138] (que tuvo lugar con anterioridad a la

---

ción propuesta, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, I, pág. 29.

[134] Esta opinión era general en el mundo griego. Cf. TUCÍDIDES, I 23, 1, y F. JACOBY, «Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und der Plan einer neuen Sammlung der griechischen historiker Fragmente», *Klio* 9 (1909), 102, nota 3.

[135] Cf. nota VII 80.

[136] Es decir, la zona situada al E. del río Halis, que servía de frontera entre Asia Superior y Asia Inferior (= Asia Menor). A la expedición de los escitas contra Asia alude el historiador en I 103-106. Con todo, la incursión escita fue, según los textos cuneiformes, bastante posterior a la llegada de los cimerios, los *Gimirrai* de los textos, que son mencionados hacia finales del reinado de Sargón (hacia 722-705 a. C.), mientras que los escitas (los *Ashkuzai)* aparecen en el reinado de Asarhaddón *(ca.* 681-669 a. C.); y, posiblemente, llegaron a Asia, procedentes del S. del Cáucaso, llamados por *Sinsharishkun*, el último rey asirio de Nínive (cf. R. P. VAGGIONE, «Over all Asia? The extent of the Scythian domination in Herodotus», *Journal of Biblical Literature* 92 [1973], 523 y sigs.). Según DIODORO, II 26, unos «bactrios» (posiblemente los escitas) acudieron en socorro de Nínive a instancia del rey de esta ciudad, pero luego apoyaron a los medos, por lo que la capital asiria pudo ser tomada en 612 a. C. Sobre la invasión de los cimerios, cf. *The Assyrian Empire (The Cambridge Ancient History,* III), Cambridge, 1925, págs. 188 y sigs., y 507 y sigs.; F. BOSI, «A proposito dei Cimmeri», *Epigraphica* 32 (1970), 143 y sigs. Un eco de su invasión aparece en CALINO, fr. 3 DIEHL.

[137] Es decir, la acaudillada por Agamenón y Menelao contra Troya para rescatar a Helena (expedición que el propio Heródoto data hacia el año 1250 a. C.; cf. II 145, 4). La tradición a que alude el historiador puede referirse, en concreto, al «Catálogo de las Naves», que aparece en el canto II de la *Ilíada*.

[138] Dos pueblos del NO. de Asia Menor que, según la tradición

guerra de Troya), quienes, después de pasar a Europa por el Bósforo, sometieron a todos los tracios, bajaron hasta el mar Jonio [139] y, por el Sur, llegaron hasta el río Peneo [140].

21 Todas esas expediciones, así como otras que, además de las citadas, se llevaron a cabo, no estuvieron a la altura de la de Jerjes, por la singularidad de la misma. Pues, ¿a qué nación originaria de Asia no acaudilló este monarca contra Grecia [141]? ¿Qué curso de agua, a excepción de los ríos caudalosos, no se secó al tratar de satisfacer las necesidades de las tropas [142]? 2 Unos pueblos, en efecto, proporcionaban naves; otros estaban encuadrados en la infantería; a otros se les había encargado que facilitasen caballería; a otros que, además de soldados, aportasen embarcaciones para el transporte de los caballos; a otros se les había ordenado que proporcionasen naves de combate [143] para la construcción de los puentes, y, a otros, víveres y navíos.

(cf. CH. VELLAY, «Le règne de Laomédon», *Classica et Mediaevalia* 8 [1946], 44 y sigs.), fueron acaudillados por el padre de Príamo, Laomedonte, a quien se atribuía la construcción de los muros de Troya. No obstante, el origen europeo de los misios parece preferible a un origen asiático (cf., *infra*, VII 75). Sobre las razones por las que Heródoto pensaba en una migración asiática de los pueblos que menciona, y los problemas que la misma comporta, cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 133-134.

139 El mar Adriático (cf. VI 127, 2).

140 Río de Tesalia, en Grecia Septentrional, que avenaba la mayor llanura de la Hélade.

141 El «catálogo» de las fuerzas, que, a las órdenes de los persas, tomaron parte en la campaña, lo facilita el historiador en VII 61 y sigs.

142 Cf. VII 43, para el Escamandro; VII 58, para el Melas; VII 108, para el Liso; VII 127, para el Equidoro, y VII 196, para el Onocono.

143 Es decir, penteconteros y trirremes (cf. VII 36, 1), que eran más apropiados que los cargueros para resistir la fuerza de la corriente existente en el Helesponto.

22 *Apertura de un canal en el Atos*

Por otra parte, debido al desastre que habían sufrido los primeros expedicionarios al contornear el Atos [144], se estaban adoptando en dicha zona, desde hacía unos tres años poco más o menos, una serie de medidas al efecto. Los persas, en ese sentido, poseían una base naval, con trirremes [145], en Elayunte [146], en el Quersoneso, y contingentes de todas las naciones que integraban el ejército —y que se relevaban periódicamente— partían de allí para excavar un canal a fuerza de latigazos [147] (en la excavación también tomaban parte los habitantes de la región del Atos),

---

[144] En el otoño del año 492 a. C., con ocasión de la expedición de Mardonio contra Tracia y Macedonia. Cf. VI 44-45 y nota VII 70.

[145] El trirreme era el navío de guerra típico del Mediterráneo en el siglo v a. C. (sobre su origen fenicio, cf. L. Basch, «Phoenician Oared ships», *The Mariner's Mirror* 55 [1969], 139-162 y 227-245). La embarcación era impulsada a remo por tres filas de remeros a distinto nivel y un hombre en cada remo (veintisiete remeros a cada lado en los dos niveles inferiores, y treinta y uno a cada lado en el nivel superior). Por documentos navales atenienses sabemos que los remos medían entre 4 y 4,5 m. de longitud, siendo las dimensiones máximas de los navíos 37 m. de eslora por 3 de manga en el casco, alcanzando los 6 m. al nivel de los arbotantes, unos salientes en los costados del barco que permitían dar mayor impulso a los remos. La dotación de un trirreme, incluidos los 170 remeros, se componía de 200 hombres (en cubierta solían ir unos 15 hoplitas). Su velocidad era, en condiciones favorables, de unos 10 o 15 km. por hora.

[146] Localidad situada en la extremidad meridional del Quersoneso Tracio (la actual península de Gallípoli), a orillas del Helesponto. La base naval persa allí existente debía de datar de la época en que la flota fenicia, en 493 a. C., tomó las ciudades griegas que habían secundado la rebelión jonia (cf. VI 33), y los navíos allí destacados tendrían por misión asegurar la soberanía persa en el estrecho. Elayunte dista, en línea recta, unos 200 km. del lugar donde se excavó el canal a que, a continuación, alude el historiador.

[147] El empleo del látigo para hacerse obedecer resultaba repulsivo para los griegos (cf., también, VII 56, 1; 103, 4; 223, 2), pero estaba generalizado entre los persas; cf. Jenofonte, *Anábasis* III 4, 25.

siendo los persas Búbares, hijo de Megabazo, y Artaqueas, hijo de Arteo [148], quienes dirigían la obra. 2

El Atos, por cierto, es un elevado y célebre macizo montañoso que se adentra en el mar [149] y que está habitado. El lugar en el que el macizo termina, y se une al continente, constituye una especie de península, con un istmo de unos doce estadios [150]; la zona consiste en una llanura, con colinas de escasa elevación, que se extiende desde el mar de Acanto [151] hasta el situado al otro lado de Torone [152]. En el citado istmo, que es donde termina el Atos, se halla emplazada Sane, una ciudad griega; mientras que las ciudades emplazadas al sur de Sane, en pleno macizo del Atos —a las que, por aquellas fechas, el Persa pretendía convertir en isleñas, haciéndoles perder su carácter de continentales [153]—, son las siguientes: Dio, Olofixo, Acrotoo, Tiso y Cleonas [154]. 3

---

148 Búbares, hijo del conquistador de Tracia, Megabazo (= *Bagabāza*, que había gozado de gran crédito ante Darío; cf. IV 143), estaba casado con Gigea, hermana de Alejandro I de Macedonia (cf. V 21, 2); de ahí, quizá, su presencia en la zona donde se excavó el canal. Sobre Artaqueas, cf. VII 117.

149 El monte Atos, que alcanza los 2.032 m. de altura, se halla situado en la extremidad sudoriental (que constituye el cabo Ninfeo) de la península de Acté y, desde la Calcídica, penetra en el Egeo unos 45 km.

150 Algo más de 2.100 m. (1 estadio = 177,6 m.).

151 Localidad situada a orillas del golfo del Estrimón, a unos 3 km. al NO. de donde se excavó el canal. Cf. R. V. Schoder, *Ancient Greece from the air*, Londres, 1974, págs. 236-237.

152 Se refiere al golfo Singítico, que separa la península de Acté, la más oriental de la Calcídica, de la de Sitonia, la península central. Torone estaba situada en la costa sudoccidental de esta península, a orillas del golfo de su mismo nombre.

153 Lo que, para un griego, era una prueba de orgullo impío. Cf. P. Hohti, «Die Schuldfrage der Perserkriege in Herodots Geschichtswerk», *Arctos* 10 (1976), 37 y sigs.

154 La localización de todas estas ciudades es problemática (Sane, Dio, Olofixo, Tiso y Cleonas figuran en las listas tributarias atenienses en el distrito de Tracia, dentro de la zona del Atos; cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History between the persian and peloponnesian*

23 Ésas son las ciudades que están enclavadas en el Atos. Y, por lo que a la excavación se refiere, los bárbaros [155], tras haberse repartido el terreno por naciones [156], procedieron de la siguiente manera. Trazaron a cordel una línea recta, que pasaba por la ciudad de Sane [157], y, cuando el canal alcanzó cierta profundidad, unos, situados en las zonas más hondas del mismo, prosiguieron la excavación, mientras que otros, a medida que se iba extrayendo la tierra, se la pasaban a un grupo diferente de obreros que se encontraban algo más arriba, sobre unos andamios, y quienes la recibían re-

---

Wars [ed. a cargo de R. Meiggs, A. Andrewes], Oxford, 1951, páginas 412-413). Según Tucídides (IV 109), Sane era una colonia de Andros situada a orillas del golfo Singítico, muy próxima a Acanto, y coincide con Heródoto en que era una ciudad griega, ya que, respecto a las otras cinco, dice que su población era bárbara, aunque bilingüe. Para su ubicación me he atenido al mapa de S. Lauffer, *Das klassische Griechenland,* Darmstadt [s. a.], que sitúa Olofixo y Acrotoo en la costa oriental de la península de Acté, a orillas del mar de Tracia, y a Dio, Tiso y Cleonas en la costa occidental de la misma península, a orillas del golfo Singítico.

[155] El término (que, originariamente, significa «no griego»; la palabra es de tipo onomatopéyico, significando «el que tartamudea»; cf. J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch,* I, Berna-Munich, 1959, págs. 91 y sigs.) no posee en Heródoto el sentido peyorativo (cf., sin embargo, VII 35, 1) que adquiriría posteriormente, ya que el historiador consideraba que la historia de los pueblos de Oriente aportaba a la civilización una importante contribución que merecía ser conocida, estudiada y, en ciertos casos, hasta imitada. Cf. R. Rtskhiladze, «La spécificité de l'Orient dans les *Histoires* d'Hérodote», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 22 (1974), 487 y sigs.

[156] El reparto se hizo sorteando las diversas secciones del canal, como se dice poco después.

[157] Es decir, por el territorio que dependía de dicha ciudad, ya que el concepto griego de *pólis* incluye el terreno que pertenecía a la misma, y que podía ser más o menos extenso. El trazado del canal está delimitado en la actualidad por una franja de tierra que atraviesa el istmo y que presenta una vegetación más rica que la que se da en el resto de la zona, pues la tierra colmató su trazado y conserva mejor la humedad. Cf. *Atlas de l'Antiquité classique,* París, 1961, núm. 100.

petían la operación, pasándosela a otros obreros, hasta llegar a los trabajadores apostados en los bordes, que la transportaban a cierta distancia de la obra y la tiraban [158].

2 Pues bien, el hundimiento de las paredes de la excavación ocasionó a todos los obreros —a excepción de los fenicios— una doble faena, ya que, como al borde del foso le dieron la misma anchura que al fondo, era inevitable que les ocurriera dicho percance. 3 Los fenicios, en cambio, también hicieron gala, en la obra que nos ocupa, de la habilidad que caracteriza todas sus empresas: una vez que el sorteo hubo determinado la parte que les correspondía perforar, se pusieron a excavar dando a los bordes del canal una anchura que duplicaba la que debía poseer el canal propiamente dicho, y, a medida que la obra avanzaba, la iban estrechando progresivamente, de manera que, al llegar al fondo, la parte que habían excavado poseía la misma anchura que la de los demás [159].

4 Y por cierto que, en dicho lugar, hay una pradera donde los obreros disponían de un mercado y de una lonja [160]; además, procedente de Asia, les llegaba con regularidad abundante harina de trigo.

---

[158] Es posible que la tierra procedente de la excavación fuese aprovechada para la construcción de las escolleras mencionadas en VII 37, 1.

[159] Heródoto debe de estar haciéndose eco de una tradición popular que habría confundido los hechos, ya que no es presumible que todos los obreros, salvo los fenicios, hubiesen incurrido en el burdo error que les atribuye (no construir el canal en talud). Posiblemente, durante las obras pudieron producirse desprendimientos de tierra; y los fenicios tal vez fueron los constructores de las escolleras, quizá lo más llamativo de la excavación. Ambos hechos, combinados y distorsionados, dieron lugar a la tradición que recoge el historiador.

[160] El término que aparece en griego *(prētērion)* presenta problemas de interpretación. Ph. E. Legrand *(Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 73), que traduce por «un magasin de vente», indica, en nota 1,

24 Ahora bien, de acuerdo con las conclusiones a las que he llegado analizando la cuestión, Jerjes ordenó excavar el citado canal por soberbia, ya que deseaba hacer alarde de su poderío y dejar un recuerdo de su persona [161]. Lo cierto es que, aunque los persas podían haber arrastrado sus naves a través del istmo sin ningún esfuerzo [162], el monarca ordenó excavar, de mar a mar, un canal lo suficientemente ancho como para que dos trirremes pudiesen navegar por él bogando a la par [163].

Por otra parte, los mismos obreros que se encargaron de la excavación del canal habían recibido también la orden de unir las orillas del río Estrimón por medio de puentes [164].

---

que «à côté d'un marché se tenant en plein air ou dans des baraques improvisées, un édifice permanent... une 'halle'». Los trabajadores debían de percibir un salario; de hecho, en la zona se ha encontrado un tesorillo, integrado por 300 *daricos* de oro, que, probablemente, data de esa fecha (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 318.

[161] El carácter megalómano de Jerjes llegó a convertirse, con el tiempo, en un *tópos* de la retórica antigua. Cf., por ejemplo, Isócrates, *Panegírico* 58; Juvenal, X 173 y sigs.; *Antología Palatina* IX 304.

[162] En relación con el tiempo que se tardó en hacer el canal (cf. VII 22, 1). Los barcos de mediano tamaño solían ser transportados por tierra, a través de los istmos, deslizándolos sobre rodillos de madera. En el istmo de Corinto, sin embargo, la ruta que seguían para cruzarlo (su nombre era *díolkos* —cf. Tucíd., III 15, VIII 7 y 8; Polibio, IV 19—, y sus restos parciales se descubrieron en 1956) tenía una anchura media de 3,5 a 5 m., se hallaba pavimentada y poseía tres ranuras paralelas en toda su extensión, para servir de guías a la plataforma que transportaba los navíos (cf. Y. Béquignon, «Le diolcos de Corinthe», *Revue Archéologique* [1958], 228 y sigs.). Pese a lo que dice el historiador, si los persas hubiesen atravesado el istmo transportando sus naves por tierra, el avance de la flota se habría retrasado mucho, dado el elevado número de efectivos con que contaban las fuerzas navales de Jerjes (cf. VII 89, 1).

[163] Los estudios topográficos que se realizaron en la zona permitieron suponer que el canal tenía una profundidad media de 4 m., y una anchura de 30 m. Cf. T. Spratt, «Remarkes on the Istmus on Mount Athos», *Journal of the Royal Geographical Society* 17 (1847), 145 y sigs.

[164] Cf., *infra*, VII 114, 1.

Otros preparativos persas

Éstas fueron, en suma, las medidas que, como he indicado, mandó adoptar. Entretanto, también ordenó preparar, para la construcción de los puentes, cables de papiro y de esparto (tarea que encomendó a fenicios y egipcios [165]), así como instalar depósitos de víveres para el ejército, a fin de que no pasaran hambre ni las tropas ni las bestias de carga que se dirigiesen contra Grecia [166]. Una vez informado de los lugares cuya situación era más idónea, mandó instalar allí los depósitos, y, desde todas las zonas de Asia, se fueron transportando víveres a los distintos emplazamientos a bordo de cargueros y de gabarras. Pues bien, unos transportaron provisiones [167] a un lugar de Tracia que recibe el nombre de Leucacte; en tanto que otros recibieron la orden de llevarlas a Tirodiza, una

25

2

[165] Parece verosímil que se ordenara a los egipcios el suministro de los cables de papiro y a los fenicios el de los de esparto (cf. VII 34, en este sentido). Sobre el papiro, cf., *supra*, notas II 335 y 336. Los fenicios importaban de España las hojas de la *Stipa tenacissima* para, una vez convertidas en fibras, su empleo en cordelería. Cf. A. Arribas, «Las bases económicas del Neolítico al Bronce», en *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, pág. 43.

[166] La finalidad fundamental de la instalación de los depósitos de víveres en los lugares que, a continuación, se mencionan no tendría por objeto consumirlos una vez que las tropas llegasen a los lugares en cuestión, sino incluirlos entre los víveres que el ejército traía consigo desde Asia, a medida que el avance iba progresando, por si los persas, al S. de Macedonia, se encontraban con una táctica de tierra quemada (un problema con el que, por ejemplo, se topó Darío cuando invadió Escitia; cf. IV 120, 1).

[167] Sigo la lectura de H. Stein (*Herodotos. Buch VII..., ad locum*). Según la lectura de Hude, la traducción sería: «Pues bien, en ese sentido, el mayor número de provisiones lo transportaron a...». De acuerdo con la lectura de Legrand, que cree que Heródoto se limita a citar los lugares que servían como depósitos de trigo exclusivamente (cf. *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 74, nota 2), habría que traducir: «Pues bien, por lo que al trigo se refiere, la mayor parte la transportaron a...».

localidad perteneciente a Perinto; otros, a Dorisco; otros, a Eyón, a orillas del Estrimón, y otros, a Macedonia [168].

26 *Partida del ejército en dirección a Sardes*

Mientras esas unidades llevaban a cabo la misión que les había sido encomendada, en el ínterin todo el ejército de tierra, que ya se había reunido, avanzaba con Jerjes en dirección a Sardes, tras haber partido de Critala, en Capadocia [169], pues aquél era el lugar que se había fijado para que se reunieran todas las fuerzas que, en unión del propio Jer- 2 jes, debían avanzar por tierra [170]. (Por cierto que no puedo precisar —pues ni tan siquiera sé si entraron en liza sobre el particular— quién fue el gobernador [171] que, por haber presentado las tropas mejor equipadas, recibió los presentes que el rey había ofrecido [172].)

---

[168] Los puntos en que fueron situados los depósitos de víveres (todos ellos emplazados en Europa) aparecen citados en el orden de marcha que siguieron las fuerzas de Jerjes. Leucacte (= Punta Blanca) era un cabo de la Propóntide (= Mar de Mármara), muy próximo al Quersoneso Tracio (cf. ESCÍLAX, *Periplo* 67). Tirodiza, también a orillas de la Propóntide, estaba situada a unos 20 km. al E. de Leucacte; cf. ESCÍLAX, *Periplo* 68 (pero no estaba «en territorio de Perinto», de la que distaba unos 120 km., y de ahí la traducción que propongo). Sobre Dorisco, cf. VII 59. Sobre Eyón, cf. VII 113. El depósito de víveres instalado en Macedonia debió de situarse en Terme, a orillas del golfo Termeo, donde Jerjes se reunió con sus fuerzas navales (cf. VII 124).

[169] Capadocia (en persa *Katpatuka)* era una región de Anatolia Central. La situación de Critala no está bien determinada. Como es presumible que, desde Susa (de donde habría salido en verano del año 481), Jerjes avanzara hacia el Oeste por la «ruta real» (cf. V 52), se la ha identificado con Mazaca, la posterior Cesarea, situada a unos 250 km. al O. de Melitene (cf. libro V, mapa 2, en pág. 99), en las cercanías del curso medio del Halis. No obstante, se han propuesto otras localizaciones.

[170] Probablemente Critala sería el punto de reunión para todas las fuerzas procedentes de las satrapías orientales y meridionales. Los contingentes de las zonas de Anatolia Occidental debieron de unirse al grueso del ejército en Sardes o en Abido.

[171] Cf. nota VII 30.

[172] Cf., *supra*, VII 8δ, 1.

Tras haber franqueado el río Halis[173], los expedicionarios penetraron en Frigia y avanzaron por dicha región llegando a Celenas[174], en donde manan las fuentes del río Meandro[175] y las de otro, no menos caudaloso que el Meandro —cuyo nombre, concretamente, es Catarrectes[176]—, que nace en plena ágora[177] de Celenas y desemboca en el Meandro. En dicho lugar, asimismo, 3

---

[173] El río Halis (del que Heródoto parece ser que desconocía el curso exacto, ya que, en I 6, 1, le atribuye una dirección Sur-Norte) constituía la línea divisoria de Asia Menor (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 6, 1): al E. del río la zona se hallaba bajo la directa dependencia militar del ejército del Gran Rey, mientras que, al Oeste, el control lo ejercían las fuerzas de los sátrapas occidentales. Jerjes, siguiendo por la «ruta real», cruzaría dos veces el Halis, la segunda por la región de Pteria (cf. I 76, 1), en el trazado de una antigua ruta hitita. Cf. J. GARSTANG, «Hittite military roads in Asia Minor», *American Journal of Archaeology* 47 (1943), 35 y sigs.

[174] Es decir que, una vez cruzado el Halis, Jerjes no se dirigió directamente a Sardes por la «ruta real», sino que se desvió hacia el Sur, quizá para inspeccionar las obras de fortificación que se estaban llevando a cabo en Celenas —y a las que, indirectamente, alude JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 9—, probablemente para que sus tropas pudiesen controlar con mayor eficacia la zona de Caria, que, durante la sublevación jonia, se había mostrado particularmente belicosa (cf. V 118-121). R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh...*, II, págs. 126 y sigs., calcula que los persas debieron de emplear unos 50 días en recorrer el trayecto que separaba Susa de Critala, y entre 7 u 8 días para dirigirse de Critala a Celenas.

[175] El río más caudaloso de Asia Menor, que desemboca en el Egeo (sus aluviones han colmatado por completo el antiguo golfo Latmíaco, a orillas del cual se encontraba Mileto).

[176] Se trata del río Marsias, el primer afluente importante del Meandro por la izquierda. El nombre que le atribuye Heródoto quizá sea debido al caudal de sus fuentes (Catarrectes viene a significar «el que brota impetuosamente»), ya que, según JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 8, en Celenas el Marsias tenía una anchura de 25 pies (= 7,4 m.).

[177] En las ciudades griegas el *ágora* era el lugar en que (además de celebrarse ceremonias religiosas, políticas, etc.) los mercaderes vendían sus artículos, constituyendo el verdadero centro neurálgico de la vida ciudadana. No obstante, y según JENOFONTE *(loc. cit.)*, el Marsias nacía en una gruta.

se halla colgada la piel del sileno Marsias, siendo Apolo quien, según una tradición que circula entre los frigios, la dejó allí colgada después de haberlo desollado [178].

27 *Entrevista entre Jerjes y el lidio Pitio* En esa ciudad aguardaba al monarca el lidio Pitio, hijo de Atis [179], quien agasajó a todo el ejército de Jerjes, así como al propio soberano, con suma esplendidez, y manifestó su deseo de pro- 2 porcionarle dinero para la campaña. Ante la oferta económica de Pitio, Jerjes preguntó a los persas de su séquito quién era el tal Pitio y a cuánto ascendía su fortuna para poder hacerle aquella oferta. «Majestad —le respondieron ellos—, ése es el que obsequió a tu padre Darío con el plátano y la vid de oro [180], y, que nosotros

---

[178] Marsias era un sileno (es decir, una divinidad de la naturaleza, con rasgos equinos) que inventó, según algunas leyendas, la flauta de doble tubo. Otros mitos atribuyen su invención a Atena, quien, disgustada porque le afeaba el rostro, arrojó el instrumento a un campo frigio y maldijo al que lo usase. Marsias descubrió la flauta y desafió a Apolo, dios de la lira, a una competición musical. Venció el dios, y Marsias fue desollado. Sobre las fuentes antiguas que transmiten la leyenda, cf. P. Grimal, *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine,* París, 1951, pág. 277.

[179] Probablemente, nieto de Creso, el último rey de Lidia (cf., *supra,* I 34 y sigs.), que habría heredado la enorme fortuna de sus antepasados, pues, en tiempos de Ciro, no era habitual confiscar las posesiones de los enemigos sometidos (además, parece ser que los Mérmnadas no conspiraron contra Darío cuando éste se hizo con el trono). El nombre de Pitio puede deberse a las estrechas relaciones que Creso mantuvo con Delfos (cf. I 50). No obstante, sobre el posible carácter popular de la entrevista entre Pitio y Jerjes, cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen,* Gotinga, 1969 (= 1921), pág. 171.

[180] Dos joyas atribuidas a Teodoro de Samos, un famoso escultor (cf. Vitrubio, 7 *prefacio),* pintor (cf. Plinio, *Hist. Nat.* VII 198, XXXIV 83, XXXV 146, XXXVI 95), arquitecto (cf. Diógenes Laercio, II 103) y orfebre (cf., *supra,* I 51, 3, y Pausanias, VIII 14, 8), que vivió en la primera mitad del siglo vi a. C., por lo que presumiblemente las joyas habrían pertenecido a los Mérmnadas desde los tiempos de Aliates *(ca.* 607-560 a. C.), el padre de Creso. Los dos objetos eran de pequeñas

sepamos, después de ti, sigue siendo, hoy por hoy, el hombre más rico del mundo.»

28 Sorprendido ante esta última afirmación, el propio Jerjes le preguntó, poco después, a Pitio a cuánto ascendía su fortuna. «Majestad —le respondió él—, no voy a ocultártelo, ni a alegar que ignoro lo que poseo; todo lo contrario, lo sé y te voy a facilitar una detallada relación, ya que, en cuanto tuve noticias de que bajabas 2 al mar de Grecia [181], me informé de su cuantía deseoso de entregarte dinero para la campaña. Y, echando cuentas, me he encontrado con que poseo dos mil talentos [182] de plata y con que me faltan siete mil *estateras* para llegar a los cuatro millones de *daricos* de oro [183].

---

dimensiones (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 38), pero su fama se debía a la finura de su trabajo (cf. FOCIO, *Biblioteca* 612; DIODORO, XIX 47).

[181] Es decir, al mar Egeo.

[182] Si Pitio está refiriéndose a talentos babilonios (la tributación establecida por Darío para los pueblos de su imperio se atenía, para la plata, al sistema babilonio; cf. III 89, 2), la cifra aludida equivale a 67.380 kg. de plata (1 talento babilonio = 33,69 kg.). Si el peso para el talento correspondía al sistema euboico (el empleado en Atenas, tras la reforma de Solón, para los pesos monetarios), la cifra equivaldría a 51.840 kg. de plata (1 talento euboico = 25,92 kg.). Para las conversiones a nuestro sistema decimal de los pesos y medidas empleados por Hdt., me atengo, en lo fundamental, a la obra de F. HULTSCH, *Griechische und römische Metrologie*, Graz, 1971 (= 1882).

[183] Las *estateras* persas de oro (también llamadas *daricos)* eran monedas con un peso aproximado de 8,40 gr. de oro muy puro, ya que sólo poseían un tres por ciento de aleación (tenían, pues, una ley de 970 milésimas de oro, esto es, 23,3 kilates). La cuantía de las *estateras* de Pitio equivaldría, por tanto, a unos 33.541 kg. de oro. En Grecia la *estatera* pesaba 8,65 gr. (pues el oro no era tan puro) y equivalía a 20 dracmas de plata (= 86,5 gr.), dado que la relación entre el oro y la plata se valoraba, por lo regular, en una proporción de 1:10 (en Oriente su proporción era de 1:13,3; cf. A. BELTRÁN, *Numismática antigua*, Cartagena, 1950, págs. 68 y sigs.), cf. LISIAS, XIX 42-43; JENOFONTE, *Anábasis* I 7, 18. El nombre de *darico*, aplicado a las *estateras* persas, parece ser de origen babilonio o asirio, sin que tenga relación con el rey Darío; cf. B. V. HEAD, *Historia Numorum*, 1911, 2.ª ed., página 698.

3 Y yo quiero obsequiarte con esas sumas, dado que con mis esclavos y mis fincas cuento con suficiente medios de vida para mi persona.»

29 Esto fue lo que dijo Pitio. Entonces, Jerjes, halagado ante sus manifestaciones, le respondió: «Amigo lidio, desde que abandoné Persia, yo no me he topado hasta la fecha con nadie, salvo tú, que quisiera ofrecer dones de hospitalidad a mi ejército o que compareciera espontáneamente ante mí, dispuesto a contribuir con dinero a mi campaña. Tú, en cambio, no sólo has acogido espléndidamente a mis tropas, sino que me ofreces 2 elevadas sumas de dinero. Pues bien, en reciprocidad, yo te concedo las siguientes recompensas: te declaro huésped mío [184] y voy a completar tus cuatro millones de *estateras* entregándote, de mi propio peculio, las siete mil restantes, a fin de que no te falte esa cantidad para alcanzar los cuatro millones, sino que, gracias 3 a mi aportación, tengas una cifra redonda. Por otra parte, conserva en tu poder lo que supiste adquirir personalmente, y procura seguir siendo en todo momento como ahora, pues, si así lo haces, no tendrás que arrepentirte ni en el presente, ni en lo sucesivo.»

30 Después de pronunciar estas palabras y de hacerlas realidad, Jerjes prosiguió su avance. Pasó, entonces, por los aledaños de una ciudad de Frigia, denominada Anava [185], y de un lago del que se extrae sal, y llegó a Co-

---

184 La hospitalidad, como vínculo de relación entre dos personas, reforzaba el lazo de la simple amistad. Heródoto, como en tantas otras ocasiones a lo largo de su obra, aplica terminología griega a contextos extrahelénicos. En este caso, pone en labios de Jerjes un concepto típicamente helénico, ya que en Grecia la hospitalidad era un nexo de unión de carácter sagrado a partir de la leyenda de Filemón y Baucis (cf. Ovidio, *Metamorfosis* VIII 620-670), que dieron albergue a Zeus y Hermes, cuando éstos, con figura humana, estaban poniendo a prueba la hospitalidad de los hombres. Es posible que Jerjes nombrara a Pitio *euergétēs* «bienhechor» (cf. nota III 718).

185 Localidad situada a unos 50 km. al SO. de Celenas, en la ori-

losas [186], una importante ciudad de Frigia. (Allí el río Lico —que también desemboca en el Meandro— cae en una sima y desaparece, reapareciendo posteriormente a unos cinco estadios de distancia poco más o menos [187].)

Partiendo de Colosas, el ejército llegó a la ciudad 2 de Cídrara [188], en la frontera entre Frigia y Lidia, donde se alza una estela, erigida por Creso [189], que, mediante una inscripción, señala los límites fronterizos.

Al entrar en Lidia, el camino que procede de Frigia 31 se bifurca [190], conduciendo el de la izquierda a Caria y el de la derecha a Sardes. Pues bien, tomando este últi-

---

lla septentrional del lago de su mismo nombre. El lago Anava posee un elevado índice de salinidad en sus aguas, lo que, unido a la gran evaporización que sufre, hace que en su superficie la sal cristalice.

[186] A unos 50 km. al E. de Anava (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7, quien afirma que, entre Celenas y Colosas había 20 *parasangas* —una medida de longitud persa que equivalía a 5,32 km., aunque sus dimensiones no eran unánimemente aceptadas por todos los autores antiguos—), situada en la margen izquierda del Lico, el segundo afluente importante del Meandro por la izquierda. Jerjes, pues, estaba siguiendo, en esta zona de Asia Menor, la misma ruta —aunque en sentido inverso— que, en la primavera del año 401 a. C., recorrería Ciro el Joven.

[187] El río Lico, que posee una longitud de unos 60 km., no tiene un cauce subterráneo durante 5 estadios (= 888 m.), sino que, en las proximidades de Colosas, atraviesa una estrecha garganta. Es posible que en las palabras del historiador se refleje una tradición popular según la cual el Lico nacía en el lago Anava. Cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 139.

[188] Una localidad cuya identificación no es segura. Pese a que ESTRABÓN, en 578, afirma que se trata de la posterior Carura, ello no parace factible, ya que esta última ciudad se hallaba a orillas del Meandro, en la ruta que de Colosas se dirigía a Caria, lo que está en contradicción con lo que el historiador dice en el capítulo siguiente. Quizá ocupara el emplazamiento en que luego se alzó Laodicea, en el valle del Lico, a unos 25 km. al NO. de Colosas; cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XVII 38, 2.

[189] El último rey de Lidia (560-547 a. C.). Cf., *supra*, I 6 y sigs., y F. H. WEISSBACH, en *RE*, suplemento 5, 1931, cols. 455 y sigs.

[190] Unos tres km. antes de que el Lico desemboque en el Meandro.

mo es de todo punto necesario cruzar el río Meandro[191] y pasar por las inmediaciones de la ciudad de Calatebo[192], donde hay artesanos especializados que fabrican miel artificial[193] con jugo de tamarisco y trigo. En su avance por ese camino, Jerjes se encontró con un plátano al que, por su belleza[194], obsequió con un aderezo de oro y lo puso bajo la custodia de un «Inmortal»[195], y, al día siguiente, llegó a la capital de los lidios[196].

32 *Ultimátum a las ciudades griegas*

A su llegada a Sardes, lo primero que hizo fue despachar heraldos a Grecia para exigir la tierra y el agua[197], y ordenar que preparasen banquetes para el rey. Los únicos lugares a los que no envió emisarios en demanda de la tierra fueron Atenas

---

[191] En tiempos de la expedición de Ciro el Joven existía un puente permanente en dicha zona; cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 5.

[192] Esta ciudad, cuya identificación no es segura, debía de estar en el valle del río Cogamo (también llamado Frigio), el primer afluente importante del Hermo por la izquierda, ya que los plátanos y tamariscos (a los que alude el historiador luego) eran abundantes en esa zona. Quizá ocupaba el emplazamiento donde posteriormente se alzó Filadelfia, en la margen izquierda del Cogamo, a unos 90 km. al NO. de Colosas.

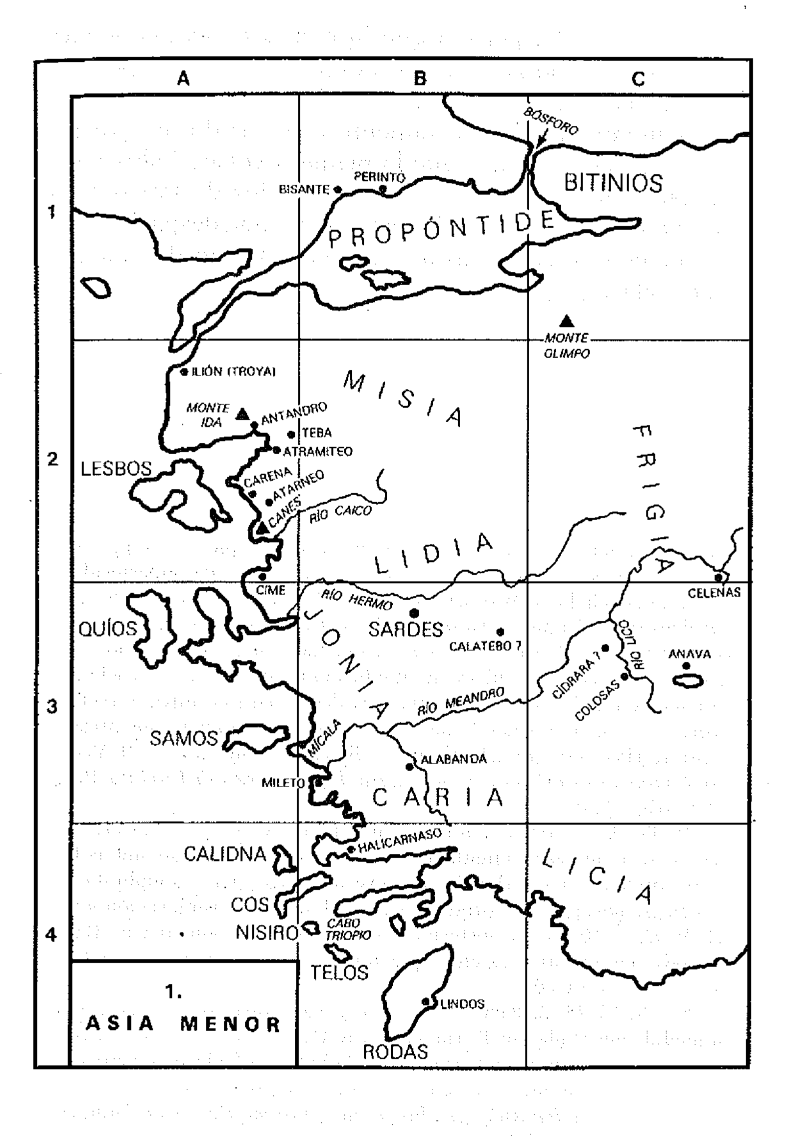
[193] La fabricación de miel artificial (cf. I 193, 4, donde se alude a su fabricación en Babilonia con leche de palmera) era una profesión muy lucrativa por el alto precio que alcanzaba ese producto.

[194] Cf., *supra,* nota VII 28, y F. H. STUBBINGS, «Xerxes and the planetree», *Greece and Rome* 15 (1946), 63 y sigs.

[195] Uno de los arqueros de la guardia personal del monarca. Sobre su número y la razón de su nombre, cf. VII 83. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus...,* II, *ad locum,* no creen que Jerjes destacara a un miembro de su guardia para custodiar el árbol, sino que la razón del nombre del guardián se debía a que «when the appointed guardian died, a succesor was ready to take his place».

[196] Desde Celenas a Sardes, Jerjes debió de emplear, como mínimo, siete días (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 5-7). Así pues, en el viaje desde Susa a Sardes, el monarca habría invertido unos dos meses, por lo que llegaría a la capital de Lidia en otoño.

[197] La entrega de esos presentes, que constituía una señal de su-


A
B
C
1
2
3
4
BÓSFORO
PERINTO
BISANTE
BITINIOS
PROPÓNTIDE
MONTE OLIMPO
ILIÓN (TROYA)
MISIA
MONTE IDA
ANTANDRO
TEBA
ATRAMITEO
LESBOS
CARENA
ATARNEO
CANES
RÍO CAICO
FRIGIA
LIDIA
CIME
CELENAS
RÍO HERMO
QUÍOS
SARDES
CALATEBO ?
RÍO LICO
ANAVA
CÍDRARA ?
JONIA
COLOSAS
RÍO MEANDRO
SAMOS
MÍCALA
ALABANDA
MILETO
CARIA
HALICARNASO
CALIDNA
LICIA
COS
NISIRO
CABO TRIOPIO
TELOS
LINDOS
RODAS
1. ASIA MENOR

y Lacedemón [198], pero sí que lo hizo a todas las demás regiones. El motivo que lo indujo a despachar por segunda vez emisarios para exigir la tierra y el agua fue el siguiente: estaba plenamente convencido de que todas aquellas naciones que la primera vez no habían entregado dichos presentes a los enviados de Darío [199] lo harían entonces presas del pánico. Así que despachó emisarios con objeto de averiguar ese extremo de una vez por todas.

---

misión (cf., por ejemplo, IV 126), era una fórmula típica de la diplomacia persa en sus relaciones —siempre en términos de superioridad, como ha señalado G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529 y sigs.— con otros países. Pero la fórmula, además de indicar una petición formal de sumisión, probablemente implicaba también una exigencia para usufructuar la tierra y el agua —es decir, para acampar y recibir provisiones—, en el caso de que un ejército persa tuviera que atravesar el territorio del Estado al que se dirigía la demanda. Cf. B. Virgilio, *Commento storico al Quinto Libro delle «Storie» di Erodoto*, Pisa, 1975, págs. 55-56.

[198] Por las razones apuntadas en VII 133. Además, es posible que Jerjes no se hubiese contentado con la simple sumisión de ambos Estados, pretendiendo infligirles un severo castigo, para ejemplo de los demás griegos, por la actitud de Atenas al apoyar la sublevación jonia (cf. V 97, 3; 105) y su posterior resistencia en la campaña de Datis y Artáfrenes en 490 a. C., en la que la intervención espartana fue decisiva; cf. nota VI 606.

[199] Cf. VI 48, 2. Parte de la crítica, sin embargo, considera que la medida adoptada por Darío, en 491 a. C., de enviar heraldos a Grecia no es histórica, pues Heródoto pudo haber sufrido una confusión con la orden que dio Jerjes en 481 a. C. Cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Munich, 4.ª ed., 1969, pág. 163.

33 Acto seguido, Jerjes se dispuso a marchar con dirección a Abido[200].

Construcción de los puentes sobre el Helesponto

Entretanto, los encargados de ese menester[201] estaban tendiendo puentes sobre el Helesponto desde la orilla asiática a la europea. Por cierto que, en el Quersoneso Helespóntico[202], entre las ciudades de Sesto y Madito[203], hay un escarpado promontorio que penetra en el mar justo enfrente de Abido (allí fue donde, posteriormente —no mucho tiempo después[204]—, los atenienses, a las órdenes de Jantipo[205], hijo de Arifrón, capturaron al persa Artaíctes[206], que era gobernador de Sesto, y lo clavaron vivo a una tabla, porque resulta que solía llevar mujeres al santuario de Protesilao[207], en Elayunte, cometiendo constantes sacrilegios).

---

[200] En la costa asiática del Helesponto (en el punto más estrecho del mismo en la Antigüedad —hoy en día la morfología de los Dardanelos ha variado ligeramente—, las llamadas *Fauces Abydenae).* La ciudad, que al parecer era de origen tracio, fue colonizada por Mileto hacia 670 a. C. Cf. H. G. Lolling, «Mitteilungen aus Kl. Asien», *Mitt. des Deutschen Archäologischen Instituts* 6 (1881), 219 y sigs.

[201] Los fenicios y egipcios citados en VII 25, 1, como se desprende del capítulo siguiente.

[202] En el mundo griego había varias penínsulas que recibían el nombre de Quersoneso (el término griego *Chersónēsos* significa «isla continental», de donde «península»). Los más famosos, sin embargo, eran el Tracio o Helespóntico, aquí aludido, y el Táurico o Traqueo, en el mar Negro (cf. IV 99, 3).

[203] Ambas en la orilla europea del Helesponto. Sesto, que fue originariamente una colonia lesbia, se hallaba al N. de Abido. Madito estaba situada a unos 7 km. al SO. de Sesto (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 1, 3).

[204] En el año 479/478 a. C. Sobre los detalles de la expedición ateniense contra Sesto, cf. IX 116 y sigs.

[205] El padre de Pericles (cf., *supra,* nota VI 666).

[206] En tiempos de la expedición de Jerjes, comandante de los contigentes macrones y mosinecos; cf. VII 78, y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums,* Stuttgart, III, 1902, pág. 42.

[207] Jefe de un contingente tesalio que tomó parte en la guerra de Troya, siendo el primer griego en perecer (cf. *Ilíada* II 701). Fue honra-

34 Pues bien, a partir de Abido, las unidades que tenían esa misión construyeron dos puentes en dirección al citado promontorio [208]; los fenicios tendieron uno con cables de esparto, y los egipcios el otro con cables de papiro. (Por cierto que desde Abido a la orilla opuesta hay siete estadios [209].) Pero, cuando el doble puente había sido ya tendido, estalló una violenta tempestad que rompió todos los cables y dispersó los navíos [210].

35 Al tener noticias de ello, Jerjes montó en cólera y mandó que propinasen al Helesponto trescientos latigazos y que arrojaran al agua un par de grilletes [211]. Y

---

do como un héroe en Ftía (cf. PÍNDARO, *Íst.* I 58; PAUSANIAS, III 4, 6). Su culto en Elayunte debió de suplantar al de alguna divinidad de la zona.

208 En realidad, y dada la fuerza de la corriente en aquel paraje (cf. VII 36, 1), los puentes no debieron de dirigirse hacia el lugar más avanzado de la costa europea, sino a las dos ensenadas de los lados (vid. el mapa de los puentes en nota VII 220).

209 Es decir, 1.243 m., distancia en la que abunda ESTRABÓN, XIII 5, 9, que llama al punto más estrecho del Helesponto *Heptaestadio*. En la actualidad esa zona del estrecho mide unos 1.800 m. de anchura, ya que la orilla europea (el promontorio escarpado a que alude Heródoto) ha sido erosionada por la fuerte corriente que, desde el mar de Mármara, atraviesa los Dardanelos en dirección al Egeo.

210 Los barcos (cf. VII 36, 1) que servían de sustentación a los cables sobre los que descansaba la plataforma del puente.

211 H. STEIN *(Herodotos. Buch VII...*, pág. 47) considera que los castigos que, según Heródoto, mandó Jerjes infligir al Helesponto proceden de una errónea interpretación de la metáfora utilizada por ESQUILO, en labios de la sombra de Darío *(Persas* 744 y sigs.), al hablar del paso de los persas por el estrecho (cito por la traducción de J. ALSINA mencionada en nota VII 65):

Mi hijo, en su ignorancia, con juvenil arrojo
la empresa ha realizado: creer que con cadenas
el Helesponto sacro, cual si fuera un esclavo,
el Bósforo, corriente de un dios, parar podría,
y cambiar su curso, y que, unciendo su nuca
con grillos bien forjados a golpe de martillo,
tendría ingente ruta para su ingente hueste.

también he oído decir que, de paso, envió, asimismo, a unos verdugos para que estigmatizaran al Helesponto [212]. Sea como fuere, lo cierto es que ordenó a sus 2 hombres que, al azotarlo, profiriesen estas bárbaras [213] e insensatas palabras: «¡Maldita corriente! Nuestro amo te inflige este castigo porque, pese a no haber sufrido agravio alguno por su parte, lo has agraviado. A fe que, tanto si quieres como si no, el rey Jerjes pasará sobre ti. Con toda razón ningún hombre ofrece sacrificios en tu honor [214], pues eres simplemente un río [215] turbio y salado.»

No obstante, también es posible que las órdenes de Jerjes respondieran al deseo de cumplir una ceremonia ritual (cf. M. Rocchi, «La ritualizzazione del passagio di Serse in Grecia. Appunti per una lettura erodotea», *Cultura e scuola* 19 [1980], 100 y sigs.), con un significado propio dentro del zoroastrismo, ya que el agua salobre o no potable era considerada una creación del diablo; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 321, nota 18.

[212] Como se hacía con los esclavos fugitivos (cf. Aristófanes, *Aves* 760; Juvenal, XIV 24). Castigar a animales o a seres inanimados era un rasgo de la mentalidad primitiva que continuó vivo en la Antigüedad (cf. Platón, *Leyes* 873; Aristóteles, *Const. Atenas* 57; Pausanias, V 27, 10; VI 11, 6). En la Edad Media se condenaba con frecuencia a animales; las leyes inglesas imponían castigos a carretas o árboles que hubiesen causado la muerte de un hombre; y las antiguas ordenanzas militares preveían arrestos de mulos o fusiles. No obstante, esta estigmatización del Helesponto puede proceder —el propio historiador parece no concederle mucho crédito— de una tradición tendenciosa contra la figura de Jerjes, al que se presenta como un déspota estúpido e inhumano. Cf. M. Rocchi, «Serse e l'acqua amara dell'Ellesponto», en *Perennitas. Studi in onore di Angelo Brelich*, Roma, 1980, págs. 417 y sigs.

[213] En el sentido de «impropias de un griego». Jerjes obra impíamente porque la naturaleza tiene carácter divino.

[214] Cosa que sí hacían los persas con los cursos de agua dulce. Cf. I 131, 2 y 138, 2, VII 113, 2, y vid. R. Ghirshman, *L'Iran des origines à l'Islam*, París, 1951, págs. 134 y sigs.; J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.

[215] La proximidad de sus dos orillas (cf. nota VII 209) y la fuerte corriente existente en el Helesponto (su velocidad es de 3 nudos por hora) hacen que pueda parecer un río a quien navega por él.

3 Jerjes, como digo, ordenó castigar al mar con esos correctivos, y, además, que les cortaran la cabeza [216] a quienes habían dirigido la construcción de los puentes sobre el Helesponto.

36 Y, mientras quienes habían recibido esa ingrata misión cumplían con su deber, otros ingenieros procedieron a tender los puentes, haciéndolo de la siguiente manera [217]. Tras haber abarloado penteconteros [218] y trirremes (trescientos sesenta para sustentar el puente situado del lado del Ponto Euxino, y trescientos catorce para

---

[216] La serie de atrocidades que Heródoto atribuye a Jerjes a lo largo de este libro tiene una finalidad concreta: mostrar hasta qué punto los persas o sus súbditos se hallaban reducidos a la condición de meros objetos en manos del rey, cuya única preocupación es aniquilar toda voluntad susceptible de oponerse a la suya (cf. el episodio del lidio Pitio en VII 38-39, y P. G. Maxwell-Stuart, «Pain, mutilation, and death in Herodotus VII», *Parola del Passato* 31 [1976], 356 y sigs.).

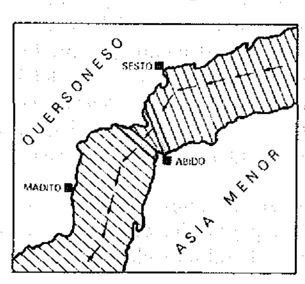
[217] Pese a que Heródoto intenta ser claro y sistemático en su descripción de la construcción de los dos puentes —por ejemplo, enumera su ensamblaje en cuatro etapas: 1) doble línea de navíos para sustentar los puentes (aunque no indica si los barcos estaban unidos entre sí; ni tampoco si se procedió a anclarlos progresivamente desde la orilla asiática y la europea hasta alcanzar el centro del estrecho, que es lo más probable); 2) empleo de grandes anclas para asegurar los navíos; 3) tendido de los cables; 4) construcción de la pasarela—, su relato resulta sumamente confuso, lo que ha dado lugar a diversas interpretaciones respecto a los detalles que refiere. En general, cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, págs. 293 y sigs.; R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, II, páginas 141 y sigs., y W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 141 y sigs.

[218] El pentecontero (cf. I 152, 2 y 163, 2) era un navío ligero de cincuenta remos, veinticinco en cada flanco, dispuesto en una sola hilera. Por su rapidez eran aptos para las incursiones de piratería o para su empleo como navío de guerra. Cf. Tucíd., I 14, 1; J. Rougé, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, págs. 92-93, y el dibujo que presenta P. Connolly, *Los ejércitos griegos...*, págs. 40-41. Lo que no esta claro es si los barcos se alinearon en fila, manteniendo su posición exclusivamente con sus propias anclas, o si estaban unidos entre sí, con arreglo al sistema que posteriormente empleaban los romanos y que describe Arriano (*Anábasis* V 7, 3-5).

sustentar el otro[219]), que fueron alineados transversalmente con relación al Ponto y en el sentido de la corriente del Helesponto[220], a fin de que la misma[221]

[219] Es decir que los dos puentes no tenían la misma longitud. Considerando que, por término medio, la manga de los buques era de 6 m. (cf. nota VII 145; en los penteconteros era menor, pero entre barco y barco habría cierta separación), el puente oriental (el «del lado del Ponto» —el Ponto Euxino es el mar Negro; primitivamente llamado Ponto Axino [= «inhóspito», a partir quizá de una falsa etimología sobre el iranio *akhshaena* «negro»], pasó luego a denominarse Ponto Euxino [= «mar hospitalario»], por la cantidad de ciudades griegas establecidas en sus costas—) tendría una longitud de unos 2.100 m., mientras que el occidental (el «próximo al Egeo», como dice poco después el historiador) tendría unos 1.800 m., ya que ambos conducían a dos puntos diferentes de la costa europea (cf. nota VII 208).

[220] La frase ha sido diversamente interpretada. Ph. E. Legrand (*Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 79, nota 1) señala: «j'estime que ces deux groupes de mots désignent les mêmes vaisseaux, *tous les vaisseaux* employés pour la construction des ponts. La direction générale du courant de l'Hellespont n'est pas un prolongement de celle d'une traversée en ligne droite de la Propontide; des vaisseaux orientés dans le sens de la première l'étaient donc, sinon à angle droit, du moins obliquement par rapport à la seconde; c'est là, je crois, ce que veut dire Hérodote». Otra posibilidad (porque es indudable que los navíos no presentarían los flancos a la corriente) estriba en considerar que la disposición de los barcos (aunque ambos puentes estaban en el sentido de la corriente) difería con relación a la orilla. Por el cambio de dirección que sufre la corriente en la zona de Sesto, el puente oriental tendría sus naves abarloadas oblicuamente con relación a la costa, mientras que el occidental las tendría dispuestas paralelamente (y el primero resultaba «transversal» a la Propóntide, porque el Helesponto, en la zona en que fue tendido, sigue una dirección Este-Oeste):



2 mantuviese tensos los cables; tras haber abarloado, repito, los navíos, echaron al agua unas enormes anclas: las del primer puente por el lado del Ponto, debido a los vientos que soplan procedentes de dicho mar, mientras que las del otro puente las arrojaron por el lado occidental —el próximo al Egeo—, debido al Zéfiro y al Noto [222]. Además, entre los penteconteros y los trirremes, dejaron en dos lugares una abertura para la navegación [223], con objeto de que el que quisiera pudiese adentrarse en el Ponto a bordo de pequeñas embarcaciones o bien salir del mismo.

3 Una vez hecho esto, tendieron desde tierra los cables, tensándolos mediante cabrestantes de madera; pero, en esta ocasión, no emplearon ambos tipos de cable por separado, sino que utilizaron para cada puente dos de esparto y cuatro de papiro (su grosor y eficacia eran idénticas, pero, en proporción [224], las maromas de es-

---

[221] El sujeto del verbo puede ser la corriente (y así lo he interpretado), que, al arrastrar los barcos hasta el límite de lo que permitían sus anclas, los mantenía inmóviles. También puede considerarse como sujeto *géphyra* sobreentendido; es decir, el puente formado por los navíos.

[222] Pese a lo que dice el historiador, las anclas debieron de echarse, más que en previsión del viento, para que los barcos no fuesen arrastrados por la corriente (en los Dardanelos una corriente de agua en superficie —de dirección Mármara-Egeo— es compensada por otra más profunda de sentido contrario, lo cual dificulta la navegación). Probablemente los navíos estaban sujetos por sus anclas normales y, además, reforzados por unas anclas especiales, que son las que menciona Heródoto. Los vientos que soplaban desde la Propóntide eran de componente noreste, mientras que los que lo hacían desde el Egeo lo eran de componente sur (el Noto)-oeste (el Zéfiro).

[223] Una abertura en cada puente. Sería un espacio en el que, como mínimo, faltarían dos navíos y por el que, abatiendo el mástil, las embarcaciones de pequeño tonelaje podrían pasar bajo el tendido de los cables.

[224] Es decir que, en términos absolutos, los cuatro cables de papiro eran más pesados que los dos de esparto. La descripción de Heródoto sigue adoleciendo de falta de claridad (en su relato debe de estar

parto eran bastante más pesadas: cada codo pesaba un talento [225]).

4 Cuando el armazón de los puentes estuvo terminado, cortaron troncos de dimensiones iguales a la anchura de los puentes formados por las naves, los colocaron cuidadosamente sobre el tendido de los cables, sin dejar resquicios, y, acto seguido, reforzaron su ensamblaje con traviesas [226]. 5 Hecho esto, los recubrieron con planchas de madera, ajustándolas también cuidadosamente, y las recubrieron de tierra. Finalmente, apisonaron la tierra y, a ambos lados, levantaron una empalizada, para evitar que las bestias de carga [y los caballos] se espantaran al ver el mar desde la plataforma.

Tras invernar en Sardes, Jerjes reemprende la marcha hacia Abido

37 Una vez que el tendido de los puentes y las obras realizadas en las inmediaciones del Atos estuvieron concluidas [227] (es decir, al llegar la noticia de que las escolleras —que habían sido construidas en los accesos del canal para hacer frente al oleaje e impedir que se colmatasen las embocaduras de la excavación—, al igual que el ca-

---

basándose en fuentes orales de los habitantes de la zona de Abido; para los cables, los griegos pudieron facilitarle informaciones, cf. IX 121). Cabe suponer que habría cabrestantes en cada orilla; en cada puente, por otra parte, la plataforma reposaba en seis cables (que no serían de una sola pieza, dada la longitud de los puentes; cf. nota VII 219).

[225] 37,011 kg., si el historiador se refiere al talento eginético que era el que se utilizaba en Atenas para los pesos comerciales. Como un codo equivale a 0,44 m., el peso de los cables era muy elevado. Cada cable de esparto del puente occidental pesaría más de 151 toneladas, mientras que en el puente oriental su peso sería superior a las 176 toneladas.

[226] O «aseguraron su ensamblaje». Para la traducción propuesta, cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 80, nota 1.

[227] Sobre la posibilidad de que uno de los puentes del Helesponto no hubiera estado terminado cuando Jerjes llegó a Abido, cf. VIII 51, 1.

nal propiamente dicho, estaban totalmente terminados), fue cuando el ejército, que, después de haber invernado, se hallaba ya dispuesto, se puso en marcha, a la llegada de la primavera [228], para trasladarse desde Sardes a Abido.

2 Las tropas habían emprendido ya la marcha cuando el sol desapareció, abandonando su posición habitual en el cielo, a pesar de que no había nubes y de que el tiempo era espléndido, y, en pleno día, se hizo de noche [229]. Este fenómeno, que Jerjes contempló y siguió

---

[228] Tras pasar en Sardes el invierno de 481/480, el ejército sale de la ciudad a comienzos de abril del año 480 a. C. Jerjes empleó tres meses en llegar desde el Helesponto a Atenas (cf. VIII 51, 1), a donde debió de llegar a mediados de septiembre. Los cálculos que establecen W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 144, son los siguientes: un mes desde Sardes a Abido (a donde llegaría en mayo; entre ambas ciudades hay unos 400 km.), en la que permaneció otro mes (de mayo a junio). El ejército persa tardaría otro mes en recorrer la distancia (unos 500 km.) que separa Sesto de Terme, a donde llegaría en julio. En Terme permaneció unos días (cf. VII 131), por lo que pudo abandonar esta ciudad a comienzos de agosto. De Terme a las Termópilas, Jerjes empleó entre 14 y 16 días (cf. VII 183 y 196) para recorrer los aproximadamente 280 km. que las separan, lo que coincide con el hecho de que la batalla de las Termópilas tuviera lugar poco después de los Juegos Olímpicos (que, en 480, se desarrollaron entre los días 17 y 20 de agosto), es decir, en la última decena de agosto (de las Termópilas a Atenas llegaría en un plazo no superior a las dos semanas).

[229] Se produjo, pues, un eclipse total de sol. R. Zech (*Astronom. Untersuch. über die wichtigsten Finsternisse welche von den Schriftstellern des klassischen Altertums erwähnt werden*, Leipzig, 1853, páginas 39 y sigs.) determinó que, entre los años 481-478 a. C., se produjeron cinco eclipses de sol.

1. El 18 de abril de 481 un eclipse total visible en Susa (afectó al Océano Índico).
2. El 8 de abril de 480 uno total que fue visible de Nueva Zelanda a Sudamérica.
3. En octubre de 480 uno parcial que fue visible en Corinto y Sardes (y que Heródoto menciona en IX 10, 3).

atentamente, llenó de preocupación al monarca, por lo que preguntó a los magos qué podía significar aquel prodigio. Ellos, entonces, le respondieron que el dios[230] 3 predecía el eclipse de las ciudades griegas, aduciendo que el sol era un símbolo profético para los griegos, mientras que para los persas lo era la luna[231]. Al escuchar esta explicación, Jerjes se quedó muy satisfecho y ordenó reanudar el avance.

Castigo de Pitio

Cuando Jerjes abandonaba Sardes al 38 frente de sus tropas, el lidio Pitio, aterrorizado ante el prodigio acaecido en el cielo y animado, al tiempo, por las mercedes que le había concedido el monarca[232], abordó a este último y le dijo lo siguiente: «Señor, quisiera que me hicieses un favor cuya concesión supone para ti una verdadera insignificancia, mientras que para mí representa algo muy importante.»

Jerjes, creyendo que el lidio iba a solicitar cualquier 2 cosa menos la que le pidió, aseguró que se lo concedería y, en ese sentido, le instó a que planteara su deman-

---

4. El 27 de febrero de 479 uno parcial, visible en Asia septentrional.
5. El 16 de febrero de 478 uno anular visible en Sardes.

Lo más probable, por tanto, es que la tradición local de Sardes recordara el eclipse del año 478 a. C. y que, *a posteriori*, se lo relacionara con la presencia en la ciudad de Jerjes al frente de sus tropas. En general, cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, págs. 662 y 715.

[230] Más que Helios (primitiva divinización griega del sol y de la luz solar), Apolo, ya que su faceta más antigua era la de divinidad solar, a la que alude su epíteto de Febo, «brillante».

[231] Esta afirmación tenía pleno sentido para los griegos, ya que Apolo era el dios oracular por excelencia. Pero *Mithra* (el sol) era también una importantísima divinidad de los persas (cf., *supra*, I 131, y J. Duchesne-Guillemin, *La Religion de l'Iran ancien...*, págs. 163 y sigs.). Como sugiere Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, IV 1, pág. 333, nota 3, quizá los magos habían aprendido de los babilonios que era la luna la causante de los eclipses de sol (y la luna, *Mah*, era otra importante divinidad persa).

[232] Cf. VII 29, 2.

da. Entonces, Pitio, al oír esa respuesta, dijo con toda confianza lo que sigue: «Señor, el caso es que tengo cinco hijos y resulta que todos ellos figuran entre los 3 expedicionarios que te acompañan a Grecia. Ten, pues, majestad, compasión de mí, de la avanzada edad a la que he llegado [233], y exime de sus deberes militares a uno solo de mis hijos, al mayor, para que se quede al cuidado de mi persona y de mis posesiones; a los otros cuatro llévalos contigo y ojalá que retornes a la patria tras haber logrado tus objetivos.»

39 Jerjes se indignó muchísimo y le replicó en los siguientes términos: «¡Miserable! ¿Cuando yo personalmente me dirijo contra Grecia, cuando, además, llevo conmigo a mis hijos, a mis hermanos, a mis familiares [234] y a mis amigos, tú, que eres un esclavo mío [235] y que deberías acompañarme con toda tu familia, incluida tu propia esposa, te atreves a pensar en tu hijo? Mira, ten bien en cuenta lo siguiente: el humor [236] de los seres humanos depende de sus oídos, hasta el extremo de que, si se escuchan propuestas satisfactorias, la persona se llena de contento, pero se enfurece, si lo que 2 escucha son desatinos. Pues bien, no podrás alardear de que, cuando actuaste servicialmente, brindándome luego nuevas atenciones, superaste a un rey en genero-

[233] Si Pitio era nieto de Creso (cf., *supra*, nota VII 179), tendría, en el año 480 a. C., entre 70 y 80 años.

[234] Sobre la costumbre persa de que el monarca entrara en campaña acompañado de su familia, cf. III 31, y ARRIANO, *Anábasis* II 11, 9.

[235] Cf. nota VII 63.

[236] La traducción literal es la siguiente: «en las orejas de los hombres reside el ánimo, el cual, habiendo oído cosas apropiadas, llena el cuerpo de placer, pero, habiendo oído cosas contrarias a ellas, lo hincha de cólera». El término que traduzco por «humor» en el *thymós*, utilizado aquí como sede de la capacidad afectiva, por oposición al *noûs*, sede de la capacidad racional (algo parecido a lo que ocurre en Homero; cf. B. SNELL, *Die Entdeckung des Geistes* = *Las fuentes del pensamiento europeo* [trad. de J. VIVES], Madrid, 1965, págs. 17 y sigs).

sidad. Pero, dado que acabas de comportarte con extrema desvergüenza, serás castigado, aunque menos de lo que mereces: los vínculos de hospitalidad que nos unen te van a salvar a ti y a cuatro de tus hijos; sólo uno expiará tu falta con su vida: aquel por quien más interés muestras.»

3 Tras haberle dado esa respuesta, Jerjes ordenó de inmediato a los encargados de ese menester que localizasen al hijo mayor de Pitio, que lo cortaran en dos de un tajo y que, acto seguido, colocasen una mitad del cadáver a la derecha del camino y la otra mitad a la izquierda, para que el ejército desfilara por allí, entre sus restos [237].

Orden de marcha de las tropas

40 Los verdugos así lo hicieron, y, a continuación, el ejército desfiló por allí. Abrían la marcha los bagajes y las bestias de carga [238], y, tras ellos, figuraban tropas integradas por una total y confusa mezcolanza de pueblos [239]. Cuando habían ya desfilado más de la mitad de los efectivos, había un intervalo entre las tropas, de manera que esos contingentes no se confundían con la escolta del monarca. 2 Precisamente la vanguardia la constituían en su totalidad

---

[237] Que el ejército desfile entre los despojos de una víctima humana parece un rito propiciatorio (cf. *Génesis* XV 10, 17; *Jeremías* XXXIV 18, 19, y O. MASSON, «À propos d'un rituel hittite pour la lustration d'une armée», *Revue Histoire Religions* 137 [1950], 13 y sigs.). Sobre un castigo similar, cf. IV 84.

[238] El que los bagajes abrieran la marcha se debía, probablemente, al hecho de que Jerjes se encontraba todavía en sus dominios, ya que no es presumible que, en territorio enemigo, se adoptase semejante disposición.

[239] Porque hasta Dorisco (cf. VII 59-60) no se procedió a organizar los efectivos de Jerjes. Sólo los persas al servicio del monarca habían salido de Susa con su número, oficiales y jefes ya determinados. Cf. E. OBST, *Der Feldzug des Xerxes* (Klio, Beiheft 12), Leipzig, 1914, págs. 68 y sigs.

mil jinetes persas de élite; a continuación figuraban mil lanceros, también ellos fuerzas de élite, con las puntas de sus lanzas vueltas hacia el suelo[240], y, a continuación, marchaban diez caballos sagrados[241], llamados 3 «neseos», magníficamente enjaezados. (Por cierto que la razón de que reciban el nombre de «caballos neseos» es la siguiente: en Media hay una gran llanura cuyo nombre es Neseo; pues bien, el caso es que esos caballos, que poseen gran alzada, se crían en dicha llanura[242].)

4 Detrás de los diez caballos que he citado figuraba el carro consagrado a Zeus[243], del que tiraban ocho caballos blancos, mientras que, detrás de los caballos, marchaba a pie un auriga con las riendas en la mano (pues resulta que ningún hombre puede subir a ese carruaje[244]). Tras el vehículo marchaba Jerjes en persona, sobre un carro tirado por caballos «neseos», y, a su lado, iba un auriga cuyo nombre era Patiranfas, hijo del persa Ótanes[245].

---

[240] En señal de respeto hacia Jerjes, a quien precedían (cf. III 128, 4).

[241] Consagrados a *Mithra*, vencedor del principio del mal *(Ahriman)* en las primeras concepciones zarathústricas. Al E. del Irán, bajo los Aqueménidas, *Mithra* fue el dios principal, *baga* (dios) por excelencia; entonces se inició su vinculación al sol, que acabaría en identidad, y las ofrendas sacrificiales de caballos y toros blancos.

[242] Los caballos neseos eran famosos por su velocidad y resistencia. La zona de Media aludida, la llanura Nesea, se hallaba entre Behistun y Ecbatana (cf. *Inscripción Behistun*, § 13; ARRIANO, *Anábasis* VII 13, 1; DIODORO, XVII 110).

[243] Es decir, Ahuramazda (cf. nota VII 61). Sobre la suerte posterior de este carro, cf. VIII 115.

[244] Literalmente, «sobre ese trono»; es decir, al trono que habría sobre el carruaje y que estaría destinado para que Ahuramazda pudiese tomar asiento. Para la traducción propuesta, sigo la observación de H. STEIN, *Herodotos. Buch VII...*, pág. 57.

[245] Probablemente (vid. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh...*, I, pág. 61), el jefe de las tropas persas que tomaron parte en la campaña (cf. VII 61, 2).

41 Así fue como Jerjes salió de Sardes (si bien, cuando le venía en gana, solía pasarse de su carro a una *harmámaxa*[246]). Tras él marchaban mil lanceros —los persas más valientes y de mayor alcurnia—, que llevaban sus picas como es costumbre[247]; a continuación figuraba otro escuadrón de caballería, integrado por mil persas de élite, y, tras la caballería, diez mil hombres, seleccionados de entre el resto de los persas[248], que consti- 2 tuían un contingente de infantería. Mil de ellos llevaban, en la extremidad inferior de sus lanzas, granadas de oro en lugar de puntas de hierro[249], y rodeaban por entero a los demás; por su parte, los nueve mil hombres encuadrados por los anteriormente citados llevaban granadas de plata. También portaban granadas de oro los soldados que llevaban las puntas de sus picas vueltas hacia el suelo, y manzanas del mismo metal quienes más de cerca seguían a Jerjes[250].

A continuación de los diez mil soldados de infantería figuraba un contingente de diez mil jinetes persas. Tras la caballería volvía a haber entre las tropas un in-

---

246 Un carro cubierto que se utilizaba para largos viajes (Esquilo, *Persas* 1000, los llama «tiendas con ruedas»). Cf. Aristófanes, *Acarnienses* 70; Jenofonte, *Anábasis* I 2, 16, y *Ciropedia* III 1, 40, VI 4, 11; Diodoro, XVIII 26, 1; Plutarco, *Alejandro* 43, *Artajerjes* 5, y *Temístocles* 26. En cambio, el carro en el que Jerjes salió de Sardes era un vehículo ligero utilizado para cargas rápidas y cacerías (cf. Arriano, *Anábasis* II 11, III 15).

247 Con las puntas hacia arriba.

248 Posiblemente se trata de los «Inmortales» (cf. VII 83). La distinción que se establece en el texto griego (aparentemente podría deducirse que los «Inmortales» eran tropas de segunda fila) tiene por objeto diferenciarlos de la guardia estrictamente personal del monarca, integrada por dos mil lanceros y dos mil jinetes, cuya única misión era velar por la seguridad del rey.

249 Para poder clavar las lanzas en el suelo.

250 Las tropas persas hasta aquí mencionadas aparecen representadas en los bajorrelieves del palacio real de Persépolis. Recibían el nombre de *mēlophóroi*, por los frutos que adornaban la parte inferior de sus lanzas. Cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, figura XXXI.

tervalo de dos estadios[251], y, finalmente, marchaba el resto de las tropas en confusa mezcolanza[252].

42 Desde Lidia el ejército se encaminó hacia el río Caico y la región de Misia, y, a partir del Caico, dejó a la izquierda el monte Canes, dirigiéndose, por la comarca de Atarneo, a la ciudad de Carena[253]. Tras rebasar dicha ciudad, atravesó la llanura de Teba, pasando por las inmediaciones de las ciudades de Atramiteo y Antandro, la localidad pelasga[254]. 2 Posteriormente alcanzó el Ida y se dirigió a mano izquierda[255] con dirección

[251] Algo más de 355 m.

[252] Quizá en el primer grupo de fuerzas sin organizar figuraban las tropas que se habían reunido en Critala (cf., *supra*, VII 26, 1), mientras que en este segundo grupo marchaban los efectivos de las zonas occidentales del imperio.

[253] El texto griego implica que el ejército siguió, hacia el Oeste, el valle del Hermo (Sardes se hallaba cerca de la confluencia del Pactolo con dicho río), hasta alcanzar la costa egea (presumiblemente a la altura de Cime), dirigiéndose luego hacia el Norte, hasta el golfo de Elea (el Caico desembocaba a unos 2 km. al Oeste de esta última ciudad). Desde allí siguió una dirección noroeste, hasta Carena, distante unos 30 km. de la desembocadura del Caico, para lo cual dejó al Oeste el monte Canes, de 780 m. de altura, situado frente a la costa sudoriental de Lesbos. Atarneo era una comarca de Misia, a orillas del Egeo, y esta última una región sita en la zona noroccidental de Anatolia (cf. I 160, 4).

[254] Desde Carena, las tropas fueron remontando la costa hacia el Norte. Se encaminaron luego hacia el Noreste, siguiendo la ruta costera que contorneaba el golfo de Atramiteo, hasta llegar a la ciudad del mismo nombre, situada en la fértil llanura de Teba (según *Ilíada*, IV 396, la patria de Andrómaca), y a continuación se dirigieron hacia el Oeste, siguiendo siempre la línea de la costa, para alcanzar Antandro, que estaba situada en la orilla septentrional del golfo de Atramiteo. Para los griegos, los pelasgos habitaban en Grecia y el Egeo antes de la llegada de los helenos, y eran autóctonos; en zonas marginales habrían quedado hablando una lengua distinta del griego. Cf. F. Lochner, *Die Pelasger*, Munich, 1960 (y la reseña de G. Neumann en *Gnomon* 34 [1960], 370-374).

[255] El Ida es el macizo montañoso, de 1.760 m. de altitud, situado al N. del golfo de Atramiteo, famoso por haber sido escenario de notorios hechos mitológicos (cf., por ejemplo, *Ilíada* XIV 153 y sigs.).

al territorio de Ilión. Pero, de buenas a primeras[256], mientras el ejército pernoctaba al pie del Ida, se abatió sobre las tropas una tormenta, acompañada de truenos y de rayos, que causó allí mismo un número considerable de bajas.

43 Al llegar el ejército al Escamandro[257] (que fue el primer río, desde que emprendieron la marcha a partir de Sardes, cuyo caudal se agotó, sin que bastara para satisfacer las necesidades de las tropas y de los animales), cuando Jerjes, repito, llegó al citado río, subió a la Pérgamo de Príamo[258] con el deseo de visitarla. 2 Después de haberla visitado y de haberse informado de todos los pormenores[259], mandó sacrificar mil vacas en honor de Atenea Ilíada, y los magos ofrecieron libaciones a los héroes[260]. (Por cierto que, debido a esas ce-

---

Las tropas de Jerjes debieron de dirigirse desde la costa del Egeo, contorneando el Ida por el oeste, hasta el curso medio del Escamandro con el propósito de llegar a Troya.

256 Se produce ahora la primera manifestación de algo sobrenatural. La segunda es el pánico que se menciona en el capítulo siguiente.

257 Río de unos 70 km. de longitud que atraviesa la Tróade y desemboca en el Helesponto. En verano su profundidad no suele superar los 50 cm.

258 Pérgamo era la acrópolis de Troya (la raíz aparece en el alemán *Berg* «monte»), donde se hallaba el palacio del rey Príamo.

259 Es decir, de los avatares de la guerra de Troya (sobre este tema en Heródoto, cf. J. W. NEVILLE, «Herodotus on the Trojan War», *Greece and Rome* 24 [1977], 3 y sigs.).

260 Atenea Ilíada (es decir, «de Ilión») era la diosa hostil a los troyanos a quien las mujeres de Troya dirigen, en vano, sus súplicas en *Ilíada* VI 86 y sigs., 269 y sigs., y 286 y sigs. (sobre la pervivencia de su culto, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 4; PLUTARCO, *Moralia* 557). Los héroes son los combatientes caídos en la guerra de Troya, especialmente Aquiles. Esta actitud de los persas (para quienes la guerra de Troya, y la *Ilíada*, no eran las primeras manifestaciones de su historia y su literatura), con el propósito de conciliarse el favor de unos dioses extranjeros que destruyeron una ciudad de Asia, debió de estar motivada por los consejos de los jonios y, en general, de los griegos que acompañaban a Jerjes (a no ser que, en realidad, se tratara de

remonias, una sensación de pánico se apoderó durante la noche del campamento.)

Al amanecer, el ejército abandonó aquella zona, dejando a mano izquierda, en el curso de su avance, las ciudades de Reteo, Ofrineo y Dárdano (que, precisamente, linda con Abido), y a la derecha a los gergites teucros [261].

44 *Coloquio entre Jerjes y Artábano*

Una vez que llegaron a Abido, Jerjes quiso contemplar a la totalidad de su ejército [262]. Y, como quiera que, en aquella zona —sobre una colina—, se le había instalado, con suficiente antelación, una tribuna de mármol blanco a tal efecto (la obra la habían llevado a cabo los abidenos, ateniéndose a una orden previa del monarca), cuando Jerjes tomó asiento allí, dirigió su mirada a la costa y pudo observar a sus fuerzas de tierra, así como a sus efectivos navales, y, ante aquel espectáculo, sintió deseos de presenciar un simulacro de batalla naval [263]. Una vez cele-

---

un ceremonial propio de los persas, que pudieron identificar a Atenea con *Anaitis*, diosa irania de la pureza; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 316). En la primavera del año 334 a. C., Alejandro el Grande, al desembarcar en Asia, también acudió a Ilión para ofrecer un sacrificio en honor de Atenea Ilíada, de «su» antepasado Heracles, y de Aquiles (cf. Arriano, *Anábasis* I 11, 6-12), considerándose sucesor de los héroes griegos y continuador de su lucha contra Asia.

[261] Reteo, Ofrineo y Dárdano se encontraban emplazadas, de Oeste a Este, en la costa asiática del Helesponto (respectivamente, a unos 8, 17 y 21 km. de Troya). Los gergites, según el propio Heródoto (V 112, 2), eran «los últimos representantes de los antiguos Teucros». Se trataba de una tribu cuya capital era Gergis (cf. Jenofonte, *Helénicas* III 1, 15), no lejos de Lámpsaco (en la costa asiática del Helesponto, a unos 30 km. al NE. de Abido), que quizá ocupara las costas de Asia Menor con anterioridad a la llegada de los griegos (cf. Ateneo, 524a).

[262] Esto es, incluidos los efectivos de la flota que, procedentes de Egipto, Fenicia, Chipre, Cilicia, Panfilia, Licia y las costas egeas de Asia Menor, habría recibido la orden de concentrarse en el Helesponto.

[263] O bien, «una regata entre las naves», interpretación que proponen la mayoría de críticos.

brado el mismo, en el que los fenicios de Sidón se alzaron con la victoria[264], Jerjes quedó muy complacido tanto por el ejercicio naval como por el comportamiento de la flota.

45 Y, al ver plagado de navíos todo el Helesponto, y atestados de soldados todas las playas y todos los campos de los abidenos, en ese momento Jerjes se consideró un hombre afortunado[265]; pero, acto seguido, se echó a llorar.

46 Al percatarse Artábano, su tío paterno, de la reacción del monarca (la persona que, en un principio, manifestara francamente su opinión, aconsejándole que no organizase una expedición contra Grecia[266]), al advertir, insisto, ese personaje que Jerjes se había echado a llorar, le dijo lo siguiente: «Majestad, ¡qué gran diferencia existe entre tu actitud de ahora y la de hace un instante! Primero, te consideraste un hombre afortunado, y, en estos momentos, estás llorando.» «Es que —replicó Jerjes— me ha invadido un sentimiento de tristeza al pensar en lo breve que es la vida de todo ser humano, si tenemos en cuenta que, de toda esa cantidad de gente, no quedará absolutamente nadie dentro de cien años.»

---

[264] Sobre el papel desempeñado por Sidón en la flota persa, cf. H. HAUBEN, «The king of the Sidonians and the Persian imperial fleet», *Ancient Society* 1 (1970), 1 y sigs. Quizá este ejercicio naval fue lo que decidió a Jerjes a utilizar, para sus desplazamientos por mar, un navío sidonio (cf. VII 128, 2).

[265] Como señala M. FERNÁNDEZ GALIANO (*Heródoto...*, pág. 169), «lo mismo que en las tragedias, donde hay un canto en que el coro, poco antes de la peripecia final que ha de traer consigo la ruina del protagonista, canta jubiloso creyendo que todo se ha arreglado felizmente, ocurre en este bello episodio, postrer resplandor de la dicha de Jerjes antes de su terrible derrota». Sobre los tonos trágicos en la obra de Heródoto, cf. C. C. CHIASSON, *The question of tragic influence on Herodotus*, New Haven, 1979.

[266] Cf., *supra*, VII 10. Sobre la ahistoricidad de este coloquio entre Jerjes y Artábano, plagado de conceptos genuinamente griegos, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, págs. 64-65.

Entonces, Artábano le respondió como sigue: «Otras desdichas peores que ésa sufrimos a lo largo de la vida. 3 Pues, durante una existencia tan breve como la nuestra, no hay hombre alguno, ni entre los que ahí ves ni en el resto del mundo, que sea tan afortunado [267] como para que no le asalte, en repetidas ocasiones y no una sola vez, el deseo de preferir estar muerto a seguir con vida [268], ya que las desgracias que se ciernen sobre nosotros, y las enfermedades que nos aquejan, hacen que 4 la vida, pese a su brevedad, parezca larga. Así, cuando la existencia resulta penosa, la muerte se convierte para el hombre en una escapatoria muy apetecida, y, por su parte, la divinidad, si nos deja probar la dulzura de la vida, con su actitud pone de relieve su envidioso talante [269].»

47 Entonces, Jerjes le respondió como sigue: «Mira, Artábano, dejemos de cavilar sobre la vida humana —que se caracteriza por lo que tú indicas—, y no pensemos en calamidades, cuando tenemos entre manos perspectivas favorables. Aclárame, sin embargo, el siguiente extremo: si la visión que tuviste en sueños [270] no

---

[267] El pensamiento está en la línea tradicional de Sófocles (cf. *Edipo Rey* 1528 y sigs.), con quien Heródoto presenta numerosos puntos de contacto. Cf. F. Jacoby, «Herodotos», *RE*, supl. II, Stuttgart, 1913, cols. 232-237, y F. Egermann, «Herodot und Sophokles», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, págs. 249 y sigs.

[268] Este pesimismo ante la vida humana aparece expresado en otros muchos autores griegos. Cf. *Ilíada* XXIV 525-526; Teognis, 425-428; Esquilo, fr. 679, H. J. Mette, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959; Sófocles, *Edipo en Colono* 1125-1128; Eurípides, fr. 449, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Hildesheim, 1964 (= 1888), etc.

[269] Es decir, su poca generosidad, ya que alegrías y penas se suceden alternativamente, y éstas, tras las primeras, resultan, por contraste, más dolorosas. Cf. Plutarco, *Moralia* 1107A. Sobre el carácter envidioso de la divinidad, cf. nota VII 92.

[270] Cf., *supra*, VII 17.

hubiese sido tan clara, ¿mantendrías tu opinión inicial, tratándome de impedir que atacara Grecia, o habrías cambiado de parecer? ¡Venga, dímelo con toda sinceridad!»

Artábano, entonces, le respondió como sigue: «¡Majestad, ojalá la visión que se nos apareció en sueños acabe cumpliéndose como ambos deseamos! Personalmente, empero, todavía estoy en estos momentos lleno de temor y no las tengo todas conmigo, sobre todo cuando veo, entre otras muchas consideraciones que me hago, que hay dos inconvenientes de extrema gravedad que suponen para tu empresa un serio riesgo.» 2

Ante estas manifestaciones, Jerjes le respondió en los siguientes términos: «¡Diantre de hombre! ¿Cuáles son esos dos inconvenientes que, según tú, suponen para mi empresa un serio riesgo? ¿Crees acaso que el ejército de tierra merece algún reparo por su número? ¿Opinas que los efectivos griegos serán muy superiores a los nuestros? ¿Que nuestra flota será inferior a la suya? ¿O te preocupan ambas posibilidades a la vez? Si opinas, al respecto, que nuestras fuerzas son netamente insuficientes, podrían reclutarse de inmediato nuevos contingentes.» 48

Entonces, Artábano le respondió como sigue: «Majestad, nadie con verdadero sentido común pondría reparos a ese ejército de ahí [271], ni al potencial de la flota; es más, si reúnes un número superior, los dos inconvenientes a que me refiero entrañarán para tu empresa mucho más riesgo todavía. Pues esos dos inconvenientes son la tierra y el mar. 49

»En efecto, según mis cálculos, no hay en todo el mar un puerto lo suficientemente grande como para al- 2

[271] Artábano utiliza en griego un demostrativo deíctico, pues se refiere (luego hará lo propio con la flota) a las fuerzas terrestres diseminadas ante ellos, por las orillas del Helesponto.

bergar, si se levanta una tempestad, a esa flota que has reunido y garantizar la seguridad de tus naves [272], y, por otra parte, a lo largo de todas las tierras que vayas costeando, no ha de haber un solo puerto de esas carac-
3 terísticas, sino muchos. Por consiguiente, como no vas a disponer de puertos apropiados para fondear, ten en cuenta que son los avatares del destino los que se imponen a los hombres, y no los hombres a los avatares del destino [273].

»En fin, una vez expuesto uno de los dos inconvenientes con que vas a encontrarte, paso a hablarte del
4 otro. La tierra supone un riesgo indudable para tu campaña por el siguiente motivo: si no llega a presentársete ningún contratiempo, te resultará tanto más peligrosa cuanto más progreses en tu avance; y te verás arrastrado cada vez más lejos, pues los hombres jamás se sa-
5 cian de triunfos. Aun suponiendo, pues, que nadie te ofrezca resistencia, te garantizo que, con el transcurso del tiempo, la progresiva extensión de tus conquistas nos acarreará hambre [274]. Un hombre, en definitiva, sería de excepcional valía si, analizando todos los riesgos

---

[272] Los temores de Artábano se verán cumplidos en las costas de la península de Magnesia (cf. VII 188).

[273] La frase es sentenciosa, pues Artábano sigue desempeñando el papel de «warner». Cf. nota VII 76, y H. Bischoff, «Der Warner bei Herodot», en *Herodot. Eine Auswahl...*, págs. 302 y sigs. Para un pensamiento similar, cf., *supra*, I 32, 4; Heráclito, fr. A 6, D.-K. (H. Diels, W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Dublín-Zurich, 16.ª ed. = 6.ª ed., 1951), y Salustio, *Iug.* 1: «neque regerentur magis quam regerent casus».

[274] Porque, al hallarse cada vez más lejos de sus bases, las dificultades para aprovisionar al ejército serán cada vez mayores (cf. Esquilo, *Persas* 792-794). Acerca de los posibles problemas de intendencia que sufrieron los persas durante la primera guerra médica, cf. nota VI 559. Lo que se necesitaba diariamente para abastecer a las tropas de Jerjes lo indica el historiador en VII 187.

posibles, fuese precavido al abordar un problema y decidido a la hora de actuar[275].»

50 Jerjes le respondió en los siguientes términos: «Artábano, es indudable que planteas atinadamente todos esos inconvenientes; pero no abrigues temor ante todo, y no analices todo tipo de asuntos con la misma minuciosidad. Pues cierto que, si, ante las diversas situaciones que se van presentando, pretendieses analizar todos los detalles con la misma minuciosidad, jamás harías nada. Es preferible afrontar con confianza todos los peligros y sufrir la mitad de los posibles contratiempos, que temer de antemano todo tipo de riesgos y permanecer constantemente inactivo.

2 »Además, si criticas cualquier plan que se exponga sin aportar la solución de manera infalible, puedes tener la seguridad de que incurres, al respecto, en el mismo error que quien ha discrepado de tus puntos de vista. El caso, en efecto, presenta una total similitud. Por otra parte, siendo un hombre, ¿cómo puede uno saber de manera infalible lo que sea? En mi opinión, es imposible. De ahí que los éxitos suelan sonreír, generalmente, a las personas decididas a actuar, y que no ocurra así, ni mucho menos, con quienes todo lo analizan y ante todo vacilan. 3 Puedes ver qué potencia ha alcanzado el imperio persa. Pues bien, si los gloriosos monarcas que me han precedido hubieran opinado como tú, o si, pese a no hacerlo, hubiesen tenido por consejeros a personas de tu carácter, no habrías llegado a ver a Persia encumbrada hasta el lugar que ocupa; mas lo cierto es que la auparon hasta esta preeminente posición exponiéndose a una serie de peligros, pues los grandes logros suelen conseguirse a costa de grandes peligros.

---

[275] La frase constituye otra máxima. Cf. Isócrates, *A Demónico* 34; Aristóteles, *Ética Nicóm.* VI 9, 2; Shakespeare, *Hamlet* I 3, 65 y sigs. (habla Polonio): «Beware of entrance to a quarrel, but being in, Bear't that th'opposed may beware of thee.»

4 En ese sentido, nosotros[276], para igualarnos a ellos, estamos llevando a cabo una expedición en la estación más adecuada del año[277], y, tras haber sometido toda Europa, regresaremos a nuestra patria sin habernos topado con el hambre en parte alguna, ni haber sufrido ningún otro contratiempo: para nuestra expedición llevamos abundantes víveres, y, además, nos apoderaremos del trigo de las comarcas y de los pueblos que vayamos invadiendo, pues nos dirigimos contra labradores y no contra nómadas[278].»

51 «Majestad —dijo, acto seguido, Artábano—, dado que no admites que se abrigue temor alguno, permíteme por lo menos un consejo, pues, cuando hay muchas cosas en juego, es necesario profundizar más en el tema. Ciro, hijo de Cambises, sometió e hizo tributarias de los persas a todas las ciudades jonias[279], salvo Atenas. 2 Te aconsejo, por lo tanto (ya que, sin ellos, podemos imponernos igualmente a nuestros enemigos), que no acaudilles, bajo ningún concepto, a esos sujetos contra sus antepasados[280], pues, de acompañarnos, deberán hacer gala de una extrema vileza, al sumir en la esclavitud a su metrópoli[281], o de una singular hidalguía, si

---

[276] Jerjes emplea el plural mayestático como heredero de las tradiciones expansivas de sus antepasados.

[277] Cf. nota VII 228.

[278] Referencia a la campaña de Darío contra los escitas y a las palabras pronunciadas por Artábano en VII 10α, 2.

[279] Literalmente, «toda Jonia». El término está aquí utilizado en sentido etnográfico y no geográfico. La conquista de Jonia por los persas la relata Heródoto en I 162 y sigs. Cf., además, G. Harris, *Ionia under Persia, 547-477 B.C.*, Evanston, 1971.

[280] Nuevamente aparece en la *Historia* una crítica antijonia; cf. nota V 519, y J. Hart, *Herodotus and Greek History*, Londres, 1982, páginas 181 y sigs.

[281] Pues el ateniense Neleo, hijo del mítico rey de Atenas Codro (cf., *supra*, nota V 303), pasaba por haber sido el fundador de Mileto. Pero, mientras que, en época arcaica (cf. Solón, fr. 4 Diehl), Atenas no desdeñaba sus relaciones étnicas con los jonios de Asia, el siglo v

la ayudan a luchar por su libertad[282]. A este respecto, 3 su vileza no nos proporcionará ninguna ventaja importante; en cambio, su hidalguía puede comprometer seriamente a tus tropas. En suma, acuérdate concretamente de aquel viejo proverbio tan atinado: 'al principio no se vislumbra el desenlace definitivo'[283].»

Ante estas manifestaciones, Jerjes replicó: «Artábano, 52 de todas las opiniones que has expresado esta última es, precisamente, la más errónea, si temes que los jonios se pasen al enemigo, pues tenemos una prueba irrefutable de su fidelidad (de ella puedes dar testimonio tú, así como todos cuantos acompañaron a Darío en su expedición contra los escitas), ya que en sus manos estuvo que todo el ejército persa pereciera o se salvara[284], y ellos demostraron honradez y lealtad, sin causarnos el menor contratiempo. Pero, al margen de ello, 2 habida cuenta de que, al ponerse en camino, han dejado en nuestros dominios a sus hijos y a sus mujeres, así como sus posesiones, no ha lugar a suponer que vayan a rebelarse. Así que no temas tampoco esa posibilidad; al contrario, quédate tranquilo y encárgate de velar por

---

ateniense muestra un desprecio generalizado hacia ellos (cf. IV 142; Tucídides, V 9, 1, VI 77, 1, VIII, 25, 5), por haber sido esclavizados por los persas y por su carácter orientalizante. Con todo, y por razones propagandísticas, Atenas se atribuía el liderazgo de los jonios (cf. IX 106, 3; Tucíd., III 86, 3-4, y VI 82).

[282] Los temores de Artábano (que Temístocles trató de hacer realidad; cf. VIII 22) no se confirmarían hasta la batalla de Mícala (cf. IX 103).

[283] Cf., *supra*, I 32, 9; y Aristóteles, *Ética Nicóm.* I 10, 1. El proverbio es típicamente griego.

[284] Al no acceder a la petición de los escitas para que destruyeran el puente que Darío había ordenado tender sobre el Danubio, lo cual hubiese comprometido la retirada persa. Cf. IV 136 y sigs. No obstante, la actitud de los tiranos jonios en aquella circunstancia estuvo motivada por razones de conveniencia personal. Cf. nota IV 468.

mis intereses y mi reino, pues, de entre todos los persas, yo te confío mi cetro a ti solo [285].»

53 *Últimas consignas de Jerjes antes de abandonar Asia*

Dicho esto, y tras enviar a Artábano a Susa, Jerjes convocó, acto seguido, a los persas más destacados y, una vez en su presencia, les dijo lo que sigue: «Persas, os he reunido para pediros lo siguiente: comportaos con valor y no mancilléis las pasadas gestas de los persas, que fueron importantes y gloriosas; actuemos, antes bien, con entrega, cada uno en particular y todos en general, pues el objetivo que perseguimos nos interesa a todos.

2 »Por otra parte, la razón de que os exhorte a que os consagréis afanosamente a la campaña se debe a que, según tengo entendido, nos dirigimos contra gentes valerosas, y a que, si los vencemos, no habrá ya ningún otro ejército en el mundo que pueda hacernos frente [286]. De momento, pues, crucemos el mar, después de haber dirigido una plegaria a los dioses que velan [287] por Persia.»

---

[285] Cf., *supra*, nota VII 12.

[286] El tono afable y carente de arrogancia de esta intervención de Jerjes (en marcada oposición a los rasgos crueles de su personalidad que el historiador destaca frecuentemente a lo largo del libro VII; cf. E. ABRAHAMSON, «Herodotus' portrait of Xerxes», en *The adventures of Odysseus*, San Luis, 1960, págs. 7 y sigs.) tiene por objeto magnificar el papel de la resistencia griega contra los persas.

[287] Fundamentalmente Ahuramazda (cf. nota VII 61), que, con el tiempo, redujo a los restantes dioses (sobre todo, a las fuerzas de la naturaleza: *Mithra*, el sol; *Mah*, la luna; *Zan*, la tierra; *Atar*, el fuego; *Anam Napat*, el agua, y *Vahyu*, el viento) a simples aspectos de la divinidad. No obstante, la idea del patronazgo divino sobre tierras o ciudades aparece con frecuencia en los autores griegos (cf. TUCÍD., II 74; PLATÓN, *Critias* 109, y *Timeo* 23d).

Paso del Helesponto y llegada a Dorisco, en Tracia

54 Durante aquel día los persas se prepararon para cruzar el estrecho, y, al día siguiente, aguardaron a la salida del sol [288] —fenómeno que deseaban contemplar—, mientras quemaban sobre los puentes toda suerte de sustancias aromáticas y recubrían el trayecto con ramas de mirto. 2 Al rayar el sol, Jerjes efectuó en el mar una libación con una copa de oro [289] y, dirigiéndose al sol, le rogó que, antes de llegar a los últimos confines de Europa [290], no le sucediera ningún grave contratiempo que le impidiese someterla. Y, terminada su plegaria, arrojó la copa al Helesponto, así como una crátera de oro y una espada persa (arma que ellos denominan *akinákēs* [291]). 3 Lo que no puedo precisar a ciencia cierta es si lanzó esos objetos al agua como ofrenda al sol, o si es que se había arrepentido de haber ordenado azotar al Helesponto y se los ofrecía al mar en desagravio.

55 Cuando Jerjes hubo realizado esos ritos, por uno de los puentes —el del lado del Ponto— cruzaron la infantería y la totalidad de la caballería, en tanto que por el puente próximo al Egeo lo hicieron las bestias de carga y la servidumbre.

---

[288] Sobre la importancia del sol para los persas, cf. III 84, 3, y nota VII 231. El momento de la aparición del astro se consideraba de gran importancia para propiciarse su favor. Hay que destacar que Heródoto ignoraba el nombre y la doctrina de Zarathustra (doctrina que se estaba extendiendo en Persia desde el siglo VI a. C., pero que no fue conocida por los griegos hasta dos siglos después), aunque algunos de los ritos que menciona en la *Historia* son zoroástricos. Cf. É. BENVENISTE, *The Persian Religion according to the chief Greek texts*, París, 1929.

[289] Posiblemente la sustancia empleada sería el *haoma*, una bebida sacra embriagante que se obtenía de la planta del mismo nombre (aunque se ignora cuál podía ser). La principal virtud que se le atribuía era la de conceder la inmortalidad.

[290] Cf. nota VII 4.

[291] Se trataba de una especie de alfanje, quizá algo más corto. Cf. PÓLUX, I 138.

2 Abrían la marcha los diez mil persas, todos con coronas en la cabeza, y tras ellos marchaban efectivos del ejército, integrados por una mezcolanza de todo tipo de pueblos. Durante aquel día pasaron esos contingentes, mientras que, al día siguiente, los primeros en cruzar fueron los jinetes y las unidades que llevaban las puntas de sus picas vueltas hacia el suelo (por cierto que también esos efectivos lucían coronas en la cabe-3 za). A continuación lo hicieron los caballos y el carro sagrados; inmediatamente después, el propio Jerjes, así como los lanceros y los mil jinetes; tras ellos, finalmente, pasó el resto del ejército [292]. Y, al mismo tiempo, las naves levaron anclas, rumbo a la orilla opuesta. (Con todo, también he oído decir al respecto que el rey cruzó el último de todos [293].)

---

[292] Las tropas cruzan el Helesponto en una disposición muy similar a su formación al salir de Sardes (cf. VII 40-41):

1. Inmortales.		PRIMER DÍA
2. Primer grupo de efectivos sin organizar (presumiblemente mucho menos numeroso que el citado en VII 40).		
3. Mil jinetes persas.	→ Guardia personal de Jerjes	¿SEGUNDO AL SÉPTIMO DÍA?
4. Mil lanceros persas.	→ Guardia personal de Jerjes	
5. Caballos sagrados.		
6. Carro de Ahuramazda.		
7. Jerjes.		
8. Mil lanceros persas.	→ Guardia personal de Jerjes	
9. Mil jinetes persas.	→ Guardia personal de Jerjes	
10. Segundo grupo de efectivos sin organizar.		

Es decir que, como observa PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 92, nota 1): «seul manque ici le corps de 10.000 cavaliers qui, au chapitre 41, suit les 10.000 hommes de pied. Peut-être est-il compris dans la cavalerie qui ouvrait la marche le second jour du passage de l'Hellespont; ou bien l'expression *hoi mýrioi Pérsai*, au début de la seconde énumération, doit-elle s'entendre à la fois des deux corps de 10.000 hommes chacun (infanterie et cavalerie) qui se suivent à la fin de la première?».

[293] Esta observación (que, presumiblemente, no era compartida por Heródoto) está en contradicción con lo que se dice al comienzo

Una vez que hubo pasado a Europa, Jerjes estuvo contemplando el paso del ejército, que lo hizo a latigazos. (Sus tropas cruzaron el estrecho en siete días y siete noches [294], sin un solo instante de respiro.) Fue, entonces —en el momento en que Jerjes había cruzado ya el Helesponto—, cuando, según cuentan, un lugareño exclamó: «¡Zeus! ¿Por qué quieres asolar Grecia, al frente del mundo entero, precisamente bajo la apariencia de un persa y con el nombre de Jerjes en vez del de Zeus? Pues hasta sin todo esto podrías hacerlo.» **56** **2**

Habían cruzado ya todos, y se disponían a emprender la marcha, cuando pudieron presenciar un gran prodigio, del que Jerjes hizo caso omiso, a pesar de que su interpretación resultaba fácil: una yegua parió una liebre [295]. El portento, en efecto, permitía una fácil interpretación en el siguiente sentido: Jerjes iba a acaudillar contra Grecia una expedición con suma arrogancia y boato, pero regresaría a su punto de partida corriendo, para salvar la vida. **57**

---

del capítulo siguiente. Es, sin embargo, un rasgo típico del método histórico del historiador su tendencia a transmitir tradiciones que se contradicen o complementan; cf. Th. Spath, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968.

[294] Como esta afirmación parece contradecir lo apuntado por Heródoto en el capítulo 55 (sólo menciona dos jornadas para el paso de las tropas), se ha pensado que puede estar refiriéndose a los bagajes y a los no combatientes, que cruzaron por el puente occidental. No obstante, también puede entenderse que el primer día pasaron los inmortales y, tal vez, las fuerzas de los pueblos de Asia Menor, mientras que el segundo día cruzaron la guardia personal de Jerjes, el propio monarca, los caballos sagrados, el carro de Ahuramazda, y que empezaron a pasar efectivos del grueso del ejército (que estaría compuesto por las fuerzas de las satrapías orientales y meridionales), que tardaron en total seis días.

[295] Naturalmente el hecho relatado es ficticio y es posible que la tradición surgiera *ex eventu* entre los helespontios (donde Heródoto pudo haber obtenido la noticia; sobre la ausencia de actitud crítica, cf. H. Verdin, «Notes sur l'attitude des historiens grecs à l'egard de la tradition locale», *Ancient Society* I [1970], 183 y sigs.).

2 Y por cierto que, mientras se hallaba en Sardes, el monarca pudo contemplar también otro prodigio [296]: una mula parió un muleto dotado de dos órganos genitales: poseía los del macho y los de la hembra (el órgano masculino estaba encima del otro).

58 Haciendo caso omiso de esos dos prodigios, Jerjes prosiguió su avance acompañado por el ejército de tierra. Por su parte, la flota abandonó las aguas del Helesponto, siguiendo la costa, en dirección contraria a la 2 de las fuerzas terrestres, pues navegaba con rumbo oeste, para alcanzar el cabo Sarpedonio [297], donde, a su llegada, tenía orden de mantenerse a la espera.

Entretanto, en su avance por tierra, el ejército atravesó el Quersoneso en dirección nordeste [298], dejando a la derecha el sepulcro de Hele, la hija de Atamante [299], y a la izquierda la ciudad de Cardia [300], y pasó por el

---

[296] No resulta clara la interpretación de este segundo prodigio, que, para Heródoto, también poseía un sentido ominoso, como se desprende del comienzo del capítulo siguiente.

[297] En el límite occidental del golfo de Melas. La flota, desde Abido, arrumbó al Suroeste para, una vez alcanzado el cabo Mastusia, en la extremidad suroccidental del Quersoneso Tracio, poner proa al Norte, rumbo a la costa tracia. Desde Abido al cabo Sarpedonio hay unas 60 millas náuticas.

[298] Literalmente, «hacia la aurora y la salida del sol». Como es habitual en Heródoto (cf. I 201; IV 44, 2), el historiador suele referirse, a modo de sistema de orientación espacial, a los vientos, a la posición del sol, etc. Cf. Éforo, *F. Gr. Hist.* 70, fr. 30b, y Aristóteles, *Meteor.* II 6.

[299] Hele era hija de Atamante, rey de Beocia, y huyó con su hermano Frixo a lomos de un carnero alado con vellón de oro para escapar a las asechanzas de su madrastra Ino. Cuando el carnero volaba hacia la Cólquide (al E. del Ponto Euxino), Hele sintió vértigo y cayó al mar, en el estrecho que, en su memoria, pasó a llamarse Helesponto, o «mar de Hele». Sobre esta leyenda, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 296 y sigs.

[300] A orillas de golfo de Melas, en la costa septentrional del istmo del Quersoneso. Posiblemente el monumento sepulcral en honor de Hele se encontraba situado en el territorio de la ciudad de Pactia, emplazada en la orilla europea de la Propóntide y distante de Cardia unos 6 km. (cf. Helánico, fr. 88, *F. Gr. Hist.* 4).

centro de una ciudad cuyo nombre, precisamente, es Ágora[301]. A partir de allí, contorneó el golfo conocido por 3 el nombre de Melas[302] y cruzó el río Melas, cuyo caudal se agotó, sin que en aquellos momentos bastara para las necesidades de las tropas; tras haber franqueado dicho río —que ha dado también su nombre al golfo que he citado—, el ejército se dirigió hacia el Oeste, pasando por los aledaños de la ciudad eolia de Eno y del lago Estentóride[303], hasta que llegó a Dorisco.

Dorisco es una zona costera de Tracia, que incluye 59 una amplia llanura, a través de la cual corre el Hebro, un caudaloso río[304]. En dicha llanura se había erigido un fortín del rey[305] (precisamente es ese fortín el que

---

[301] El ejército debió de pasar por la plaza (en griego, *ágora)* de una ciudad que se llamaba, *precisamente,* Ágora, situada entre Cardia y Pactia (cf. Escílax, *Periplo* 67).

[302] Entre el Quersoneso y Tracia. El río Melas (que tiene unos 55 km. de longitud) desemboca en el fondo del golfo.

[303] Eno se hallaba emplazada, a orillas del Egeo, en el golfo de su mismo nombre (que Plinio, *Hist. Nat.* IV 11, 18, denomina «portus Estentoris»), y a unos 40 km. al NE. de la isla de Samotracia; sobre el origen eolio de Eno, cf. Tucíd., VII 57, 4. El lago Estentóride (una zona pantanosa entre los cursos de los ríos Apsinto y Hebro, que desembocan en el golfo de Eno) se hallaba a unos 5 km. al NE. de Eno.

[304] El actual Maritza, el río más importante de Tracia, que nace al NE. del macizo de Rila y tiene unos 500 km. de longitud, desembocando en el Egeo. La llanura de Dorisco está situada en el curso bajo de dicho río.

[305] Es decir que dependía directamente de Susa y no de la autoridad de un sátrapa. Dada la extensión del imperio persa, se tuvieron que adoptar medidas para conseguir asegurar la sujeción de los súbditos. Entre otras (además del empleo del arameo como lengua oficial en las zonas occidentales [cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...,* pág. 59] y de la creación de una red de carreteras y postas; cf. V 52, para la ruta de Sardes a Susa, y VIII 98, para el sistema de correos), la delegación del poder en manos de los sátrapas, cuyas funciones consistían, esencialmente, en: 1) controlar el orden en su provincia; 2) recaudar el tributo y enviarlo al rey; 3) actuar como juez supremo; 4) acaudillar —aunque no siempre— las tropas acantonadas en la provincia y mantenerlas convenientemente (cf. V 30; Jenofonte, *Anábasis* I

recibe el nombre de Dorisco), y, desde la época en que Darío llevó a cabo su expedición contra los escitas [306], en él había sido acantonada, por orden del monarca, 2 una guarnición persa [307]. Pues bien, Jerjes estimó que el lugar era idóneo para organizar y proceder allí al recuento de sus tropas, y así lo hizo. En ese sentido [308], los jefes de la flota, a instancias de Jerjes, hicieron que todos los navíos, a su arribada a Dorisco, se dirigieran a la playa próxima al fortín [309], donde se hallan emplazadas Sale (una localidad samotracia) y Zona [310], y en la que se encuentra, al final de la misma, el famoso cabo Serreo [311] (por cierto que esa región pertenecía an- 3 tiguamente a los cicones [312]). A esa playa fue a donde

9, 14); 5) derecho a declarar la guerra a tribus insurrectas (cf. IV 167; V 73). No obstante, el rey disponía de medios para limitar el poder de los sátrapas —que, con tan amplios poderes, eran verdaderos virreyes—, en evitación de posibles revueltas; cf. Ed. Meyer, *op. cit.*, págs. 34 y sigs. Uno de esos medios era mantener bajo sus órdenes directas enclaves estratégicos en las diferentes satrapías.

306 Presumiblemente, durante la campaña de Megabazo en Tracia, en 513/512 a. C. (cf. V 2, 2), ya que Darío, con ocasión de su campaña contra los escitas (cf. notas IV 1 y 3), pasó a Europa por el Bósforo (cf. IV 89, 3).

307 Sobre la importancia estratégica de Dorisco durante la sublevación jonia, cf. V 98, 4, y nota V 495.

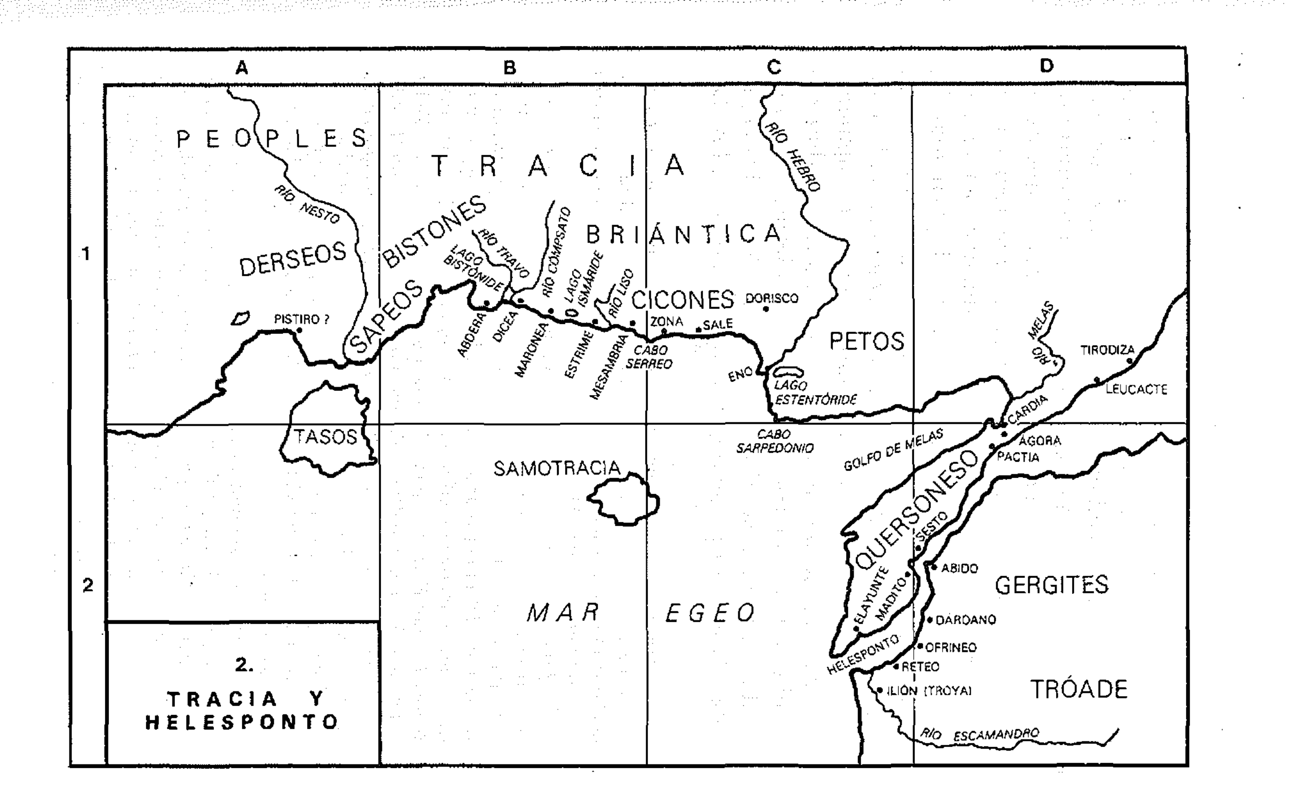
308 Para poder evaluar también sus efectivos navales.

309 Dorisco dista de la costa unos 10 km.

310 Respectivamente, a unos 20 y 40 km. al SO. de Dorisco.

311 Famoso porque unas bacantes tracias despedazaron allí a Orfeo, al negarse a tener trato con mujer alguna tras haber perdido a su esposa Eurídice; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, página 462. El cabo Serreo (cf. Plinio, *Hist. Nat.* IV 43; Apiano, *Guerra civil* IV 101) se halla a unos 2 km. al O. de Zona.

312 Pues ese pueblo aparece, en *Ilíada* II 846, entre los tracios aliados de Troya, y se dice que residían entre el río Axio y el Helesponto. En *Odisea* IX 39-66, Ulises cuenta Alcínoo que su primera peripecia, a su regreso de Troya, consistió en atacar Ismaro, una ciudad de los cicones que debía de estar situada cerca del monte del mismo nombre, en la costa tracia, a unos 25 km. al O. de Zona.



2.
TRACIA Y HELESPONTO

arrumbaron las naves; y, tras sacarlas a tierra, dejaron que se secaran [313]. Mientras tanto, en Dorisco, Jerjes ordenó que se procediera al recuento de sus fuerzas.

60 *Enumeración de los contingentes persas*

A este respecto, no puedo determinar a ciencia cierta el número a que ascendían los contingentes que aportaba cada pueblo (pues ninguna persona da informaciones sobre el particular [314]), pero es seguro que los efectivos del ejército de tierra suponían, en total, un millón setecientos mil hombres [315]. 2 Y a su recuento se procedió de la siguiente manera: reunieron en un lugar determinado a diez mil hombres, los apiñaron todo lo que pudieron y, acto seguido, trazaron a su alrededor un círculo que los englobaba. Tras esa operación, desalojaron de allí a los diez

[313] Para proceder a la reparación y calafateado de los cascos, ya que los navíos no podían estar expuestos a la acción del mar durante mucho tiempo. Cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 10, y J. Rougé, *La marine dans l'antiquité...*, pág. 46.

[314] Como esta afirmación parece implicar que el historiador recibió noticias, sobre el número de efectivos que integraban el ejército de Jerjes (no así sobre el número concreto de soldados que los diversos pueblos del imperio aportaron para la campaña), de algún informador que le mereció confianza, se ha supuesto (cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 237) que ese personaje pudo ser Zópiro —el nieto del general de Darío, del mismo nombre, que, según Heródoto (cf., sin embargo, notas III 725 y 753), reconquistó Babilonia; cf. III 150 y sigs.—, quien, por la tensión que se había producido entre su padre Megabizo y el rey Artajerjes (cf. nota III 784), huyó a Atenas con posterioridad al año 454 a. C. Cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire...*, págs. 436-437.

[315] La cifra es, sin duda, exagerada y refleja la impresión que dejó en los griegos la magnitud de la expedición de Jerjes. En ausencia de documentos y de cifras precisas, se supone, por razones de estrategia, intendencia, etc., que el número de los efectivos terrestres persas debía de rondar la cifra de ciento ochenta mil combatientes, un número, con todo, muy elevado. Para mayores detalles sobre la cuestión, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 363 y sigs., y A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 322 y sigs.

mil hombres y, siguiendo el trazado del círculo, levantaron una cerca que llegaba hasta la altura del ombligo de una persona. Concluida la obra, hicieron que otros 3 diez mil hombres ocuparan el espacio delimitado por la cerca, hasta que, de este modo, se logró el recuento de todos los efectivos [316]. Y, una vez determinado su número, los hicieron formar por naciones [317].

Fuerzas de infantería

Los pueblos que tomaban parte en la 61 campaña eran los siguientes [318].

Primero, los persas, que iban equipados [319] de la siguiente manera: en la cabeza llevaban unos gorros de fieltro flexible, llamados tiaras [320], y en el cuerpo unas túnicas [321] de vistosos colores, provistas de mangas, ‹así

---

316 Lo que cuenta Heródoto resulta inverosímil, pero puede ser el reflejo de una reorganización que se produjo en Dorisco de las fuerzas persas (es presumible que, en Critala y/o Sardes, ya se hubiese procedido al recuento de parte de los contingentes, al menos), para avanzar hacia Terme divididos en tres cuerpos de ejército (cf. VII 121 2-3).

317 Para la revista que hizo Jerjes de las tropas, cf., *infra*, VII 100, 1.

318 Cf. Apéndice V.

319 Sobre la indumentaria y armamento de los pueblos que tomaban parte en la expedición, vid. el detallado análisis de R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, II, págs. 167-183, donde se explican y comentan todos los tipos mencionados por el historiador.

320 La tiara (un término de origen persa; sobre la utilización por el historiador de palabras persas, cf. O. K. Armayor, «Herodotus' Persian vocabulary», *The Ancient World* 1 [1978], 147 y sigs.) era, por excelencia, la prenda de cabeza que usaban los persas (aunque ya había sido empleada por los asirios), e indicaba la categoría social de su poseedor según la cantidad de adornos que llevaba. Pese a que su forma podía presentar diversas variantes, el tipo más usual era similar al gorro frigio, con el extremo superior hacia adelante (cf. *escolio* a Aristófanes, *Aves* 487). Sólo el monarca llevaba la tiara rígida (cf. Jenofonte, *Anábasis* II 5, 23; Arriano, *Anábasis* III 25, 3).

321 Se trata del *quitón*. Entre los griegos era una prenda interior de lino, sujeta a los hombros y que dejaba libres los brazos (Heródoto

como corazas⟩ recubiertas de láminas de hierro que se asemejaban a las escamas de los peces; en las piernas llevaban *anaxirides*[322], y, en lugar de escudos metálicos, unos de mimbre, bajo los cuales iban colgadas sus aljabas. También portaban unas lanzas cortas, grandes arcos y flechas de caña, y, además, junto al muslo derecho, unos puñales que les pendían del cinturón[323].
2 Tenían por caudillo a Ótanes, el padre de Amastris, la esposa de Jerjes[324]. Antiguamente los griegos los llamaban cefenes, pero ellos se daban a sí mismos el nombre
3 de arteos[325], cosa que también hacían sus vecinos. Sin embargo, cuando Perseo, el hijo de Dánae[326] y de Zeus, llegó a la corte de Cefeo[327], hijo de Belo, se casó con

los está contraponiendo a los usuales entre sus lectores, pues los *quitones* griegos carecían de mangas); llevaban costuras laterales y un cinturón reducido a un simple cordón.

322 Una especie de bombachos. Cf., *supra*, nota III 420.

323 El historiador destaca el armamento típico de los persas por comparación con el usual entre los griegos (así hay que interpretar, en general, términos como «lanzas cortas», «grandes arcos», etc.). Sobre la representación de los guerreros persas, cf. R. Huyghe, *El arte y el hombre*, Barcelona, 1966, I, págs. 303-310.

324 Cf. nota VII 245. Este Ótanes (del que se desconocen sus conexiones familiares) no debe de ser el que descubrió la impostura del falso (?) Esmerdis (cf. III 68 y sigs.). Vid. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 334-335. Sobre los Aqueménidas, o parientes de ese clan, que tomaron parte en la expedición de Jerjes, cf. nota VII 424. Sobre Amastris, cf. VII 114.

325 Es decir, los «nobles», los «justos». El gentilicio procede del persa *artam;* cf. W. Brandenstein, *Antiguo persa*, Madrid, 1958, página 95. El término cefenes está relacionado con Cefeo, mencionado más abajo.

326 Sobre Dánae, cf., *supra*, notas VI 258 y 262. Para Perseo, vid. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 130 y sigs.

327 Según la tradición griega, rey de los asirios (Heródoto debió de sufrir una confusión y relacionar a los asirios con sus sucesores en la hegemonía de Asia, los medos y los persas). La relación entre Perseo y los persas es una mera *interpretatio graeca*, ya que, a partir de la similitud de nombres, los griegos extraían relaciones y explicaciones histórico-geográficas basándose en sus propias leyendas.

Andrómeda, la hija del monarca, y tuvo un hijo al que impuso el nombre de Persa, y, al marcharse, lo dejó en aquel país, porque resulta que Cefeo carecía de descendencia masculina. Pues bien, en memoria de ese personaje los persas adoptaron su nombre [328].

62 Por su parte, los medos tomaban parte en la campaña uniformados de la misma manera, pues esa indumentaria es de origen medo [329], y no persa.

Los medos tenían por caudillo al aqueménida Tigranes [330]. Y por cierto que, antiguamente, todo el mundo los llamaba arios [331]; pero, cuando la cólquide Medea llegó hasta su país, procedente de Atenas, también ellos cambiaron de nombre. Eso es lo que, sobre su gentilicio, cuentan los propios medos [332].

2 Los expedicionarios cisios [333] iban, en general, equipados como los persas, pero, en vez de los gorros de

---

[328] Acerca de las bases de la tradición oriental de Perseo, cf. L. Preller, *Griechische Mythologie*, Berlín, 4.ª ed. (revisada por C. Robert), 1926, II, 1, págs. 222 y sigs.

[329] Cf. I 135. Los nobles persas dejaron de emplear sus túnicas y pantalones de cuero (cf. I 71, 2) para adoptar los vestidos largos y amplios, de mangas acampanadas, de los medos, que eran más apropiados para la vida de la corte y para el clima del Irán (cf., asimismo, Jenofonte, *Ciropedia* VIII 1). En general, vid. L. y J. Heuzey, *Histoire du costume dans l'antiquité classique: l'Orient*, Paris, 1935, págs. 83 y sigs.

[330] Quien, al frente de las tropas persas, pereció en Mícala. Cf. IX 96 y 102.

[331] El gentilicio significa «noble» (cf. M. Mayrhofer, *Kurzgefasstes etymologisches Wörterbuch des Altindischen*, 1953, pág. 79, con bibliografía), y procede del sánscrito *ârya*. En principio, se aplicaría a todas las tribus iranias para distinguirlas de las extranjeras.

[332] La tradición es de origen griego (cf. Hesíodo, *Teogonía* 1000; Píndaro, *Pít.* I 78; Pausanias, II 3, 8; Apolodoro, I 9, 28) y se basa en la semejanza lingüística entre el nombre de Medea y el gentilicio medos. Sobre la leyenda de Medea, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 286 y sigs.

[333] Los cisios ocupaban la satrapía cisia, cuyo nombre oficial era el de *Susiana*, que correspondía al antiguo Elam. Cf., *supra*, III 91, 4.

fieltro, llevaban mitras. Al frente de los cisios figuraba Ánafes, hijo de Ótanes [334].

Los hircanios [335] iban armados como los persas y a su mando se hallaba Megápano [336], quien, con posterioridad a estos acontecimientos, fue gobernador de Babilonia.

63 Los expedicionarios asirios [337] llevaban en la cabeza unos cascos de bronce, trenzados [338] con arreglo a una técnica bárbara de difícil descripción; llevaban también escudos, lanzas y puñales similares a los de los egipcios [339], y, además, mazas de madera tachonadas con clavos de hierro y petos de lino. Los griegos llamaban a estas gentes sirios, pero los bárbaros les han dado el nombre de asirios [340]. [Entre ellos, por cierto, figuraban los caldeos [341]]. A su frente se hallaba Otaspes, hijo de Artaqueas [342].

---

[334] Según Macan (*Herodotus. The seventh...*, I, pág. 86), el mismo personaje citado en VII 61, 2.

[335] Con este nombre debe entenderse una alusión a los caspios, los pausicas, los pantimatos y los daritas, residentes en la undécima satrapía, mencionada en III 92, 2, situada en la zona sudoriental del mar Caspio.

[336] Este personaje es desconocido (y no pertenecía a la familia de los Aqueménidas ni estaba emparentado con ella; cf. nota VII 424).

[337] Como, bajo el nombre de Asiria, Heródoto entiende todo el territorio comprendido entre la meseta del Irán, Armenia y el desierto arábigo, hay que incluir entre los asirios a los babilonios. Cf. nota III 478.

[338] Presumiblemente este tipo de cascos estarían hechos con tiras de cuero entrelazadas y revestidas de láminas metálicas.

[339] Sobre el armamento de los egipcios, cf. VII 89, 3.

[340] En general, con el nombre de sirios (una corrupción en la terminología griega por el gentilicio «asirio») se designaba entre los griegos a los pueblos que habitaban en una zona limitada, aproximadamente, por Babilonia, Cilicia, Egipto y el Ponto Euxino (la primera vez que se emplea el término «sirio» en la literatura griega es en el fr. 156 de Píndaro, C. M. Bowra, *Pindari Carmina cum fragmentis*, Oxford, 1968 [= 2.ª ed., 1947]).

[341] La frase debe de ser una interpolación, pues (además de existir razones lingüísticas para tal suposición), para Heródoto, los caldeos eran los sacerdotes de *Bel-Marduk* (a quien el historiador deno-

64 Los bactrios[343] que tomaban parte en la expedición llevaban en la cabeza unos gorros muy semejantes a los de los medos, y portaban arcos confeccionados con cañas, típicos de su país, y lanzas cortas.

2 Por su parte, los sacas —un pueblo escita[344]— llevaban en la cabeza unos turbantes[345] rígidos que terminaban en punta, iban vestidos con *anaxirides*[346], y portaban unos arcos típicos de su país, puñales y, además, unas hachas (unas *sagaris*[347]). Pese a que eran escitas amirgios[348], los llamaban sacas, pues los persas denominan sacas a todos los escitas[349].

---

mina Zeus Belo; cf. I 181, 5), dios supremo del sincretismo religioso babilonio, señor de la creación y del destino, que era adorado en el templo de Esagila, en Babilonia. Cf. E. Dhorme, *Les religions de Babylonie et d'Asyrie*, París, 1945, págs. 178 y sigs.

342 Cf., *infra*, nota VII 424.

343 Los pueblos que residían en la satrapía de Bactria (*Bakhtri* era la región del curso alto del Oxos, el Amu Daria), al NO. del Hindukush, al parecer la cuna de la religión zarathústrica.

344 Los sacas ocupaban la zona situada entre los cursos medios del Oxos y del Yaxartes (el Syr Daria), al N. del Hindukush y al NE. de Bactria y Sogdiana (para un intento de localización más preciso, aunque no determinante, cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 142, nota 1). Sobre la extensión de los escitas, vid. B. A. Rybakov, *La Scythie d'Hérodote. Analyse historique-géographique*, Moscú, 1979.

345 Según Pólux, VII 58, el término empleado en griego (*kyrbasíai*) era sinónimo de tiara.

346 Cf. nota VII 322.

347 Se trataba de un hacha de doble filo. Según la tradición, el arma que con preferencia usaban las amazonas y los pueblos nómadas (cf. I 215, 1, para los maságetas).

348 Pese a que Ctesias (*Persiká* 3) y Polieno (*Strategemata* VII 12) afirman que, en tiempos de Ciro o Darío, el monarca de los sacas se llamaba Amorges (de donde el nombre de «amirgios»), parece ser que hay que entender que *Amirgios* corresponde al persa *Haumavargā*, que significa «los que beben jugo de hojas de haoma» (cf. nota VII 289).

349 En las inscripciones de Darío (fundamentalmente en la de Našq-i-Rustam), los sacas son llamados *Sakastana*, un término que se aplicaba a las tribus nómadas que residían a lo largo de la frontera

Al frente de bactrios y sacas figuraba Histaspes [350], hijo de Darío y de Atosa, la hija de Ciro.

65 Los indios [351] iban ataviados con ropas confeccionadas con algodón [352], y llevaban arcos hechos con cañas y flechas, igualmente de caña, pero con la punta de hierro. Así era, en definitiva, como iban equipados los indios, cuyos contingentes, agrupados, habían sido puestos a las órdenes de Farnazatres, hijo de Artábates [353].

66 Los arios [354] iban provistos de arcos médicos, siendo el resto de su indumentaria y armamento como el de los bactrios. A su frente figuraba Sisamnes [355], hijo de Hidarnes.

Los partos, los corasmios, los sogdos, los gandarios y los dadicas [356] tomaban parte en la expedición equi-

---

norte del imperio (es decir, eran distintos a los escitas de Europa, pero nómadas de las estepas como ellos). Sobre la posible utilización de una lista oficial persa a este respecto por parte de Heródoto, cf. A. Martorelli, «Storia persiana in Erodoto. Echi di versioni ufficiali», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 111 (1977), 115 y sigs.

350 Cf., *infra*, nota VII 424.

351 Para Heródoto la India se limitaba al valle del Indo, dado que, al E. del río, no había más que arena (cf. III 98, 2). El historiador dice (en IV 44, 3) que Darío, tras el viaje de Escílax (cf. nota IV 194), sometió a algunos pueblos indios y que empleaba el Indo como ruta comercial, lo cual concuerda con la inscripción de Darío en Persépolis, donde ya incluía a los indios entre sus súbditos.

352 Literalmente, «confeccionadas a partir de árboles» (para la «lana de árbol», cf. Plinio, *Hist. Nat.* XIX 1), pues, si bien el algodón se conoce en algunas zonas desde muy antiguo, parece ser que en Europa fue introducido por Alejandro el Grande. Se sabe que los árabes lo llevaron a España hacia el siglo IX; sin embargo, hasta el siglo XVIII no empezó a emplearse en gran escala.

353 Ambos personajes son desconocidos.

354 Los arios residían en la decimosexta satrapía persa, que incluía, sobre todo, tribus nómadas y que ocupaba una zona muy extensa al O. y N. de Bactria, desde el mar de Aral hasta el SE. de Hircania (la región de Herat).

355 Hermano, quizá, del comandante de los «Inmortales». Cf. VII 83, 3.

356 Los partos (que tan famosos fueron posteriormente) residían al SE. del Caspio. Los corasmios en el curso bajo del Oxos (cf. I. V.

pados igual que los bactrios. Y sus caudillos eran los 2 siguientes: al frente de los partos y de los corasmios se hallaba Artabazo [357], hijo de Fárnaces; al frente de los sogdos, Azanes, hijo de Arteo, y al frente de los gandarios y dadicas, Artifio [358], hijo de Artábano.

Los expedicionarios caspios [359] iban ataviados con 67 pellizas y llevaban arcos de caña, típicos de su país, y alfanjes. Así era como iban equipados los caspios, que tenían por caudillo a Ariomardo [360], hermano de Artifio. Los sarangas [361] se distinguían por llevar sus ropas teñidas; además, llevaban unas botas que les llegaban a la rodilla, así como arcos y lanzas médicas. Al frente de los sarangas figuraba Feréndatas, hijo de Megabazo [362].

Los pacties [363] iban vestidos con pellizas, y llevaban 2

PYANKOV, «The Chorasmians of Hecataeus of Miletus» [en ruso, con resumen en inglés], *Vestnik Drevnej Istorii* 120 [1972], 3 y sigs.). Los sogdos en Sogdiana, al N. de Bactria (su capital era *Marakanda* = Samarcanda; cf. J. HARMATTA, «The origin of the name *Sógdoi*», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 13 [1977], 3 y sigs.). Los gandarios y los dadicas se hallaban establecidos en la zona nororiental del imperio, al S. de la cordillera del Hindukush; aproximadamente en la región del actual Afganistán (desde el alto Pendjab hasta el río Kabul). Cf. HECATEO, fr. 294a, *F. Gr. Hist.* 1, y comentario, pág. 365.

357 Uno de los generales persas más destacados en la segunda guerra médica (cf. VIII 126 y sigs.; IX 41, 66 y 89). Con posterioridad al año 479 a. C., fue sátrapa de Dascilio y, como tal, negoció con Pausanias (cf. TUCÍDIDES, I 129).

358 Sobre Azanes y Artifio, cf. nota VII 424.

359 Los caspios aquí citados debían de ser tribus indias del bajo Pendjab (los *casperaios*, citados por TOLOMEO, VII 43-47). Cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 97, nota 3.

360 Cf. nota VII 424.

361 Uno de los pueblos establecidos en la decimocuarta satrapía (cf. III 93, 2), que ocupaba la zona occidental de la meseta del Irán hasta el golfo Pérsico.

362 Cf. nota VII 424.

363 Establecidos en la decimotercera satrapía, que se hallaba situada entre el mar Caspio y el mar Negro, al S. de la Cólquide. Se

arcos típicos de su país y puñales. Como jefe tenían a Artaíntes [364], hijo de Itamitres.

68 Los utios, los micos y los paricanios [365] iban equipados como los pacties. Y sus caudillos eran los siguientes: al frente de los utios y de los micos se hallaba Arsámenes [366], hijo de Darío, y al frente de los paricanios, Siromitra, hijo de Eobazo [367].

69 Los árabes [368] llevaban amplios mantos ceñidos a la cintura, y en la diestra esgrimían grandes arcos de curvatura inversa [369].

---

ignora, sin embargo, la región concreta que ocupaban (llamada Páctica, que no es la misma que, en III 102, 1, figura entre las regiones de la India).

364 Cf. nota VII 424.

365 Los utios (cf. *Inscripción de Behistun*, § 40, donde se menciona el distrito persa de *Yautija)* parece ser que pertenecían a los pueblos persas que regían el imperio. Los micos estaban establecidos al E. de Persia, a orillas del golfo Pérsico. Los paricanios (de los que carecemos de noticias) residían en la decimoséptima satrapía, que ocupaba la región que posteriormente recibió el nombre de Gedrosia (cf. ARRIANO, *Anábasis* VI 22 y sigs.), en el actual Beluchistán, y tal vez se tratara de un pueblo del interior (a partir del sánscrito *Parkava*, «habitantes de las montañas»).

366 Cf. nota VII 424.

367 Probablemente hermano de Masistio, el jefe de los contingentes alarodios y saspires; cf. VII 79. Eobazo es un personaje desconocido (es dudoso que se trate del mismo persa mencionado en IV 84).

368 Se ignora a qué árabes se refiere Heródoto, pues, aunque el historiador parece considerarlos una única nación (cf. III 97, 5), se hallaban divididos en varias tribus. A. GROHMANN, *Kulturgeschichte des alten Orient*, Munich, 1963, III, 4, págs. 22 y sigs., considera que son los *Lihyān*, que, en PLINIO *(Hist. Nat.* VI 155), reciben el nombre de *Leanitae*, y, en TOLOMEO (VI 7, 18), el de *Laianîtai*, y que eran tribus nómadas que vivían al S. y al E. de Palestina. No obstante, puede tratarse también de los *Nabateos*, una tribu de origen árabe (cf. *Génesis*, XXV 13, y P. C. HAMMOND, *The Nabataeans. Their history, culture and archaeology*, Lund, 1973), que habitaba en la *Arabia Petrea* (la península del Sinaí) y al S. del mar Muerto. En general, cf. E. MERKEL, *Die Araber in der alten Welt*, Berlín, 1964, I, págs. 167 y sigs.

369 Al tensar un arco normal, se incrementa simplemente su curvatura; en cambio, para tensar un arco de curvatura inversa, hay que

Por su parte los etíopes [370], que iban cubiertos con pieles de panteras y de leones, llevaban unos grandes arcos —de no menos de cuatro codos [371]—, confeccionados con una rama de palmera, en los que encajaban unas pequeñas flechas, hechas con cañas, cuya punta, en vez de ser de hierro, estaba formada por una piedra afilada que utilizan, también, para tallar sus sellos [372]. Llevaban, además, unas lanzas rematadas, a modo de punta, por un afilado cuerno de gacela, y portaban también mazas tachonadas con clavos. (Por cierto que, al entrar en combate, se embadurnan medio cuerpo con yeso y la otra mitad con minio.)

---

hacer presión en sentido inverso al de la curvatura, lo que aumentaba la fuerza propulsora de las flechas (cf. *Odisea* XXI 11 y 59, y G. Germain, *Genèse de l'Odyssée*, París, 1954, págs. 37 y sigs.). El arco compuesto estaba formado por una pieza central de madera, o metálica, que se empuñaba al tiempo que se sujetaba la punta de la flecha, y a la que se unían sólidamente otras piezas (por ejemplo, cuernos de cabra montés). Cuando este tipo de arco estaba en reposo, presentaba sus extremos curvados en sentido contrario al que ofrecían en posición de disparo, por lo que, para poder utilizarlo, era necesario montar previamente la cuerda (que estaba sujeta sólo a uno de los extremos), fijándola al extremo opuesto. Esta maniobra exigía fuerza y destreza, y era difícil llevarla a cabo de pie únicamente con las manos: lo normal era hacerlo sentado o en cuclillas, utilizando las piernas como palanca, para doblar el arco y poder enganchar la cuerda, que era más corta, en el extremo opuesto.

[370] La inclusión de los etíopes (que residían en Nubia, al S. de la segunda catarata del Nilo) entre los expedicionarios implica que la expedición de Cambises contra Etiopía (cf. III 25) no constituyó el fracaso que le atribuye el historiador. Cf. nota VII 124.

[371] Algo más de 1,75 m. (el tamaño hacía innecesario tensarlo mucho y de ahí que los etíopes emplearan flechas pequeñas). Los arcos etíopes eran de una sola pieza, y tal vez iban reforzados mediante bandas de cuero (cf. Diodoro, III 8, 4); para los egipcios, el arco era el signo jeroglífico con que representaban a los etíopes.

[372] Es decir, las gemas de los mismos. La piedra en cuestión podría ser obsidiana (la *obsidianus lapis* de los manuscritos de Plinio, una errata por *obsianus lapis*, piedra de *Obsius*, un romano que la descubrió en Etiopía).

2 Al frente de los árabes y de los etíopes que residen al Sur de Egipto figuraba Ársames, hijo de Darío y de Artistone [373], hija de Ciro (la esposa favorita de Darío, de quien el monarca mandó hacer una estatua de oro batido a martillo). Al frente, repito, de los etíopes residentes al Sur de Egipto y de los árabes se hallaba Ársames.

70 Por su parte, agregados a los indios, figuraban los etíopes orientales [374] (pues resulta que ambos pueblos tomaban parte en la expedición), que no se diferencian de los otros etíopes por ningún rasgo fisonómico; la única distinción estriba en su idioma y su cabello, ya que los etíopes orientales tienen el pelo lacio, mientras que los de Libia [375] son las personas que tienen el cabello 2 más crespo del mundo [376]. Esos etíopes originarios de Asia iban equipados, en general, como los indios; sin embargo, en la cabeza llevaban pieles arrancadas a cráneos de caballos, incluidas las orejas y la crin: la crin les servía de penacho y llevaban las orejas de los animales perfectamente tiesas. Además, en vez de hacerlo con escudos metálicos, se protegían con pieles de grullas [377].

---

[373] Cf., *supra*, nota VII 15.

[374] Habitantes de la decimoséptima satrapía, en el Beluchistán, entre Persia y Pakistán, a orillas del mar de Omán.

[375] Es decir, África; para Heródoto, una de las tres partes del mundo, cf. IV 41 y sigs.

[376] La única semejanza entre los etíopes «de Libia» y los etíopes «de Asia» estribaba en el color de su piel, ya que el término griego *aithíopes* significa «los de rostro quemado», haciendo referencia a su carácter negroide. Ahora bien, como hace aquí el historiador, la antropología distingue, entre las razas humanas, a los individuos de cabellos lacios (asiáticos y mongoles), de cabello crespo (los negros) y de cabello ondulado (europeos).

[377] Es decir, con escudos compuestos por un armazón de madera y pieles de grullas recubriéndolos (para escudos similares, cf. IV 175, 1).

Los libios [378] iban con una indumentaria de cuero y empleaban venablos aguzados al fuego. Tenían por caudillo a Másages, hijo de Oarizo [379]. 71

Los expedicionarios paflagonios [380] llevaban en la cabeza cascos trenzados [381]; portaban escudos pequeños, lanzas de mediano tamaño, así como venablos y puñales, e iban calzados con unas botas, típicas de su país, que les llegaban hasta media pierna. 72

Por su parte, los expedicionarios ligures, matienos, mariandinos y sirios [382] iban equipados como los paflagonios. (Por cierto que los persas denominan capadocios a los citados sirios.)

Pues bien, al frente de los paflagonios y de los matienos figuraba Doto, hijo de Megasidro [383]; mientras que al frente de los mariandinos, de los ligures y de 2

---

[378] Se trata de las tribus libias establecidas al O. de la boca canóbica del Nilo (cf. II 18). Para una enumeración de las mismas y de sus costumbres, cf. IV 168 y sigs.

[379] Ambos personajes son desconocidos.

[380] Habitantes de Paflagonia, en Anatolia septentrional, al O. del curso bajo del Halis; cf. I 6, 1.

[381] Cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 13, y *supra*, nota VII 338.

[382] Los ligures ocuparon vastas regiones de Europa Occidental, pero su territorio se fue reduciendo por la penetración de los elementos indoeuropeos y, en el siglo VI a. C., los ligures propiamente dichos se extendían del Ródano al Arno y por el valle del Po, por lo que, aparentemente, no hay ninguna relación entre los «ligures» que figuraban entre los efectivos de Jerjes y los de Europa. Quizá se tratara de una tribu de origen tracio (cf. MACROBIO, *Saturn.* I 18) que emigró hasta la costa anatólica del mar Negro. Los matienos (cf. III 94, 1) se extendían desde el E. del río Halis (cf. I 72, 2) hasta *Susiana* (sus núcleos de población más importantes debían de residir en el Azerbeidján). Con todo, su localización exacta no está bien determinada. Los mariandinos residían en la zona noroccidental de Anatolia, en las proximidades de la ciudad de Heraclea. Los sirios son los capadocios, habitantes de Capadocia, llamada por los persas *Katpatuka* (de ahí la puntualización del historiador al respecto).

[383] Ambos personajes son desconocidos.

los sirios se hallaba Gobrias [384], hijo de Darío y de Artistone.

73 Los frigios [385] llevaban una indumentaria y un armamento muy similar al de los paflagonios (las diferencias eran escasas). Y por cierto que, al decir de los macedonios, los frigios recibieron el nombre de brigios [386] durante todo el tiempo que permanecieron en Europa, donde fueron vecinos de los macedonios, pero, cuando emigraron a Asia, a la vez que cambiaban de territorio también lo hicieron de nombre, [pasando a llamarse frigios].

Por su parte, los armenios iban equipados como los frigios, ya que son colonos de estos últimos [387].

Al frente de los contingentes de ambos pueblos figuraba Artocmes [388], que estaba casado con una hija de Darío.

74 Los lidios llevaban armas muy similares a las de los griegos [389]. (Por cierto que, antiguamente, los lidios

---

[384] Cf. nota VII 424.

[385] Cf. III 90, 2. La similitud en el armamento con los paflagonios se debía a la proximidad geográfica, ya que Frigia se hallaba al O. de Paflagonia.

[386] A comienzos del siglo v a. C., todavía existían tracios brigios en Europa (cf. VI 45, 1), establecidos posiblemente entre los cursos bajos del Axio y el Haliacmón, a orillas del golfo Termeo. Esta concomitancia entre tracios y frigios está, además, confirmada por los datos lingüísticos, ya que el traco-frigio constituía un antiguo grupo lingüístico indoeuropeo del tipo *satem*. Cf. D. Detschew, *Die thrakischen Sprachreste*, Viena, 1957.

[387] Heródoto tiene razón al señalar esta relación, ya que el armenio es, históricamente, el único residuo actual del grupo lingüístico traco-frigio. Tracios y armenios pasaron de Macedonia a Asia Menor, donde se separaron al establecerse los armenios (en el siglo vii a. C.) en la meseta dominada por el Ararat y fundirse con la población indígena no indoeuropea, a la que habían dominado.

[388] Cf. nota VII 424.

[389] Es decir que los lidios iban armados pesadamente, como los hoplitas griegos, cuyo armamento completo constituía una *panoplia*, compuesta de elementos de tipo defensivo (casco, *krános;* hombrera,

se llamaban mayones [390], pero, en memoria de Lidio, hijo de Atis [391], cambiaron de gentilicio y adoptaron su nombre.)

Los misios [392], por su parte, llevaban en la cabeza unos cascos típicos de su país, portaban pequeños escudos y empleaban venablos aguzados al fuego. (Esas gen- 2 tes son colonos de Lidia y, por el nombre del monte Olimpo [393], reciben el gentilicio de olimpianos.)

Al frente de los lidios y de los misios figuraba Artáfrenes, hijo de Artáfrenes [394], el personaje que acompañó a Datis en su incursión contra Maratón.

Los expedicionarios tracios [395] llevaban en la cabe- 75 za pieles de zorro; iban vestidos con túnicas, sobre las que lucían amplios mantos de vistosos colores, y calza-

---

epibraxiōníon; coraza, *thṓrax;* protección del antebrazo, *epipēkhýon;* ventrera, *mítra;* escudo, *aspís* —generalmente redondo—; muslera, *paramērídion;* greba, *knēmís;* tobillera, *episphýrion,* y protección del pie, *epipodíon)* y de armas ofensivas (lanza, *dóry,* de unos 2 m. de longitud; y espada, *xíphos,* de doble filo).

390 Es posible que la diferencia de gentilicios correspondiera a una diferencia de población y que los lidios acabaran por imponerse a los primitivos habitantes, llamados mayones, de lo que luego fue Lidia; cf. G. Radet, *La Lydie et le monde grec au temps des Mermnades,* París, 1893, I, págs. 63 y sigs.

391 Cf., *supra,* I 94, 3 y nota I 252.

392 Sobre la situación de Misia, cf. nota VII 253.

393 Monte de unos 2.500 m. de altitud, situado a unos 50 km. al SE. del mar de Mármara. Sobre las relaciones entre misios y lidios, cf. J. Friedrich, s. v. *Mysien,* en *RE,* 20, 1 (1941), cols. 881 y sigs.

394 Artáfrenes (que corresponde, en persa antiguo, a *Artafarnah* —nombre bitemático que significa algo así como «el glorioso»—, por lo que, en griego, debería transcribirse *Artaphérnēs,* y así se lee en algunos manuscritos, aunque, probablemente, se pronunciaba y escribía Artáfrenes por influencia de la palabra griega *phrḗn,* que designa la sede de sentimientos y afectos, de la voluntad, de la inteligencia, etc.) era hermano de Darío y fue sátrapa de Sardes durante la sublevación Jonia (cf. E. Herzfeld, *The Persian Empire,* Wiesbaden, 1968, páginas 310 y sigs.). Sobre Datis, cf. nota VI 462, y D. M. Lewis, «Datis the Mede», *Journal of Hellenic Studies* 100 (1980), 194-195.

395 Los tracios de Asia, según se dice a continuación.

ban unas botas de piel de cervato que les cubrían las piernas hasta la rodilla [396]; además, portaban venablos, 2 peltas [397] y unos cortos puñales. A raíz de su paso a Asia, estos tracios recibieron el nombre de bitinios, cuando —según su propio testimonio— anteriormente se denominaban estrimonios, ya que residían a orillas del Estrimón [398]. (Según ellos, fueron expulsados de sus predios por los teucros y los misios [399].)

Al frente de los tracios de Asia se hallaba Básaces [400], hijo de Artábano.

76 ⟨Los pisidios⟩ [401] llevaban pequeños escudos de piel de buey sin curtir, cada guerrero portaba dos jaba-

[396] La indumentaria de estos tracios respondía a la tradicional en su país, cuyo clima era muy crudo en invierno; cf. Jenofonte, *Anábasis* VII 4, 4.

[397] La pelta era un escudo de mimbre, sin borde, y forrado con piel de cabra u oveja (se duda de si era redondo o tenía forma de media luna). Este tipo de escudo dio nombre a los *peltastas*, soldados de infantería ligera. En la guerra del Peloponeso estas fuerzas estaban integradas por mercenarios bárbaros y se las utilizaba sólo en escaramuzas. Cuando, en 390 a. C., Ifícrates, al frente de un grupo de peltastas bien entrenados y disciplinados, consiguió aniquilar a una unidad espartana de hoplitas, los peltastas fueron empleados regularmente, hasta el extremo de que, en el año 349, Atenas envió contra Filipo de Macedonia un ejército compuesto exclusivamente por peltastas y un pequeño cuerpo de caballería. Cf. P. Connolly, *Los ejércitos griegos...*, págs. 52-53.

[398] Importante río de Tracia que desembocaba en el Egeo, en el golfo Estrimonio.

[399] Sobre esta migración de tracios a Asia, cf. nota VII 138.

[400] Cf., *infra*, nota VII 424.

[401] Al comienzo de este capítulo los manuscritos omiten el nombre de un pueblo de los que figuraban entre las tropas de Jerjes. Sigo la conjetura de H. Stein (*Herodotos. Buch VII...*, pág. 84), ya que, además de existir razones textuales para hacerlo, los pisidios eran, desde el punto de vista militar, uno de los pueblos más importantes de la satrapía de *Sparda* (= Sardes, en persa). Es posible, sin embargo, que el término pisidios haga referencia aquí a los hiteneos; cf. Jenofonte, *Anábasis* I 1, 11, y Polibio, V 73. En general, para los problemas que plantea esta lectura, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 157 y 416.

linas de fabricación licia [402], llevaban en la cabeza cascos de bronce (unas orejas y unos cuernos de buey, también de bronce, estaban adosados a los cascos, sobre los que figuraban, asimismo, unos penachos), y tenían las piernas vendadas con tiras de color purpúreo. En su país hay un oráculo de Ares [403].

77 Los cabeleos mayones, llamados lasonios [404], llevaban la misma indumentaria y armamento que los cilicios; indumentaria que pasaré a describir cuando, en el curso de mi narración, llegue al contingente cilicio [405].

Los milias [406] portaban lanzas cortas y llevaban sus ropas sujetas con fíbulas. Algunos de ellos, además, portaban arcos licios [407], y en la cabeza llevaban yelmos confeccionados con pieles curtidas.

Al frente de todos ellos figuraba Badres, hijo de Histanes [408].

78 Los moscos llevaban en la cabeza yelmos de madera, y portaban escudos y unas lanzas de pequeñas dimensiones, pero rematadas por grandes puntas.

---

[402] Esta lectura es una conjetura de Ateneo, 486e, ya que los manuscritos presentan la forma *lykoergéas*, que habría que traducir por «jabalinas 'que utilizan para cazar lobos'».

[403] Es decir, de una divinidad caracterizada por unos rasgos guerreros; de ahí la *interpretatio graeca*, al identificar a este dios con el griego Ares, dios de la guerra.

[404] Posiblemente cabeleos y lasonios constituían dos pueblos diferentes establecidos en la zona noroccidental de Anatolia; el primero de origen pre-lidio (cf. nota VII 390) y el segundo licio, ya que, en III 90 1, Heródoto los cita separadamente. Cf. M. V. li Gotti Macrì, «Καβηλέες δὲ οἱ Μηίονες», *Helicon* 15-16 (1975-1976), 486 y sigs.

[405] Cf. VII 91.

[406] Un pueblo que ocupaba una región montañosa al NE. de Licia; cf. I 173, 2, y Estrabón, XIII 4, 17.

[407] Cf. VII 92.

[408] La identificación de ambos personajes no es segura. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, I, pág. 102.

Por su parte, los expedicionarios tibarenos, macrones y mosinecos iban equipados como los moscos [409]. Sus efectivos, que habían sido agrupados, estaban a las órdenes de los siguientes jefes: al frente de los moscos y de los tibarenos figuraba Ariomardo [410], hijo de Darío y de Parmis [411], la hija de Esmerdis (el hijo de Ciro); mientras que al frente de los macrones y de los mosinecos se hallaba Artaíctes [412], hijo de Querasmis, que era gobernador de Sesto, en el Helesponto.

79 Los mares [413] llevaban en la cabeza unos cascos trenzados, típicos de su país; además, portaban pequeños escudos de cuero y venablos.

Los colcos [414] llevaban, para protegerse la cabeza, cascos de madera, y portaban pequeños escudos de piel de buey sin curtir, unas lanzas cortas y, finalmente, dagas.

---

[409] Los cuatro pueblos aquí mencionados se hallaban asentados en la costa sudeste del mar Negro. Los moscos y los tibarenos (llamados *Muskana* y *Tabali* en las inscripciones asirias) aparecen citados en *Ezequiel* XXVII 13, dedicados al comercio (cf., asimismo, JENOFONTE, *Anábasis* VII 8, 25). Para los macrones, vid. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, donde indica sus relaciones con los colcos. Los mosinecos aparecen citados por HECATEO, fr. 205, *F. Gr. Hist.* 1.

[410] Cf. nota VII 424.

[411] Cf. nota VII 15. Sobre las diversas interpretaciones de la figura de Esmerdis (= Bardiya), cf. F. W. KÖNIG, *Die Falsche Bardiya. Dareios der Grosse und die Lügenkönige*, Viena, 1938; A. T. OLMSTEAD, «Darius and his Behisthum Inscription», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 (1938), 392 y sigs.; y, recientemente, E. J. BICKERMAN, H. TADMOR, «Darius I, Pseudo-Smerdis and the Magi», *Athenaeum* 56 (1978), 239 y sigs., y J. WIESEHÖFER, *Der Aufstand Gaumatas und die Anfänge Dareios I*, Bonn, 1978.

[412] Cf., *supra*, VII 33.

[413] Un pueblo establecido en la decimonovena satrapía del imperio. Cf. III 94, 2, y HECATEO, fr. 205.

[414] Los colcos (los *Karka* que figuran en las inscripciones de Darío) residían en la costa sudoriental del mar Negro, en las estribaciones meridionales del Cáucaso, y su relación de dependencia respecto a los persas era menos rigurosa que la de los pueblos hasta aquí citados.

Al frente de los mares y de los colcos figuraba Farándates[415], hijo de Teaspis.

Por su parte, los expedicionarios alarodios y saspires[416] iban armados como los colcos. A su frente se hallaba Masistio[417], hijo de Siromitra.

80 Los pueblos isleños que se habían incorporado al ejército desde el mar Eritreo[418] (por cierto que procedían de las islas donde el rey confina a los que reciben el nombre de «desterrados»[419]) llevaban una indumentaria y un armamento muy similar al de los medos.

Al frente de esos isleños figuraban Mardontes, hijo de Bageo[420], quien, un año después de estos acontecimientos, desempeñó el cargo de general en Mícala, pereciendo en la batalla[421].

81 Ésos eran los pueblos que, en la campaña, formaban parte de los efectivos terrestres, constituyendo la infantería. Pues bien, al frente de esas fuerzas se hallaban los jefes que he citado, y fueron ellos quienes las organizaron y procedieron a su recuento, y quienes de-

---

415 Un Aqueménida que posteriormente luchó en Platea (cf. IX 76). Sobre Teaspis, cf. IV 43, 1.

416 Ambos pueblos (junto a los matienos) estaban integrados en la decimoctava satrapía del imperio, al SO. del mar Caspio. Los saspires debían de estar asentados entre Media y la Cólquide (cf. I 104, 1, y nota I 270). Es posible que los alarodios constituyeran una tribu armenia (los *Urarda).*

417 Sobre este personaje, cf., *infra,* IX 20 y sigs.

418 El mar Eritreo (cf. nota I 2) hace alusión, en este caso, al golfo Pérsico.

419 Cf. III 93, 2. La práctica de la deportación fue utilizada con frecuencia en el imperio persa (y era usual en las monarquías orientales; cf. *II Reyes* XV 29, XVIII 11 y 32). Vid. D. AMBAGLIO, «Il motivo della deportazione in Erodoto», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 99 (1975), 378 y sigs.

420 Posiblemente el que tan señalado servicio prestó a Darío al deponer al sátrapa Oretes (cf. III 127 y sigs.), y que pertenecía al clan persa de los *mardos;* cf. I 125, 4, y J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser,* Gotta, 1906, I pág. 201.

421 Cf. IX 102, 4.

signaron a *quiliarcas* y *miriarcas* (estos últimos, por su parte, hicieron lo propio con *hecatonarcas* y *decarcas* [422]). Además, había otros oficiales al mando de diversas unidades y de grupos étnicos [423].

---

[422] Respectivamente, jefes de un contingente de mil hombres *(quiliarcas)*, de diez mil *(miriarcas)*, de cien *(hecatonarcas)* y de diez *(decarcas)*. Como se observa, las divisiones jerárquicas se atenían a un sistema decimal, cuando parece ser que la organización militar persa se atenía a uno sexagesimal (sesenta mil hombres parece haber sido el número de combatientes que integraban un cuerpo de ejército persa; al menos, los mandados por Artabazo [cf. VIII 126] y Tigranes [cf. IX 96], que actuaron en solitario, disponían de esa cifra —que, además, se corresponde con el número de seiscientas naves, efectivos convencionales para la flota persa que operó en la campaña de Escitia y en la batalla de Lade; cf. IV 87 y VI 9). En este sentido, pues, el historiador pudo haber sufrido una confusión, que se vio, además, agravada por su error al distinguir entre *árchontes* (o jefes persas de los diferentes pueblos que tomaban parte en la campaña) y *miriarcas*. Heródoto ha mencionado (en VII 61-80) veintinueve *árchontes* al frente de los distintos contingentes de infantería, pero luego (cf. VII 83) afirma que Hidarnes, que mandaba a los diez mil «Inmortales», era un *árchōn*, por lo que quizá cabe deducir que, en realidad, *árchontes* y *miriarcas* eran cargos equivalentes. Habría, pues, un total de unos trescientos mil hombres, al menos teóricamente. Como en el capítulo siguiente el historiador menciona a seis generales en jefe, se ha supuesto que el ejército persa podría contar con seis cuerpos de ejército de unos sesenta mil hombres cada uno (de acuerdo con una organización sexagesimal); pero, como, en su avance por Tracia (cf. VII 121, 2-3), las tropas persas marcharon divididas en tres cuerpos de ejército, es posible que Jerjes sólo llevara a Grecia la mitad de sus efectivos militares (es decir, unos ciento ochenta mil hombres, una cifra, en cualquier caso, muy elevada; cf. F. Maurice, «The size of the Army of Xerxes in the Invasion of Greece, 480 B.C.», *Journal of Hellenic Studies* 50 [1930], 210 y sigs.), ya que no parece presumible que los treinta *árchontes* mencionados al frente de la infantería tuvieran a sus órdenes idéntico número de efectivos (por ejemplo, no es verosímil que los persas o los medos aportasen el mismo número de hombres que los «deportados» citados en VII 80): habría tribus que proporcionarían más hombres que otras.

[423] Quizá se tratara de fuerzas de élite de los tres cuerpos de ejército que el monarca dejó en Persia. Cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 368.

Los jefes de esos contingentes eran, insisto, los personajes que he citado.

82 Con todo, al frente de ellos, y de la totalidad de la infantería, se hallaban Mardonio, hijo de Gobrias, Tritantecmes, hijo de Artábano (quien fuera de la opinión de que no se organizase una expedición contra Grecia), Esmerdómenes, hijo de Ótanes (estos dos últimos eran hijos de unos hermanos de Darío, y, por lo tanto, primos de Jerjes), Masistes, hijo de Darío y de Atosa [424], Gergis, hijo de Ariazo, y Megabizo, hijo de Zópiro [425].

Los Inmortales

83 Éstos eran los generales en jefe de todos los contingentes de infantería, excepción hecha de los Diez Mil. Al mando de esos diez mil persas —que constituían tropas de élite— se hallaba Hidarnes [426], hijo de Hidarnes. Y por cierto que esas fuerzas persas recibían el nombre de «Inmortales» [427] por el siguiente motivo: si uno de ellos causaba baja por muerte o enfermedad y hacía menguar su número,

---

[424] Cf. Apéndice VI.

[425] Se ignora quién era Gergis (BURN, *Persia and the Greeks...*, página 323, sugiere la posibilidad de que fuera un «Adjutant and Quartermaster-General»). Megabizo era nieto del persa del mismo nombre que tomó parte en la conjura contra Bardiya; cf. III 70 y sigs., y K. ZIEGLER, «Zopyros, Perser aus furstichen Geschlecht. Seine Deszendenz», en *RE* 2, R. XIX (1972), cols 765 y sigs.

[426] Hidarnes (= *Vidarna*, en persa), hijo de uno de los conjurados contra Bardiya (cf. III 70, 2), era el *hazarapatish*, o jefe de la guardia real, el oficial más importante de la corte (cf. P. J. JUNGE, «*Hazarapatish*. Zur Stellung des Chiliarchen der königlichen Leibwache im Achämenidenstaat», *Klio* 33 [1940], 13 y sigs.). Este título se aplicaba a lo que era casi un primer ministro, que, con reyes débiles o poco populares, llegó a adquirir una importancia capital; de hecho Jerjes será asesinado por su *hazarapatish*.

[427] En los bajorrelieves de Persépolis aparecen representados con sus arcos los «Inmortales», tropas de élite integradas por persas, medos y elamitas. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, páginas 238-239, y lámina XXXI.

era elegido un sustituto, con lo que la cifra de diez mil nunca se veía rebasada o disminuida.

2 Los persas, por otra parte, eran los expedicionarios que más lujosos atavíos lucían y eran, asimismo, los mejores guerreros. Ya he indicado el tipo de indumentaria y de armamento que llevaban [428], pero se distinguían, sobre todo, por la enorme cantidad de objetos de oro que portaban [429]. Además, llevaban consigo *harmámaxas* [430], en las que viajaban sus concubinas y una servidumbre numerosa y perfectamente equipada. Sus provisiones, distintas a las del resto de los soldados, las transportaban camellos y acémilas al efecto.

84 *Fuerzas de caballería*

Esos pueblos que he citado [431] emplean habitualmente caballos, pero no todos aportaban contingentes de caballería, sino tan sólo los siguientes: ante todo, los persas, que iban equipados igual que sus fuerzas de infantería (algunos de ellos, empero, llevaban en la cabeza una especie de cascos de bronce y de hierro forjado [432]).

85 Por cierto que hay unos nómadas, llamados sagartios [433] (constituyen una tribu de raza y lengua persa,

---

[428] Cf. VII 61, 1.

[429] Cf. Simónides, fr. 88 Diehl (se trata de un epigrama grabado en el túmulo que contenía la urna con las cenizas [*sorós*] de los caídos en la batalla de Maratón; cf. Pausanias, I 32, 3):

En Maratón, luchando en pro de Grecia, doblegaron
los atenienses el poderío de los medos de áureos atavíos.

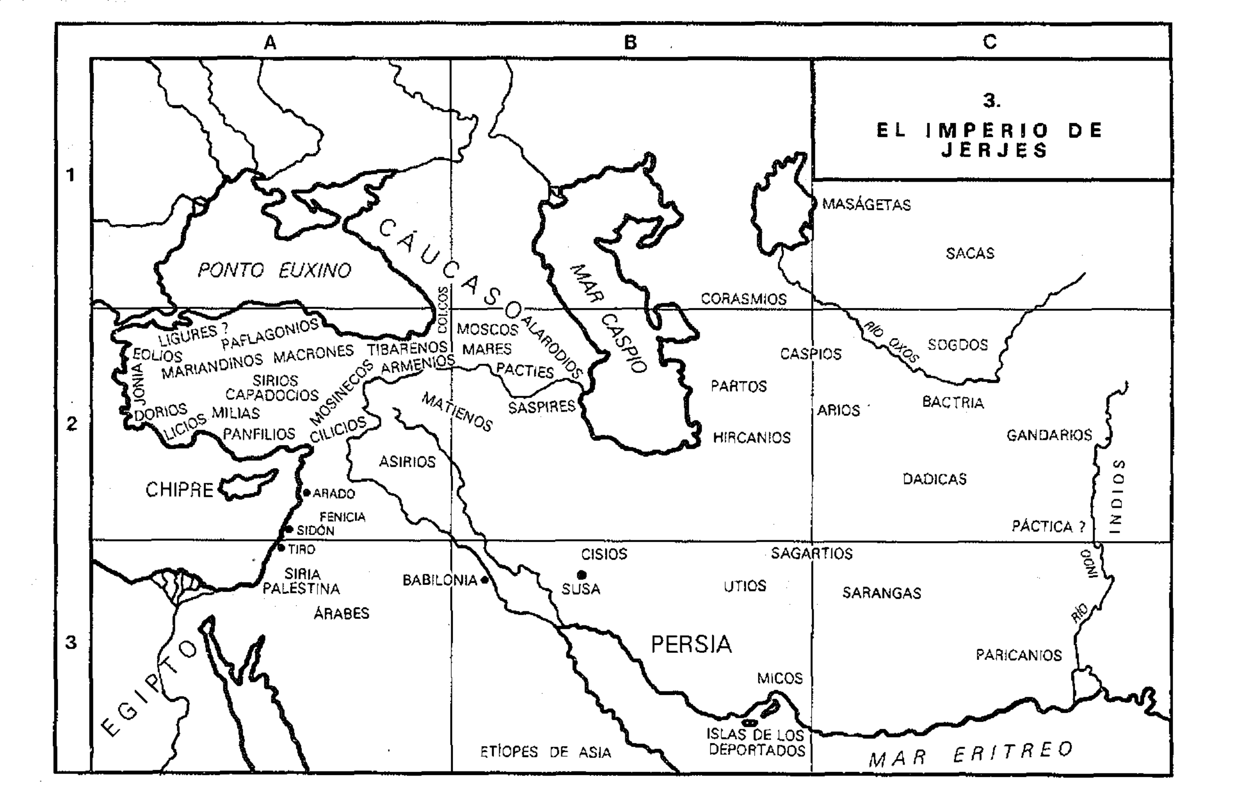
También en Esquilo *(Persas* 9) el ejército persa es «rico en oro». Cf., asimismo, Jenofonte, *Anábasis* I 2, 27, V 8, 8.

[430] Cf. nota VII 246.

[431] Los que integraban las fuerzas de infantería.

[432] En lugar de las tiaras habituales entre los persas. Cf. nota VII 320.

[433] Los sagartios eran una tribu persa (cf. I 125, 4, y Jenofonte, *Ciropedia* I 2, 5) que residían en la zona suroccidental de la meseta del Irán. En la *Inscripción de Behistun* (§ 14), Darío explica que, al



A
B
C
1
2
3
3.
EL IMPERIO DE JERJES
PONTO EUXINO
CÁUCASO
MAR CASPIO
CORASMIOS
MASÁGETAS
SACAS
RÍO OXOS
SOGDOS
COLCOS
MOSCOS
ALARODIOS
MARES
LIGURES ?
PAFLAGONIOS
EOLIOS
MARIANDINOS
MACRONES
TIBARENOS
ARMENIOS
PACTIES
JONIA
SIRIOS
CAPADOCIOS
MOSINECOS
DORIOS
MILIAS
LICIOS
PANFILIOS
CILICIOS
MATIENOS
SASPIRES
CASPIOS
PARTOS
ARIOS
BACTRIA
HIRCANIOS
GANDARIOS
ASIRIOS
DADICAS
INDIOS
CHIPRE
ARADO
FENICIA
SIDÓN
PÁCTICA ?
TIRO
SIRIA
PALESTINA
BABILONIA
CISIOS
SUSA
SAGARTIOS
UTIOS
SARANGAS
RÍO INDO
ÁRABES
PERSIA
PARICANIOS
EGIPTO
MICOS
ISLAS DE LOS DEPORTADOS
ETÍOPES DE ASIA
MAR ERITREO

si bien llevan un atuendo de características medio persas, medio pácticas [434]), que aportaban ocho mil jinetes. Esas gentes, a excepción de puñales, no suelen llevar armas de bronce o de hierro, pero utilizan unos lazos, 2 confeccionados con tiras de cuero trenzadas, cuya eficacia les infunde confianza a la hora de entrar en combate. La táctica que emplean esos sujetos es la siguiente: cuando llegan a la altura de sus adversarios, arrojan los lazos, que en su extremo poseen un nudo corredizo, y a todo al que le aciertan, sea un caballo o un hombre, lo arrastran hacia ellos, de manera que sus presas perecen atrapadas en las cuerdas. Ésa es la táctica que emplean esos individuos, que habían sido encuadrados con los persas.

86 Los medos llevaban la misma indumentaria y armamento que sus fuerzas de infantería, e igual ocurría con los cisios [435]. Los indios iban uniformados con la misma indumentaria y armamento utilizados entre sus contingentes de infantería [436]; además, montaban caballos ensillados y conducían carros, de los que tiraban caballos y onagros [437]. Los bactrios iban equipados como sus efectivos de infantería, e igual sucedía con los sacas [438].

---

hacerse con el trono, los sagartios no reconocieron su autoridad y un tal Sitratecmes se erigió, como presunto sucesor de Ciaxares (rey de Media a comienzos del siglo VII a. C.), en «rey de Sagartia».

[434] Cf. VII 67, 2.

[435] Cf. VII 62.

[436] Cf. VII 65.

[437] El onagro (o «asno salvaje») de la India *(Hemionus onager indicus)* habita en el alto valle del Indo. No suele pasar de 1 m. de alzada y tiene las orejas bastante grandes, cola provista de crines y pelaje rojizo, con una banda dorsal enmarcada por dos bandas claras.

[438] Sigo la conjetura de Munro, en lugar de «caspios», que es la lectura que presentan los manuscritos. De esta manera se resuelve el problema de la ausencia de los sacas, que se distinguieron en Platea (cf. IX 71, 1), de la lista de pueblos que proporcionaban contingentes de caballería. Además, sacas y bactrios figuraban, en la infantería, a

También los libios, por su parte, iban como sus fuerzas de infantería [439], y todos ellos conducían, asimismo, carros. Al igual que los demás, los caspios y los paricanios iban uniformados como sus contingentes de infantería [440]. Los árabes también llevaban la misma indumentaria y armamento que sus efectivos de infantería [441], y todos montaban camellos, animales que, en rapidez, no son inferiores a los caballos [442]. 2

87 Esos pueblos eran los únicos que proporcionaban fuerzas de caballería, cuyo número ascendía a ochenta mil unidades [443], sin contar los camellos y los carros. (Por cierto que todos los efectivos de la caballería habían sido divididos en escuadrones, salvo los árabes [444],

---

las órdenes del mismo *árchōn* (cf. VII 64); los caspios, por otra parte, son citados poco después entre las fuerzas de caballería. No obstante, para el mantenimiento de la lectura de los manuscritos y una justificación a la mención, por dos veces, a los caspios, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 104, nota 1.

[439] Cf. VII 71.

[440] Cf. VII 67, 1, y 68.

[441] Cf. VII 69, 1.

[442] La afirmación es errónea (cf., asimismo, III 102, 3), ya que el camello puede recorrer, al paso, unos 6 km. a la hora, y, al trote, unos 20 km., mientras que un caballo, al galope, puede alcanzar los 65 km. por hora.

[443] La cifra es verosímil. Dado que, en el capítulo siguiente, Heródoto indica que los jefes de la caballería eran tres, se ha supuesto que cada cuerpo de ejército persa, de los tres que tomaron parte en la expedición contra Grecia (cf. VII 121, 2-3), tenía asignado un contingente de caballería de veinte mil hombres cada uno (es decir, en total seis *miriadas:* persas, medos, cisios y bactrios pudieron haber integrado cuatro; los ocho mil sagartios otra, y la última compuesta por caspios, pacties y paricanios). A destacar que todas las fuerzas de caballería eran de las satrapías orientales, y que los carros y camellos, de indios, libios y árabes, no desempeñaron un papel relevante en las operaciones militares que narra Heródoto. En general, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh...*, II, págs. 161-164.

[444] Cuyo grupo étnico habría sido mantenido homogéneamente; cf. VII 81, y nota VII 423.

que ocupaban la retaguardia; pues, como los caballos no soportan lo más mínimo la presencia de los camellos [445], figuraban en último lugar para evitar que la caballería se espantase.)

88 Al frente de la caballería se hallaban Harmamitras y Titeo, hijos de Datis [446], pues Farnuques, la tercera persona que compartía con ellos el mando, se había quedado en Sardes aquejado de una enfermedad.

Resulta que, cuando el ejército abandonaba Sardes, fue víctima de un desgraciado accidente: mientras cabalgaba a lomos de su caballo, un perro pasó corriendo por entre las patas del animal, que, como no lo había visto venir, se asustó y, encabritándose, derribó a Farnuques, quien, a consecuencia de la caída, vomitó san- 2 gre, y su dolencia terminó convirtiéndose en tisis. Y, con respecto al caballo, los siervos de Farnuques, sin perder un instante, cumplieron puntualmente sus órdenes: lo condujeron al lugar exacto en que había desmontado a su amo y le cortaron las patas a la altura de las rodillas. Así fue como Farnuques se vio relevado del mando.

89 *Fuerzas navales*

Por su parte, el número de los trirremes ascendía a mil doscientos siete [447], y los pueblos que los facilitaban eran los siguientes. Trescientos los proporcionaban los fenicios, en unión de los sirios de Palestina [448], que iban equipados como sigue: en la cabeza llevaban unos yelmos de características muy similares a los de tipo griego [449], iban atavia-

[445] Cf., *supra*, I 80, 4.

[446] Cf. notas VI 462 y VII 394.

[447] Cf. Apéndice VII.

[448] Los filisteos, que en esta época todavía constituían un pueblo poderoso que contaba con importantes plazas marítimas, como Azoto, Ascalón, Gaza y Ecrón.

[449] Se trata del yelmo de tipo corintio, que cubría toda la cara, dejando libres sólo los ojos. Cf. P. Connolly, *Los ejércitos griegos...*, págs. 34-35.

dos con petos de lino y portaban escudos carentes de brocales, así como venablos. Por cierto que, según sus 2 propios testimonios, los citados fenicios residían antiguamente a orillas del mar Eritreo, desde donde pasaron a Siria, estableciéndose en sus costas [450] (esa parte de Siria, y toda la zona que se extiende hasta Egipto, recibe el nombre de Palestina [451]).

Los egipcios aportaban doscientas naves. Sus dota- 3 ciones llevaban en la cabeza cascos de mallas y portaban escudos cóncavos, provistos de grandes brocales, lanzas especiales para los abordajes y grandes hachas de combate. La mayoría de ellos llevaban corazas [452] y, además, portaban grandes dagas.

Así era como iban armados los egipcios. 90

Los chipriotas, por su parte, proporcionaban ciento cincuenta naves e iban equipados como sigue: sus reyes [453] llevaban la cabeza ceñida con mitras, mientras

---

[450] La opinión de Heródoto es admitida en la actualidad. Los fenicios llegaron hasta las costas mediterráneas, en sucesivas oleadas, procedentes de Arabia o del golfo Pérsico (= el mar Eritreo), en el tercer milenio (cf. D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1962, páginas 19 y sigs.). Las tablillas de Ras-Shamra demuestran que muchas de las leyendas fenicias tienen por escenario regiones más meridionales que las que habitaron en época histórica. Cf. B. Couroyer, «Origine des Phéniciens», *Revue Biblique* 80 (1973), 264 y sigs.

[451] Para los griegos, Fenicia era únicamente una franja costera que se extendía aproximadamente desde el río Eléutero (el actual *Nahr-el-Kelb)*, en las cercanías de Biblos, hasta el monte Carmelo, y que incluía las plazas marítimas de Biblos, Berito (= Beirut), Sidón, Tiro y la posterior Tolemaida. Y recibía ese nombre en razón de los bosques de palmeras (en griego *phoínikes)* allí existentes. Por su parte, Siria Palestina era la zona costera situada al S. de Fenicia (cf. I 105, 1; II 104, 3 y 106, 1; III 91, 1, y IV 39, 2).

[452] Precisamente por ir armados con armas pesadas fueron quienes más se distinguieron en la tercera batalla del Artemisio; cf. VIII 17.

[453] Las ciudades de Chipre (Diodoro, XVI 42, afirma que, en el siglo IV a. C., había en la isla nueve ciudades importantes) se regían por monarquías hereditarias. Cf. E. Oberhummer, *s. v.* «Kypros», en *RE*, XII (1924), cols. 59 y sigs.

que los demás portaban *kítaris* [454], siendo el resto de su indumentaria y armamento iguales al de los griegos. Y por cierto que, según el testimonio de los propios chipriotas, entre ellos hay elementos étnicos procedentes de todos estos países: de Salamina y Atenas, de Arcadia, de Citnos, de Fenicia y de Etiopía [455].

91 Los cilicios [456] aportaban cien naves. Sus dotaciones, por su parte, llevaban en la cabeza unos cascos típicos de su país; utilizaban, en lugar de escudos metálicos, adargas confeccionadas con piel de buey sin curtir, e iban vestidos con túnicas de lana. Además, cada guerrero llevaba dos venablos y una espada de unas características muy similares a las dagas egipcias. Los cilicios recibían antiguamente la denominación de hipaqueos [457], pero adoptaron su nombre actual en memoria de Cilicio, hijo del fenicio Agenor [458].

---

[454] Según Pólux, VII 54, este término era un sinónimo de tiara.

[455] Salamina, una ciudad situada en la costa oriental de Chipre, fue un emporio micénico (cf. B. Bocci, «Cipro», en *Enciclopedia dell' Arte Antica Classica e Orientale,* Roma, 1959, II, págs. 628 y sigs.), y su supuesta conexión con la isla de Salamina se debía tan sólo a su coincidencia en el topónimo. A su vez, la relación entre Atenas y Chipre estaba motivada porque se consideraba que la isla de Salamina había sido poblada por inmigrantes áticos (cf. Plutarco, *Solón* 26). Las concomitancias entre Arcadia y Chipre están atestiguadas por datos lingüísticos (cf., por ejemplo, C. D. Buck, *The Greek Dialects,* Chicago, 1955, págs. 144 y sigs.). Citnos era una de las Cícladas occidentales; sus relaciones con Chipre aparecen en Diodoro, IV 37. En el S. de la isla predominaba la población oriental, fundamentalmente de origen fenicio. No se tienen noticias de una inmigración etíope a Chipre, aunque pudo haberse producido con ocasión de la conquista de la isla por los egipcios en tiempos de Amasis (cf. II 182, 2). En general, vid. F. A. Papantoniou, «Some conclusions from Herodotus' information about Cyprus», en *Actas del I Congreso de Etnología Chipriota,* Levkosia, 1972, pags. 221 y sigs.

[456] Se refiere a los establecidos en la zona costera sudoriental de Anatolia. Para la extensión de la provincia persa de Cilícia, que constituía la cuarta satrapía, cf., *supra,* nota III 461.

[457] El término significa «aqueos del Sur», quizá reflejo de establecimientos comerciales en la *Cilicia Pedias* en época micénica. No

Los panfilios [459], que iban equipados con armas de tipo griego, aportaban treinta naves. Los integrantes de ese pueblo descienden de los soldados que acompañaron a Anfíloco y Calcante, cuando los griegos, al regreso de Troya, se vieron dispersados [460].

92 Los licios [461] aportaban cincuenta naves. Iban provistos de corazas y de grebas, y llevaban arcos de madera de cornejo, flechas de caña sin plumas y venablos; además, portaban, colgadas de los hombros, pieles de cabra, y, en la cabeza, gorros de fieltro rematados por una corona de plumas [462]; también llevaban puñales y cimitarras.

---

obstante, lo más probable es que este gentilicio sea la helenización del término *Hiliku*, el nombre asirio de Cilicia. Cf. I. Lévy, en *Annuaire de l'Institut de Philologie orientale* 6 (1938), 121 y sigs.

458 Agenor era un mítico rey de Tiro, hijo de Posidón, antepasado, a través de otro de sus hijos, Cadmo, de la familia real de Tebas (cf. Apolodoro, II 1, 4; Diodoro, I 28; Pausanias, IV 23, 10; Nono, III 287). La relación de Agenor con Cilicia puede deberse a la colonización fenicia de esa zona mediterránea.

459 Los panfilios residían en la costa meridional de Anatolia, entre Licia y Cilicia; cf. III 90, 1. Sobre el origen griego del gentilicio, cf. nota V 323.

460 Anfíloco era hijo del adivino Anfiarao (cf. I 46, 2, y nota I 106) y practicó también la mántica. Tras la toma de Troya, en la que participó, se embarcó en compañía del adivino Calcante, siendo arrojado por una tempestad hasta las costas de Panfilia (cf. Apolodoro, III 6, 2; 7, 2; 10, 8). Las relaciones entre Grecia y Panfilia también están atestiguadas por datos lingüísticos (cf. C. D. Buck, *Greek Dialects...*, págs. 10 y 147).

461 En la costa suroccidental de Anatolia, entre Caria, al Oeste, y Panfilia, al Este. Estaban integrados en la satrapía de Sardes administrativamente (cf. III 90), y en la primera económicamente; cf. O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande...*, páginas 45 y sigs.

462 Este tipo de indumentaria era la característica de los «pueblos del mar» (entre los que figuraban los *Lukka*, que quizá hay que identificar con los licios), que atacaron Egipto en tiempos del faraón *Merneptah* (cuarto faraón de la dinastía XIX, que reinó *ca.* 1234-1224 a. C.); cf. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt*, Chicago, 1906, III, págs. 572 y sigs.

Por cierto que los licios, que eran originarios de Creta, recibían la denominación de términas[463], pero adoptaron su nombre actual en memoria de Licio, hijo del ateniense Pandión[464].

93 Los dorios de Asia[465], que llevaban armas de tipo griego y eran oriundos del Peloponeso, aportaban treinta naves.

Los carios, que, en general, iban armados como los griegos, aunque también llevaban cimitarras y puñales, aportaban setenta naves. (En los primeros pasajes de mi obra[466], ya he indicado qué denominación recibía anteriormente ese pueblo.)

94 Los jonios, que iban equipados como los griegos, aportaban cien naves. Por cierto que, durante todo el tiempo que, en el Peloponeso, ocuparon la región que en la actualidad se denomina Acaya[467] —antes de que

---

463 Sobre el pretendido origen cretense de los licios, cf., *supra,* I 173, 1, y W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...,* I, páginas 133-134. El vocablo «térmilas» (en la forma *Trmmili)* aparece en inscripciones licias del siglo IV a. C.; cf. E. Laroche, «Lyciens et Termiles», *Revue archéologique* (1976), 15 y sigs.

464 Un legendario rey de Atenas, el octavo que tuvo la ciudad según la tradición mítica.

465 Ocupaban la costa suroccidental de Caria, a orillas del mar Egeo. A destacar que es la primera vez que aparecen citados en la *Historia* (Heródoto no los menciona en el catálogo de las satrapías persas en tiempos de Darío [cf. III 90 y sigs.], ni entre los griegos que tomaron parte en anteriores campañas persas). Su mención en este momento le sirve al historiador para poder incluir en su obra el elogio de Artemisia (cf. VII 99).

466 Cf. I 171, 2. La división de la obra herodotea en nueve libros fue realizada por la filología alejandrina y aparece atestiguada por vez primera en la *Crónica de Lindos* IIc, 38 (cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II. Inscriptions,* Berlín-Copenhague, 1941, pág. 173), y en Diodoro, XI 37, 6.

467 En la costa septentrional del Peloponeso. Sin mencionarla explícitamente, Heródoto se está haciendo eco de la migración doria (cuyo primer testimonio lo proporciona Tirteo, fr. 2 Diehl) y de sus secuelas.

Dánao y Juto [468] llegaran al Peloponeso—, los jonios, al decir de los griegos, recibían el nombre de pelasgos egialeos [469], pasando a llamarse jonios en memoria de Ión, hijo de Juto.

95 Los isleños [470], que iban armados como los griegos, aportaban diecisiete naves (este grupo étnico era también un pueblo pelasgo, pero posteriormente [471] recibió la denominación de jonio por la misma razón que los jonios de la Dodecápolis [472], oriundos de Atenas [473]).

Los eolios [474], que iban equipados como los griegos, aportaban sesenta naves, y, al decir de los griegos, antiguamente recibían el nombre de pelasgos.

2 Los helespontios [475], excepción hecha de los de Abido (pues estos últimos habían recibido, por parte del

---

[468] Según la leyenda argiva, Dánao era bisnieto de Épafo (cf., *supra*, nota II 150) y, desde Egipto, huyó con sus cincuenta hijas a Argos (país del que era originaria Ío, la madre de Épafo), ante las asechanzas de su hermano Egipto. Juto, por su parte, era hijo de Helén, el héroe epónimo de la totalidad de los griegos. Sobre ambos personajes, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 125 y sigs., y 263 y sigs.

[469] Egialeo fue hijo de Adrasto, un mítico rey de Argos (cf. nota V 316), epónimo de estos «pelasgos», que emigraron del Peloponeso ante la invasión doria. Sobre los pelasgos, cf. nota VII 254.

[470] Este término se refiere a los griegos de las islas del Egeo que habían sido conquistadas por los persas después de la represión de la sublevación jonia (cf. VI 31, 49 y 99).

[471] Mientras aún residían en el Peloponeso. Sobre los movimientos migratorios de los griegos a Jonia, cf. M. B. Sakellariou, *La migration grecque en Ionie*, Atenas, 1958.

[472] Es decir, «de las doce ciudades» (cf. I 142) asentadas en Jonia y que, de Sur a Norte, eran las siguientes: Mileto, Miunte, Priene, Samos, Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Quíos, Eritras, Clazómenas y Focea.

[473] Cf. I 147, 2 y nota VII 281.

[474] Griegos que residían en la costa noroccidental de Anatolia, al N. de Jonia. Sobre su origen, cf. Apolodoro, I 7, 3.

[475] Los griegos establecidos en las costas del Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho. Esta designación era frecuente en la Atenas del siglo v a. C., pues el «helespóntico» fue uno de los distritos tributarios atenienses durante la segunda mitad de dicho siglo y abarcaba toda esa zona.

rey, la orden de permanecer en su territorio para custodiar los puentes), los demás expedicionarios procedentes, insisto, del Ponto [476] aportaban cien naves, e iban equipados como los griegos (por cierto que las gentes de esa zona son descendientes de colonos jonios y dorios [477]).

96 A bordo de todas las naves había soldados persas, medos y sacas [478]. Por otra parte, quienes aportaban las naves más veleras de la flota [479] eran los fenicios, y, de entre estos últimos, los mejores navíos eran los de Sidón [480].

Al frente de todos estos contingentes [481], al igual que ocurría con los efectivos que integraban el ejército de tierra, figuraban jefes de sus respectivos países, cuyos nombres no cito en el curso de mi obra, pues, con vis-

---

[476] El Ponto no hace referencia en este caso al Ponto Euxino, sino a la zona próxima a él; es decir, a la región comprendida entre el Helesponto y el Bósforo (cf. IV 38, 2; 95, 1; 138, 2; V 103, 2).

[477] Fundamentalmente descendientes de colonos milesios (las ciudades jonias de Abido, Lámpsaco, Peso, Cícico, Artace, Proconeso y Perinto) y megareos (las dorias de Selimbria, Bizancio y Calcedón). Cf. J. Bérard, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres Médiques*, París, 1961.

[478] Además de los tripulantes de cada pueblo que integraban, con sus navíos, la flota. La presencia de estos soldados a bordo tendría por objeto impedir defecciones, ya que la armada persa estaba formada en su totalidad por pueblos occidentales, muy alejados del centro del imperio, algunos de los cuales (como chipriotas, egipcios o griegos) podían resultar de dudosa lealtad. Pese a que los sacas eran un pueblo continental, en el ejército persa constituían soldados de élite (cf. nota VI 573).

[479] O, según otra interpretación que permite el texto: «Por otra parte, de los pueblos que he citado, quienes aportaban las naves más veleras eran...».

[480] Cf. VII 44.

[481] Pero, como en el caso del ejército de tierra, subordinados a jefes persas; concretamente, a los almirantes citados en el capítulo siguiente.

tas al objetivo de la misma[482], no me veo forzosamente obligado a hacerlo, habida cuenta de que los jefes de los diversos pueblos no eran especialmente destacables[483] y de que, en cada grupo étnico, había tantos jefes como ciudades. Además, no se habían incorporado al ejército para ejercer el mando, sino en calidad de vasallos, como el resto de los expedicionarios, pues ya he indicado quiénes eran los generales persas que ejercían de hecho el mando supremo y qué persas se hallaban al frente de los diferentes pueblos. 2

Los almirantes de la flota eran los siguientes: Ariabignes, hijo de Darío; Prexaspes, hijo de Aspatines; Megabazo, hijo de Megábatas, y Aquémenes, hijo de Darío[484]. 97

Al frente de las fuerzas navales jonias y carias se hallaba Ariabignes, hijo de Darío y de la hija de Gobrias[485]; al frente de los navíos egipcios figuraba Aquémenes, que era hermano de Jerjes por parte de padre y de madre; mientras que al frente del resto de los efectivos navales se hallaban los otros dos almirantes[486]. (Por cierto que la cifra total de trieconteros, pentecon-

---

[482] Es decir, «al objetivo de la *Historia*». Éste es el único pasaje de la obra de Heródoto en que el término griego *historíē* tiene el significado de «historia». Cf. A. Cook, «Herodotus. The act of inquiry as a libération from myth», *Helios* 3 (1976), 23 y sigs.

[483] En la flota había, sin embargo, excepciones (cf. VII 98-99). Esta observación del historiador se refiere a los jefes indígenas de los contingentes de infantería.

[484] Sobre Ariabignes, Megabazo y Aquémenes, cf. nota VII 424. Aspatines, el padre del cuarto almirante, puede ser uno de los siete conjurados contra Bardiya; cf. III 70, 1, y nota III 352.

[485] La primera esposa de Darío. Cf. nota VII 15.

[486] Sobre los problemas de distribución de los diferentes contigentes navales (es de destacar, por ejemplo, que no se indique de qué almirante dependían los fenicios y qué otras unidades estaban incorporadas a ellos), cf. H. Hauben, «The chief commanders of the Persian fleet in 480 B.C.», *Ancient Society* 4 (1973), 23 y sigs.

teros, *cércuros*[487] y navíos ligeros para el transporte de los caballos se elevaba, sin ningún género de dudas, a tres mil embarcaciones[488].)

98 Por otra parte, los personajes más célebres de la flota —después, eso sí, de los almirantes— eran los siguientes: Tetramnesto de Sidón, hijo de Aniso; Matén de Tiro, hijo de Siromo; Mérbalo de Arado, hijo de Ágbalo; Siénesis de Cilicia, hijo de Oromedonte; Cibernis de Licia, hijo de Cosicas; los chipriotas Gorgo, hijo de Quersis, y Timonacte, hijo de Timágoras, y los carios Histieo, hijo de Timnes, Pigres, hijo de Hiseldomo, y Damasitimo, hijo de Candaules[489].

---

[487] Embarcaciones de mediano tonelaje (en comparación con los navíos de guerra) caracterizadas por la forma de su popa, con aspecto de cola, y que, según Plinio *(Hist. Nat.* VII 56), eran de origen chipriota. El triecontero, por su parte, era un navío rápido de treinta remos por flanco.

[488] La frase parece una interpolación del propio Heródoto, ya que interrumpe la lista de los jefes de la flota. Sobre el número de embarcaciones auxiliares aquí citado, cf. VII 184, 3, y nota VII 893.

[489] La mayoría de los personajes aquí aludidos, y citados con sus nombres helenizados, eran reyes de sus respectivas ciudades (los persas tenían por norma mantener en el trono a los monarcas locales siempre que les fuesen leales; cf. III 15, 2, y nota III 86). Sidón, Tiro y Arado se encontraban en la costa fenicia. Tetramnesto debe de ser la forma helenizada de algún nombre fenicio. En Matén se reconoce el hebreo *Mattan* (cf. *II Reyes* IX 18), hijo de Hiram III (= Siromo), que fue rey de Tiro desde 551 a 532 a. C. Mérbalo debe de ser la forma griega de *Merbâl* (= *Maharbal*, «don de Baal», en latín). Siénesis no era un nombre propio, sino el título dinástico que recibían los reyes de Cilicia (cf. I 74, 3); según Esquilo *(Persas* 326-328), este personaje murió en Salamina. Cibernis, hijo de Cosicas, es una corrección de Ed. Meyer *(Geschichte des Altertums...*, III, § 95) al texto de los manuscritos («Cibernisco, hijo de Sicas»), ya que, en inscripciones licias, está atestiguado el nombre de Cibernis, y Cosicas debe de ser la transcripción del licio *Kheziga*. Gorgo era rey de Salamina, en Chipre, en el año 498 a. C., y permaneció fiel a los persas cuando la isla secundó la sublevación jonia (cf. V 115, 1). Timonacte, probablemente, era rey de Curio, una localidad emplazada en la costa meridional de Chipre. Histieo era tirano de Termera (una ciudad situada en la península de

Bien, no cito acto seguido a los demás oficiales, pues no veo la necesidad. Sin embargo, quiero mencionar a Artemisia, una mujer que tomó parte en la expedición contra Grecia[490] y por quien siento una especial admiración, ya que ejercía personalmente la tiranía (pues su marido había muerto y contaba con un hijo todavía joven), y tomó parte en la campaña, cuando nada la obligaba a hacerlo[491], impulsada por su bravura y arrojo. Como he dicho, se llamaba Artemisia y era hija de Lígdamis, siendo oriunda de Halicarnaso[492], por parte de padre, y cretense por parte de madre. Imperaba sobre Halicarnaso, Cos, Nisiro y Calidna[493], y aportaba cinco navíos. Precisamente, las naves que aportó eran las más celebradas de toda la flota —después, eso sí, de las de Sidón—, y, de entre todos los aliados[494] de

99 2 3

Halicarnaso, frente a la isla de Cos), cargo en el que habría sido repuesto tras la sublevación jonia (cf. V 37, 1). Se ignora quién era Pigres. Damasitimo era tirano de Calinda (cf. VIII 87, 2), una ciudad del SE. de Caria.

[490] Como muchas ciudades griegas microasiáticas gozaban de gran prosperidad bajo la hegemonía persa, el «medismo» no se consideraba todavía tan abominable como lo sería a partir de la segunda guerra médica. Cf. J. WOLSKI, «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques», *Historia* 22 (1973), 3 y sigs.

[491] Pues podía haber enviado a un hombre al frente de sus efectivos.

[492] Por lo que era compatriota de Heródoto, que nació allí hacia el año 485 a. C. (cf. GELIO, *Noct. Att.* XV 23: «Hellanicus initio belli Peloponnesiaci fuisse quinque et sexaginta annos natus videtur, Herodotus tres et quinquaginta, Thucydides quadraginta», y F. JACOBY, «Herodotos», en *RE*, cols. 213 y sigs.). Sobre Artemisia, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' Invasion of Greece...*, págs. 206, 237 y sigs., y 265.

[493] Halicarnaso se hallaba emplazada en la costa meridional de la península de su mismo nombre, en Caria, a orillas del Egeo. Cos es una isla situada a unos 20 km. al SO. de Halicarnaso. Nisiro es una pequeña isla, a unos 55 km. al S. de la ciudad. Calidna (o Calimno), otra isla, al O. de Halicarnaso, dista de ella unos 40 km.

[494] Heródoto está utilizando terminología estrictamente griega. Por aliado (en griego *sýmmachos)* debe entenderse, en este caso, el Estado

Jerjes, fue ella quien dio al monarca los más atinados consejos [495]. Quiero, asimismo, puntualizar que la población de las ciudades sobre las que, como he indicado, imperaba Artemisia, es doria en su totalidad, pues los halicarnaseos son originarios de Trecén, mientras que los demás lo son de Epidauro [496].

100 En fin, aquí termina la descripción de la fuerza naval.

Jerjes revista las tropas

Entretanto [497], una vez que se hubo procedido al recuento y a la formación del ejército, Jerjes sintió deseos de recorrer personalmente las filas para pasar revista. Y así lo hizo poco después: subido a un carro, pasó, uno tras otro, ante los diversos grupos étnicos recabando informaciones, mientras sus secretarios [498] iban tomando nota, hasta que hubo inspeccionado, de un extremo al otro, tanto los contingentes de caballería como los de infan-

---

vasallo obligado a aportar un determinado número de tropas como ayuda militar cuando la potencia a la que estaba sometido lo solicitaba (cf. E. Bickerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique*, Bruselas, 1950, pág. 107, nota 33). En Grecia el término *symmachía* hacía referencia a un tratado de alianza de carácter militar, acordado entre dos o más ciudades, por el que las partes interesadas debían socorrerse mutuamente y no declarar la guerra, o firmar la paz, sin acuerdo previo. Cf. G. Busolt, *Griechische Staatskunde*, Munich, 1926, II, págs. 1250 y sigs.; y 1320 y sigs.; I. Calabi, *Ricerche su i raporti tra le poleis*, Florencia, 1953, caps. 2 y 3.

[495] Cf., *infra*, VIII 68 y sigs., 101 y sigs.

[496] Trecén estaba situada en la Argólide, a orillas del golfo Sarónico; Pausanias, II 32, 6, también insiste en que Trecén era la metrópoli de Halicarnaso. Epidauro se hallaba a unos 20 km. al O. de Trecén, también a orillas del golfo Sarónico; la relación entre Epidauro —cerca de la cual se alzaba el famoso santuario en honor de Asclepio— y Cos está confirmada por la importancia que esta divinidad tenía en la isla (cf. Platón, *Fedro* 270c, *Protágoras* 311b). Calidna y Nisiro eran dependencias de Cos (cf. Diodoro, V 54).

[497] Finaliza aquí la digresión sobre la composición de las fuerzas terrestres y navales persas iniciada en el capítulo 61.

[498] Cf. nota III 662.

tería. Cuando había concluido ya su revista, se botaron los navíos al mar[499] y, acto seguido, el monarca se trasladó desde su carro a una nave sidonia, tomó asiento bajo un palio de oro y, a bordo del navío, pasó junto a las proas de las naves, formulando preguntas ante cada una, como había hecho con el ejército de tierra, y cuidando de que se anotaran las respuestas. 2

Por cierto que los *navarcas*[500] pusieron rumbo a mar abierto y anclaron las naves, formando una sola línea, a unos cuatro pletros[501] de la orilla, después de haber dirigido todos sus proas hacia tierra y de haber armado hasta los dientes a los soldados de a bordo, como si fuesen a entrar en combate. Jerjes, pues, pasó revista navegando entre las proas y la orilla. 3

Coloquio entre Jerjes y Demarato

101 Tras haber inspeccionado la flota a bordo de una nave, Jerjes, cuando hubo desembarcado, mandó que fueran a por Demarato, hijo de Aristón —que le acompañaba en su expedición contra Grecia—, y, después de decirle que se aproximara, le preguntó lo siguiente: «Demarato, en estos momentos me apetece preguntarte algo que deseo saber. Tú eres griego y, según tengo entendido por tus manifestaciones y por las de los demás griegos que se han entrevistado conmigo, natural de una ciudad que no es la más insignificante y débil de la Hélade. 2 Aclárame, por eso, ahora si los griegos se atreverán a ofrecerme resistencia. Porque, en mi opinión, aunque se coligaran todos los griegos y los demás pueblos que residen en Occidente, no son unos rivales capaces de contener mi ataque, sobre todo si no existe coordinación entre ellos. 3 No obstante, quiero conocer también qué es lo que personalmente opinas al respecto.»

---

499 Cf. VII 59, 3, y nota VII 313.

500 Es decir, los diferentes «capitanes de las naves».

501 Aproximadamente, 120 m. (1 pletro = 29,6 m.).

Esto fue lo que le preguntó Jerjes. Demarato, por su parte, le respondió diciendo: «Majestad, ¿debo hablarte con sinceridad o halagarte?» El monarca, entonces, le mandó que hablara con sinceridad, asegurándole que no por ello le iba a resultar menos simpático que antes [502].

102 Al oír estas palabras, Demarato dijo lo que sigue: «Majestad, puesto que mandas que, en sus manifestaciones, uno se exprese con absoluta sinceridad, para evitar que, un día, resulte ante ti culpable por haber mentido, te diré que la pobreza viene siendo, desde siempre, una compañera inseparable [503] de Grecia, pero en ella ha arraigado también la hombría de bien [504] —conseguida a base de inteligencia y de unas leyes sólidas—, cuya estricta observancia le permite defenderse de la **2** pobreza y del despotismo. En consecuencia, sólo tengo elogios para todos los griegos que habitan por aquellas tierras [505], pero mis próximas palabras no voy a apli-

---

[502] Cf., *supra*, nota VII 98.

[503] Como el término griego se emplea fundamentalmente en contextos médicos (cf. Tucíd., II 50, y, en general, D. Brandenburg, *Medizinisches bei Herodot. Eine Literaturhistorische Studie zur antiken Heilkunde*, Berlín, 1976), quizá podría traducirse por «congénita» (o «endémica», como sugiere J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus...*, s.v. *sýntrophos).*

[504] Es decir, la *aretḗ*, la «excelencia» (que puede referirse a todo tipo de seres, objetos o actividades; cf. Tirteo, fr. 9 Diehl). Aplicado al hombre, el concepto, de gran importancia en la historia del pensamiento griego, evolucionó desde la acepción homérica, en que se identificaba con el valor, hasta la aparición de sistemas filosóficos éticos, en que se identifica con cualidades de orden moral o intelectual. Cf. E. Heza, «The crisis of the aristocratic concept of arete. A Study from the history of Greek ideas», *Etyka* 10 (1972), 61 y sigs.; y, en general, vid. W. Jaeger, *Paideia. Die Formung des griechischen Menschen = Paideia. Los ideales de la cultura griega* [trad. de J. Xirau, W. Roces], México, 1968 (= 1957), págs. 19 y sigs.; 92 y sigs.; y 467 y sigs.

[505] Sigo la lectura de Herwerden, que elimina del texto el adjetivo *Dōrikoús*. De mantenerlo, la traducción sería: «...para todos los griegos que habitan por aquellas tierras dorias», con lo que tendríamos

carlas a todos ellos, sino exclusivamente a los lacedemonios: has de saber, ante todo, que jamás aceptarán tus condiciones [506], que representan esclavitud para Grecia; pero, además, es que saldrán a hacerte frente en el campo de batalla, aunque los demás griegos abracen en su totalidad tu causa. Y, respecto a su número, 3 no preguntes cuántos deben de ser para poder adoptar semejante actitud; pues, si se da la circunstancia de que son mil quienes integran su ejército, esos mil lucharán contra ti, y lo mismo harán tanto si son menos como si son más.»

Al oír estas palabras, Jerjes se echó a reír [507] y ex- 103 clamó: «Demarato, ¿qué es lo que has dicho? ¿Que mil hombres lucharán contra un ejército tan poderoso como éste? Vamos a ver, dime: tú mismo, según cuentas, has sido rey de esos individuos. ¿Estarías dispuesto, por lo tanto, a medirte sin dilación alguna con diez hombres? Es más, si todos vuestros ciudadanos son tal como tú afirmas, no hay duda de que tú, que eres [508] su rey, debes, de acuerdo con vuestras leyes [509], enfrentarte al doble de adversarios, pues, si cada uno de ellos 2

un anticipo (concretado en la mención a los lacedemonios que sigue a esta frase) de la gesta de las Termópilas. Cf. A. Dihle, «Aus Herodots Gedankenwelt», *Gymnasium* 69 (1962), 22 y sigs.

506 Esta observación de Demarato parece estar en contradicción con lo indicado en VII 32 sobre el destino de los emisarios enviados por Jerjes a Grecia.

507 En un acto de *hýbris*. Cf. D. Lateiner, «No laughing matter. A literary tactic in Herodotus», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 107 (1977), 173 y sigs.

508 Halago de Jerjes a Demarato: éste es rey de Esparta y ocupará el trono que le pertenece tras la conquista persa. Cf. nota III 86.

509 Probablemente una alusión a la costumbre espartana según la cual (cf. VI 57, 1) los monarcas reinantes en Esparta tenían derecho, en los sacrificios oficiales, a percibir doble ración que los demás asistentes a la hora del banquete (cf. C. G. Thomas, «On the role of the Spartan kings», *Historia* 23 [1974], 257 y sigs.). A un doble privilegio debía responder, pues, una valía doble.

equivale a diez hombres de mi ejército, espero que, desde luego, tú valgas por veinte, ya que, así, podría ser cierta la afirmación que has hecho.

»Ahora bien, si, con unas cualidades personales y físicas como las tuyas y las de los griegos que suelen entrevistarse conmigo [510], os vanagloriáis tanto, ten cuidado [511] no vaya a ser que esa afirmación que has hecho 3 resulte una burda fanfarronada. Porque *** ¡vamos a ver, déjame considerar la cuestión con una estricta lógica! ¿Cómo podrían oponerse a un ejército tan poderoso como éste mil, diez mil, o incluso cincuenta mil hombres, si todos ellos gozan de la misma libertad y no están a las órdenes de una sola persona? Pues, suponiendo que los lacedemonios sean cinco mil, es indudable 4 que somos más de mil contra cada uno [512]. Si estuvieran, siguiendo nuestra pauta, a las órdenes de una sola persona, podría ser que, por temor a su amo, hicieran gala de un valor superior incluso a su naturaleza, y que, pese a estar en inferioridad numérica, se viesen obligados, a latigazos, a dirigirse contra un enemigo superior en efectivos; en cambio, si son presa del libertinaje, no podrán hacer ni lo uno ni lo otro.

»Además, personalmente estoy convencido de que, hasta con fuerzas parejas, los griegos a duras penas podrían medirse única y exclusivamente con los persas. 5 Por contra [sólo] entre nosotros se da ese arrojo que

[510] Jerjes puede estar pensando en el carácter intrigante de los representantes de los Alévadas y de los Pisistrátidas en su corte (cf. VII 6), además de recordar, por ejemplo, el papel de Histieo ante su padre Darío (cf. V 106). Y no hay que olvidar que Demarato era un exiliado.

[511] Jerjes lo amenaza con enfrentarlo a veinte hombres.

[512] Cinco mil será el número de espartiatas en Platea (cf. IX 78). Por su parte, Jerjes estima en cinco millones el número de sus efectivos (en VII 186, Heródoto menciona que las fuerzas de los persas, sin incluir a los eunucos, las mujeres, las acémilas y los perros, se elevaban a cinco millones doscientos ochenta y tres mil hombres).

tú mencionas (sin embargo —hay que reconocerlo—, no es muy frecuente, sino más bien escaso): entre los persas de mi guardia hay quienes estarán dispuestos a medirse con tres griegos a la vez. Tú disparatas tanto porque no los conoces.»

104 «Majestad —respondió Demarato ante ese comentario—, desde un principio sabía que, si hablaba con sinceridad, mis palabras no iban a agradarte; pero, puesto que me obligaste a decir la verdad y nada más que la verdad, así lo he hecho sobre el talante de los espartiatas [513]. 2 Y eso que tú sabes mejor que nadie cuánto aprecio siento actualmente hacia ellos, que me despojaron de mi cargo y de las prerrogativas que heredé de mis antepasados, y me han convertido en un apátrida exilado [514]; tu padre, en cambio, me acogió, facilitándome luego medios para subsistir y una casa [515]. No es lógico, por tanto, que una persona juiciosa menosprecie las muestras de afecto que se le dispensan, sino que debe valorarlas profundamente.

3 »Yo no pretendo ser capaz de medirme con diez hombres, ni tan siquiera con dos, y, si de mí dependiera, no desearía batirme ni con uno solo. Mas, si fuese imperioso o me impulsara a hacerlo un objetivo que mereciera la pena, con quien más gustosamente me batiría sería, sobre todo, con uno de esos sujetos que aseguran valer por tres griegos cada uno. 4 Lo mismo ocurre con los lacedemonios: en combates singulares no son infe-

[513] Frente al término *espartano*, que se refiere, en general, al habitante de la ciudad de Esparta, con independencia de su situación social, *espartiata* alude a los miembros de la clase dominante, descendientes de los antiguos inmigrantes dorios.

[514] Sobre las prerrogativas de los reyes espartanos, cf., *supra*, VI 56 y sigs., y F. Kiechle, *Lakonien und Sparta*, Munich-Berlín, 1963, págs. 220 y sigs. Para la deposición de Demarato, vid. VI 61 y sigs., y H. W. Parke, «The Deposing of Spartan Kings», *Classical Quarterly* 39 (1945), 106 y sigs.

[515] Cf. VI 70, 2, y nota VI 337.

riores a nadie, mientras que, en compacta formación [516], son los mejores guerreros de la tierra. Pues, pese a ser libres, no son libres del todo, ya que rige sus destinos un supremo dueño, la ley, a la que, en su fuero interno, temen mucho más, incluso, de lo que tus
5 súbditos te temen a ti. De hecho, cumplen todos sus mandatos, y siempre manda lo mismo: no les permite huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo, sino que deben permanecer en sus puestos para vencer o morir [517].

»Ahora bien, si esto que te digo te parece un disparate, de acuerdo, pero, de ahora en adelante, prefiero reservarme mis opiniones [518] (es más, en esta ocasión he hablado porque me lo exigías). No obstante, ojalá todo se desarrolle conforme a tus deseos, majestad.»

105 *Nombramiento de Máscames como gobernador de Dorisco*

Esto fue, en suma, lo que le respondió Demarato. Por su parte, Jerjes se tomó sus palabras a risa y no dio muestra alguna de enojo, sino que, en un tono afectuoso, le indicó que se retirara.

Después de su entrevista con Demarato, Jerjes nombró para el cargo de gobernador de la mencionada plaza de Dorisco [519] a Máscames, hijo de Megadostas (previa destitución del que había sido designado por Darío), y, al frente de sus tropas, atravesó Tracia en dirección a Grecia.

---

[516] Es decir, con la falange en formación cerrada (cf. H. L. LORIMER, «The hoplite phalanx», *Bulletin School Athens* 42 [1947], 76 y sigs.). Sobre la valía de los soldados espartanos, cf. TUCÍDIDES, IV 40.

[517] Cf. TIRTEO, fr. 8 DIEHL, v. 3. En las palabras de Demarato hay una paráfrasis anticipada del epigrama de SIMÓNIDES (fr. 92 DIEHL) citado en VII 228, 2.

[518] O, según otra lectura que presentan los manuscritos, «ahora bien, si esto que digo te parece un disparate, prefiero guardar un absoluto silencio en lo sucesivo».

[519] Cf. VII 59, 1, y nota VII 305.

En Dorisco, pues, dejó a Máscames, un personaje **106** que se comportó tan destacadamente que fue el único gobernador, de todos cuantos nombraron el propio Jerjes o Darío, a quien, por sus méritos, el monarca solía enviar regalos —envío que realizaba todos los años—, cosa que siguió haciendo Artojerjes[520], hijo de Jerjes, con los descendientes de Máscames. Resulta que, ya con anterioridad a la campaña que nos ocupa, se habían establecido gobernadores en Tracia[521] y en todas las plazas del Helesponto[522]; pues bien, a excepción del de **2** Dorisco, todos ellos —tanto los de Tracia, como los del Helesponto— fueron expulsados por los griegos con posterioridad a la expedición de Jerjes[523]; al de Dorisco, sin embargo, nadie hasta la fecha ha podido expulsarlo, por más que se ha intentado. Ésa es la razón de que, por orden del monarca persa de turno, se le envíen regalos.

Heroísmo de Boges, el gobernador de Eyón

Y por cierto que el rey Jerjes no con- **107** sideró un valiente a ninguno de los gobernadores que se vieron expulsados por los griegos, con la única excepción de Boges, el gobernador de Eyón[524]. A dicho personaje no dejaba de alabarlo y, además, col-

---

[520] Artajerjes (en persa *Artakhshatra*, que significa «aquel cuyo reinado es conforme a la ley»), hijo y sucesor de Jerjes, reinó en Persia desde 464 a 424 a. C.

[521] Cf. nota VII 306. La soberanía persa sobre Tracia se ejercía mediante el mantenimiento de guarniciones en lugares estratégicos, ya que la fidelidad de las tribus tracias no era permanente. Cf. N. G. L. Hammond, «The extent of Persian occupation in Thrace», *Chiron* 10 (1980), 53 y sigs.

[522] Cf. nota VII 475.

[523] A partir del año 479 los griegos se dedicaron a atacar a los persas que permanecían en las plazas de Tracia, el Quersoneso y la zona de los estrechos. Sesto fue tomada en la primavera del 478 a. C. (cf. IX 118) y Bizancio en otoño del mismo año (cf. Tucíd., I 94; 128). En general, vid. R. Meiggs, *The Athenian Empire...*, págs. 68 y sigs.

[524] En la margen izquierda del Estrimón, junto a la desemboca-

mó de honores a los hijos de Boges que, en Persia, sobrevivieron a su padre, pues este último se hizo verdaderamente acreedor a grandes elogios: cuando se hallaba sitiado por los atenienses —concretamente, por Cimón, hijo de Milcíades [525]— y tenía la posibilidad, al amparo de una tregua, de abandonar la plaza y regresar a Asia, se negó a hacerlo, ante el temor de que el rey pudiera creer que se había salvado cobardemente, y resis-
2 tió hasta el límite. Y, una vez que en la plaza ya no quedaba nada que llevarse a la boca, mandó erigir una gran pira y degolló a sus hijos, a su esposa, a sus concubinas y a sus servidores [526], arrojándolos acto seguido al fuego. Posteriormente, desde lo alto de la muralla, esparció por el Estrimón todo el oro y toda la plata [527] que había en la ciudad; hecho lo cual, se arro-

---

dura del río en el golfo Estrimónico. La toma de esta plaza tuvo lugar en el año 476/475 a. C. (cf. Tucíd., I 98; *escolio* a Esquines, II 34; Diodoro, IX 60, y H. T. Wade Gery, M. F. McGregor, *The Athenian Tribute Lists*, Princeton, 1953, III, págs. 158-160).

[525] Se trata de Milcíades II «el Joven», el *Maratonomaco* (sobre su genealogía, cf. nota VI 176). Cimón II (*ca.* 512-449 a. C.) fue el máximo representante de la política ateniense partidaria del entendimiento con Esparta y el enfrentamiento con Persia, con arreglo a las directrices que inspiraron la creación de la liga delo-ática (cf. P. A. Brunt, «The hellenic League against Persia», *Historia* 2 [1953], 135 y sigs.), lo que le hizo estar en abierta oposición con las tesis de Pericles (cf. D. W. Knight, «The foreign policy of Pericles, 446 to 431 B.C.», en *Some Studies in Athenian politics in the fifth century...*, págs. 1 y sigs.). Sobre la fecha de la captura de Eyón y la estrategia de Cimón para tomar la plaza, cf. D. Hereward, «Some notes on Miltiades and Kimon», *Museum Africum* 3 (1974), 44 y sigs.

[526] El término griego (Heródoto está utilizando, probablemente, un concepto ateniense) hace referencia a un tipo de esclavos que gozaban de un *status* mucho menos riguroso que el de los demás siervos: se trataba de personas de condición servil, pero muy vinculadas a una casa y a su dueño. Cf. E. Perotti, «Una categoria particolare di schiavi attici», *Rendiconti Istituto Lombardo* 106 (1972), 375 y sigs.

[527] La zona, por la vecindad del monte Pangeo (que dista de Eyón unos 20 km. en dirección noreste), era rica en metales preciosos. Cf. VI 46, 3, y nota VI 224.

jó al fuego. De ahí que, todavía en la actualidad, Boges sea alabado con toda justicia por los persas.

Los persas avanzan por Tracia en dirección a Acanto

108 Entretanto, desde Dorisco, Jerjes prosiguió su avance en dirección a Grecia, obligando a engrosar las filas de su ejército a los pueblos con quienes sucesivamente se iba topando. (Pues, como ya he indicado con anterioridad, hasta Tesalia toda la zona había sido sojuzgada y pagaba tributo al rey, ya que había sido sometida por Megabazo y, posteriormente, por Mardonio [528].)

2 En su avance desde Dorisco, Jerjes pasó en primer lugar por los aledaños de las plazas fuertes de los samotracios, la más occidental de las cuales es una ciudad llamada Mesambria [529]. Con esta última linda Estrime [530], una ciudad que pertenece a los tasios, y entre ambas corre el río Liso, que en aquellos momentos [531] no bastó para proveer de agua a las tropas de Jerjes y se secó.

3 Por cierto que, antiguamente, esta región recibía el nombre de Galaica, mientras que, hoy en día, se denomina Briántica [532] (a decir verdad, sin embargo, esta zona también [533] pertenece a los cicones).

---

[528] Cf. IV 143, V 1 y sigs., VI 44-45, y H. Castritius, «Die Okkupation Thrakiens durch die Perser und der Sturz des athenischen Tyrannen Hippias», *Chiron* 2 (1972), 1 y sigs.

[529] A unos 40 kms. al SO. de Dorisco. Las plazas fuertes de los samotracios (entre ellas debía de figurar Sale; cf. VII 59, 2) permitían a Samotracia (que dista de la costa tracia unos 45 kms.) controlar parte del litoral.

[530] Es decir que el territorio de Estrime (situada a unos 3 km. al O. de Mesambria) lindaba con el de esta última. Estrime se hallaba emplazada en la costa, al pie del monte Ismaro, una región famosa por sus vinos (cf. *Odisea* IX 196 y sigs.).

[531] Pues era ya verano (cf. nota VII 228). El Liso debía de ser un pequeño torrente, ya que en la actualidad no hay ningún río que desemboque en el Egeo por esa zona de Tracia.

[532] Se desconoce la razón del nombre de Galaica para esa región.

109 Después de atravesar el cauce seco del río Liso, Jerjes pasó por los aledaños de las siguientes ciudades griegas: Maronea, Dicea y Abdera [534]. Como digo, pasó por las inmediaciones de esas ciudades y por las de unos famosos lagos, que se hallan próximos a las mismas y que son los siguientes: el lago Ismáride [535], situado entre Maronea y Estrime, y el lago Bistónide, próximo a Dicea, en el que vierten sus aguas dos ríos, el Travo y el Cómpsato [536]. En territorio de Abdera, Jerjes no pasó por los aledaños de ningún lago famoso —pues no hay ninguno—, pero sí por un río, el Nesto [537], que desemboca en el mar. 2 Una vez rebasados esos parajes, pasó por las cercanías de las ciudades que los tasios poseen en el continente [538], en el territorio de una de las cuales —el nombre de esa ciudad es Pistiro [539]—

Sobre el topónimo Briántica, cf. LIVIO, XXXVIII 41; PLINIO, *Hist. Nat.* IV 41.

[533] Al igual que la región de Dorisco (cf. VII 59, 2). Sobre los cicones, vid. nota VII 312.

[534] Situadas en la costa tracia, respectivamente a unos 50, 75 y 95 km. al O. de Dorisco. Las tres ciudades figuraban como tributarias de la liga delo-ática, en el «distrito tracio»; cf. G. F. HILL, *Sources for Greek History...*, págs. 414-415.

[535] Este lago (que debía de ser una zona pantanosa en las estribaciones del monte Ismaro) está seco en la actualidad.

[536] El lago Bistónide era una albufera, de unos 15 km. de largo por tres de ancho, que tenía salida al mar. El río Travo debía de llamarse, en realidad, Trauso, por el nombre del pueblo tracio que habitaba su valle (cf. E. OBERHUMMER, s.v. *Trausi*, en *RE*, VI A, 2 [1937], cols. 2245-2246). El Cómpsato (cf. ELIANO, *Hist. Anim.* XV 25) no desemboca actualmente en el «lago» Bistónide.

[537] Un importante río de Tracia, de unos 200 km. de longitud, que nace en los montes Ródope.

[538] Como Galepso (cf. TUCÍD., IV 107) y Datón (cf. ESTRABÓN, VII 33), en la región tracia de Pieria, donde los tasios controlaban las minas de oro y plata del Pangeo (cf. VI 46, 3).

[539] Acerca de la probable situación de esta ciudad, cf. CH. CHRYSANTHAKI, «Εἰδήσεις ἐκ τῆς Θασίων ἠπείρου», Ἀρχαιολογικὰ Ἀνάλεκτα ἐξ Ἀθηνῶν, 6 (1973), 230 y sigs.

hay un lago, que viene a tener unos treinta estadios [540], poco más o menos, de perímetro, en el que abundan los peces y cuya agua es muy salobre (las bestias de carga, que fueron los únicos animales que abrevaron, lo dejaron seco). Jerjes, insisto, pasó, dejándolas a mano izquierda [541], por las inmediaciones de esas ciudades, que están situadas en la costa y que son griegas.

110 Por otra parte, los pueblos tracios cuyo territorio atravesó en su avance fueron los siguientes: los petos, los cicones, los bistones, los sapeos, los derseos, los edonos y los satras [542]. Por lo que a los habitantes de la zona se refiere, quienes residían en la costa [543] se sumaron a los expedicionarios como integrantes de la flota, mientras que quienes habitaban tierra adentro —y que acabo de enumerar— se vieron obligados todos ellos, a excepción de los satras, a integrarse en los efectivos terrestres.

111 Por cierto que los satras no han sido nunca, que nosotros sepamos, súbditos de nadie, sino que siguen siendo, todavía en mi época, los únicos tracios que viven en completa independencia, pues residen en unas

---

540 Aproximadamente, 5,3 km.

541 Sobre la ruta seguida por Jerjes en su avance por Tracia, cf., *infra*, VII 121, 2-3.

542 Los pueblos mencionados ocupaban, de Este a Oeste, los territorios comprendidos entre la desembocadura del Hebro y la del Estrimón. Los petos (cf. ARRIANO, *Anábasis* I 11, 4) residían en la margen izquierda del curso bajo del Hebro. Los bistones habitaban la franja costera delimitada por los ríos Travo y Nesto (de ahí el nombre del lago Bistónide). Los sapeos (cf. APIANO, *B.C.* IV 105) vivían en el delta del Nesto. Los derseos residían al N. de los sapeos (cf. TUCÍD., II 101). Los edonos vivían al N. del monte Pangeo, en el valle del río Angites (cf. TUCÍD., II 99). De los satras se habla en el capítulo siguiente.

543 Como observa R. W. MACAN (*Herodotus. The seventh...*, I, página 140), «must be taken to cover not merely the Thracian tribes just named, but also the Greek cities on the coast».

altas montañas, cubiertas de bosques muy frondosos y de nieve, y además son magníficos guerreros [544].

2 Son ellos quienes poseen el oráculo de Dioniso [545] (dicho oráculo se encuentra en las cotas más altas de sus montañas), siendo los Besos el clan satra que, en el santuario, interpreta las respuestas, mientras que, al igual que en Delfos [546], es una profetisa quien las dicta, sin que haya mayores complicaciones [547].

112 Tras haber pasado por la región que he mencionado, Jerjes pasó, acto seguido, por los aledaños de las plazas fuertes de los píeres, una de las cuales se llama Fagres y la otra Pérgamo [548]. En su avance, insisto, por esa zo-

---

[544] Los satras habitaban la zona de los montes Ródope, en Tracia Occidental. Sobre la etimología de su nombre, cf. T. Sarafov, «Les thraces satres. Contribution à l'ethnogénèse des tribes thraces», *Annuaire Université Sofia* 77 (1973), 119 y sigs.

[545] Como en otras ocasiones similares, nos encontramos ante una *interpretatio graeca;* en este caso, de una divinidad tracia. Dioniso (el origen tracio de su culto orgiástico se admite frecuentemente, cf. H. Jeanmaire, *Dionysos*, Paris, 1951, págs. 94 y sigs., 430 y sigs., y 488) encarnaría a un dios de culto orgiástico; posiblemente, a la divinidad tracia llamada Sabazio.

[546] La pequeña localidad de Delfos (contaba, aproximadamente, con mil habitantes), situada en las proximidades del santuario de Apolo, vivía de la explotación del oráculo y de los peregrinos que a él acudían. Las principales actividades eran la fabricación de útiles para los sacrificios, la hostelería, la grabación de estelas y el comercio de todo tipo de objetos religiosos. Esta población —verdaderos parásitos de Apolo— tenía en la Antigüedad fama de rapacidad y cruel vanidad (según la tradición, fueron los delfios quienes mataron al fabulista Esopo; cf. *Vida de Esopo* 124-142).

[547] Al comparar este oráculo (que era famoso en la Antigüedad, cf. Eurípides, *Hécuba* 1267) con el de Delfos, Heródoto está indicando que las formalidades que, para consultarlo, debían cumplimentar los fieles eran similares, o que las respuestas que facilitaba la sacerdotisa no eran más oscuras que las de Delfos (cf. Eurípides, *Reso* 970; Dión Casio, LIV 34).

[548] Pieria era una región situada al S. del Pangeo. Los píeres procedían de la zona norte del monte Olimpo; cf. Tucíd., II 99. Fagres se encontraba en la costa, a unos 10 km. al SE. de Anfípolis (cf. Escí-

na, pasó por al lado mismo de las citadas plazas, dejando a mano derecha el Pangeo[549], que es un macizo montañoso grande y elevado, en el que hay minas de oro y de plata que explotan los píeres, los odomantos[550] y, sobre todo, los satras.

113 Después de dejar atrás las tierras de los peonios, doberes y peoples[551], que residen algo más al norte del

LAX, *Periplo* 68). Pérgamo, en la falda del Pangeo, estaba emplazada a unos 15 km. al NE. de Fagres.

549 Monte de Tracia Occidental, de 1.872 m. de altura. La importancia económica de la región (cf. C. TALAMO, «Istieo ed Erodoto per la storia della tirannide a Mileto», *Rendiconti Accademia Archeologia Napoli* 44 [1969], 173 y sigs.) hizo que los atenienses intentaran, en 476/475 y 465/464 a. C., asegurarse el control de la misma, hasta que, en 437/436, fundaron Anfípolis, en la desembocadura del Estrimón.

550 Los odomantos eran una tribu tracia establecida al N. del Pangeo (cf. TUCÍD., II 101; ESTRABÓN, VII, fr. 36).

551 Los peonios constituían un pueblo de origen tracio o ilirio (se ha pensado también en un origen mixto), dividido en diversas tribus (cf. ESTRABÓN, VII, fr. 20, y ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Amydôn).* Los aquí citados residían en la orilla izquierda del curso bajo del Estrimón (cf. B. LENK, s.v. *Paiones,* en *RE,* XVIII 2 [1942], cols. 2403 y sigs.). Los doberes eran una tribu peonia que habitaban al N. del Pangeo (cf. ESTRABÓN, VII, fr. 36, y PLINIO, *Hist. Nat.* XX 27). Los peoples, otra tribu peonia, residían al N. de los doberes. Sin embargo, como indica PH. E. LEGRAND *(Hérodote. Histoires. Livre VII...,* pág. 118, nota 2), «il n'y a pas d'autre sujet exprimé depuis le début du chapitre 112 que «Xerxès»; pourtant, il était impossible que Xerxès laissât le Pangée à main droite et en même temps passât par le pays des Dobères et Paioples, qui habitaient au Nord de ce massif. Deux itinéraires sont ici confondus, les itinéraires de deux des trois colonnes mentionnées, cf. 121. Xerxès, bien qu'il soit dit de lui au chapitre 109 qu'il laissa à sa gauche les villes grecques παραθαλασσίας, s'écarta sans doute jamais beaucoup du rivage; l'itinéraire de la colonne médiane, qu'il accompagnait, dut toujours être peu distant de celui de la colonne de gauche, qui cheminait tout au bord de la mer en liaison avec la flotte, au point de se confondre quelquefois avec lui; l'itenéraire qui passa au Nord du Pangée est celui de la colonne de droite. C'est de lui, probablement, qu'il était le plus juste de dire qu'il traversa le pays des peuples cités au chapitre 110; et la pluralité des ponts sur le Strymon (ch. 114) permet de supposer qu'il franchit le fleuve plus en amont que ceux des autres colonnes».

Pangeo, Jerjes avanzó hacia el Oeste, hasta que llegó a orillas del río Estrimón, concretamente a la ciudad de Eyón, cuyo gobernador —pues a la sazón aún vivía— era Boges, al que aludí hace pocos capítulos [552].

2 Por cierto que esa región —la del monte Pangeo— recibe el nombre de Fílide: por el Oeste, se extiende hasta el río Angites, que desagua en el Estrimón, mientras que, por el Sur, abarca hasta el propio Estrimón [553], al que los magos ofrecieron un sacrificio propiciatorio, degollando unos caballos blancos [554].

114 Tras haber realizado estos mágicos ritos, y otros muchos más, en honor del río, los persas prosiguieron su avance por los puentes que, en «Nueve Caminos» [555], en territorio de los edonos, encontraron tendidos sobre el Estrimón [556].

Y, al tener noticias de que aquel lugar se llamaba «Nueve Caminos», enterraron vivos en dicho paraje a otros tantos muchachos y doncellas pertenecientes a fa-
2 milias de la zona. (El enterrar a personas vivas es una

---

552 Cf. VII 107.

553 El Angites desagua por la izquierda del Estrimón, a unos 20 km. de la desembocadura de este último río. No obstante, la orientación que facilita el historiador es incorrecta, ya que el curso del Angites no discurre de Norte a Sur, como parece desprenderse de sus palabras, sino de Nordeste a Sudeste; por su parte, el Estrimón va de Noroeste a Sudeste, y no de Oeste a Este.

554 Sobre el culto a los ríos entre los persas, cf. I 138, 2, y J. Duchesne Guillemin, *La religion de l'Iran ancien...*, págs. 159 y sigs. Es posible, sin embargo, que el sacrificio ofrecido fuera aconsejado por los griegos de la zona que se habían incorporado a la expedición (sobre el carácter sagrado del Estrimón, cf. Esquilo, *Persas* 497; *Suplicantes* 254). Cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 57 y sigs.

555 A 4 km. de la desembocadura del Estrimón, donde Histieo había fundado Mircino (cf., *supra*, V 23), el mismo lugar en el que, en 437/436 a. C., los atenienses fundaron Anfípolis (cf. O. Hirschfeld, s.v. *Amphipolis*, en *RE*, 1, 2 [1894], cols. 1949 y sigs.).

556 Cf. VII 24.

costumbre persa [557], puesto que también he oído contar que, en su vejez, Amastris, la esposa de Jerjes, mandó enterrar, en honor de la divinidad que, según dicen, mora bajo la tierra [558] —para testimoniarle su agradecimiento por su larga vida—, a siete parejas de muchachos persas pertenecientes a destacadas familias [559].)

115 Tras reanudar la marcha desde el Estrimón, el ejército, en dirección oeste, pasó, acto seguido, por las proximidades de Argilo [560], una ciudad griega que está emplazada en una franja costera [561] (esa región, al igual que la que se extiende tierra adentro, se denomina Bisaltia [562]).

2 A continuación, con el golfo próximo al templo de Posidón a mano izquierda, atravesó la llanura que recibe el nombre de Sileo [563], pasó por los aledaños de la

557 Los sacrificios humanos (aunque haya casos atestiguados: cf. III 35, 5, por orden de Cambises; CTESIAS, *Persiká* 55, por orden de Parisátide; y CTESIAS, *Persiká* 41, para otro sacrificio realizado por orden de Amastris) no parecen haber sido usuales en Persia. Lo sucedido en «Nueve Caminos» más bien puede responder a costumbres tracias (cf. IV 62; 73).

558 Probablemente *Ahriman*, el espíritu de las tinieblas (aunque Heródoto puede estar pensando en el dios griego Hades); cf. R. GHIRSHMAN, *L'Iran des origines à l'Islam...*, págs. 134 y sigs.

559 Buena prueba de que, independientemente de su rango, todos los súbditos del imperio eran meros esclavos del rey. Cf. C. HUART, *La Perse antique*, París, 1925, págs. 88-89.

560 A orillas del golfo Estrimónico, a unos 10 km. al O. de la desembocadura del Estrimón. Como Estagiro y Acanto, citadas posteriormente, se trataba de una colonia de Andros, la más septentrional de las Cícladas (cf. TUCÍD., IV 84, 88 y 103).

561 El texto presenta una sintaxis deficiente y podría también traducirse de la siguiente manera: «Cuando el ejército prosiguió su avance desde el Estrimón, se encontró con que, a continuación —más al Oeste—, hay una franja costera en la que se halla emplazada la ciudad griega de Argilo, por cuyas proximidades pasó.»

562 Toda la margen derecha del curso bajo del Estrimón (cf. TUCÍD., II 99; LIVIO, XLV 29 y 30).

563 En la desembocadura del río Requio, en la zona nororiental de la Calcídica (cf. TUCÍD., IV 103). Sileo era un hijo de Posidón que

ciudad griega de Estagiro, y llegó a Acanto [564], incluyendo entre sus efectivos contingentes de todos esos pueblos y de los que residen en las inmediaciones del monte Pangeo (al igual que había hecho con aquellos que enumeré hace poco [565]): a los de las poblaciones costeras los llevaba enrolados en la flota, y a los de tierra adentro incorporados entre los efectivos terrestres.

3 Y por cierto que los tracios no aran, ni siembran, la tierra de ese camino por el que el rey Jerjes pasó al frente de sus tropas, e, incluso en mis días, muestran hacia él una gran veneración [566].

116 Pues bien, a su llegada a Acanto, Jerjes concedió a sus habitantes el título de huéspedes [567], los obsequió con un atuendo medo [568] y los colmó de elogios, al ver la firme determinación que mostraban en pro de la campaña y al enterarse del interés que habían puesto en la excavación del canal [569].

117 Se hallaba Jerjes en Acanto, cuando resulta que, víctima de una enfermedad, murió quien había dirigido

---

asaltaba a los caminantes que transitaban por la región hasta que fue asesinado por Heracles (cf. Apolodoro, II 6, 3).

[564] En el istmo de la península de Acté, la más oriental de la Calcídica (cf. nota VII 149). Estagiro se hallaba situada a unos 15 km. al NO. de Acanto.

[565] Cf. VII 110.

[566] De esta afirmación de Heródoto se deduce que los persas habían construido un camino para el avance de sus tropas (para una obra similar, cf., *infra*, VII 131), que serviría posteriormente para la comunicación entre las localidades de la zona (de ahí que los tracios lo conservaran), y que todavía se utilizaba en el siglo II a. C. (cf. Livio, XXXIX 27).

[567] Cf. nota VII 184.

[568] Cf. nota III 420 (aunque, en este caso, es posible que se refiera a que Jerjes concedió a los acantios el derecho a que, en determinadas ocasiones, pudieran lucir el traje ceremonial de los persas).

[569] El texto presenta una laguna y sigo, al respecto, la conjetura de Gomperz. El celo de los acantios había estado motivado por las grandes ventajas comerciales que, para su ciudad, representaba evitar la circunnavegación del Atos.

las obras de excavación: Artaqueas, un personaje que gozaba de la estimación del monarca y que pertenecía al clan de los Aqueménidas (se trataba del hombre más alto de Persia —pues le faltaban cuatro dedos para medir cinco codos reales[570]— y estaba dotado de la voz más potente del mundo), de ahí que Jerjes, profundamente desolado, ordenara rendirle unas magníficas exequias y enterrarlo suntuosamente (todo el ejército trabajó en la erección de su túmulo funerario). Y por 2 cierto que, siguiendo los dictados de un oráculo, los acantios ofrecen sacrificios al tal Artaqueas, invocándolo por su nombre, igual que a un héroe[571].

En suma, que el rey Jerjes se sintió desolado por la muerte de Artaqueas.

Apuros de las ciudades griegas al organizar las recepciones en honor de Jerjes

118 Por otra parte, los griegos que hospedaban a las tropas[572], y que agasajaban a Jerjes con banquetes, quedaban sumidos en una completa miseria, hasta el extremo de que se veían prácticamente en la calle; por ejemplo, cuando los tasios albergaron y agasajaron a las tropas de Jerjes

[570] Es decir que Artaqueas medía 2,42 m.; 1 codo real equivalía a 0,499 m. (cf. I 178, 3), y un dedo a 0,018 (= 1/16 de pie; el pie era la unidad de longitud, con 0,296 m.).

[571] Las razones por las que se veneraba en Acanto a Artaqueas debían de ser, fundamentalmente, dos: por su prodigiosa estatura (al igual, por ejemplo, que los egesteos veneraban como a un héroe a Filipo de Crotón «debido a su apostura»; cf. V 47, 2), y por haber dirigido la excavación del canal. Frente a una primera generación de héroes míticos, con el paso de los tiempos fueron heroizados por distintos motivos una serie de simples mortales: porque habían prestado destacados servicios al Estado, porque habían fundando una ciudad, etc. Las comunidades consideraban que, una vez desaparecidos, esos mortales podían seguir ejerciendo una influencia benéfica. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion*, Munich, 1955, I, págs. 184-191; y 715-719.

[572] Probablemente sólo a la escolta del monarca, que, incluidos los «Inmortales», estaba integrada por unos catorce mil hombres (cf. nota VII 252).

debido a las ciudades que poseían en el continente [573], Antípatro, hijo de Orgeo, un hombre que, entre sus conciudadanos, gozaba de tanto prestigio como el que más, y que había sido elegido para tal menester, les demostró que los gastos del banquete habían ascendido a cuatrocientos talentos de plata [574].

119 Y, en las demás ciudades, los encargados de organizar la recepción presentaron, asimismo, unas cuentas muy similares. Pues, como los persas habían ordenado organizar el banquete con mucha antelación [575] y las ciudades le concedían una gran importancia, sus preparativos se desarrollaban, poco más o menos, como si-2 gue: ante todo, en cuanto recibían la noticia por mediación de los heraldos que la iban transmitiendo por doquier, los ciudadanos se repartían el grano en sus respectivas ciudades y todos se pasaban varios meses haciendo harina de trigo y de cebada; además, se procuraban a cualquier precio las reses más hermosas —por lo regular con el fin de cebarlas [576]—, y, para agasajar a las tropas, criaban aves terrestres y acuáticas en corrales y estanques; finalmente, mandaban hacer, con oro y plata, copas, cráteras y todos los demás utensilios de 3 vajilla (dichas piezas estaban destinadas para la persona del rey y para quienes con él compartían la mesa, pues al resto del ejército sólo debían suministrarle provisiones).

Cuando llegaban las tropas, solía estar montada, en las debidas condiciones, una tienda, en la que generalmente pernoctaba el propio Jerjes, mientras que el res-4 to del ejército lo hacía al raso. Y, a la hora de la cena,

---

573 Cf., *supra*, VII 108, 2 y 109, 2.

574 Aproximadamente, 10.368 kg. de plata (cf., en el mismo sentido, Ateneo, IV 146c). Sobre esta cuestión, vid., en general, Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III § 54.

575 Cf. VII 32.

576 Lo que, naturalmente, suponía un doble gasto.

los anfitriones, por lo regular, se veían en apuros, en tanto que los agasajados, una vez ahítos, pasaban allí la noche, para, al día siguiente, marcharse sólo después de haber levantado la tienda y de haber cogido todos los enseres, sin dejar ni un solo objeto: se los llevaban todos [577].

120 Fue entonces, precisamente, cuando Megacreonte de Abdera hizo una atinada observación [578], ya que aconsejó a sus compatriotas que, tanto ellos como sus mujeres, se trasladaran en masa a sus santuarios y que, postrados ante los dioses en actitud suplicante, les rogasen que, en lo sucesivo, siguieran alejando de ellos la mitad de las calamidades que pudieran sobrevenirles, y, con respecto al pasado, que les mostrasen una profunda gratitud por el hecho de que el rey Jerjes no tuviera por 2 costumbre hacer dos comidas al día; pues, si a los de Abdera se les hubiese ordenado preparar un almuerzo similar a la cena, les habrían quedado dos opciones: no quedarse a esperar la llegada de Jerjes o, si lo hacían, verse exterminados de la manera más miserable del mundo.

Orden de marcha del ejército persa hasta Acanto

121 En suma que, a pesar de las dificultades en que se veían, las distintas ciudades, sin embargo, cumplían lo que se les ordenaba.

Entretanto, Jerjes permitió que la flota prosiguiera por su cuenta [579] su avance desde Acan-

---

[577] Cf., *infra*, VII 190, para el botín que reunió Aminocles con los derrelictos provenientes de las naves persas hundidas en Magnesia.

[578] El tema lo desarrolló CH. M. WIELAND en su novela *Die Abderiten*, publicada en 1774. Pese a ser la patria de filósofos como Demócrito o Protágoras, Abdera no tenía, sin embargo, buena fama en la Antigüedad por la agudeza de sus habitantes; cf. CICERÓN, *Ad Att.* IV 16, 6, VII 7, 4; MARCIAL, X 25; JUVENAL, X 50.

[579] Es decir, sin que tuviera que servir de apoyo al ejército de tierra, ya que Jerjes se disponía a atravesar la Calcídica y la flota a contornearla por el Sur.

to, tras ordenar a los jefes de la fuerza naval que le esperasen en Terme [580] (Terme se halla emplazada en el golfo Termeo, siendo esta ciudad la que da nombre a dicho golfo), pues se enteró de que por esa localidad pasaba el camino más corto [581].

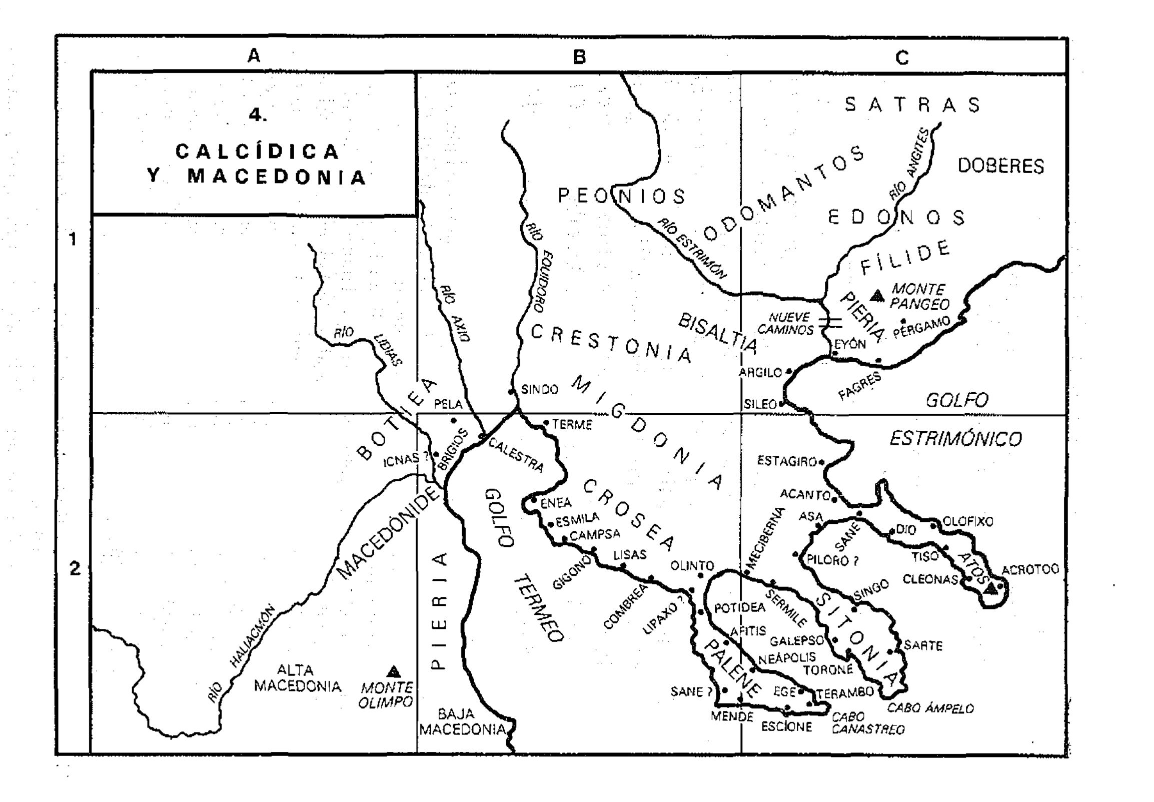
2 Por cierto que, desde Dorisco hasta Acanto, el ejército había avanzado con arreglo a la siguiente formación: Jerjes dividió todas sus fuerzas terrestres en tres columnas [582] y dispuso que una de ellas marchara a lo 3 largo de la costa a la par que lo hacía la flota (al frente de ese cuerpo de ejército se hallaban, concretamente, Mardonio y Masistes). Otra columna, de las tres en que había sido fraccionado el ejército, marchaba por tierra

---

580 La posterior Tesalónica, una localidad bajo control macedonio (cf. Tucíd., I 61, II 29) situada en la costa nororiental del golfo Termaico (o Termeo, como indica Heródoto), entre la Calcídica al Este y Macedonia al Oeste, que en la actualidad ha sido parcialmente colmatado por los aluviones depositados por el río Axio. Cf. E. Oberhummer, s.v. *Therme*, en *RE*, 6 A, 1 (1936), cols. 143 y sigs.

581 El más corto para, desde allí, llegar por tierra al N. de Tesalia.

582 Los tres cuerpos de ejército persa debieron de avanzar paralelamente, pero Heródoto no indica con precisión sus respectivas rutas, en especial cuando había que salvar obstáculos naturales, como lagos (el Bistónide, por ejemplo) o montañas (el macizo del Pangeo, sobre todo). Como Jerjes figuraba en el cuerpo de ejército del centro, los pueblos de la costa debieron de ser enrolados en la flota por la columna de la izquierda (es decir, la que seguía una ruta más meridional, a lo largo de la costa, y que contaba con el apoyo de la flota), mientras que los pueblos tracios del interior debieron de ser reclutados por la columna de la derecha (es decir, la que seguía una ruta más septentrional; cf. VII 110). No obstante, la narrativa presenta problemas de interpretacion, ya que, en VII 112, el historiador dice que Jerjes, que contorneó el Pangeo por el Sur, atravesó el territorio de los pueblos tracios que residían al Norte del mismo, por lo que cabe deducir que, en ese punto, Hdt. confundió, en una sola, las rutas seguidas por los dos cuerpos de ejército que avanzaban alejados de la costa. En general, cf. D. Müller, «Von Doriskos nach Therme. Der Weg des Xerxes-Heeres durch Thrakien und Ostmakedonien», *Chiron* 5 (1975), 1 y sigs.


A
B
C
1
2
4.
CALCÍDICA
Y MACEDONIA
SATRAS
DOBERES
ODOMANTOS
EDONOS
RÍO ANGITES
PEONIOS
RÍO ESTRIMÓN
FÍLIDE
MONTE PANGEO
PIERIA
PÉRGAMO
NUEVE CAMINOS
EYÓN
BISALTIA
CRESTONIA
ARGILO
FAGRES
SILEO
GOLFO
ESTRIMÓNICO
RÍO LIDIAS
RÍO AXIO
RÍO EQUIDORO
SINDO
MIGDONIA
PELA
TERME
BOTIEA
BRIGIOS
CALESTRA
ICNAS ?
ESTAGIRO
ACANTO
MACEDÓNIDE
CROSEA
ENEA
ESMILA
CAMPSA
LISAS
GIGONO
COMBREA
LIPAXO ?
OLINTO
MECIBERNA
ASA
SANE
DIO
OLOFIXO
PILORO ?
TISO
ATOS
ACROTOO
CLEONAS
SINGO
SITONIA
POTIDEA
SERMILE
AFITIS
GALEPSO
SARTE
NEÁPOLIS
TORONE
PALENE
SANE ?
EGE
TERAMBO
CABO ÁMPELO
MENDE
ESCIONE
CABO CANASTREO
GOLFO
TERMEO
PIERIA
RÍO HALIACMÓN
ALTA MACEDONIA
MONTE OLIMPO
BAJA MACEDONIA

adentro (a su frente se hallaban Tritantecmes y Gergis). Finalmente, la tercera columna, en la que figuraba el propio Jerjes, marchaba por entre las otras dos y tenía a su frente a Esmerdómenes y Megabizo [583].

122

La flota atraviesa el canal del Atos y costea la Calcídica

Pues bien, cuando, por orden de Jerjes, la fuerza naval se hizo a la mar, atravesó en su singladura el canal existente en el Atos [584] —que se extendía hasta el golfo en el que se hallan emplazadas las ciudades de Asa, Piloro, Singo y Sarte [585]— y, acto seguido, tras haber reclutado tropas también en dichas ciudades, zarpó con rumbo al golfo Termeo. Dobló, entonces, el cabo Ámpelo [586], en territorio de Torone [587], y pasó por las inmediaciones [588] de las siguientes ciudades griegas —donde se reclutaron naves y tropas—: Torone, Galepso, Sermile, Meciberna y Olin-

583 Sobre los generales mencionados, cf. VII 82, y notas VII 424 y 425.

584 Cf. VII 22 y sigs.

585 Las ciudades, citadas de Norte a Sur, estaban emplazadas a orillas del golfo Singítico, que separaba las penínsulas de Acté (la más oriental de la Calcídica) y Sitonia (la península central). Asa (o Asera, según aparece mencionada en las listas tributarias atenienses) estaba situada en el fondo del golfo Singítico. Se ignora el emplazamiento exacto de Piloro, que estaría situada al S. de Asa, en la costa oriental de Sitonia. Singo (cf. Tucíd., V 18; Plinio, *Hist. Nat.* IV 37) se hallaba emplazada a unos 30 km. al S. de Asa. Sarte estaba a unos 15 kms. al S. de Singo. Todas las ciudades aludidas pertenecieron a la liga delo-ática (cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History...*, págs. 412-413).

586 En la extremidad sudoriental de la península de Sitonia.

587 A orillas del golfo de su mismo nombre, en la costa occidental de Sitonia, y emplazada a unos 15 km. al NO. del cabo Ámpelo (cf. Livio, XLV 30).

588 Como esto está en aparente contradicción con lo que acaba de decir el historiador (esto es, que la armada, desde el cabo Ámpelo, puso proa a Terme), hay que suponer que, mientras el grueso de la flota siguió el rumbo que indica Hdt., algunos contingentes navales fueron recorriendo las diversas ciudades griegas del golfo de Torone para reclutar tropas.

to [589]. (Esta región, por cierto, recibe el nombre de Sitonia.)

123 Desde el cabo Ámpelo la fuerza naval de Jerjes se dirigió directamente al cabo Canastreo [590], que precisamente [591] es el punto que más se adentra en el mar de toda la región de Palene, y, acto seguido, procedió a reclutar naves y tropas en Potidea, Afitis, Neápolis, Ege, Terambo, Escíone, Mende y Sane [592] (pues ésas son las ciudades situadas en la región que, hoy en día, se denomina Palene y que, antaño, se llamaba Flegra [593]).

---

[589] Las ciudades, citadas de Sur a Norte, estaban emplazadas a orillas del golfo de Torone, que separaba las penínsulas de Sitonia y Palene (la más occidental de las tres que hay en la Calcídica), en la orilla oriental del mismo. Galepso —cuya localización no es segura— debía de estar a unos 8 km. al N. de Torone (cf. V. Demetriani, «Galepsus in Chalcidike», Νομισματὰ Χρονικά 3 [1974], 32-33). Sermile, en el fondo ya del golfo de Torone, se hallaba a unos 35 km. al NO. de esta última localidad. Meciberna (que fue el puerto de Olinto; cf. Tucíd., V 39) se encontraba a unos 8 km. al O. de Sermile. Olinto, por su parte, se hallaba a unos 5 km. al O. de Meciberna (cf., *infra*, VIII 127).

[590] En la extremidad sudoriental de la península de Palene (cf. Escílax, *Periplo* 67; Tucíd., IV 110; Livio, XXXI 45).

[591] Pues en Palene había otro cabo importante, el Posideo, a unos 35 km. al O. del Canastreo.

[592] Las ciudades son citadas de Norte a Sur hasta Terambo (las cinco mencionadas en primer término estaban emplazadas en la costa oriental de Palene), y luego de Este a Oeste (Escíone, Mende y Sane se hallaban en la costa meridional de dicha península). Potidea, la única de importancia entre todas las citadas, se hallaba en el istmo de Palene y poseía también un puerto en el golfo Termaico (cf. Tucíd., I 56). Afitis se encontraba a unos 15 km. al SE. de Potidea (cf. Tucíd., I 64). Neápolis estaba a unos 10 km. al SE. de Afitis. Ege se hallaba a unos 7 km. al S. de Neápolis, mientras que Terambo, más al Sur, distaba de Ege unos 8 km. Escíone se hallaba en la costa sur de Palene, a unos 13 km. al O. del cabo Canastreo (cf. Tucíd., IV 120); y Mende, más al Oeste, distaba de Escíone unos 20 km. (cf. Tucíd., IV 123 y 129). Se ignora el emplazamiento de Sane, que no puede ser la misma ciudad mencionada en VII 22, 3.

[593] Es decir, «la ardiente», en recuerdo, quizá, de una antigua actividad volcánica de la zona.

2 Costeando, asimismo, la citada región, la flota puso proa al objetivo que le había sido encomendado, reclutando también tropas en las ciudades emplazadas en las proximidades de Palene y en las inmediaciones del golfo Termeo, cuyos nombres son los siguientes: Lipaxo, Combrea, Lisas, Gigono, Campsa, Esmila y Enea [594]. (La región donde se asientan dichas ciudades se llama, todavía en la actualidad, Crosea [595].)

3 Desde Enea, la última de las ciudades que he enumerado, desde la citada localidad, insisto, la fuerza naval, en su travesía, penetró ya en el golfo Termeo propiamente dicho y en aguas de la región de Migdonia [596], y arribó a Terme —el objetivo de su singladura— y a las ciudades de Sindo y Calestra [597], a orillas del río Axio, que sirve de frontera entre las regiones de Migdonia y Botiea [598], cuya zona costera —una estrecha franja de tierra— pertenece a las ciudades de Icnas y Pela [599].

---

594 Las ciudades, situadas entre Potidea y Terme, en la costa occidental de la Calcídica, son citadas de Sur a Norte. Los emplazamientos de Lipaxo, Combrea y Lisa no han podido ser determinados con exactitud. Gigono se hallaba a unos 20 km. al NO. de Potidea. Campsa, más al Noroeste, distaba de Gigono unos 15 km. Se ignora la situación de Esmila. Enea, la única ciudad de importancia entre las citadas, se hallaba a unos 25 km. al NO. de Campsa, en las proximidades del cabo Eneo (cf. Livio, XLIV 10, 32).

595 En la costa occidental de la Calcídica (cf. Tucíd., II 79, 4; Estrabón, VII, fr. 21; Esteban de Bizancio, s.v. *Krousís)*.

596 La zona septentrional de la Calcídica, entre los cursos del Axio y el Estrimón (cf. Tucíd., I 58, II 99).

597 Respectivamente, junto a las desembocaduras de los ríos Equidoro y Axio, a unos 10 y 25 km. al O. de Terme.

598 Botiea era una región de Macedonia, entre los ríos Axio y Haliacmón (cf., *infra*, VIII 127, 1; Tucíd., II 99).

599 Se desconoce el emplazamiento de Ienas. Pela se encontraba a unos 40 km. al NO. de Terme (y a unos 10 km. al N. del golfo Termaico); en el siglo IV a. C. fue la capital del reino de Macedonia, cf. E. Oberhummer, s.v. *Pella*, en *RE*, 19, 1 (1937), cols. 341 y sigs.

Los efectivos de Jerjes alcanzan Terme

124 La flota, en definitiva, ancló en ese paraje —en las inmediaciones del río Axio, de la ciudad de Terme y de las localidades situadas entre ambos puntos— y aguardó al monarca.

Por su parte, Jerjes, en unión del ejército de tierra, avanzaba desde Acanto por la ruta continental más corta, con el propósito de llegar a Terme; así que atravesó Peonía y Crestonia en dirección al río Equidoro [600], que nace en territorio crestoneo, corre a través de la región de Migdonia y desemboca por la marisma próxima al río Axio.

125 Y por cierto que, mientras el monarca atravesaba esa zona, unas manadas de leones atacaron a los camellos que, en su ejército, transportaban víveres: los leones solían bajar de las montañas por las noches, abandonando sus guaridas, pero no arremetían contra acémila u hombre alguno, únicamente hacían estragos entre los camellos. Y me pregunto, lleno de perplejidad, cuál podía ser la causa que empujaba a los leones a dejar tranquilas a las demás presas y a atacar a los camellos, unos animales a los que, hasta entonces, no habían visto y cuya carne no habían probado [601].

---

600 Heródoto debe de estar confundiendo la ruta seguida por el cuerpo de ejército en el que figuraba Jerjes y con el que avanzaba por la ruta más septentrional (cf. nota VII 582), ya que las regiones de Peonía y Crestonia se hallaban bastante al N. de la Calcídica. Sobre el emplazamiento de los peonios, cf. nota V 3. Crestonia era la región en la que nacía el río Equidoro, a unos 60 km. al N. del golfo Termaico, que desembocaba a unos 10 km. al O. de Terme. Posiblemente Jerjes se dirigió desde Eyón a Acanto para inspeccionar el canal del Atos; pero, para ello, debió de abandonar, a la altura de Argilo (cf. VII 115, 1), la ruta que conducía, a través de la Calcídica, de Eyón a Terme (la posterior Via Egnatia). Posteriormente, desde Acanto, volvería a dicha ruta y atravesaría la Calcídica de Este a Oeste.

601 Presumiblemente los leones atacaban a los camellos porque estos animales viajaban a retaguardia por la razón que indica el his-

126 Por esos parajes abundan los leones, así como los bueyes salvajes [602], cuyas enormes cornamentas son las que se importan a Grecia. El hábitat de los leones está delimitado por el río Nesto, que atraviesa el territorio de Abdera [603], y por el Aqueloo, que atraviesa Acarnania [604]; pues no puede verse un solo león en parte alguna de toda Europa Oriental, al Este del Nesto, ni en el resto del continente, al Oeste del Aqueloo; únicamente se encuentran en la zona comprendida entre esos ríos [605].

127 Cuando Jerjes llegó a Terme, ordenó a su ejército que acampase allí. Y, al asentar sus reales, sus tropas ocuparon toda la zona costera que se extiende, desde la ciudad de Terme y la Migdonia, hasta los ríos Lidias y Haliacmón [606], que unen sus caudales en un mismo

---

toriador (cf. VII 87), por lo que los leones atacarían a los camellos rezagados.

[602] Heródoto debe de estar refiriéndose a los uros (cf. César, *B.G.* VI 28; *Antología Palatina* VI 332), el *bos primigenius*, unos bóvidos cuyos últimos ejemplares murieron a orillas del Vístula en 1627. Eran de elevada alzada, tenían los cuernos de sección circular, macizos, situados en lo alto del cráneo y a cierta distancia de los ojos. Se supone que de estos rumiantes descienden el toro *(bos taurus)* y el cebú *(bos indicus)*.

[603] Cf. nota VII 534.

[604] El río Aqueloo (que tiene unos 120 km. de longitud y nace en la cadena montañosa del Pindo, en Grecia Central) no atraviesa Acarnania, sino que la bordea por su parte oriental.

[605] La existencia de leones en Grecia septentrional está también atestiguada por Aristóteles *(Hist. Anim.* VI 31, 519a), Plinio *(Hist. Nat.* VIII 45) y Pausanias (VI 5, 4).

[606] El río Lidias (que tiene unos 70 km. de longitud) desagua en la actualidad en el Axio, no lejos de la desembocadura de este último en el golfo Termaico. El Haliacmón (de unos 150 km. de longitud), que desemboca en el mismo golfo, a unos 15 km. al SO. del Axio, no unía su curso al Lidias (cf. Escílax, *Periplo* 67; Tolomeo, III 12 y sigs.). Es muy posible que Heródoto confundiera la laguna Lidia, que se hallaba próxima a la desembocadura del río Lidias, con el curso bajo del Haliacmón, ya que esa zona del golfo Termaico era pantanosa.

cauce y que sirven de frontera entre Botiea y Macedónide[607]. Los bárbaros, como digo, acamparon en esos parajes; y, de la serie de ríos que he enumerado, el Equidoro, que procede del territorio de los crestoneos, fue el único que no bastó para satisfacer las necesidades del ejército y se secó. 2

Jerjes visita la desembocadura del Peneo. Topografía de Tesalia

Entretanto, Jerjes vio desde Terme los montes de Tesalia, el Olimpo y el Osa[608], que son sumamente altos; y, cuando tuvo noticias de que entre ambas montañas había un estrecho desfiladero, por donde corre el Peneo[609], y oyó decir que por allí existía una vía de acceso a Tesalia[610], sintió deseos de hacerse a la mar para contemplar la desembocadura del Peneo, porque tenía pensado proseguir su avance por la ruta de montaña que atraviesa la Alta Macedonia[611] y que, por las inmediaciones de la ciudad de Gono, conduce al país de los perrebos[612] (según tenía entendido, el camino, por esa zona, 128

---

[607] Macedónide, y no Macedonia, pues se trataba de la llanura comprendida entre el Haliacmón y el Olimpo. De esa región provenían los reyes de Macedonia (cf. VIII 137-138).

[608] El Olimpo, situado al NE. de Tesalia, es, con sus 2.919 m., el macizo montañoso más alto de Grecia (allí, según las leyendas, se hallaba la morada de los dioses). El monte Osa (que cuenta con 1.978 m. de altitud) se halla junto a la costa, a unos 40 km. al SE. del Olimpo.

[609] Cf. nota VII 140.

[610] Se trata del valle del Tempe, una estrecha garganta, de 10 km. de longitud, donde Apolo se purificó tras haber matado en Delfos a la serpiente Pitón (en recuerdo de ello, cada ocho años se organizaba una procesión desde Delfos hasta el valle, donde había un santuario consagrado al dios); cf. PLUTARCO, *Quaest. Gr.* 12; *De def. orac.* 15; ELIANO, *Hist. Var.* III 1.

[611] La región montañosa de los contrafuertes occidentales del Olimpo.

[612] Gono se encontraba en la margen izquierda del Peneo, a unos 20 km. de su desembocadura (cf. B. HELLY, *Gonnoi: la cité et son histoire,* Amsterdam, 1973). Los perrebos residían al S. del Olimpo.

2 ofrecía una seguridad absoluta). Pues bien, desearlo y hacerlo fue todo uno. Tras subir a bordo de una nave sidonia, en la que se embarcaba siempre que quería hacer algo semejante [613], mandó transmitir a los demás navíos una señal para que se hiciesen también a la vela, y dejó allí al ejército de tierra [614]. Al llegar a su objetivo, y después de contemplar la desembocadura del Peneo, Jerjes se quedó sumamente asombrado, por lo que hizo llamar a los guías que llevaba en aquel viaje y les preguntó si era posible desviar el río para que desembocase en el mar por otra parte.

129 Por cierto que, según cuentan, Tesalia era antiguamente un lago; de hecho, el caso es que está totalmente rodeada por montañas muy elevadas. Por su parte oriental la limitan los montes Pelión y Osa, cuyas bases se unen; por el Norte la limita el Olimpo; por el Oeste, el Pindo; y, por su parte más meridional [615], el Otris [616].

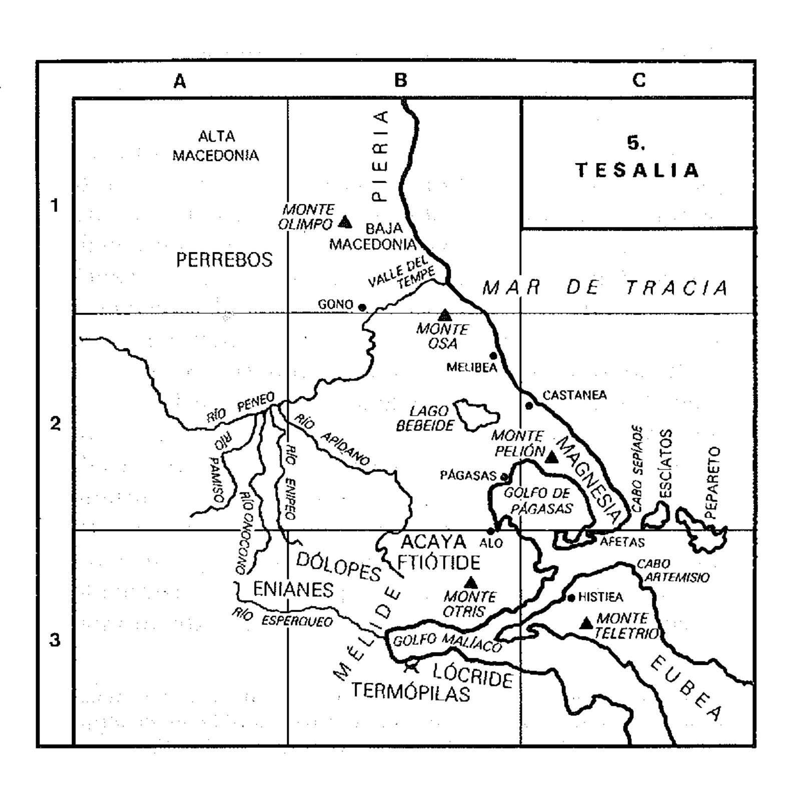
---

[613] Cf. VII 100, 2.

[614] Posiblemente, la excursión de Jerjes tendría por objeto examinar sobre el terreno las posibilidades de penetrar en Tesalia por el valle del Tempe, ya que, desde Macedonia a Grecia Central, había tres vías de penetración: 1) la que seguía la costa del golfo Termaico, al E. del Olimpo, hasta la desembocadura del Peneo, y remontaba el valle del Tempe hasta Gono; 2) una ruta de montaña al O. del Olimpo, entre este último y el monte Piero (de 2.198 m. de altitud), por el llamado «paso de Petra», hasta alcanzar el curso del río Europo, que desagua en el Peneo a unos 8 km. al SO. de Gono; 3) otra ruta de montaña, remontando el valle del Haliacmón, hasta los montes Camburia (a unos 50 km. al O. del Olimpo), para alcanzar el curso del río Europo. Existía, además, un cuarto paso, que probablemente estaba vigilado por los griegos (cf. VII 173, 4), por lo que cabe deducir que el avance del ejército persa tuvo lugar por el paso de Petra y por la ruta de los montes Camburia (aunque Heródoto sólo alude a una ruta de montaña).

[615] Literalmente, «la zona de ella que se extiende hacia el mediodía y el viento Noto». Cf. nota VII 298.

[616] El Pelión es un macizo de 1.651 m. en su máxima altitud que se extiende, en dirección noroeste-sudeste, desde el S. del Osa hasta la península de Magnesia. La cordillera del Pindo (la más extensa de



A
B
C
1
2
3
5.
TESALIA
ALTA MACEDONIA
PIERIA
MONTE OLIMPO
BAJA MACEDONIA
PERREBOS
VALLE DEL TEMPE
MAR DE TRACIA
GONO
MONTE OSA
MELIBEA
CASTANEA
RÍO PENEO
LAGO BEBEIDE
RÍO APIDANO
RÍO PAMISO
RÍO ENIPEO
RÍO ONOCONO
MONTE PELIÓN
MAGNESIA
CABO SEPÍADE
ESCÍATOS
PEPARETO
PÁGASAS
GOLFO DE PÁGASAS
ALO
AFETAS
ACAYA FTIÓTIDE
DÓLOPES
ENIANES
CABO ARTEMISIO
HISTIEA
MONTE OTRIS
MONTE TELETRIO
RÍO ESPERQUEO
MÉLIDE
GOLFO MALÍACO
LÓCRIDE
TERMÓPILAS
EUBEA

(La zona comprendida entre esas montañas que he mencionado constituye Tesalia, que es una depresión.)

2 Pues bien, a esa región afluyen numerosos ríos, si bien los más importantes de todos son los cinco siguientes: el Peneo, el Apídano, el Onocono, el Enipeo y el Pamiso [617], que, con sus respectivos nombres —como es natural—, confluyen en la llanura en cuestión procedentes de las montañas que circundan Tesalia, pero que desembocan en el mar a través de un único desfiladero (que, además, es angosto), ya que, con anterioridad, to-

3 dos unen sus cauces en uno solo. Y, en cuanto se unen sus cursos, el Peneo, justo a partir de su confluencia, impone su nombre y deja a los demás sin denominación propia. Según dicen, antiguamente, cuando todavía no existía ese desfiladero que va a dar al mar, los ríos a que he aludido —y, además de dichos ríos, el lago Bebeide [618]—, aunque no se llamaban como en la actualidad, no por eso tenían menos caudal que hoy en día, por lo que su volumen de agua hacía que toda Tesalia

4 estuviese anegada. En ese sentido, los propios tesalios aseguran —afirmación que resulta verosímil— que fue Posidón quien abrió el desfiladero por el que discurre el Peneo. En efecto, quien crea que Posidón provoca los terremotos, y que las grietas ocasionadas por un movi-

---

Grecia) se prolonga, de Noroeste a Sudeste, desde la actual Albania hasta el golfo de Corinto. El macizo del Otris, de 1728 m. de altitud, se encuentra al SE. de Tesalia, en la costa norte del golfo Malíaco.

[617] Al margen del Peneo, los cuatro ríos que cita Heródoto (aunque no lo hace en orden geográfico, ya que, de Este a Oeste, el primero es el Epídano, el segundo el Enipeo, el tercero el Onocono y el cuarto el Pamiso) son afluentes del mismo por su derecha. (La omisión del río Europo, el único afluente importante del Peneo por su izquierda puede deberse a que el historiador considerara que este río no pertenecía a Tesalia, sino a la región de Perrebia.)

[618] Un lago de unos 20 km. de largo, por cinco de ancho, situado al N. de la península de Magnesia y a unos 45 km. al S. de la desembocadura del Peneo.

miento sísmico se deben a esa divinidad[619], puede aseverar perfectamente, a la vista del desfiladero que allí hay, que su autor fue Posidón, ya que, en mi opinión, la grieta que existe entre las montañas es producto de un movimiento sísmico[620].

130 Cuando Jerjes preguntó si el Peneo tenía otra salida al mar, los guías, que conocían la zona perfectamente, le respondieron: «Majestad, este río no tiene otra vía de acceso hasta el mar: ésta es la única, pues toda Tesalia está rodeada de montañas.»

«Los tesalios —cuentan que replicó Jerjes ante sus manifestaciones— son gente inteligente. 2 Por lo visto, ése era el peligro[621] que, con bastante antelación, pretendían evitar cuando reconsideraron su actitud; entre otras cosas, lo hicieron porque es indudable que ocupan un país cuya conquista resulta fácil, cuestión de días: bastaría tan sólo con lanzar el río contra su territorio, obligándolo mediante un dique a que abandonara el desfiladero —con lo que se vería desviado del cauce por el que en la actualidad discurre—, para que toda Tesalia, a excepción de sus montañas, quedara inundada.» 3 Esto fue lo que dijo el monarca refiriéndose a los Alévadas, puesto que los tesalios fueron los primeros griegos que se le rindieron; y es que Jerjes creía que

---

619 Posidón es llamado en los poemas homéricos *ennosígaios*, «el que sacude la tierra» (cf., además, PÍNDARO, *Pít.* IV 138, y, en general, vid. F. SCHACHERMEYR, *Posidon*, Berna, 1950). Sobre el tono, aparentemente racionalista, del historiador, cf. G. E. M. DE SAINTE CROIX, «Herodotus», *Greece and Rome* 24 (1977), 130 y sigs.

620 La observación de Heródoto es acertada, ya que los geólogos modernos consideran que el valle del Tempe se abrió en la era cuaternaria por efecto de fenómenos volcánicos.

621 El que, a continuación, sugiere Jerjes: la posibilidad de transformar Tesalia en un lago obstruyendo mediante un dique el valle del Tempe. Es posible que el comentario del monarca responda a una mera anécdota para poner de relieve su carácter megalomániaco. Cf. E. HERMES, *Die Xerxesgestalt bei Herodot*, Kiel, 1951, pág. 32.

le ofrecían su adhesión en nombre de todo su pueblo [622].

Tras estas palabras, y después de haber contemplado el paraje, mandó virar con rumbo a Terme.

131 *Los heraldos persas regresan de Grecia*

Pues bien, Jerjes permaneció varios días en Pieria [623] (resulta que un tercio de sus tropas estaba talando los árboles de la cadena montañosa de Macedonia, a fin de que la totalidad del ejército pudiera acceder por esa zona al territorio de los perrebos [624]). Y, entretanto, regresaron los heraldos que el monarca había enviado a Grecia para exigir la tierra, unos con las manos vacías y otros con la tierra y el agua [625].

---

622 Sobre la actitud filopersa de los Alévadas, cf. VII 6, 2, y nota VII 31. En realidad, Tesalia sólo se rindió a los persas cuando los griegos se vieron obligados a abandonar la defensa del Tempe (cf. VII 172 y sigs.).

623 Una región diferente de la que, con el mismo nombre, se extendía al S. del monte Pangeo (cf. VII 112, y nota VII 548, para las razones de la homonimia). Aquí hace referencia a la zona costera situada al N. del Peneo y al E. del Olimpo. Hay que notar que Heródoto no indica la partida de Jerjes desde Terme, ni la ruta que siguió el monarca hasta llegar a Pieria, aunque debió de hacerlo por la ruta costera que pasaba por las ciudades de Metone y Pidna (sobre las lagunas informativas que presenta la obra del historiador respecto al avance de Jerjes desde Macedonia a Tesalia, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion of Greece...*, págs. 107 y sigs.). Mientras Jerjes permanecía en Pieria, los griegos tomaron posiciones en las Termópilas, por tierra, y en el Artemisio, por mar (cf. VII 177).

624 El ejército persa no debió de penetrar en Tesalia por una sola vía, sino por las rutas de montaña que existían desde Macedonia (cf. nota VII 614). El que un tercio de las tropas de Jerjes estuviera acondicionando una de ellas —presumiblemente de las más occidentales— implica que, hasta llegar a Tesalia, los persas seguían conservando la disposición en tres columnas citada en VII 121, 2-3. Sobre los perrebos, cf. nota VII 612, y F. STÄHLIN, *Das hellenische Thessalien*, Stuttgart, 1924, págs. 5. y sigs.

625 Cf. VII 32 y nota VII 197.

Juramento de los griegos contra los Estados filopersas

132 Entre quienes le habían entregado esos presentes figuraban los siguientes pueblos: los tesalios, los dólopes, los enianes, los perrebos, los locros, los magnesios, los melieos, los aqueos de Ftiótide, los tebanos, y el resto de los beocios, a excepción de los tespieos y los plateos [626]. 2 Contra ellos se juramentaron los griegos que entraron en guerra con el bárbaro [627], siendo los términos del juramento los siguientes: todos los pueblos griegos que, sin verse forzados a ello, se habían rendido al Persa, deberían ofrecer al dios de Delfos, cuando la situación se hubiese restablecido favorablemente para los intereses de la Hélade, la décima parte de sus bienes [628]. Éstos eran, insisto, los términos del juramento que prestaron los griegos.

---

[626] Los nueve pueblos citados entre quienes se rindieron a los persas formaban parte de la Anfictionía pileo-délfica, una liga religioso-política que agrupaba a los pueblos de Grecia Central (cf. I. Calabi, *Ricerche su i rapporti tra le poleis...*, págs. 11 y sigs.). Los dólopes habitaban al SO. de Tesalia (cf. Tucíd., II 102; Livio, XXXVIII 3, XLI 22). Los enianes residían en el curso alto del Esperqueo, al SE. de los dólopes (cf., *infra*, VII 198, 2). Los locros (epicnemidios y opuntios) ocupaban la costa meridional del golfo de Eubea, al E. de las Termópilas. Los magnesios ocupaban la zona costera que se extendía desde el monte Osa, al S. del Peneo, hasta el cabo Sepíade, en la extremidad meridional de la península de Magnesia. Los melieos habitaban Mélide, la región del curso bajo del Esperqueo. Los aqueos de Ftiótide (así llamados para distinguirlos de los aqueos tradicionales, los del Peloponeso) residían al SE. de Tesalia. Tespias y Platea eran dos localidades de Beocia, en el valle del río Asopo.

[627] Que se encontraban reunidos en el istmo de Corinto. Cf. VII 172, 1 y M. Jameson, «Waiting for the Barbarian», *Greece and Rome* 8 (1961), 5 y sigs.

[628] Como los tesalios no se pasaron a los persas hasta que los griegos tuvieron que abandonar la defensa de la posición del valle del Tempe (cf. VII 172), los locros opuntios estuvieron al lado de los griegos hasta después de la batalla del Artemisio (cf. VIII 1, 2; IX 31, 5), y los tebanos no se pasaron abiertamente a Jerjes hasta después de la caída de las Termópilas (cf. VII 205), hay que suponer que este juramento (cf. Diodoro, IX 3) no se pronunció en el momento en que refleja Heró-

133 *Motivos de la renuncia de Jerjes a exigir vasallaje a Atenas y Esparta*

Y por cierto que Jerjes no despachó heraldos a Atenas y Esparta para exigir la tierra por la siguiente razón [629]: años atrás, cuando Darío envió a sus heraldos con idéntica misión [630], los atenienses arrojaron a quienes les formularon dicha exigencia al *báratro* [631], y los espartanos a un pozo [632], instándoles a que sacasen de allí la 2 tierra y el agua y se la llevaran al rey. Ésa fue la razón de que Jerjes no despachara emisarios para plantearles

---

doto, sino después de la pérdida de las Termópilas por parte de los griegos (cuando se supo claramente qué pueblos se pasaban a los persas), o bien que, en el mismo, no se especificaban pueblos determinados, sino que simplemente contenía una fórmula general de advertencia para quienes traicionasen la causa de la Hélade (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte*..., II, pág. 665 y nota; y P. A. Brunt, «The Hellenic League...», págs. 136 y sigs.). Respecto a que la fórmula del juramento no se limitara a condenar a los Estados traidores a entregar un diezmo de sus bienes, sino que propugnase su completa destrucción, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*..., II, pág. 178.

[629] Cf. nota VII 198. Es posible, además, que Jerjes tuviera noticias de la conclusión, entre Atenas y Esparta, de una *symmachía* contra Persia, lo que hacía inútil el envío de heraldos (sin embargo, H. Berve, *Miltiades. Studien zur Geschichte des Mannes und seiner Zeit*, Francfort M., 1937, pág. 74, nota 1, creía, más bien, en un acuerdo tácito entre ambas potencias griegas).

[630] Cf., *supra*, VI 48. Sobre la posible ahistoricidad del envío de heraldos por parte de Darío en 491 a. C., cf. nota VII 199. No obstante, la tradición ateniense es tajante al respecto; en general, cf. K. Kraft, «Bemerkungen zu den Perserkriegen», *Hermes* 62 (1964), 144 y sigs.

[631] Un pozo que había en una antigua cantera, situada al O. de la Acrópolis, en donde se arrojaba a ciertos condenados a muerte.

[632] De ser cierto, el asesinato en Esparta del heraldo de Darío pudo deberse al deseo de demostrar a los atenienses que los lacedemonios estaban dispuestos a luchar hasta el final; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte*..., II, 1, págs. 40-41, y nota 6. Por su parte, la reacción de los atenienses podría explicarse por su animadversión hacia los eginetas, que habían acogido hospitalariamente a los emisarios persas; cf. R. Sealey, «The pit and the well. The persian heralds of 491 B.C.», *Classical Journal* 72 (1976), 13 y sigs.

su demanda. En ese sentido, no puedo especificar qué desgracia llegó a sucederles a los atenienses por haber tratado así a los heraldos, como no sea que su territorio y su ciudad fueron saqueados; con todo, creo que ello no ocurrió por ese motivo[633].

Expiación espartana del asesinato de los heraldos de Darío. Historia de Espertias y Bulis

134 Sea como fuere, sobre los lacedemonios se abatió la ira[634] de Taltibio, el heraldo de Agamenón[635]. (En Esparta hay un santuario[636] consagrado a Taltibio y sigue habiendo descendientes suyos, que reciben el nombre de Taltibíadas, a quienes se concede la prerrogativa de desempeñar todas las embajadas que comisiona Esparta[637].)

2 A raíz de aquel incidente, los espartiatas, en sus sacrificios, no conseguían obtener presagios favorables. Y esta situación se prolongó en Esparta durante largo tiempo. De ahí que los lacedemonios, angustiados ante la desgracia que les aquejaba, se reunieran repetidamente en asamblea[638] y lanzaran un bando para saber si

---

633 Posiblemente, Heródoto creía que Atenas fue saqueada como castigo divino por el incendio del templo de Cibebe —diosa de la fertilidad, identificable a Cíbele, que personificaba el poder creador de la naturaleza— en Sardes, en el año 498 a. C. (cf. V 102, 1). Cf. P. Hohti, «Die Schuldfrage der Perserkriege in Herodots Geschichtswerk», *Arctos* 10 (1976), 37 y sigs.

634 En cuanto que, como intermediario entre las ciudades o sus jefes, el heraldo era un personaje tabú e inviolable. Vid., en general, D. J. Mosley, *Envoys and Diplomacy in ancient Greece*, Wiesbaden 1973.

635 Cf., por ejemplo, *Ilíada* I 320, III 118, IV 192 y sigs., VII 276, XIX 196, 250 y 267, XXIII 897.

636 Concretamente, se trataba de un *herôion*, un templete, que primitivamente era el lugar en que estaba enterrado el personaje al que se rendían honores (cf. Pausanias, III 12, 7; VII 24, 1).

637 Es decir que debía de tratarse de funcionarios públicos. Cf., *supra*, VI 60.

638 Se trata de la *Apélla*, de la asamblea popular espartana, de la que podían formar parte todos los hombres, en posesión de plenos derechos de ciudadanía, mayores de treinta años. Cf. R. Maisch, F. Pohlhammer, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1931, págs. 30-31.

algún lacedemonio estaba dispuesto a dar su vida por Esparta. Entonces Espertias, hijo de Anaristo, y Bulis [639], hijo de Nicolao, unos espartiatas de noble familia y preeminente posición económica [640], se ofrecieron voluntariamente para expiar ante Jerjes el asesinato en 3 Esparta de los heraldos de Darío; de manera que los espartiatas los enviaron ante los medos en la creencia de que iban a ser ejecutados.

135 La singular audacia de esos individuos es digna de admiración, así como el tono de sus palabras, que fue el siguiente. Resulta que, de camino a Susa, se presentaron ante Hidarnes [641]. (Hidarnes era un sujeto de nacionalidad persa que tenía a sus órdenes a las fuerzas del litoral de Asia [642].) Este personaje los agasajó con un banquete, dándoles presentes de hospitalidad, y, con 2 tal ocasión, les preguntó lo siguiente: «Lacedemonios, ¿por qué razón rehusáis ser amigos del rey? Es indudable que, si os fijáis en mi persona y en mi posición, podéis comprobar lo bien que sabe el monarca premiar a los hombres de valía. Pues lo mismo ocurriría con vosotros, si os pusierais a las órdenes del rey (porque,

---

[639] Posiblemente, tanto Espertias como Bulis eran Taltibíadas. Como su marcha a Asia se produjo cuando Jerjes ya era rey, el episodio debe fecharse con posterioridad al año 486/485 a. C.; cf. nota VII 23.

[640] Lo que puede ser una prueba de que en Esparta, pese a la peculiaridad de su sistema social en el mundo griego, existían diferencias sociales. Cf. P. OLIVA, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 163 y sigs. (hay trad. esp., Madrid, 1983).

[641] Cf. nota VII 426. La entrevista pudo tener lugar en Sardes en una fecha en que Hidarnes no estaba todavía al frente de los «Inmortales» (cf. VII 83, 1).

[642] Junto al sátrapa, que contaba con sus propias fuerzas militares, en las satrapías solía haber un general directamente nombrado por el rey y que no era responsable ante el sátrapa (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 3, y *supra*, nota VII 305). Con ello el monarca persa limitaba el poder casi omnímodo de los sátrapas; cf. ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 34 y sigs.

ante él, pasáis por ser hombres de valía): cada uno de vosotros, por concesión del monarca, gobernaría una zona de Grecia [643].» Ante estas manifestaciones, ellos le 3 respondieron como sigue: «Hidarnes, el consejo que nos brindas no es imparcial, pues nos haces una proposición con conocimiento de causa de una faceta, pero con ignorancia de la otra: sabes perfectamente en qué consiste la esclavitud, pero todavía no has saboreado la libertad y desconoces si es dulce o no. Realmente, si la hubieses saboreado, nos aconsejarías pelear por ella no con lanzas, sino hasta con hachas [644].» Ésta fue la contestación que dieron a Hidarnes.

Posteriormente, al subir a Susa y comparecer ante **136** el monarca, lo primero que hicieron, cuando los guardias intentaron obligarlos imperiosamente a que se prosternaran de hinojos ante el rey, fue negarse en redondo a hacerlo, aunque los guardianes los arrojaron de bruces al suelo, pues no tenían por costumbre —indicaron— prosternarse ante un hombre [645] y, además, no habían acudido para ello.

Acto seguido, y tras su negativa al respecto, pronunciaron las siguientes palabras u otras del mismo tenor: «Rey de los medos, los lacedemonios nos han enviado 2 en lugar de los heraldos asesinados en Esparta, para

---

[643] Del texto se desprende que Espertias y Bulis iban acompañados de otros compatriotas suyos.

[644] La fuente informativa de Heródoto para esta anécdota debió de ser persa, dado que el hacha la utilizaban los jinetes persas en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo con otros contingentes de caballería. No puede pensarse que los lacedemonios se refieran a las fases más encarnizadas de sus enfrentamientos de infantería, una vez rota la formación hoplítica, porque, en su armamento, los hoplitas griegos carecían de hachas. Cf. H. L. LORIMER, «The hoplite...», págs. 76 y sigs.

[645] Para la *proskýnēsis* o «postración» (que, desde una perspectiva griega, era un signo de esclavitud), cf. nota VII 109, y R. N. FRYE, «Gestures of deference to royalty in ancient Iran», *Iranica Antiqua* 9 (1972), 102 y sigs.

expiar su muerte.» Pero, ante estas manifestaciones, Jerjes, dando muestras de magnanimidad, les dijo que no iba a imitar a los lacedemonios; pues, si ellos habían conculcado las normas vigentes entre todos los humanos al acabar con unos heraldos, él no incurriría en el crimen que les imputaba, y no pensaba eximir a los lacedemonios de su delito haciendo que, en represalia, los mataran a ellos [646].

137 Así fue como, gracias a esta medida de los espartiatas, la ira de Taltibio se aplacó momentáneamente, a pesar de que Espertias y Bulis regresaron a Esparta. Sin embargo, al decir de los lacedemonios, se reavivó mucho tiempo después, durante la guerra entre los peloponesios y los atenienses [647]; hecho éste que, en mi opinión, posee, donde los haya, un carácter particularmente 2 sobrenatural. Pues que la ira de Taltibio se abatiera sobre unos mensajeros, y que no se aplacase hasta haber obtenido una reparación, es algo que lo exigía la justicia [648]; pero que afectara a los hijos de esos sujetos que, a causa de la ira de Taltibio, subieron hasta la corte del rey (a Nicolao, hijo de Bulis, y a Anaristo, hijo de Espertias [649] —el individuo que, arribando con

---

[646] El propósito de Jerjes no era hacer que los lacedemonios siguiesen siendo reos del crimen en que habían incurrido, al rechazar su oferta de expiación. Su magnanimidad (para otras muestras de generosidad por parte del monarca, cf. VII 27 y sigs., 146 y sigs., pues en la figura de Jerjes, tal como la pinta Heródoto, confluyen rasgos antitéticos; cf. E. Abrahanson, «Herodotus' portrait of Xerxes», páginas 7 y sigs.) se demostró al negarse a aplicar la ley del talión matando a Espertias y Bulis.

[647] Se alude a la guerra del Peloponeso, que estalló en el año 431 a. C.

[648] La justicia basada en la reciprocidad material del mal causado.

[649] Como se ve, los nombres de Nicolao y Bulis, y los de Anaristo y Espertias, alternaban en ambas familias espartiatas. En el mundo griego la onomástica de un individuo solía componerse del nombre propio (generalmente heredado del abuelo paterno), del patronímico y de la indicación del lugar de nacimiento.

un carguero repleto de soldados, tomó Haliea, donde se habían refugiado los tirintios [650]), a mi juicio evidencia claramente que lo ocurrido tuvo un carácter sobrenatural [651].

3 Resulta que ellos dos, enviados en misión oficial a Asia por los lacedemonios, fueron traicionados por el rey de los tracios, Sitalces [652], hijo de Teres, y por el abderita Ninfodoro [653], hijo de Píteas, siendo capturados en las inmediaciones de Bisante [654], en el Helespon-

---

[650] La toma de Haliea (una localidad situada en la extremidad sudoccidental de la Argólide, a orillas del golfo Argólico) debió de producirse entre el año 464 a. C. (cuando los tirintios, originariamente esclavos argivos —cf. VI 83, 1—, fueron atacados por Argos, aprovechando que los espartanos, en ese año, estaban inmersos en la tercera guerra mesénica y en sofocar la sublevación de los hilotas [cf. DIODORO, XI 65]; en general, cf. ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, III, páginas 325 y sigs.) y el año 430, fecha en que Haliea era ya aliada de Esparta (cf. TUCÍD., II 56). Sobre la guerra entre Argos y Tirinto (en 468 a. C., Tirinto todavía existía como ciudad, ya que un vencedor en Olimpia en ese año era natural de Tirinto; cf. *Oxyr. Papyri*, II 93), vid. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.

[651] Heródoto es, con Esquilo, el mejor representante de una faceta del pensamiento griego arcaico (cf. SOLÓN, fr. 1 DIEHL, vv. 29-32): la de la solidaridad de los miembros de un clan en la transmisión de las culpas, de forma que lo que ha realizado uno de los miembros puede imputarse a los demás (y los descendientes, como los muertos, forman parte del clan), porque toda *hýbris*, todo acto atentatorio contra las normas establecidas, exige un castigo. Cf. E. WOLFF, *Griechisches Rechtsdenken*, Francfort, I, 1950,

[652] Pese a que el historiador dice que Sitalces era rey de los tracios, sólo lo era de una tribu: la de los tracios odrisas, que residían en el valle del Hebro. Cf. J. WIESNER, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963, páginas 13 y sigs.

[653] Cuñado de Sitalces que fue nombrado *próxeno* (se llamaba así al individuo al que una ciudad extranjera le encargaba la misión de defender sus intereses en su propia patria y de hospedar a sus enviados oficiales cuando hasta allí se desplazaban; cf. F. GSCHNITZER, s. v. *Proxenos*, en *RE*, supl. XIII [1973], cols. 629 y sigs.) por los atenienses, porque en el año 431 a. C. consiguió para Atenas la alianza de Sitalces; cf. TUCÍD., II 29.

[654] Una localidad de origen samio emplazada en la costa septen-

to, y conducidos al Ática, donde perecieron a manos de los atenienses [655]. (Por cierto que, con ellos, también halló la muerte el corintio Aristeas [656], hijo de Adimanto.) En fin, este incidente tuvo lugar muchos años después de la campaña del rey; así que vuelvo a lo que estaba contando.

Grecia en vísperas de la invasión persa

138 La expedición del rey tenía como objetivo aparente Atenas, pero, en realidad, se dirigía contra toda Grecia [657]. No obstante, los griegos, pese a estar informados de ello con mucha antelación [658], no se sentían afectados todos en idéntica me-

---

trional de la Propóntide. Para la aparente ambigüedad geográfica, cf. nota VII 475, y *supra,* IV 95, 1 y 138, 2, V 103, 2, VI 26, 1.

[655] En verano del año 430 a. C., la referencia cronológica más tardía que aparece en la obra de Heródoto (su muerte es datada en 428 a. C. por F. Jacoby, «Herodotos», en *RE,* cols. 224 y sigs.). Este episodio a que alude el historiador lo narra Tucídides en II 67: como represalia por el asesinato, a manos de los lacedemonios, de unos mercaderes atenienses mientras costeaban el Peloponeso, unos embajadores de Atenas que se hallaban en la corte de Sitalces persuadieron a los tracios para que les entregaran a los integrantes de una misión peloponesia que se trasladaba a Asia para tratar de ganar para su causa a los persas.

[656] El general de las fuerzas corintias que, en 433 a. C., acudió a Potidea, antigua colonia corintia, cuando la ciudad rompió los vínculos que todavía la unían con Corinto. Cf. Tucíd., I 60 y sigs., y G. E. M. de Ste. Croix, *The origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972, págs. 79 y sigs.

[657] Cf. nota VII 4.

[658] No antes del año 484/483 a. C., que fue cuando se iniciaron los preparativos persas, para llevar a cabo una invasión por el N. de Grecia, con la apertura del canal del Atos (cf. VII 22 y sigs.), la construcción de los dos puentes sobre el Helesponto (cf. VII 34 y sigs.), y el emplazamiento de depósitos de víveres en la costa tracia (cf. VII 25). En cualquier caso, y tras Maratón, los griegos debieron de sentirse relativamente seguros: el testimonio del historiador en VII 145 prueba que la guerra entre Atenas y Egina no era la única existente en Grecia en el año 481 (cf. A. Andrewes, «Athens and Aegina, 510-480 B. C.», *Annual of the British School of Athens* 37 [1936-37], 1 y sigs.).

dida. En efecto, aquellos que habían entregado al Persa 2 la tierra y el agua abrigaban la confianza de que no iban a sufrir el menor daño por parte del bárbaro; en cambio, quienes no habían cedido, eran presa de un pánico cerval [659], dado que en Grecia no existía un número suficiente de naves de combate para resistir al invasor y, además, la gente no quería emprender la guerra, sino que eran decididos partidarios de pactar con los medos [660].

Elogio de Atenas

En este punto me veo necesariamente 139 obligado a manifestar una opinión que será mal acogida por la mayoría de la gente; pero, pese a ello, como, de hecho, me parece que es verdadera, no voy a soslayarla [661].

Si los atenienses, aterrorizados ante el peligro que 2 se les venía encima, hubiesen evacuado su patria, o bien si, pese a no evacuarla, se hubieran quedado en ella, pero rindiéndose a Jerjes, ningún Estado hubiese intentado oponer resistencia al rey por mar. Pues bien, si

---

[659] La afirmación debe de ser una intèrpretación *a posteriori* (no obstante, cf. Teognis, 773-782), surgida posiblemente en círculos atenienses para hacer aún más patente su decisiva contribución al triunfo de Grecia; cf. J. A. S. Evans, «Herodotus and Athens: the evidence of the encomium», *L'Antiquité Classique* 48 (1979), 112 y sigs.

[660] Posiblemente por los desalentadores oráculos emitidos por Delfos (cf., *infra,* VII 140, 2-3, y 220, 4).

[661] Este elogio de Atenas (aunque también se alaba el heroísmo espartano), por parte del historiador, es buena prueba de la imparcialidad de Heródoto (cf., sin embargo, L. Canfora, «Storici e società ateniese», *Rendiconti Istituto Lombardo* 107 [1973], 1.136 y sigs.), ya que, cuando fue escrito (sin poder precisar la fecha con exactitud, habrían pasado dos generaciones desde Salamina), la rivalidad entre Atenas y Esparta, por un lado, y el descontento de buena parte de los integrantes de la liga delo-ática, ante el monopolio que de la misma hacían los atenienses, por otro (cf. R. Meiggs, «The crisis of athenian imperialism», *Harvard Studies* 67 [1963], 1 y sigs.), habían hecho muy impopular a Atenas ante parte del mundo griego.

nadie hubiera opuesto resistencia a Jerjes por mar, en tierra habría ocurrido, sin lugar a dudas, lo siguiente: 3 aunque los peloponesios hubiesen levantado a través del Istmo muchas fortificaciones defensivas, los lacedemonios habrían sido irremisiblemente abandonados por sus aliados (no espontáneamente, sino a la fuerza, ya que sus ciudades hubieran sido tomadas una tras otra por los contingentes navales del bárbaro [662]), y se habrían quedado solos; y, únicamente con sus efectivos, aunque hubiesen realizado grandes proezas, habrían sucumbido heroicamente [663].

4 Ésta es la suerte que habrían corrido, o bien —antes de llegar a semejante trance—, al ver que todos los demás griegos abrazaban la causa de los medos, habrían pactado con Jerjes. Y, por lo tanto, en uno u otro caso, Grecia habría caído en poder de los persas, pues no alcanzo a comprender cuál habría sido la utilidad de las fortificaciones erigidas a través del Istmo, si el rey hu- 5 biese sido dueño del mar. Lo cierto, en suma, es que, si se afirmase que los atenienses fueron los salvadores de Grecia [664], no se faltaría a la verdad, pues, de las dos alternativas existentes [665], la balanza debía inclinarse por la que ellos hubiesen adoptado. Y, al decidirse por la libertad de Grecia, fueron ellos, personalmente, quienes despertaron el patriotismo de todos los demás

---

[662] Cf. Tucíd., I 73, 4, y A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides,* Oxford, 1945, I, pág. 234.

[663] El sistema político vigente en Esparta hacía impensable un entendimiento con Persia (cosa que sí podía haber ocurrido en Atenas; cf. M. F. McGregor, «The Pro-Persian party at Athens», *Harvard Studies in Classical Philology,* supl. 1 [1940], 88 y sigs.).

[664] Este argumento fue empleado por Atenas, tras la segunda guerra médica, para justificar su posición hegemónica al frente de la liga delo-ática; cf. H. B. Mattingly, «The growth of athenian imperialism», *Historia* 12 (1963), 257 y sigs., y L. Prandi, «La liberazione della Grecia nella Propaganda spartana durante la guerra del Peloponneso», *Contributi dell'Istituto di Storia antica* 4 (1976), 72 y sigs.

[665] Resistir al persa o rendirse.

pueblos griegos que no habían abrazado la causa de los medos, y quienes —con el apoyo de los dioses, como es lógico[666]— rechazaron al rey.

6 Además, los terribles oráculos que les llegaron procedentes de Delfos, y que los llenaron de pánico, no los indujeron a abandonar Grecia, sino que permanecieron en su patria y se atrevieron a resistir al invasor de su territorio.

Oráculos délficos profetizados a los atenienses

140 Resulta que los atenienses habían despachado emisarios a Delfos, decididos a consultar al oráculo[667]. Y cuando, tras haber realizado en el recinto sagrado las ceremonias rituales[668], los consultores entraron en el *mégaron*[669] y tomaron asien-

---

[666] Cf., *infra*, VIII 109.

[667] Pese a que Heródoto no indica la fecha de la consulta (de acuerdo con el orden de los hechos que narra, habría que datarla antes de la reunión en el istmo de Corinto de los delegados griegos, en otoño del año 481; cf. VII 145, 1), lo más probable es que tuviera lugar entre el abandono por parte de los griegos, en primavera de 480, de la posición del Tempe (cf. VII 172-174) y la batalla de las Termópilas, en agosto del mismo año, cuando, aparentemente, el camino de los persas hacia Delfos había quedado expedito. La ambigua actitud del oráculo (cf., además, los casos de Argos —vid. VII 148, 3— y Creta —vid. VII 169, 2—) permite una triple interpretación: que se hubiese vendido a los persas (lo que parece improbable, aunque en la *Historia* tenemos dos menciones a fraudes cometidos por la Pitia; cf. V 63, 1; VI 66); que estuviera mediatizado por la Anfictionía pileo-délfica (cf. nota VII 626), de dudosa lealtad a la causa griega; o que se limitase a cumplir su papel aconsejando lo que, a su juicio, era más adecuado: la prudencia. Cf. J. Elayi, «Le rôle de l'oracle de Delphes dans le conflict gréco-perse d'après les *Histoires* d'Hérodote. I», *Iranica Antiqua* 13 (1978), 93 y sigs., y 14 (1979), 67 y sigs.

[668] Que consistían en purificarse, coronados con laurel, con agua de la fuente Castalia, próxima al santuario, rezar unas oraciones, ofrecer unos sacrificios y aguardar a ser recibidos por la Pitia (el orden de recepción, a menos que se poseyera la *promantia* —el derecho a poder hacer uso del oráculo antes que otros consultores—, se establecía por sorteo).

[669] Se trata del *mégaron* (que, en Heródoto, siempre tiene signifi-

to, la Pitia [670], cuyo nombre era Aristonice, les dictó el siguiente vaticinio [671]:

2 *¡Desdichados! ¿Por qué permanecéis inactivos? ¡Huye al*
[fin del mundo [672]
y abandona tus casas y de tu circular ciudad los emi-
[nentes baluartes [673]*!*
Pues no permanece incólume ni la cabeza, ni el cuerpo,
ni las extremidades, ya se trate de los pies o de las
[manos; y nada
queda ya del tronco [674]*. Al contrario, todo se halla en*
[lamentable estado [675]*: lo destruyen el fuego*
y el furibundo Ares, que conduce en su ataque un carro
[sirio [676]*.*

---

cado religioso) del santuario. Aquí hace referencia al lugar en que se alzaba la imagen del dios y el trípode en el que estaba sentada la Pitia (si bien, en ocasiones —cf. VI 134, 2—, puede referirse al templo propiamente dicho por oposición al recinto consagrado al dios [*témenos*], que comprendía otras dependencias).

670 Cf. nota III 291.

671 Los oráculos se emitían, generalmente, en versos hexámetros (cf., sin embargo, I 174, 5, para uno pronunciado en yambos), y sólo con posterioridad a Alejandro el Grande se empleó la prosa.

672 La Pitia sugiere, pues, una emigración en masa, probablemente al Mediterráneo occidental, quizá al S. de Italia (cf. VIII 62, 2). A notar que primero se dirige a los consultores y luego, en singular, al pueblo al que representan.

673 Los muros de Atenas formaban, aproximadamente, una circunferencia. Con la alusión a los «eminentes baluartes» hay una referencia a la Acrópolis. Todo el oráculo, como era frecuente en tales casos, es de corte épico.

674 La metáfora se refiere a las diferentes clases sociales de Atenas.

675 O, según otra interpretación que permite el texto (cf. M. Fernández-Galiano, *Heródoto...*, pág. 172, nota 2), «al contrario —¡ay, funesto sino!—, lo destruyen...».

676 Sirio (= asirio; cf. nota VII 340) equivale aquí a asiático, en cuanto que, como lo eran entonces los persas, los asirios habían sido dueños de Asia. Ares (cf. nota VII 403) personifica en esta ocasión a Jerjes; cf. Esquilo, *Persas* 83 y sigs.

Otras muchas fortalezas aniquilará también, no sólo la 3
[tuya,
y a las devastadoras llamas ofrendará muchos templos,
donde, en estos momentos, las imágenes de los dioses
[deben de alzarse en sudor bañadas
y estremecidas de espanto, pues negra sangre
chorrea de lo alto de los pináculos, presagiando cala-
[midades inexorables[677].
Abandonad[678], *pues, este sagrado lugar y, ante las des-*
[gracias, comportaos con entereza.

Al oír estas palabras, los consultores atenienses se 141 quedaron sumamente desolados. Sentíanse, pues, desesperados por el desastre que les había sido vaticinado, cuando Timón[679], hijo de Androbulo, un ciudadano delfio de los más reputados, les aconsejó que cogiesen unos ramos de olivo[680] y que volvieran a entrar en el santuario, para, en calidad de suplicantes, hacer una nueva consulta al oráculo. Entonces los atenienses siguieron 2 sus indicaciones y dijeron: «Señor[681], danos algún va-

[677] Sobre la funesta interpretación que cabía hacer del sudor y la sangre que manasen de la piedra o el metal, cf. APOLONIO DE RODAS, IV 1285; DIODORO, XVII 10; LIVIO, XXII 1, XXIII 31, XXVII 4; VIRGILIO, *Geórg.* I 480.

[678] Del texto griego (la forma verbal está en dual) se desprende que los consultores atenienses eran dos.

[679] Un personaje del que nada se sabe (cf., con todo, R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh...*, I, pág. 189). PH. E. LEGRAND *(Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 147, nota 2) piensa en una treta de Temístocles: «par l'intermédiaire de Timon, Thémistocle, ayant arrêté par devers lui le plan qu'il voulait faire adopter, en a, je pense, dicté le texte au prophète de Delphes —un texte dont il se réservait de faire luimême l'exégèse».

[680] Se trata de una *hiketēría*, un ramo de olivo (generalmente, envuelto en lana), que una persona, que desea ponerse, como suplicante, bajo la protección divina, lleva en sus manos para indicar su condición de tal. Los atenienses obran así porque un suplicante tenía derecho a entrar en un templo y a ser escuchado.

[681] Los consultores, a través de la Pitia, se dirigen a Apolo.

ticinio más favorable sobre nuestra patria en consideración a estos ramos de olivo con que nos hemos presentado ante ti; de lo contrario, ten por seguro que no abandonaremos tu sagrado recinto: permaneceremos aquí, en este lugar, hasta acabar muriendo[682].»

Ante estas manifestaciones, la profetisa les dictó un segundo vaticinio; fue el siguiente:

3 *No puedes Palas*[683] *aplacar a Zeus, dios del Olimpo,*
pese a que, en todos los tonos y con sagaz astucia, sú-
[plicas le dirige.
No obstante, voy a darte ahora una nueva respuesta,
[inflexible como el acero[684].
Mira; cuando tomado sea todo cuanto encierran
la tierra de Cécrope[685] *y el valle del Citerón*[686] *augusto,*
Zeus, el de penetrante mirada, concederá a Tritogenia[687]
[un muro de madera,

---

682 Lo que hubiese supuesto para el templo lo que los griegos llamaban *míasma*, una mancha material, física, y contagiosa, ocasionada por la sangre de personas inocentes. Cf. Eurípides, *Ifigenia entre los Tauros* 972.

683 Epíteto de Atena, la diosa protectora de Atenas. El término es de controvertida interpretación, pero parece seguro que se halla relacionado con la idea de «juventud». Cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París, 1968, págs. 853-854.

684 Es decir, de ineludible cumplimiento, sin que quepan nuevas demandas por parte de los consultores. Cf. Hesíodo, *Trabajos* 431; Esquilo, *Prometeo* 155; Píndaro, *Ol.* I 78, *Pít.* IV 227.

685 Metáfora por «las fronteras del Ática». Según la tradición, Cécrope fue el primer rey de Atenas y, durante su reinado (cf. Apolodoro, III 14, 1), los dioses decidieron establecer cultos propios en las ciudades; al disputarse Posidón y Atena el del Ática, Cécrope se decantó por esta última divinidad (aunque las tradiciones varían sobre los detalles de la leyenda). Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, páginas 352 y sigs.

686 La cadena del Citerón (la Pitia está hablando desde una perspectiva geográfica occidental, ya que Delfos estaba a unos 150 km. al O. de Atenas), cuya máxima altura alcanza los 1.411 m., formaba la frontera natural entre el Ática y Beocia.

687 Otro epíteto de Atena, que parece significar «la verdadera hija de Zeus» (cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique...*, pág. 1.138),

único —pero inexpugnable— baluarte, que la salvación
[supondrá para ti y para tus hijos[688].
Ahora bien, tú —eso sobre todo— no aguardes indolente 4
[a la caballería
y al ingente ejército de tierra que del vecino continente
[llega; al contrario,
retírate; vuelve la espalda. Un día, tenlo por seguro, ya
[les harás frente.
¡Ay, divina Salamina[689]! *¡Que tú aniquilarás a los frutos*
[de las mujeres,
bien sea cuando se esparce Deméter o cuando se reú-
[ne[690]!

Como quiera que esta respuesta les pareció que re- **142** sultaba —como así era— más benigna que la anterior, los consultores la registraron por escrito y emprendieron el camino de vuelta a Atenas. Pero, a su regreso,

aunque también se ha interpretado como la «nacida en el lago Tritónide», que podía ser la Pequeña Sirte (el golfo de Qâbes), en Libia; cf. nota IV 615.

688 La Pitia vuelve a dirigirse, en segunda persona, a toda la ciudad de Atenas.

689 Isla del golfo Sarónico a poca distancia de la costa del Ática.

690 Empleo metonímico del nombre de la diosa (a Deméter se la veneraba como diosa de la tierra cultivada, frente a Gea, a quien se concebía, más bien, como personificación de la tierra en sentido cosmogónico; cf. O. KERN, s. v. *Demeter*, en *RE*, 4, 2 [1901], cols. 2713 y sigs.), en vez del de los productos a ella consagrados; es decir, los cereales, y fundamentalmente el trigo. Este enigma significa que la batalla que se libraría en aguas de Salamina tendría lugar durante la siembra o durante la cosecha; en realidad, se desarrolló poco antes del principio de la siembra (en septiembre del año 480 a. C.). Pese a que los dos últimos versos han sido considerados, por parte de la crítica, como una adición *post eventum*, los sacerdotes delfios podían haber tenido conocimiento de que los peloponesios pretendían defender, en última instancia, el istmo de Corinto, por lo que Salamina habría sido un apropiado fondeadero para la flota, siendo presumible un enfrentamiento naval en aquella zona.

cuando los emisarios informaron del oráculo al pueblo[691], entre otras muchas interpretaciones que se suscitaron, tratando de descifrar el vaticinio, las que más se contrapusieron fueron las siguientes: algunos ancianos sostenían que, en su opinión, el dios predecía que la acrópolis conseguiría salvarse, ya que, antiguamente, la acrópolis de Atenas estaba protegida por una empali-2 zada, por lo que deducían que a eso aludía el muro de madera. Otros, en cambio, consideraban que el dios se refería a las naves, e instaban a sus conciudadanos a equiparlas, sin preocuparse de nada más. A este respecto, sin embargo, a quienes consideraban que el muro de madera aludía a las naves los desconcertaban los dos últimos versos pronunciados por la Pitia:

¡Ay, divina Salamina! ¡Que tú aniquilarás a los frutos [de las mujeres,
bien sea cuando se esparce Deméter o cuando se reúne!

3 Debido a estos versos, la interpretación de quienes sostenían que el muro de madera aludía a las naves resultaba confusa, pues los intérpretes de vaticinios[692] los explicaban en el sentido de que, si se aprestaban para librar una batalla naval, serían irremediablemente derrotados en aguas de Salamina.

---

[691] Es decir, a la *Ecclesía*, la asamblea popular, de la que formaban parte todos los ciudadanos en posesión de sus plenos derechos políticos. Desde finales del siglo VI a. C., las reuniones tenían lugar en la *Pnyx*, una ladera situada al O. de la Acrópolis. Sobre su funcionamiento, cf. R. Maisch, F. Pohlhammer, *Instituciones griegas...*, págs. 37 y sigs.

[692] Los *cresmólogos*. Cf. nota VII 33.

Intervención de Temístocles

143 Por cierto que, entre los atenienses, había un ciudadano, que había empezado a figurar entre los más destacados desde hacía poco tiempo [693], cuyo nombre era Temístocles, aunque era conocido con el apelativo de «hijo de Neocles» [694]. Este personaje afirmaba que la conjetura de los intérpretes de vaticinios no era totalmente correcta: si los versos en cuestión —alegaba— se referían, en realidad, a

[693] Como Temístocles (que había nacido, hacia 524/523 a. C., en el demo de Frearrio, una localidad situada a unos 30 km. al SE. de Atenas) había sido arconte epónimo en el año 493/492 (cf. DIONISIO DE HALICARNASO, VI 34; aunque hay problemas para datar con precisión las listas arcontales por estas fechas, cf. R. J. LENARDON, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 [1956], 401 y sigs., y W. H. PLOMMER, «The tyranny of the archon-list», *Classical Review* 19 [1969], 126 y sigs.), la afirmación de Heródoto hay que interpretarla en el sentido de que hacía poco tiempo que había conseguido imponer su política, al haber logrado el ostracismo (es decir, el destierro político, una medida preventiva contra los ciudadanos considerados peligrosos para la ciudad, aunque su empleo como arma política fue frecuente; cf. C. A. ROBINSON, «The struggle for power at Athens in the early Vth cent. B. C.», *American Journal of Philology* 60 [1939], 232 y sigs.) de Arístides, su rival político, en 483/482 (cf. J. CARCOPINO, *L'ostracisme athénien*, Paris, 1935, págs. 153-157, y J. LABARBE, *La loi navale de Thémistocle*, Paris, 1957, págs. 87-103, donde estudia la fecha y condiciones del ostracismo y regreso de Arístides), y la adopción por el pueblo de su política naval (cf., *infra*, VII 144). En todo caso, A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 283, señala que «it is one of the oddities of Herodotos' story that he only introduces him [i. e., Temístocles] on the eve of the great invasion, and then as 'a man who had lately como to the front'. It is probably the result of hostility on the part of Herodotos' sources». Para los detalles de la vida de Temístocles, con discusión de la cronología, cf. R. J. LENARDON, *The saga of Themistocles*, Londres, 1978.

[694] Posiblemente porque su madre no era ateniense, sino tracia o caria (cf. PLUTARCO, *Temístocles* 1). Como Neocles (sobre él, cf. F. D. HARVEY, «Neokles, father of Themistokles», *Historia* 29 [1980], 110 y sigs.) significa «el de reciente fama», se ha pensado que no pertenecía a la importante familia de los Licómidas, unos ricos terratenientes. Para una discusión del problema, vid. H. T. WADE GERY, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, págs. 86 y sigs.

los atenienses, en su opinión el oráculo emitido no hubiera sido tan benigno, sino que sus términos hubiesen sido: «¡Ay, funesta Salamina!», en lugar de «¡Ay, divina Salamina!», si es que realmente los habitantes [695] iban
2 a perecer en aguas de la isla. El caso, en suma, era que, interpretándolo correctamente, el vaticinio pronunciado por el dios se refería al enemigo, y no a los atenienses. Por consiguiente, aconsejaba a sus conciudadanos que se aprestasen para combatir a bordo de sus naves, pues, según él, a eso [696] aludía el muro de madera.

3 Ante esta apreciación de Temístocles, los atenienses estimaron que, para ellos, la misma resultaba preferible a la de los intérpretes de vaticinios, que se oponían a los preparativos para una batalla naval y, en resumidas cuentas, a que se ofreciera la menor resistencia: proponían abandonar el Ática para instalarse en otro lugar cualquiera [697].

144 Antes de la que acabo de citar, otra opinión de Temístocles había prevalecido felizmente; fue cuando los atenienses, en vista de que en el erario público había grandes sumas de dinero, que procedían de sus minas de Laureo [698], se disponían a repartírselas entre todos

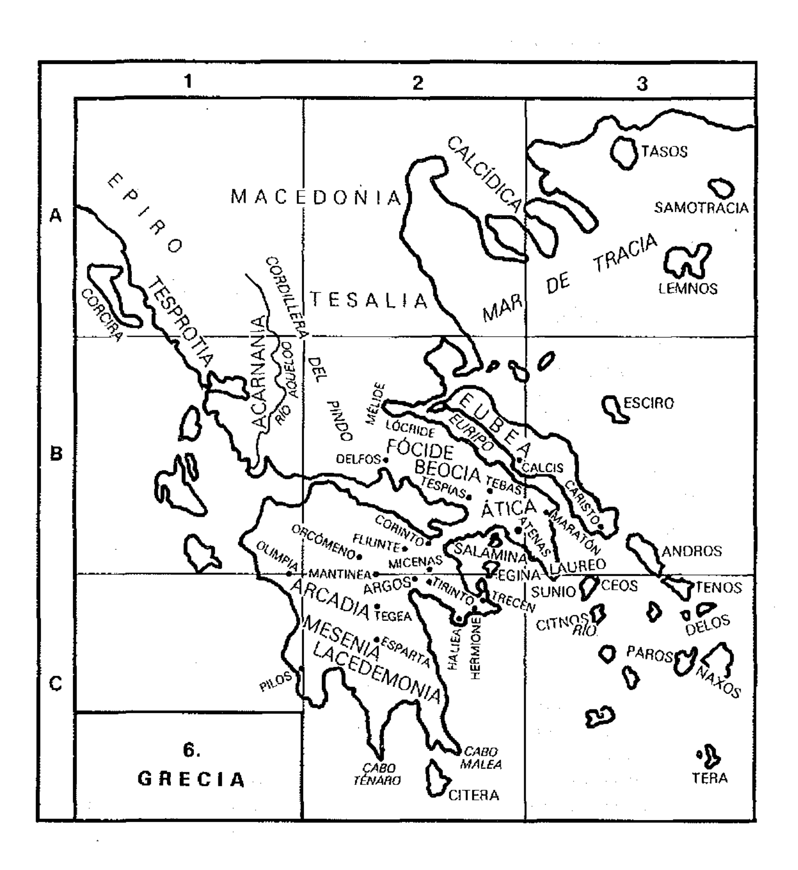
---

[695] Tanto los de Atenas como los de Salamina, ya que los habitantes de la isla eran *clerucos* atenienses. Sobre este tipo especial de colonización, cf., *supra*, nota V 365.

[696] Es decir, a las naves.

[697] Los cresmólogos trataban de armonizar los dos oráculos délficos, suponiendo que el segundo también recomendaba a los atenienses que emigrasen, concretamente a bordo de sus naves. Cf. J. Élayi, «Deux oracles de Delphes: les réponses de la Pythie à Clisthène de Sicyone et aux Athéniens avant Salamine», *Revue des Études Grecques* 92 (1979), 224 y sigs.

[698] La región montañosa situada en las proximidades del cabo Sunio, en el SE. del Ática. Las minas eran ricas en plata y plomo. Habían sido explotadas desde épocas remotas (cf. Jenofonte, *Los ingresos* IV 2) y todavía eran importantes en tiempos de la guerra del Peloponeso


1
2
3
A
B
C
EPIRO
MACEDONIA
CALCÍDICA
TASOS
SAMOTRACIA
LEMNOS
MAR DE TRACIA
CORDILLERA DEL PINDO
TESALIA
CORCIRA
TESPROTIA
ACARNANIA
RÍO AQUELOO
MÉLIDE
EUBEA
EURIPO
ESCIRO
LÓCRIDE
FÓCIDE
DELFOS
BEOCIA
CALCIS
TESPIAS
TEBAS
CARISTO
ÁTICA
MARATÓN
ATENAS
CORINTO
ORCÓMENO
FLIUNTE
OLIMPIA
SALAMINA
ANDROS
MICENAS
MANTINEA
EGINA
LAUREO
ARGOS
TIRINTO
SUNIO
CEOS
TENOS
ARCADIA
TREZEN
TEGEA
CITNOS
RÍO
DELOS
MESENIA
ESPARTA
PAROS
NAXOS
LACEDEMONIA
HALIEA
HERMIONE
PILOS
6.
GRECIA
CABO TÉNARO
CABO MALEA
CITERA
TERA

a razón de diez dracmas por cabeza [699]. Entonces, Temístocles convenció a los atenienses para que desistieran de llevar a cabo ese reparto y, con las sumas de que disponían, construyesen doscientas naves [700] para la
2 guerra (aludiendo al conflicto con los eginetas [701]), por

(cf. Tucíd., VI 91), mientras que se habían agotado ya en época de Pausanias (cf. I 1, 1). Las minas, en las que sólo trabajaban esclavos, eran propiedad del Estado, que las alquilaba a particulares (cf. Aristóteles, *Const. aten.* 47).

[699] Una dracma (el salario medio de un jornalero al día) equivalía a 4,32 gr. de plata (naturalmente, una vez acuñado el metal, las monedas podían presentar, unas con otras, ligeras diferencias en su peso). Como el número de ciudadanos de Atenas en esa época era de unos treinta mil (cf. VIII 65, 1; Aristófanes, *Asambleístas* 1132; Platón, *Banquete* 175e), la totalidad de la población del Ática, hacia 490-480 a. C., ascendería a unos ciento cincuenta mil (cf. A. W. Gomme, *The population of ancient Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Chicago, 1967 (= Oxford, 1933), págs. 1-35; en particular, pág. 26 y gráfico 1). Según eso, la cantidad a repartir sería de cincuenta talentos de plata (10 dracmas = 43,2 gr. × 30.000 ciudadanos = 1.296 kg.: 25,92 kg. [= 1 talento] = 50 talentos). Como las fuentes antiguas (cf. Aristóteles, *Const. aten.* 22; Polieno, I 30) dicen que, al descubrirse en Maronea, en el distrito de Laureo, una riquísima veta de plata, las ganancias del erario ascendieron a cien talentos, es posible que el reparto del dinero, a razón de diez dracmas por cabeza, no se hiciera sólo durante un año. Sobre toda esta cuestión, cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle...*, págs. 61 y sigs.

[700] Posiblemente, la proposición de Temístocles (que se data en 483/482 a. C.; cf. Aristóteles, *Const. aten.* 22) pretendía conseguir ese número para el total de la flota ateniense (cf., *infra*, VIII 1, 14, 44, 46 y 61; Justino, II 12). Es decir que, al número de naves existente (que podía oscilar alrededor de las cien: en el año 489, cuando Milcíades atacó Paros lo hizo con una flota de setenta naves), debería sumarse la cantidad necesaria para alcanzar las doscientas. Con todo, la cuestión es problemática; cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece...*, páginas 96-97, y U. Cozzoli, «Le naucrarie clisteniche e l'entità della flota ateniese alla battaglia di Salamina», *Miscellanea greca e romana* 5 (1977), 95 y sigs.

[701] La guerra que enfrentó a ambos Estados con posterioridad al año 490 (cf., *supra*, nota VI 431), y que Heródoto narra en VI 81 y sigs., y VI 87 y sigs.; cf. L. H. Jeffery, «The campaign between Athens

lo que la existencia de ese estado de guerra salvó, a la sazón, a Grecia, al obligar a los atenienses a convertirse en marinos. (Las naves no se emplearon con la finalidad para la que fueron construidas, pero así Grecia pudo disponer de ellas en el momento preciso.) Los atenienses, en suma, poseían ese contingente de naves al haber sido botadas tiempo atrás; con todo, tuvieron que construir un número adicional [702]. Así pues, después de 3 haber recibido el oráculo, estudiaron la situación y, plegándose al mandato divino, decidieron, con todos sus efectivos a bordo de sus naves y en unión de los griegos que lo desearan, hacer frente al ataque del bárbaro contra la Hélade [703].

Congreso helénico en el istmo de Corinto para organizar la defensa. Medidas adoptadas

Éstos fueron, en definitiva, los oráculos que recibieron los atenienses. **145**

Entretanto [704], los griegos que abrigaban los mejores deseos para la Hélade se reunieron en un lugar determinado [705] y expusieron sinceramente sus respectivos pareceres. Posteriormente, estudiaron la situación y, como primera medida, decidieron poner fin

and Aegine in the years before Salamis», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 y sigs. La guerra que, desde finales del siglo VI, manténian Atenas y Egina se debía a su rivalidad por la supremacía comercial en el Mediterráneo oriental. Cf. D. Hegyi, «Athens and Aigina on the eve of the battle of Marathon», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 17 (1969), 171 y sigs.

[702] Para suplir las naves que se fueran deteriorando o hundiendo. Así, y pese a las pérdidas navales que sufrieron los atenienses en el Artemisio (cf., *infra,* VIII 16 y 18), su flota contaba con doscientas unidades en Salamina (cf. Tucíd., I 74; Demóstenes, *De Sym.* 29, y *De Cor.* 238).

[703] Esta decisión tuvo que adoptarse en el año 480, cuando el enfrentamiento con los persas era inminente. Cf. Apéndice VIII.

[704] El historiador reemprende aquí la narración interrumpida por el paréntesis iniciado en el capítulo 139.

[705] Pese al testimonio de Pausanias (III 12, 6), quien indica que la reunión tuvo lugar en Esparta, los delegados griegos debieron de reunirse, en otoño del año 481 a. C., en el templo de Posidón, en el istmo

a sus diferencias y a las guerras existentes entre ellos (había entonces hostilidades entre varios Estados, pero la más importante, sin lugar a dudas, era la que enfrentaba a atenienses y eginetas [706]).

2 Acto seguido, al tener conocimiento de que Jerjes se encontraba en Sardes [707] con sus tropas, resolvieron enviar espías a Asia, para que se informasen de los proyectos del monarca, y unos emisarios a Argos, para concertar una alianza militar contra el Persa, otros a Sicilia —a la corte de Gelón, hijo de Dinómenes— y a

---

de Corinto (cf., *infra*, VII 172, 1; 173, 4; 175, 1; sobre el templo, vid. VIII 132, 2). En la reunión debió de haber representantes de la Liga Peloponesia (Esparta, Corinto, Sición, Mégara, Egina, Epidauro, Trecén, Hermíone, Tirinto, Micenas, Fliunte, Orcómenos, Tegea, Mantinea, Élide y Lepreo); de los atenienses; de los plateos y tespieos (en unión, quizá, de otros beocios); de Calcis, Eretria y Estira, en Eubea; de las colonias corintias occidentales (Léucade, Anactorio y Ambracia); de algunos insulares del Egeo (como los de Ceos), y tal vez de los focenses (cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums* [vol. II: *Die Verträge der griechisch-römischen Welt*], Munich-Berlín, 1969, 4.ª ed., págs. 29 y sigs.). Es posible que la alianza estuviera inspirada en el funcionamiento de la Liga Peloponesia, con Esparta como cabeza rectora de derecho (aunque Heródoto no permite afirmarlo, pues, cuando se refiere a los confederados, emplea indistintamente fórmulas diversas: «conjurados», «aliados», etc.); y, aunque se debieron de adoptar medidas organizativas, no estamos informados al respecto. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, pág. 654.

[706] Cf. nota VII 701, y A. J. Podlecki, «Athens and Aegina», *Historia* 25 (1976), 396 y sigs. Según Plutarco (*Temístocles* 6), fue el estadista ateniense el promotor de la reunión, en la que, además de lo que indica Heródoto, se acordó llamar a todos los ciudadanos que se hallaban desterrados de sus respectivas ciudades (en Atenas a todos los ostraquizados, salvo al Pisistrátida Hiparco, que lo había sido en el año 488/487 a. C.). Cf. P. A. Brunt, «The hellenic League...», páginas 135 y sigs.

[707] Cf. nota VII 196. Esta información es la que permite datar la primera reunión mantenida por los griegos en el istmo en otoño de 481 a. C. (la segunda tuvo lugar en primavera del año siguiente), ya que los espías de que se habla a continuación llegaron a Sardes cuando el monarca todavía se hallaba en la capital lidia.

Corcira, para recabar ayuda para Grecia, y otros a Creta [708], con el propósito de que, si era posible, el mundo griego formase un frente común, y de que todos los helenos se coaligasen con el mismo objetivo, aduciendo que terribles peligros amenazaban por igual a todos los griegos. (Por cierto que, según decían, el poderío de Gelón era enorme, muy superior al de cualquier otro pueblo griego.)

Envío de espías a Sardes

146 Tras aprobar estas medidas, dieron por concluidas sus diferencias y lo primero que hicieron fue enviar tres espías a Asia. Al llegar a Sardes, ellos obtuvieron informes sobre el ejército del rey; pero, como se dejaron sorprender, fueron sometidos a interrogatorio [709] por los generales de las fuerzas terrestres y se los llevaron para ejecutarlos, pues los 2 habían condenado a la pena de muerte. Sin embargo, al enterarse de ello, Jerjes criticó la decisión de los generales y envió a algunos de sus guardias con la orden de que, si encontraban a los espías con vida, los condujeran a su presencia. Como quiera que los encontraron 3 todavía ilesos, los condujeron ante el monarca, quien, informado poco después del motivo de su viaje, ordenó a sus guardias que girasen con ellos una visita, para que les mostrasen la totalidad de sus fuerzas terrestres, incluida la caballería [710], y que, cuando se sintiesen sa-

[708] Sobre la embajada a Argos, cf. VII 148 y sigs.; para el viaje a Sicilia, cf. VII 153 y sigs. (donde se habla largamente de Gelón, el tirano de Siracusa); para las negociaciones con Corcira, cf. VII 168; sobre la misión a Creta, vid. VII 169 y sigs.

[709] Es posible que fuesen torturados (aunque el término empleado en griego no permite afirmarlo categóricamente); cf. Tucíd., VII 86, 4 y VIII 92, 2.

[710] Salvo en casos aislados (por ejemplo, en Tesalia, donde la caballería era la fuerza de choque más importante), los griegos no emplearon grandes contingentes de caballería en las batallas (los persas habían heredado su empleo de los asirios) hasta el siglo iv a. C. (a

tisfechos de inspeccionar dichos efectivos, los dejasen marchar sanos y salvos al país que quisieran[711].

147 Y, al dar esas órdenes, añadió el siguiente comentario: si los espías eran ejecutados, los griegos no podrían saber de antemano que sus fuerzas superaban todo cálculo, y, por otra parte, a los enemigos no les causarían un gran perjuicio por acabar con tres hombres; en cambio —agregó—, si aquellos sujetos regresaban a Grecia, opinaba que los griegos, al enterarse por sus informes de cuál era su poderío, le harían entrega de su libertad propia antes de que la expedición se llevase a cabo, de manera que se verían exentos del problema de tener que marchar contra ellos.

2 Y por cierto que esta decisión de Jerjes guardaba similitud con otra que tomó, y que fue la siguiente: se encontraba el monarca en Abido[712], cuando vio un grupo de naves cargadas de trigo que, procedentes del Ponto[713], estaban atravesando el Helesponto con rumbo a Egina[714] y el Peloponeso. Como es natural, sus aseso-

---

Epaminondas, en la batalla de Leuctra, librada en 377 a. C., se le atribuye la creación del primer cuerpo de caballería, integrado por 500 jinetes. Filipo y Alejandro de Macedonia se percataron de su importancia y, así, en la batalla de Arbelas, llegaron a emplearse, por parte macedonia, siete mil jinetes, desplegados en las alas de las falanges para dar seguridad a sus flancos e intervenir en el combate cuando el enemigo estaba ya desorganizado). Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war*, Los Ángeles, 1957, págs. 47 y sigs.

[711] Cf. Polibio, XV 5, y Livio, XXX 29, para un caso similar en la conducta de Escipión con los espías de Aníbal antes de la batalla de Zama.

[712] Cf. nota VII 200.

[713] Cf. nota VII 219. Ucrania era el granero de Grecia (cf. Demóstenes, *Contra Leptines* 31 y sigs.). Los numerosos silos para trigo que se han encontrado en la región confirman la importancia del comercio de cereales desde el siglo vi a. C. (cf. V. D. Blavatskij, *Archéologie antique du littoral nord de la mer Noire* [en ruso, con resumen en francés], Moscú, 1961, págs. 210 y sigs.).

[714] El poderío de Egina, la rival de Atenas —y, como esta última, deficitaria en trigo— en el golfo Sarónico durante el primer cuarto

res, al tener conocimiento de que se trataba de naves enemigas, estaban decididos a ordenar que las capturasen y tenían sus ojos puestos en el monarca a la espera de sus órdenes. Jerjes, sin embargo, les preguntó que 3 cuál era su rumbo. «Señor —le respondieron ellos—, se dirigen con trigo al territorio de tus enemigos.» Entonces el monarca les respondió en los siguientes términos: «¿Y es que nuestros barcos no navegan con el mismo rumbo que esos de ahí, provistos, entre otras cosas, de trigo? Por lo tanto, ¿qué perjuicio nos ocasionan esas gentes, si están transportando víveres para nosotros?» [715].

Negociaciones con Argos

Así fue, en definitiva, como los espías, 148 tras su misión de observación y una vez recibida autorización para marcharse, regresaron a Europa.

Después del envío de los espías, los griegos confederados contra el Persa despacharon, acto seguido, emisarios a Argos. Y por cierto que, al decir 2 de los argivos, lo que ocurrió en su patria fue lo siguiente. Prácticamente desde el principio, tuvieron conocimiento de los planes del bárbaro contra Grecia, por lo que, al tener conocimiento de ello y comprender que

---

del siglo v a. C., del que Heródoto da diversas pruebas, se debía a su expansión marinera (cf. IV 152, 3, donde se habla de la proverbial riqueza de un egineta), orientada hacia las costas del mar Negro, Siria y Egipto (cf. II 178, 3, donde el historiador cuenta que los eginetas poseían un templo propio en Náucratis). Como resultado de esa actividad, Egina fue el primer Estado griego que acuñó moneda propia (*ca.* 620 a. C., lo que demuestra que su prosperidad no era reciente), creando un sistema de pesos y medidas que ejerció gran importancia en el mundo griego, pues Atenas lo adoptó para sus actividades comerciales. En general, cf. H. Winterscheidt, *Aigina. Eine Untersuchung über seine Gesellschaft und Wirtschaft*, Colonia, 1938.

[715] Sobre la influencia de estos dos últimos capítulos en Quinto Curcio, III 8, 13-15, cf. W. Heckel, «One more Herodotean reminiscence in Curtius Rufus», *Hermes* 107 (1979), 122-123.

los griegos intentarían obtener su apoyo para enfrentarse al Persa, despacharon consultores a Delfos para que le preguntaran al dios qué proceder era el que redundaría en su beneficio (pues, poco tiempo antes [716], seis mil compatriotas suyos habían muerto debido a la intervención de los lacedemonios, concretamente de Cleómenes [717], hijo de Anaxándridas; siendo esa la razón de 3 que enviaran a los consultores). Y, ante su pregunta, la Pitia les respondió como sigue:

Pueblo odiado por tus vecinos [718], *pero caro a los dioses [inmortales;*
permanece en guardia en tu interior [719], *aferrado al ve- [nablo,*

[716] En la batalla de Sepea (cf. VI 77-78), que tuvo lugar hacia el año 495 a. C. No obstante, la campaña de Cleómenes contra los argivos presenta problemas de datación; cf., recientemente, M. T. MITSOS, «Die Datierung der Schlacht bei Sepeia», *Platon* 29 (1977), 265 y sigs., quien, basándose en el testimonio de PAUSANIAS, III 4, 1, fecha la campaña en el período inmediatamente posterior a la ascensión al trono de Cleómenes (esto es, entre 520-510 a. C.).

[717] Rey espartano de la familia de los Agíadas (cf. TH. LENSCHAU, «Agiaden und Eurypontiden», *Rheinisches Museum* 88 [1939], 123 y sigs.). Pausanias habla (III 4, 1) de cinco mil bajas argivas. En la tradición argiva posterior se mencionaban 7.777 muertos (cf. PLUTARCO, *Moralia* 245), una cifra relacionada, probablemente, con las *Hybristiká* (o «fiestas ultrajantes»), un festival femenino que se celebraba en Argos y en el que las mujeres portaban armas y los hombres se ataviaban con vestidos femeninos (cf. POLIENO, VIII 33).

[718] Alusión a los lacedemonios y, probablemente, a otros Estados integrantes de la Liga Peloponesia, como los corintios. La rivalidad entre Argos y Esparta databa de antiguo, ya que ambas se disputaban la posesión de las zonas cerealistas de Tirea y la Cinuria, en la costa occidental del golfo Argólico. Cf. T. KELLY, «The traditional enmity between Sparta and Argos», *American Historical Review* 75 (1970), 971 y sigs.

[719] Es decir, dentro de los muros, sin abandonar la ciudad. Delfos, pues, aconsejó la neutralidad a los argivos (el oráculo pudo ser emitido hacia el año 482 a. C.; cf. VII 220, 3).

y mantén protegida la cabeza; que al cuerpo lo salvará
[la cabeza[720].

Esto fue lo que tiempo atrás les había vaticinado la Pitia. Posteriormente, cuando los embajadores acabaron llegando a Argos, comparecieron en la sede del Consejo[721] y transmitieron las órdenes que habían recibido. Entonces los miembros del Consejo, ante su solicitud, 4 les respondieron que los argivos estaban dispuestos a hacer lo que les pedían a condición de concertar, con los lacedemonios, un tratado de paz, de treinta años de duración, y de estar al frente de la mitad de todas las fuerzas de la coalición. En estricta justicia[722] —agre-

---

[720] Alusión probable a la clase dominante (cf. H. STEIN, *Herodotos. Buch VII...*, pág. 146: «*kephalḗ* [= la cabeza] geht auf die regierende Gemeinde, die Vollbürger, *sôma* [= el cuerpo] aber auf die übrige Masse der Bevölkerung»). Pese a que, en VI 83, 1, Heródoto indica que, tras la batalla de Sepea, los esclavos se adueñaron del gobierno de Argos por la cantidad tan elevada de ciudadanos que habían perecido, tanto ARISTÓTELES (*Política* V 3, 7, 1303a), como PLUTARCO (*Moralia* 243), afirman que quienes recibieron derechos de ciudadanía, para que la población de la ciudad pudiera seguir controlando la zona, fueron los campesinos de la llanura, que hasta entonces habían carecido de plenos derechos políticos; es decir, unos subordinados similares a los *periecos* espartanos. Cf. D. LOTZE, «Zur Verfassung von Argos nach der Schlacht bei Sepeia», *Chiron* 1 (1971), 95 y sigs.

[721] El Consejo, o *bulḗ*, era el organismo que, en las ciudades griegas, aconsejaba a la asamblea popular y le proponía los proyectos de ley. En el período más antiguo, junto al rey había un consejo de ancianos que lo asistía en sus decisiones. Cuando el gobierno estuvo en manos de los nobles, el consejo estaba constituido por los cabecillas de los clanes, y en las oligarquías actuaba un organismo restringido de carácter aristocrático (el Areópago ateniense, formado por antiguos arcontes; la *bulḗ* cretense, formada por los que habían sido *kósmoi*, o magistrados supremos, etc.).

[722] Porque Argos se consideraba heredera de la hegemonía que Agamenón, rey de Micenas, había ejercido en tiempos de la guerra de Troya. Sin duda los argivos deseaban mantenerse neutrales, y con esa intención despacharon los consultores a Delfos (sobre los oráculos como instrumento de propaganda política, cf. N. C. DE CASTRO SMOLKA,

garon—, no había duda de que les correspondía a ellos el mando supremo, pero, no obstante, se contentaban con estar al frente de la mitad.

149 Esto fue, según los argivos, lo que respondió el Consejo, a pesar de que el oráculo les había prohibido aliarse con los griegos, ya que, pese a su temor al oráculo, ansiaban concertar una tregua de treinta años, al objeto de que, en ese plazo de tiempo, sus hijos se hiciesen hombres [723]; pues, si la tregua no se llevaba a cabo, estaban preocupados ante la posibilidad de verse para siempre bajo la hegemonía de los lacedemonios, si es que sufrían, a manos de los persas, un nuevo desastre, que se sumaría al revés que habían padecido.

2 Ante las condiciones planteadas por el Consejo, los espartiatas que figuraban entre los emisarios les contestaron diciendo que, en lo que a la tregua se refería, trasladarían la propuesta a sus conciudadanos [724], pero que, sobre el tema del mando, podían responder ateniéndose a las instrucciones que habían recibido. Y, en ese sentido, tenían que manifestar que ellos poseían dos monarcas [725], mientras que los argivos sólo tenían

---

«O papel do oráculo na vida grega», *Lingua e Literatura* 1 [1972], 173 y sigs.). Naturalmente, y en previsión de que se les acusara de «medismo», los argivos plantearon una demanda que los espartanos no iban a satisfacer. Si Heródoto no critica la actitud de Argos, se debe, probablemente, al carácter de sus fuentes de información y a la influencia de la opinión pública ateniense al respecto, que, en sus días, era partidaria de los argivos por oposición a los lacedemonios. Cf. A. French, «Topical influences on Herodotos' narrative», *Mnemosyne* 25 (1972), 9 y sigs.

[723] Cf., *supra*, VI 83, 1. Se refiere a los hijos de los supervivientes y de los caídos en la batalla de Sepea. Cf. M. Zambelli, «Per la storia di Argo nella prima metà del V secolo a. C.», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 99 (1971), 148 y sigs.

[724] Es decir, a la *Apélla* (cf nota VII 638), a quien correspondía la decisión.

[725] Sobre el origen de la doble monarquía en Esparta, cf. VI 51 y sigs., y nota VI 245.

uno [726]; por consiguiente, no era posible privar del mando a ninguno de los dos reyes de Esparta; sin embargo, nada impedía que el monarca argivo tuviese la misma capacidad de decisión que sus dos reyes [727].

3 Los argivos, pues, aducen que, en esa tesitura, se negaron a aceptar la arrogancia de los espartiatas y prefirieron verse regidos por los bárbaros a ceder lo más mínimo ante los lacedemonios, por lo que conminaron a los embajadores a que abandonasen el territorio argivo antes de la puesta del sol, ya que, en caso contrario, serían tratados como enemigos.

150 Esto es, y no más, lo que manifiestan los propios argivos sobre el particular. Sin embargo, circula por Grecia otra versión —que tiene su difusión—, según la cual Jerjes, antes de emprender su campaña contra la Hélade, despachó a Argos un heraldo que, según cuentan, 2 dijo a su llegada [728]: «Argivos, el rey Jerjes os transmite el siguiente mensaje: 'nosotros creemos que nuestro antepasado es Persa, hijo de Perseo (el hijo de Dánae)

[726] Según la tradición (cf. PAUSANIAS, II 19, 2), los reyes argivos, que descendían de Heracles (cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, págs. 256 y sigs.), perdieron su poder dos generaciones después de que Témeno, tataranieto de Heracles, se hiciera con la monarquía. Presumiblemente, en esta época el monarca sólo conservaba, de sus primitivas atribuciones, la función de sumo sacerdote y de presidente honorario de la *bulé*.

[727] Como el historiador (cf. V 75, 2) afirma que, desde el reinado de Cleómenes, uno de los dos reyes espartanos tenía que quedarse en su patria cuando un contingente lacedemonio salía a campaña, la respuesta de los emisarios espartiatas era una mera evasiva. Cf. B. SERGENT, «La représentation spartiate de la royauté», *Revue Histoire Religions* 189 (1976), 3 y sigs.

[728] Al margen de distorsiones antiargivas surgidas en círculos espartanos, es posible que, cuando Jerjes envió sus heraldos para exigir a los griegos su sumisión (cf. VII 32), los argivos se mostraran dispuestos a colaborar con los persas una vez que éstos hubiesen obtenido la victoria. Cf. T. KELLY, *A history of Argos*, Minneapolis, 1976, páginas 106 y sigs.

y de Andrómeda (la hija de Cefeo [729]). Según eso, seríamos descendientes vuestros. Por lo tanto, no es lógico que nosotros nos dirijamos en son de guerra contra nuestros antepasados, ni que vosotros, por ayudar a otros, os convirtáis en enemigos nuestros; lo razonable es que os mantengáis neutrales sin abandonar vuestro país, pues, si todo se desarrolla como espero, os estimaré más que a nadie'.»

3 Según dicen, los argivos, al oír este mensaje, lo tuvieron muy en cuenta, por lo que, de momento, ni ofrecieron ni exigieron nada [730]; y, cuando los griegos trataron de conseguir su apoyo, en esa tesitura, como sabían que los lacedemonios se negarían a compartir el mando, fue eso lo que exigieron, a fin de contar con un pretexto para permanecer neutrales.

151 Y por cierto que, al decir de algunos griegos, con estas negociaciones está, asimismo, relacionado un episodio que acaeció muchos años después de las mismas; fue el siguiente: resulta que se hallaban en Susa, la ciudad de Memnón [731] (aunque por un motivo diferente), unos emisarios atenienses —concretamente, Calias [732], el hijo de Hiponico, y sus acompañantes—, cuando, por aquellas mismas fechas, los argivos también habían enviado por su cuenta emisarios a Susa para preguntarle a Artojerjes [733], el hijo de Jerjes, si aún tenía vigencia con Argos el tratado de amistad que habían concertado con Jerjes, o si el monarca los consideraba enemigos suyos. Entonces, el rey Artojerjes les manifestó que seguía en plena vigencia y que Argos era, más que ninguna, la ciudad a la que consideraba su mejor aliada.

729 Cf. notas VI 259, 262 y 263.

730 A los griegos confederados contra Jerjes.

731 Para la relación —en *interpretatio graeca*— entre Susa y Memnón, cf. nota V 246.

732 Cf. Apéndice IX.

733 Cf. nota VII 520.

Sea como fuere, no puedo afirmar categóricamente 152 si Jerjes despachó un heraldo a Argos con el mensaje que he citado, ni si subieron hasta Susa embajadores argivos para sondear a Artojerjes sobre un tratado de amistad, pero, desde luego, no opino al respecto de manera diferente a como lo hacen los propios argivos. Lo único que sé [734] es que, si todos los seres humanos 2 reuniesen en un lugar determinado sus propias desgracias [735], con objeto de intercambiarlas con sus vecinos, todos y cada uno de ellos, al reparar en las desgracias del prójimo, volverían a llevarse gustosamente las que hubiesen presentado. Por consiguiente, tampoco el com- 3 portamiento de los argivos fue el más denigrante [736]. Y, si yo me veo en el deber de referir lo que se cuenta, no me siento obligado a creérmelo todo a rajatabla (y que esta afirmación se aplique a la totalidad de mi obra [737]), pues hasta llega a afirmarse que, en realidad, fueron los argivos quienes, para que les prestase ayuda, apelaron al Persa, a fin de que atacara Grecia, ya que su enfrentamiento con los lacedemonios había tenido un desastroso desenlace [738] y, con tal de superar la di-

---

[734] Para un juicio similar, cf. III 38, 1.

[735] O, como indica H. Stein *(Herodotos. Buch VII...*, pág. 150), «sus propios errores», a lo que Ph. E. Legrand *(Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 155, y nota 2) añade: «par suite d'une illusion du même genre que celle que vient de signaler Hérodote, parallèle mais en sens inverse: de même que les hommes exagèrent couramment leurs malheurs personnels par comparaison avec les malheurs d'autrui, de même ils exagèrent les fautes d'autrui par comparaison avec les leurs. S'ils pouvaient voir une exposition impartiale de leurs fautes et des fautes du voisin, ils seraient convertis à plus d'humilité et d'indulgence».

[736] Es posible que, por influencia de los círculos atenienses de su época, Heródoto estuviese pensando, como referente, en los beocios. Cf. VII 233, y U. Cozzoli, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia», *Rivista di Filosofia* 36 (1958), 264 y sigs.

[737] Para un criticismo semejante, cf., *supra*, II 123, 1, y IV 195, 2.

[738] Cf. R. F. Willets, «The servile interregnum at Argos», *Hermes* 87 (1959), 495 y sigs.

fícil situación en que se hallaban, preferían arrostrar cualquier contingencia.

153 *Petición de ayuda a Gelón de Siracusa. Orígenes del poderío de Gelón*

Esto es lo que tenía que decir sobre los argivos.

Entretanto, habían llegado a Sicilia, para entrevistarse con Gelón [739], otros emisarios enviados por los aliados, entre quienes figuraba Siagro, un representante lacedemonio [740].

Por cierto que uno de los colonizadores de Gela [741], un antepasado del tal Gelón [742], era originario de la is-

---

[739] Gelón (que vivió, aproximadamente, entre 540 y 478 a. C.) era, por entonces, tirano de Siracusa, después de haberlo sido de Gela (la historia de su origen y de su ascensión al poder la relata Heródoto en los capítulos siguientes; cf., además, R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruselas-Roma, 1960, páginas 293-351, y 383-403). Precisamente, lo que caracteriza la historia del occidente griego (Sicilia y la Magna Grecia), a finales del siglo vi a. C., es la proliferación de las tiranías, y el fenómeno es tanto más sorprendente cuanto que, en esa época, la tiranía como sistema de gobierno estaba desapareciendo en la península helénica. Las razones por las que las sólidas aristocracias sicilianas dan paso a unas tiranías de un poderío no alcanzado hasta entonces son oscuras: se ha aducido la llegada de nuevos contingentes de colonos, como consecuencia de la conquista persa de Asia Menor (el desarrollo económico de Sicilia está atestiguado por las acuñaciones monetarias, muy abundantes), o el agravamiento del problema fenicio en la isla (cf. Ph. Gauthier, «Grecs et Phéniciens en Sicile pendant la période archaique», *Revue Historique* 224 [1960], 257 y sigs.). Pero el fenómeno de las tiranías en Occidente no parece ser específicamente griego (ciertas ciudades etruscas fueron también afectadas por dicho fenómeno, y la tradición hace que, por esas fechas, Tarquinio el Soberbio sea tirano de Roma).

[740] Probablemente, el jefe de la embajada. Cf. A. Griffiths, «What Syagrus said», *Liverpool Classical Monthly* 1 (1976), 23 y sigs.

[741] En la costa meridional de Sicilia, a unos 90 km. al O. de Siracusa. La ciudad fue fundada, hacia el año 690 a. C., por colonos procedentes de Rodas y Creta (cf. Tucíd., VI 4, y L. Pareti, «Per la storia e la topografia di Gela», *Rheinisches Museum* 25 [1910], 1 y sigs.

[742] Ese antepasado de Gelón se llamaba, probablemente, Dinómenes (cf. *escolio* a Píndaro, *Pít.* II 27). La familia de Gelón era conocida

la de Telos, que está situada en las inmediaciones del Triopio [743]; pues, cuando Gela fue fundada por lindios procedentes, con Antifemo, de Rodas [744], no dejó de acompañarlos. Y, con el tiempo, sus descendientes llegaron a ser *hierofantes* de las Diosas Subterráneas [745], cargo que siguieron desempeñando [746] y que obtuvo Telines, un antepasado suyo, de la siguiente manera: unos ciudadanos de Gela, que fueron derrotados en el curso de una guerra civil, huyeron a Mactorio [747], una ciudad

2

---

con el nombre de «Dinoménidas» (= «los descendientes de Dinómenes»); el padre de Gelón se llamaba, precisamente, Dinómenes (cf., *supra,* VII 145, 2), y también un hijo de su hermano Hierón (cf. PÍNDARO, *Pít.* I 58). En general, vid. J. P. KESTERMAN, «Les ancêtres de Gélon», *L'Antiquité Classique* 39 [1970], 395 y sigs.).

743 Telos es una pequeña isla, de las Espóradas meridionales, situada a unos 35 km. al O. de Rodas. El Triopio era el cabo en el que terminaba el Quersoneso Cnidio (cf., *supra,* I 174, 3), y se encuentra a unos 25 km. al N. de Telos.

744 Lindos era una localidad emplazada en la costa oriental de Rodas (sobre la actividad colonizadora de la isla, vid. F. CORDANO, «῾Ρόδος prima del sinecismo e ῾Ρόδιοι fondatori di colonie», *Parola del Passato* 29 [1974], 179 y sigs.). El nombre de Antifemo se ha conservado en una copa hallada en Gela, y a él dedicada, ya que, como fundador de la ciudad, recibía culto (cf. J. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité,* París, 1957, páginas 224 y sigs.).

745 Se trata de Deméter y Perséfone, así llamadas por ser Deméter una manifestación de la diosa-tierra, en cuyas profundidades misteriosas se gesta la vida de los vegetales, y porque su hija Perséfone fue raptada por Hades, el dios de los infiernos, que la convirtió en su esposa. Sobre los mitos relativos a ambas diosas, cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...,* págs. 69-72. Los *hierofantes* (nombre que significa «reveladores de cosas sagradas») eran los sumos sacerdotes de las diosas y dirigían las ceremonias de iniciación a sus misterios.

746 Probablemente, lo que era un culto meramente familiar acabó por alcanzar el rango de «misterio» reconocido por el Estado. Tanto Gelón como su hermano Hierón fueron *hierofantes* (cf. *escolio* a PÍNDARO, *Ol.* VI 95). Con el botín de su victoria sobre los cartagineses, Gelón mandó construir en Siracusa dos templos en un *témenos* consagrado a las diosas; cf. DIODORO, XI 26, XIV 63.

747 La actual Butera, a unos 10 km. al NO. de Gela. Se desconoce

3 emplazada al norte de Gela. Pues bien, Telines los repatrió a Gela sin contar con el menor contingente de soldados, únicamente se valió de los objetos propios del culto de las citadas divinidades. No puedo precisar en qué lugar los cogió, o si se los agenció por su cuenta, pero lo cierto es que depositó su confianza en el poder de dichos objetos y repatrió a los desterrados con la condición de que sus descendientes desempeñarían el 4 cargo de *hierofantes* de las Diosas. En cualquier caso, lo que, ante las informaciones que he conseguido recabar, constituye para mí un motivo más [748] de perplejidad es que Telines pudiera llevar a cabo semejante hazaña, pues soy de la opinión de que empresas de ese tipo no están al alcance de cualquiera, sino de personas dotadas de un talante valeroso y una personalidad decidida; y, al decir de los habitantes de Sicilia, Telines se caracterizaba por todo lo contrario, pues fue un individuo afeminado y bastante tímido.

154 Así fue, en definitiva, como Telines se hizo con ese privilegio.

A la muerte de Cleandro (hijo de Pántares [749]), que ejerció la tiranía de Gela por espacio de siete años [750] (encontró la muerte a manos de Sabilo, un natural de

---

la fecha del incidente a que alude el historiador; cf. J. Bérard, *La colonisation grecque...*, pág. 234.

748 Para Heródoto, el primer motivo de asombro lo constituía el éxito de la intervención de Telines utilizando únicamente los objetos del culto (cf., *supra,* I 60).

749 Cleandro debió de despojar del poder a los oligarcas, repatriados por la intervención de Telines, con ayuda del pueblo (cf. Aristóteles, *Política* V 12). No obstante, carecemos de información pormenorizada. Una inscripción encontrada en Olimpia (cf. H. Roehl, *Inscriptiones Graecae antiquissimae praeter Atticas in Attica repertas,* Berlín, 1882, 512a) presenta una dedicatoria a un tal Pántares de Gela, vencendor en la carrera de carros.

750 Aproximadamente, de 505 a 498 a. C. Se ignora quién fue el asesino de Cleandro, del que sólo conocemos el nombre que indica Heródoto.

Gela), fue cuando asumió el poder[751] Hipócrates, que era hermano de Cleandro. Durante la tiranía de Hipócrates, Gelón, que era descendiente del *hierofante* Telines, formaba parte (junto con otros muchos, entre quienes se contaba Enesidamo[752], hijo de Pateco) de la guardia de Hipócrates. Sin embargo, al cabo de no mucho tiempo, fue designado por su valía para el cargo de general en jefe de toda la caballería[753], pues, cuando Hipócrates puso sitio a Calípolis, Naxos, Zancle y Leontino, además de Siracusa y de numerosas ciudades bárbaras[754], en dichas operaciones militares Gelón demostró que era un guerrero excepcional. 2

---

[751] Literalmente, «asumió la monarquía». Como ha demostrado K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, páginas 6-7, el historiador utiliza, indistintamente, los términos griegos *týrannos, basileús* y *moúnarchos* para referirse a los tiranos.

[752] Probablemente el padre de Terón, que llegaría a ser tirano de Acragante y aliado de Gelón (cf., *infra*, VII 165). Como Heródoto no da sobre él ninguna precisión más, es posible que el texto presente una laguna; cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, página 157 b, *ad locum*.

[753] Junto a los mercenarios sículos, la fuerza de choque más importante en la mayoría de las ciudades griegas de Sicilia.

[754] Se ignoran las razones concretas de la política expansionista a que se lanzó Hipócrates en la zona oriental de Sicilia (las ciudades bárbaras a que alude Heródoto pertenecían a los sículos, un pueblo que había emigrado a Sicilia desde la península itálica; cf. G. Devoto, *Gli antichi Italici*, Florencia, 1951, págs. 32, 49, 53 y 68), aunque quizá su objetivo era hacerse, finalmente, con el control del estrecho de Mesina. Naxos (que pasaba por ser la colonia griega más antigua de Sicilia —debió de fundarse hacia 735 a. C.; sobre las fechas de fundación de las colonias sicilianas, vid., en general, M. Miller, *Studies in chronography, I: The Sicilian colony dates*, Nueva York, 1970—, fue un establecimiento de Calcis (cf. Tucíd., VI 3), y su nombre se debía, tal vez, a una inmigración procedente de la isla de Naxos, una de las Cícladas) se encontraba en la costa nororiental de Sicilia, a unos 20 km. al NE. de la cima del Etna. Calípolis era una colonia de Naxos cuyo emplazamiento se ignora (en época de Estrabón, VI 2, 6, ya había desaparecido). Zancle fue fundada en el siglo viii a. C. (*ca.* el año 730) por colonos de Calcis y de Cumas (cf. Tucíd., VI 4) en la extremidad nororien-

Por cierto que, de todas las ciudades que he citado, ninguna, a excepción de Siracusa, pudo evitar el yugo 3 de Hipócrates. Fueron los corintios y los corcireos quienes salvaron a los siracusanos [755], que habían resultado derrotados en una batalla librada a orillas del río Eloro [756] (los salvaron logrando que ambas partes llegaran a un armisticio según el cual los siracusanos entregarían Camarina [757] a Hipócrates, pues, antaño, Camarina pertenecía a los siracusanos).

155 Cuando al propio Hipócrates, que había ejercido la tiranía el mismo número de años que su hermano Cleandro, le sorprendió la muerte [758] en las inmediaciones de la ciudad de Hible [759], durante una expedición contra

---

tal de Sicilia; cf. G. Vallet, *Rhégion et Zancle*, París, 1958, págs. 59 y sigs.; su nombre se debía a la forma de su puerto, en forma de hoz (según Tucíd., *loc. cit.*, los sículos denominaban *zanclon* a dicho instrumento). Leontino era una colonia de Naxos, fundanda en 729 (cf. Tucíd., *loc. cit.)*, a unos 70 km. al S. de esta última ciudad. Siracusa había sido fundada, hacia 734 a. C., por colonos corintios, y se encontraba a unos 40 km. al SE. de Leontino.

755 La mediación de corintios y corcireos no se debió, probablemente, al temor de Corinto y Corcira a que Hipócrates desarrollase una potencia naval que podría haber amenazado sus intereses comerciales. La mediación es típica de las relaciones de parentesco que unían a una metrópolis con sus colonias, o a colonias hermanas entre sí (Corcira y Siracusa, ambas colonias corintias, habían sido fundadas, según la tradición, el mismo año). Cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 229, nota 1.

756 Un río que desemboca en la costa sudoriental de Sicilia, a unos 35 km. al S. de Siracusa.

757 Camarina era una colonia de Siracusa (fue fundada hacia el año 600 a. C.; cf. Tucíd., VI 5) emplazada en la costa sur de la isla, a unos 30 km. al E. de Gela.

758 En el año 491, tras siete años en el poder. Hipócrates configuró los rasgos fundamentales que caracterizarían a las tiranías sicilianas: poderes militaristas con tiranos-delegados en las ciudades conquistadas (cf., *supra*, VI 23, para el caso de Escita en Zancle). Vid. P. Griffo, L. von Matt, *Gela. The ancient Greeks in Sicily*, Nueva York, 1968.

759 En Sicilia había tres ciudades con este nombre. Posiblemente

los sículos, en esa tesitura Gelón fingió ayudar a los hijos de Hipócrates, Euclides y Cleandro (dado que los ciudadanos de Gela se negaban a seguir siendo unos meros vasallos), pero lo cierto es que, tras haberse impuesto en el curso de una batalla a los de Gela [760], se hizo cargo del poder personalmente, despojando del mismo a los hijos de Hipócrates.

2 Después de este afortunado incidente, como quiera que los siracusanos que recibían el nombre de *gamoros* se vieron expulsados de la ciudad por el pueblo y por sus propios esclavos, que recibían el nombre de *cilirios* [761], Gelón los repatrió, desde la ciudad de Cásmena [762], a Siracusa, apoderándose también de esta ciudad [763]; pues, cuando Gelón se disponía a atacar, el

---

la aquí aludida se trata de Hible Herea (la actual Ragusa), situada a unos 45 km. al E. de Gela, en la ruta que, por el interior, unía esta última ciudad con Siracusa (cf. *Itin. Anton.* 89).

[760] Es posible que los hijos de Hipócrates fueran unos niños todavía y que en Gela se produjese un intento por instaurar una democracia.

[761] Los *gamoros* («quienes han recibido una parte de la tierra»; Heródoto está transcribiendo un término dórico, posiblemente a partir de fuentes sicilianas) eran descendientes de los fundadores de Siracusa y, como aristócratas terratenientes, detentaban el poder. Los *cilirios* eran los exponentes de un subproletariado campesino de extracción indígena, carecían de derechos de ciudadanía y estaban sometidos al trabajo del campo por derecho de conquista. La revolución democrática en Siracusa debió de producirse a consecuencia de la derrota siracusana en el río Eloro citada en el capítulo anterior. Cf., en general, A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Londres, 1956, págs. 129 y sigs.; H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, I, páginas 137 y sigs., II pág. 597; C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969, pág. 81; M. I. Finley, *A History of Sicily*, Londres, 1968, págs. 65 y sigs.

[762] En la extremidad sudoriental de Sicilia, a unos 75 km. al E. de Gela. La ciudad fue fundada por Siracusa en 645 a. C. aproximadamente (cf. Tucíd., VI 5).

[763] En el año 485; cf. Aristóteles, *Política*, V 12, 1315b, y G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 779, nota 3.

pueblo de Siracusa le entregó la ciudad, rindiéndose incondicionalmente.

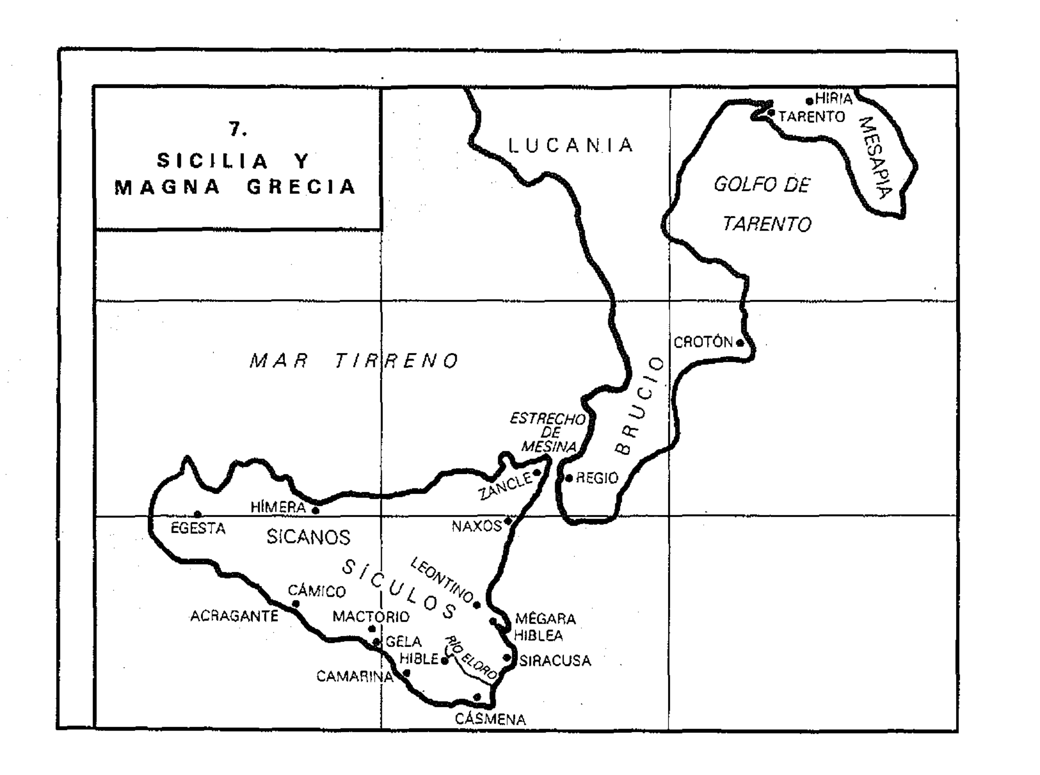
156 Tras adueñarse de Siracusa, Gelón prestaba menos atención a la política de Gela, de manera que confió su gobierno a su hermano Hierón [764] y él se dedicó a consolidar la posición de Siracusa, ya que para él Sira-2 cusa lo era todo [765]. La ciudad, entonces, se desarrolló y prosperó rápidamente, pues, ante todo, trasladó a todos los habitantes de Camarina a Siracusa, concediéndoles la ciudadanía, y mandó arrasar la ciudad de Camarina; y posteriormente hizo, con más de la mitad de los ciudadanos de Gela, lo mismo que con los de Camarina. Por lo que se refiere a los megareos de Sicilia [766] (que, sometidos a un asedio, se avinieron a capitular), trasladó a Siracusa, concediéndoles la ciudadanía, a los personajes hacendados, que habían sido los promotores de la guerra con él mantenida y que, por dicho motivo, suponían que iban a perder la vida; en cambio, a los megareos integrantes del pueblo, que no eran responsables de aquella guerra y que creían que no iban a sufrir daño alguno, los trasladó, asimismo, a Siracusa y los vendió a condición de que se los llevasen de Sicilia [767].

[764] Luego Hierón (I) sucedió a Gelón en la tiranía de Siracusa, cargo que ejerció desde 478 a 467 a. C. Cf. R. VAN COMPERNOLLE, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruselas-Roma, 1960, páginas 319 y sigs.; 383 y sigs.

[765] La grandeza de Siracusa, auspiciada por la política de Gelón, fue, en última instancia, lo que salvó a Sicilia de caer en su totalidad bajo el dominio cartaginés. Cf. S. MOSCATI, «Fenici e Cartaginesi in Sicilia», *Kokalos* 18-19 (1972-1973), 23 y sigs.

[766] Es decir, a los habitantes de Mégara Hiblea, a unos 20 km. al N. de Siracusa. Como en esta ciudad de Sicilia había un régimen aristocrático, éste es uno de los argumentos esgrimidos para considerar a la Mégara de la península helénica como patria del poeta Teognis.

[767] Pese a lo breve de la tiranía de Gelón en Siracusa (de 485 a 478 a. C.), el análisis numismático ha identificado la utilización de al menos doscientos cuños diferentes (vid., en general, C. M. KRAAY, *Greek coins and history: some current problems*, Londres, 1969), lo que revela


7.
SICILIA Y
MAGNA GRECIA
LUCANIA
MESAPIA
HIRIA
TARENTO
GOLFO DE
TARENTO
MAR TIRRENO
CROTÓN
BRUCIO
ESTRECHO
DE
MESINA
REGIO
ZANCLE
HÍMERA
EGESTA
SICANOS
NAXOS
SÍCULOS
LEONTINO
CÁMICO
ACRAGANTE
MACTORIO
MÉGARA
HIBLEA
GELA
HIBLE
RÍO ELORO
SIRACUSA
CAMARINA
CÁSMENA

3 Y esa misma distinción hizo con los eubeos de Sicilia [768]. En ambos casos actuó así por considerar que el pueblo constituía un grupo social muy desagradable [769].

Así fue como Gelón se había convertido en un poderoso tirano.

157 *Entrevista entre los emisarios griegos y Gelón*

Por aquellas fechas, pues, cuando los emisarios de los griegos llegaron a Siracusa, en una entrevista que mantuvieron con Gelón, le dijeron lo siguiente: «Los lacedemonios, [los atenienses] [770] y sus aliados nos han enviado para conseguir tu apoyo contra el bárbaro, pues, sin ningún género de dudas, debes de estar enterado de que piensa invadir Grecia: que un persa, tras haber tendido puentes sobre el Helesponto, se dispone a efectuar, procedente de Asia, una expedición contra Grecia a la cabeza de todas las fuerzas del mundo oriental. El pretexto que aduce es que se dirige contra Atenas, pero tiene el propósito de 2 someter a su autoridad toda la Hélade. Como quiera que tú posees un considerable poder y, al imperar de hecho en Sicilia [771], te pertenece una parte, ni mucho

una acuñación de una intensidad sin igual en el mundo griego. Como en Sicilia no se extraía plata, es posible que su procedencia esté relacionada con el comercio de esclavos a que alude Heródoto.

[768] Eubea de Sicilia era una colonia de Leontino situada al S. de esta ciudad (cf. ESTRABÓN, X 1, 15). No obstante, se desconoce su emplazamiento exacto. La distinción que menciona el historiador se refiere a nobles y pueblo.

[769] Quizá, porque el proletariado de las ciudades sicilianas no fuera en su totalidad de origen griego. Con todo, los sucesos de Gela (cf. VII 155, 1) pudieron influir en la actitud de Gelón.

[770] El nombre de los atenienses es omitido en algunos manuscritos. Hay que pensar que fue omitido por un copista, u obviado durante la entrevista por los lacedemonios, al hablar exclusivamente en su propio nombre, o bien que fue suprimido del texto por animadversión hacia Atenas y luego, inversamente, restablecido en los otros manuscritos por iniciativa ateniense.

[771] Por la importancia de Siracusa y el expansionismo de Gelón en Sicilia oriental. No obstante, hasta después de la batalla de Hímera

menos insignificante, del mundo griego, acude en socorro de quienes anhelan la libertad de Grecia y coopera con ellos en esa empresa. Pues, si toda la Hélade hace causa común, podrá reunirse un importante contingente de tropas y estaremos en condiciones de presentar batalla a los invasores; en cambio, si en nuestro bando se producen defecciones, si hay quienes se niegan a prestarnos ayuda, y son escasos los elementos sanos del mundo griego, en esa tesitura existe el peligro de que sucumba toda Grecia. Pues no creas que, si el Persa nos 3 derrota en el campo de batalla y nos somete, no se presentará ante ti mismo; al contrario, toma precauciones antes de que ello ocurra: si acudes en nuestro socorro, estás protegiendo tus propios intereses. Además, el resultado de un plan perfectamente concebido suele ser, por lo general, un feliz desenlace.»

Esto fue lo que le dijeron los embajadores. Entonces 158 Gelón, con gran vehemencia, les dijo lo siguiente: «Griegos [772], os habéis atrevido a venir para solicitar, con un propósito egoísta, que me alíe con vosotros contra el bárbaro. Pero, cuando hace tiempo yo os pedí que me 2 ayudaseis a combatir a un ejército bárbaro —en el momento en que entre los cartagineses y yo existían abiertas hostilidades [773]—, cuando os urgí para que se ven-

no alcanzó su cenit el poderío de Gelón. Cf. T. J. Dunbabin, *The western Greeks*, Oxford, 1948, págs. 410 y sigs.

772 Pese a que el propio Gelón era griego, emplea este gentilicio porque se dirige a todos los emisarios, y no sólo al lacedemonio Siagro, Cf., asimismo, VII 172, 2.

773 No contamos con noticias sobre una guerra entre cartagineses (en griego *Karchēdónioi*, pues el nombre fenicio de Cartago era *Qart Hadašt*, que significa «ciudad nueva», ya que, según la tradición, fue fundada hacia el año 815 a. C. por un grupo de fenicios de la ciudad de Tiro; cf. Livio, XXXIII 49) y Gelón, con anterioridad al año 480. Es posible que Heródoto esté siguiendo en este punto una fuente escrita siciliana, contraria a los Dinoménidas, que intentara demostrar que la batalla de Hímera tuvo lugar antes de 480, para evidenciar

gara el asesinato, a manos de los egesteos, de Dorieo, hijo de Anaxándridas[774], y cuando os propuse que cooperaseis conmigo para liberar los establecimientos comerciales[775] que os proporcionan rendimientos y ganancias importantes, vosotros no acudisteis con socorros, ni en atención a mi persona, ni a fin de vengar el asesinato de Dorieo, de modo que, si de vosotros hubiera dependido, todas esas tierras seguirían estando bajo el
3 poder de pueblos bárbaros. Pero lo cierto es que nuestra situación se ha afianzado favorablemente, de manera óptima incluso. Y es ahora, una vez que la guerra se cierne sobre vosotros y ha llegado hasta vuestra tierra, cuando precisamente os habéis acordado de Gelón.
4 Pues bien, aunque en vosotros hallé desprecio, no pienso imitaros; al contrario, estoy dispuesto a socorreros proporcionándoos doscientos trirremes[776], veinte mil

---

que Gelón simplemente se negó a apoyar a los griegos en su lucha contra Jerjes, sin que tuviese poderosas razones para hacerlo (cf. V. Merante, «Per la storia di Ierone I di Siracusa», *Kokalos* 17 [1971], 146 y sigs.). No obstante, lo más probable es que la alianza entre Gelón y Terón de Acragante (cf. VII 165), para apoderarse de los emporios cartagineses de Sicilia occidental, se hubiese producido en 483, y que sus fuerzas combinadas atacaran la zona en ese año (con esta hipótesis habría que relacionar el testimonio de Diodoro, XI 1, que dice que los cartagineses, antes de la batalla de Hímera, estuvieron preparándose para atacar Sicilia por espacio de tres años).

[774] Cf., *supra*, V 45-46 (sobre la historia de Anaxándridas y Dorieo, vid. V 39 y sigs.). Las luchas de Dorieo (que intentó fundar una colonia en la costa noroccidental de Sicilia) contra los cartagineses se inserta en el contexto de los intentos griegos por quebrar la hegemonía fenicia en el Mediterráneo occidental; cf. V. Merante, «Sui rapporti greco-punici nel Mediterraneo occidentale nel VI sec. a. C.», *Kokalos* 16 (1970), 98 y sigs. La animadversión de Egesta (una ciudad habitada por los elimos, un pueblo siciliano, en el NO. de Sicilia) hacia los griegos fue permanente; cf. Tucíd., VI 2.

[775] Debe de tratarse de algunos puertos de Sicilia occidental en poder de los cartagineses y que habrían pasado a manos griegas tras la campaña combinada de Gelón y Terón en 483 a. C.

[776] Cf. nota VII 145.

hoplitas[777], dos mil jinetes, dos mil arqueros, dos mil honderos y un contingente de caballería ligera[778] de dos mil hombres; además, me comprometo a suministrar trigo a todos los efectivos griegos hasta que hayamos concluido la guerra. Ahora bien, os ofrezco lo que 5 os he dicho a condición de que, operativa y tácticamente, sea yo el general en jefe de las fuerzas griegas contra el bárbaro[779]; de otro modo, y por lo que a mí se refiere, me negaría a acudir o a enviar el menor refuerzo».

Al oír aquella propuesta, Siagro no pudo contenerse **159** y dijo lo siguiente: «A fe que mucho se afligiría Agamenón, descendiente de Pélope[780], si se enterara de que los espartiatas hemos sido privados del mando por obra de Gelón y de unos siracusanos. Así que renuncia plenamente a esa pretensión de que te cedamos el mando.

---

777 Cf. nota VII 389. Los hoplitas siracusanos eran, sobre todo, los *neopolítai*, es decir, todos aquellos que habían adquirido la ciudadanía merced a la política colonizadora de Gelón en Siracusa.

778 Es probable que su función consistiera en hostigar, diseminada entre la caballería regular, a los jinetes enemigos; cf. César, *B. G.* I 48, VII 65, VIII 13; Tácito, *Germania* 6. El número de mercenarios entre las fuerzas siracusanas solía ser elevado; cf. Jenofonte, *Helénicas* VI 1.

779 Si las condiciones impuestas por Gelón son históricas, es indudable que, ante la posibilidad de un ataque cartaginés contra Sicilia, su petición —que sabría que sería rechazada— tuviera por objeto contar con una excusa para no apoyar a los griegos.

780 En Homero, Agamenón es rey de Micenas (y hermano de Menelao, rey de Esparta). Pero, al igual que Esquilo *(Agamenón* 24, 503 y 810) sitúa la acción de esa tragedia en Argos, los poetas líricos, por influencia doria, centraron la figura de Agamenón en Amiclas o Esparta (cf. Píndaro, *Nem.* VIII 13; *Pít.* XI 32; *escolio* a Eurípides, *Orestes* 46), donde llegó a erigirse una tumba en su honor (cf. Pausanias, III 19, 6). En Laconia había diversos cultos en honor de Agamenón, especialmente el de Zeus Agamenón, en Esparta; cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, II, pág. 187. Como Esparta era la ciudad más importante del Peloponeso (= la isla de Pélope), de ahí que considerase como propia la descendencia de Pélope.

Mira, si deseas acudir en ayuda de Grecia, ten en cuenta que estarás a las órdenes de los lacedemonios; pero, si, por lo que sea, consideras una afrenta recibir órdenes, en ese caso no acudas en su ayuda.»

160 Ante estas manifestaciones, Gelón, en vista del disgusto latente en las palabras de Siagro, les hizo una última proposición; fue la siguiente: «Extranjero espartiata, los desprecios de que un hombre es objeto suelen provocar su cólera; sin embargo, pese a los insultos que has proferido en tu intervención, no has logrado inci- 2 tarme a que sea descortés en mi respuesta. Pero, dado que vosotros mostráis tanto interés por el ejercicio del mando, también es lógico que yo muestre más interés que vosotros, pues tengo a mis órdenes un ejército muy superior al vuestro y un número de naves mucho más elevado [781]. No obstante, supuesto que mi pretensión os resulta tan inadmisible, vamos a atenuar un tanto nuestra primitiva exigencia [782]: si vosotros estáis al frente de las fuerzas de tierra, sobre la flota ejerceré el mando yo, y, si vuestro deseo es estar al frente de las fuerzas navales, yo quiero ejercer el mando sobre el ejército de tierra. Y debéis daros por satisfechos con estas condiciones o marcharos sin contar con unos aliados como nosotros.»

161 Éstas eran, en suma, las proposiciones de Gelón. Pero entonces el emisario ateniense intervino antes que el lacedemonio y le respondió como sigue: «Soberano [783] de Siracusa, Grecia nos ha enviado a entrevistar-

[781] Con respecto a los efectivos lacedemonios, que son el referente para la comparación que establece Gelón.

[782] Sobre la historicidad de las exigencias de Gelón a propósito del mando, cf. P. A. Brunt, «The Hellenic League...», págs. 135-163.

[783] Cf. nota VII 751. De acuerdo con el testimonio de las fuentes literarias (cf. Píndaro, *Ol.* I 23; *Pít.*, I 60, III 70; Polibio, XV 35, 4; Diodoro, XI 26, 6; Plutarco, *Dion.*, XII 1, XXI 9), los Dinoménidas usaban el título de rey. Cf. S. I. Oost, «The tyrant kings of Syracuse», *Classical Philology* 71 (1976), 224 y sigs.

nos contigo no porque necesite un general; lo que precisa son tropas. En cambio tú insistes en que no vas a enviar soldados, si no capitaneas a la Hélade, ya que tu máximo deseo es ser general en jefe. Pues bien, mien- 2 tras exigías estar al frente de todos los efectivos griegos, nosotros, los atenienses, nos limitamos a guardar silencio, pues sabíamos que el representante laconio iba a ser perfectamente capaz de defender a la vez los derechos de nuestros dos Estados. Pero, dado que, al tener que renunciar al mando supremo, exiges el de la flota, tu pretensión plantea el siguiente problema: aunque el laconio te permita estar al frente de la misma, seremos nosotros quienes no lo toleraremos, pues has de saber que el mando de la flota nos corresponde a nosotros, si es que los lacedemonios no quieren ejercerlo personalmente. A este respecto, no nos opondremos a ellos si desean hacerlo, pero no permitiremos que nadie más esté al frente de la flota, pues, de lo contrario, de nada 3 nos serviría poseer la mayor fuerza naval de Grecia [784], si, siendo como somos atenienses, cediéramos el mando a unos siracusanos [785], cuando constituimos el pueblo más antiguo de la Hélade y somos los únicos griegos que no hemos cambiado de país [786]. Es más, Homero,

---

[784] Cf., *infra*, VIII 1-3.

[785] Es decir, a unos colonos de Corinto que habían fundado su ciudad apenas 150 años antes. Cf. nota VII 754, y H. P. DROEGEMÜLLER, s.v. *Syrakusai*, en *RE*, Supl. XIII (1973), cols. 815 y sigs. (para una cronología alta sobre la fundación de Siracusa, vid. E. MANNI, «Fidone d'Argo, i Bacchiadi di Corinto e le fondazioni di Siracusa e di Megara Iblea», *Kokalos* 20 [1974], 77 y sigs.).

[786] La autoctonía de los atenienses fue uno de los tópicos más extendidos entre sus panegiristas (dicha pretensión aparece regularmente en los discursos fúnebres; cf. TUCÍD., II 36; PLATÓN, *Menéxeno* 237b; LISIAS, *Epitafio* 17; ISÓCRATES, *Panegírico* 24), a partir de la tradición según la cual el primer rey de Atenas, Erecteo-Erictonio nació de la tierra. En general, vid. S. M. MARENGO, «Αὐτόχθονες ἢ ἐπήλυδες. Riflessioni su un topos etnografico», en *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia* (Università di Macerata, Nápoles), 1976, págs. 325 y sigs.,

el poeta épico, llegó a afirmar que, de cuantos acudieron a Ilión, el guerrero más diestro a la hora de alinear a un ejército en perfecto orden de batalla fue un compatriota nuestro [787]. Por consiguiente, no somos acreedores a ningún reproche al hablar como lo hacemos.»

162 «Extranjero ateniense —fueron los términos en los que le respondió Gelón—, según parece, vosotros disponéis de generales, pero os van a faltar soldados que obedezcan. Pues bien, dado que queréis tenerlo todo sin hacer la menor concesión, lo mejor que podríais hacer es regresar cuanto antes para informar a Grecia que, para ella, el año ha perdido su primavera [788].»

2 [Por cierto que [789] el significado de esa frase —lo que obviamente pretende decir— es el siguiente: al igual que la primavera es lo más destacado del año, sus tropas lo hubiesen sido entre los efectivos griegos. Gelón, por consiguiente, comparaba a Grecia, privada de su alianza, a un año que hubiese perdido su primavera.]

---

y N. Loraux, «L'autochtonie, une topique athénienne. Le mythe dans l'espace civique», *Annales* 34 (1979), 3 y sigs.

[787] Se refiere a Menesteo, bisnieto de Erecteo, que, en *Ilíada* II 546-556, es comparado a Néstor por sus dotes estratégicas.

[788] La metáfora procede, según Aristóteles *(Retórica* I 7, 1365a), de un discurso fúnebre pronunciado por Pericles (cf. Plutarco, *Pericles* 8, 28), quizá con ocasión de las honras en honor de los atenienses caídos en 440 a. C., debido al levantamiento de Samos contra la hegemonía ateniense en la liga delo-ática. Cf. Ed. Meyer, *Forschungen zur alten Geschichte...*, II, págs. 221-222.

[789] Esta explicación parece ser un comentario interpolado. Cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 164, nota 1: «Le printemps, quelque place qu'il occupe dans un calendrier, évoque par luimême une idée de jeneusse, en sorte que, dans le discours de Péricles, la justesse de la comparaison était inmédiatement apparente; elle l'est moins dans le discours attribué à Gelon, où —comme il va être expliqué—, le printemps est simplement comparé à ce qu'il y a de mieux, à 'la fleur' de ceci ou de cela. En ce sens large, lá métaphore était peut-être d'un usage courant.»

Misión de Cadmo en Delfos

163 Después de haber mantenido las citadas negociaciones con Gelón, los emisarios griegos, como es natural, zarparon de regreso. Por su parte Gelón, temeroso de que, ante lo ocurrido, los griegos no pudieran imponerse al bárbaro, pero considerando una intolerable afrenta trasladarse al Peloponeso para estar —él, que era tirano de Sicilia [790]— a las órdenes de los lacedemonios, desechó esa solución y adoptó otra: 2 tan pronto como tuvo noticias de que el Persa había franqueado el Helesponto, envió a Delfos [791], con tres penteconteros, a Cadmo, hijo de Escita [792], un natural de Cos [793], provisto de elevadas sumas de dinero y de propuestas de amistad, a fin de que esperase a ver de qué lado se decantaba la guerra, de suerte que, si era el bárbaro quien se alzaba con la victoria, le entregase el dinero, así como la tierra y el agua [794], en nombre de los territorios sobre los que imperaba Gelón; en cambio, si triunfaban los griegos, debía regresar a su punto de partida.

164 Por cierto que, con anterioridad a estos acontecimientos, el tal Cadmo había heredado de su padre, en Cos, una tiranía sólidamente enraizada, pero, por propia iniciativa y sin que le amenazase peligro alguno, simplemente por su apego a la justicia, puso el poder en manos del pueblo de Cos [795] y se trasladó a Sicilia, don-

---

[790] Cf. nota VII 771.

[791] Por la actitud ambigua adoptada por los sacerdotes de Apolo ante la invasión persa. Cf. nota VII 667.

[792] Es posible que se trate del tirano de Zancle citado en VI 23-24. No obstante, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 309-310.

[793] Isla de las Espóradas meridionales, situada a unos 20 km. al SE. de Halicarnaso, la patria de Heródoto (cf. nota I 1).

[794] Cf. nota VII 197.

[795] Posiblemente, Escita abandonó Cos para trasladarse a Sicilia, y, posteriormente, Cadmo renunció a la tiranía debido al movimiento antitiránico que sacudió Asia con motivo de la sublevación jonia y que

de se apoderó, con ayuda de los samios [796], de Zancle y se instaló en dicha ciudad, que había cambiado su 2 nombre por el de Mesene [797]. Así fue, en suma, como llegó a Sicilia el citado Cadmo: por su apego a la justicia, cualidad que, según pudo comprobar en varias ocasiones el propio Gelón —que le encomendó aquella misión—, era una constante de su personalidad, pues, además de diversas muestras de rectitud de las que hizo gala, en aquel viaje ofreció una que no desmerecía de las otras; fue la siguiente: pese a que tenía en su poder las elevadas sumas de dinero que Gelón le había confiado y podía apropiarse de ellas, no quiso hacerlo; al contrario, cuando los griegos se alzaron con la victoria en la batalla naval [798] y Jerjes emprendió la retira-

---

fue aceptado por los persas (cf. nota V 113). Si el padre de Cadmo es el Escita que estaba al frente de Zancle, se habría producido un enfrentamiento entre ambos, quizá respondiendo a la pugna por el control de la zona entre Anaxilao de Regio e Hipócrates de Gela.

[796] El texto presenta problemas de interpretación, ya que, en algunos manuscritos, se lee: «donde arrebató a los samios Zancle». La traducción que propongo es, sin embargo, la que mejor se adecua al testimonio que Heródoto proporciona en VI 22 y sigs. Cadmo debió de apoderarse de Zancle, en 494 a. C., a instancias de Anaxilao de Regio, que deseaba tener un control total sobre el estrecho de Mesina (cf. G. VALLET, *Rhégion et Zancle...*, págs. 336 y sigs.), y que sería el efectivo soberano de la ciudad (cf. *escolio* a PÍNDARO, *Pít.* II 34; DIODORO, XI 48 y 66). Posiblemente, Cadmo fue expulsado de Zancle por Anaxilao antes del año 481, y de ahí que figure como hombre de confianza de Gelón. Según la lectura de los manuscritos, que transmiten *parà Samíōn*, el incidente habría tenido lugar en 490 a. C. Cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, pág. 156.

[797] Tras la toma de Zancle por los samios, en la ciudad se establecieron otros griegos, especialmente mesenios, de los que derivó el nuevo nombre de Zancle. La numismática, al menos, corrobora esta interpretación; cf. G. F. HILL, *Historical Greek Coins*, Londres, 1906, págs. 29 y sigs. Sobre el cambio de nombre, cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, *A historical commentary on Thucydides*, IV, Oxford, 1970, páginas 218-219.

[798] La batalla de Salamina. Cf., *infra*, VIII 40 y sigs.

da, él hizo lo propio, regresando a Sicilia con todo el dinero.

Razones de la negativa de Gelón: intervención cartaginesa en Sicilia

165 Sin embargo, los habitantes de Sicilia cuentan también la siguiente versión de los hechos: aunque iba a tener que estar a las órdenes de los lacedemonios, Gelón, pese a ello, hubiese acudido en socorro de los griegos, si el tirano de Hímera, Terilo [799], hijo de Crinipo (que había sido expulsado de su ciudad por el soberano de Acragante, Terón [800], hijo de Enesidamo), no hubiese hecho intervenir en Sicilia, por aquellas mismas fechas, a un ejército de trescientos mil hombres [801] integrado por fenicios, libios, iberos, ligures, elísicos, sardonios y cirnios [802], a

---

[799] Hímera, una localidad emplazada en la costa septentrional de Sicilia, fue fundada en 648 a. C. por calcideos procedentes de Zancle (cf. TUCÍD., VI 5, 1). Alejada de las rutas comerciales, tuvo un desarrollo limitado. Fue destruida por Cartago en el año 409 (cf. DIODORO, IX 49, y K. ZIEGLER, s.v. *Himera*, en *RE*, 8, 2 [1913], cols. 1613 y sigs.). Sobre Terilo no se poseen más datos que los que facilita Heródoto.

[800] Acragante (la posterior Agrigento) estaba emplazada en la costa meridional de Sicilia (cf. POLIBIO, IX 27), a unos 60 km. al NO. de Gela, desde la cual fue colonizada hacia 582 a. C. (cf. TUCÍD., VI 4). Terón fue tirano de la ciudad desde 488 a 472, y sus vínculos con Gela eran muy estrechos (estaba casado con una sobrina de Gelón que, además, era su yerno; cf. *escolio* a PÍNDARO, *Ol.* II). En general, vid. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 132 y sigs.

[801] La cifra (que es mencionada también por DIODORO, XI 20) puede ser una exageración patriótica de los griegos de Sicilia a fin de igualar los efectivos de Amílcar con los de Mardonio en la campaña del año 479 a. C. (cf., *infra*, IX 32).

[802] El ejército, pues, estaba integrado por cartagineses (los fenicios a que alude el historiador), sus súbditos (los libios, del N. de África, y los iberos, de España) y tropas mercenarias (que abundaban en los contingentes púnicos; cf. POLIBIO, I 67): los ligures, que en el siglo VI a. C. se extendían del Ródano al Arno, y que son citados por otras fuentes (cf. DIODORO, XIII 44, XVI 73) como habituales acompañantes de los cartagineses; los elísicos, que habitaban entre los Pirineos y el Ródano; los sardonios, de Cerdeña; y los cirnios, de Córcega.

cuyo frente se hallaba Amílcar[803], hijo de Hannón, que era rey de los cartagineses y a quien había ganado para su causa por el vínculo de hospitalidad que con él mantenía[804], pero principalmente debido a la decidida mediación de Anaxilao, hijo de Cretines, que era tirano de Regio[805] y que había entregado a Amílcar a sus propios hijos en calidad de rehenes para que interviniese en Sicilia y vengase a su suegro (pues Anaxilao estaba casado con una hija de Terilo, cuyo nombre era Cidipe). Ésa fue, por lo tanto, la razón de que Gelón no pudiese socorrer a los griegos y de que enviara el dinero a Delfos.

166 Y, además, añaden la siguiente puntualización: la victoria de Gelón y Terón sobre el cartaginés Amílcar, en Sicilia, y la de los griegos sobre el Persa, en Salamina, tuvieron lugar el mismo día[806].

---

[803] Amílcar es la adaptación al griego del fenicio *Abd Melkart*, «servidor de Melkart». Aunque la realeza podía ser hereditaria entre la poderosa familia cartaginesa de los Magónidas, en el siglo V a. C. Cartago se hallaba en manos de una oligarquía y era dirigida por dos *sufetes* (traducción latina del término fenicio *sofet* «juez»), elegidos anualmente y controlados por un Consejo de ciento cuatro miembros y un Senado de trescientos. Cf. C. Krahmalkov, «Notes on the rule of the *sōftîm* in Carthage», *Rivista di Studi Fenici* 4 (1976), 153 y sigs.

[804] Se ignora el motivo de esta relación. Es posible que Terón atacara a Terilo pretextando su apoyo a las demandas de auxilio de exiliados de Himera; pero la intervención cartaginesa debió de producirse a instancias de Anaxilao de Regio, quien, amenazado por Gelón desde Siracusa, vería con preocupación la extensión de los dominios de Acragante hasta la costa norte de Sicilia. Cartago decidió actuar para poder controlar, pactando con Anaxilao, el estrecho de Mesina, ya que tenía intereses comerciales en el mar Tirreno.

[805] Regio fue fundada, en la costa continental del estrecho de Mesina, hacia 720 a. C. por colonos procedentes de Calcis (cf. J. Ducat, «Les thèmes des récits de la fondation de Rhégion», en *Mélanges helléniques offerts a G. Daux*, París, 1974, págs. 93 y sigs.). Anaxilao fue tirano de la ciudad desde el año 494 hasta el 476 a. C.; cf. Diodoro, XI 48, y H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 155 y sigs.

[806] La batalla de Salamina tuvo lugar durante la última semana de septiembre del año 480 (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece...*,

Y por cierto que he oído decir que Amílcar, que era cartaginés por parte de padre, pero siracusano por parte de madre, y que llegó a rey de Cartago por su valía personal[807], desapareció en el transcurso de la batalla, cuando, una vez trabado combate, estaba siendo derrotado; de hecho, no apareció, ni vivo ni muerto, en parte alguna del teatro de operaciones; y eso que Gelón mandó rastrearlo todo en su busca.

167 Entre los propios cartagineses, sin embargo, circula esta versión, que resulta verosímil: los bárbaros, dicen, estuvieron luchando contra los griegos [en Sicilia] desde el amanecer hasta bien avanzada la tarde[808] (duran-

---

pág. 452). La victoria de los griegos de Sicilia sobre las fuerzas cartaginesas se produjo en las proximidades de Hímera (cf. PÍNDARO, *Pít.* I 79). Como DIODORO (XI 24) la fecha en el mismo día en que se decidió la batalla de las Termópilas, hay que suponer que, de un hecho cierto, la coincidencia en el mismo año de las dos campañas, la cartaginesa y la persa, contra los griegos, los helenos de Sicilia, para magnificar su victoria, crearon el paralelismo *a posteriori* (cf. PH. GAUTHIER, «Le parallèle Himère-Salamine au Ve et au IVe s. av. J.C.», *Revue Études Anciennes* 68 [1966], 5 y sigs.). Pese a que, a partir del siglo IV a. C., los historiadores griegos (cf. ÉFORO, fr. 186, *F. Gr. Hist.* 70, siguiendo a LISIAS, XXXIII 5, e ISÓCRATES, *Panegírico* 126 y 169) pensaron en una acción concertada entre persas y cartagineses, para atacar a los griegos desde el Este y el Oeste, el silencio de Heródoto al respecto, y el pasaje de ARISTÓTELES *(Poética* 1459e) que considera fortuita la coincidencia de las campañas, parecen probar que la presunta alianza no existió, y que tal vez fuera fruto del racionalismo de Éforo. Cf. K. MEISTER, «Das persisch-karthagische Bündnis von 481 v. Chr. (Bengtson, Staatsverträge II, Nr. 129)», *Historia* 19 (1970), 607 y sigs.

[807] La afirmación del historiador tiende a indicar que, en realidad, Amílcar era *sufete.*

[808] Esto contradice el relato de DIODORO (XI 20 y sigs.), que tiende a la magnificación. Los cartagineses debieron de desembarcar, en verano del año 480, en su base siciliana de Panormo, a unos 45 km. al O. de Hímera, y asediar esta última ciudad, donde se encontraba Terón de Acragante. Ante esta noticia, Gelón se habría visto obligado a dividir sus fuerzas (por eso, no pudo socorrer a los griegos contra Jerjes), enviando a sus efectivos terrestres en ayuda de Terón, mien-

te tanto tiempo, según cuentan, se prolongó el enfrentamiento). Por su parte, Amílcar permanecía, entretanto, en su campamento y ofrecía sacrificios propiciatorios [809], inmolando sobre una gran pira reses enteras [810]. Y resulta que, cuando estaba realizando libaciones sobre las víctimas y vio que sus tropas se daban a la fuga, se arrojó a las llamas. Así fue, en definitiva, como desapareció: quedó reducido a cenizas.

2 Pero, ya desapareciera de la manera que dicen los fenicios, o de otra cualquiera, lo cierto es que a Amílcar le ofrecen sacrificios y, además, le han erigido monumentos funerarios en todas las ciudades de sus colonias, el más importante de los cuales se encuentra en la propia Cartago [811].

Sobre lo ocurrido en Sicilia basta con lo dicho.

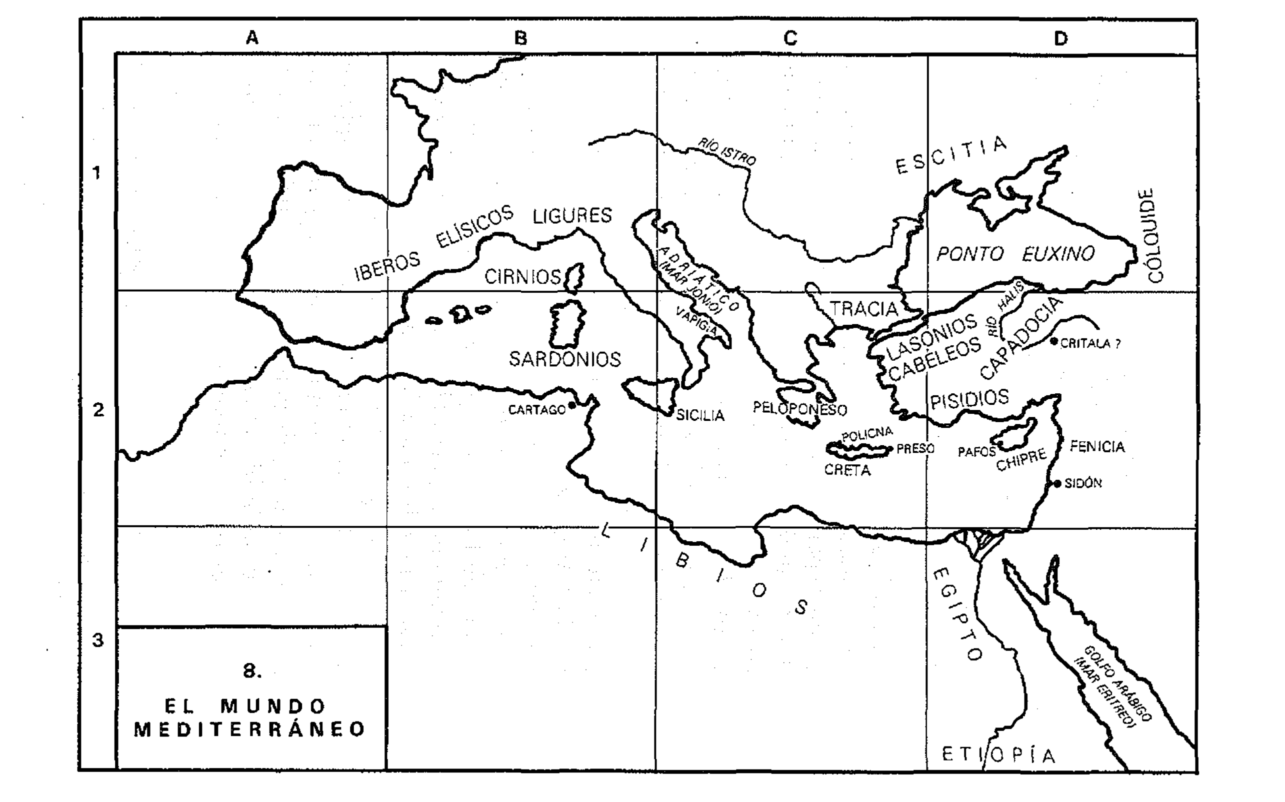
---

tras que su flota permanecía inmovilizada por la de Anaxilao en el estrecho de Mesina (que, tras la derrota cartaginesa, entró en la zona de influencia de Siracusa, ya que el sistema monetario de Regio y Mesene se adaptó al siracusano, que era igual al ateniense). Cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres, 1901, págs. 422 y sigs.

[809] Literalmente, «y buscaba presagios» (para, mediante ellos, conocer la decisión de la divinidad).

[810] A diferencia de los griegos, que sólo inmolaban una parte de la víctima. La costumbre de ofrecer a las divinidades animales enteros (es decir, realizar un holocausto) era habitual entre los fenicios (cf. Porfirio, *Sobre la abstinencia* IV 15).

[811] Como el culto a los héroes parece ser que no existió entre los fenicios, Heródoto debe de haber sufrido una confusión entre el nombre de Amílcar *(Abd Melkart)* y el del dios *Melkart*, forma fenicia del dios *Baal*, por los atributos que, como dios guerrero, le caracterizaban (no obstante, *Melkart* era también un dios de los marinos y de la primavera, pues era una divinidad de carácter sincrético; cf. Menandro, fr. 1, *F. Gr. Hist.* 783; Ateneo, IX 47; Nono, XL 428 y sigs.). Su culto, centrado en el fuego sagrado de las ciudades, se extendió por todas las colonias de Tiro.



A
B
C
D
1
2
3
ESCITIA
RÍO ISTRO
PONTO EUXINO
CÓLQUIDE
IBEROS
ELÍSICOS
LIGURES
CIRNIOS
SARDONIOS
ADRIÁTICO (MAR JONIO)
VAPIGIA
TRACIA
LASONIOS
CABÉLEOS
RÍO HALIS
CAPADOCIA
CRITALA ?
PISIDIOS
CARTAGO
SICILIA
PELOPONESO
POLICNA
PRESO
CRETA
PAFOS
CHIPRE
FENICIA
SIDÓN
LIBIOS
EGIPTO
GOLFO ARÁBIGO (MAR ERITREO)
ETIOPÍA
8.
EL MUNDO MEDITERRÁNEO

168 *Embajada a Corcira* Por su parte, la respuesta que los corcireos dieron a los emisarios, y su posterior actitud, fueron las que a continuación paso a relatar (pues los mismos embajadores que se habían trasladado a Sicilia trataron también de conseguir su apoyo, esgrimiendo los mismos argumentos que ya adujeran ante Gelón). Los corcireos les prometieron en el acto que enviarían tropas en su ayuda, manifestando que no iban a asistir con indeferencia a la destrucción de Grecia; pues, si sucumbía, ellos, sin duda alguna, lo único que podían esperar era verse reducidos a la condición de esclavos aquel mismo día; por eso, debían acudir en su socorro con todas sus fuerzas.

2 Ésta fue la, en apariencia, positiva respuesta que dieron. Pero, cuando llegó el momento de que acudieran en su auxilio, cambiaron de opinión y, tras equipar sesenta naves, hicieron escala en el Peloponeso, prácticamente nada más hacerse a la mar, y atracaron sus navíos a la altura de Pilos y del Ténaro [812], en territorio lacedemonio, a fin de aguardar —también ellos [813]— hasta ver de qué lado se decantaba la guerra, pues no esperaban que los griegos pudieran imponerse; al contrario, creían que el persa obtendría una rotunda victo-3 ria e imperaría sobre toda Grecia. Como es natural, su actitud respondía a un plan preconcebido, para poder decirle al Persa lo siguiente: «Majestad, pese a que en esta guerra los griegos trataron de conseguir nuestro apoyo, nosotros, que no disponemos de un insignificante poderío y que no hubiésemos proporcionado el contingente de naves menos importante, sino el más numero-

---

[812] Pilo se encontraba en la costa sudoccidental de Mesenia (territorio bajo la dominación de Esparta). El cabo Ténaro es el punto más meridional del Peloponeso.

[813] Como Gelón le había ordenado hacer a Cadmo. Cf. VII 163, 2.

so (después, eso sí, de los atenienses [814]), no quisimos enfrentarnos a ti, ni hacer nada que te desagradara.» Los corcireos esperaban que, mediante estos alegatos [815], podrían obtener mejor suerte que los demás, cosa que, en mi opinión, realmente hubiera sucedido.

4 Por lo que se refiere a los griegos, habían ideado una excusa que, de hecho, esgrimieron. Cuando los griegos les recriminaron que no hubieran acudido en su auxilio, alegaron que habían equipado sesenta trirremes, pero que no habían podido doblar Malea [816] a causa de los vientos etesios [817]; de ahí que no hubieran arribado a Salamina, ya que no dejaron de participar en la batalla naval por falta de valor. Así fue como los corcireos se zafaron de las acusaciones de los griegos.

Actitud de Creta

169 Finalmente los cretenses, cuando los emisarios griegos encargados de ese menester trataron de conseguir su apoyo, hicieron lo siguiente: de común acuerdo [818] despacharon consultores a Delfos para preguntarle al dios si redundaría en su provecho prestar socorro a Grecia. Y la Pitia les respondió: 2

814 Cf. Tucíd., I 33. En 435 a. C., la flota de Corcira contaba con 120 navíos (cf. Tucíd., I 25).

815 Posiblemente, este presunto plan de los corcireos es el fruto de la interpretación *a posteriori* de su neutralidad por parte de los griegos que combatieron a Jerjes. Aunque J. A. R. Munro, «Some Observations on the Persian Wars: 2. The Campaign of Xerxes», *Journal of Hellenic Studies* 22 (1902), 323, consideraba que Corcira pudo comprometerse únicamente a montar guardia en las costas occidentales del Peloponeso, en previsión de un eventual desembarco persa, es más verosímil que la isla, de acuerdo con su tradicional aislacionismo (cf. Tucíd., I 32), se negara a enviar efectivos.

816 Cabo en la extremidad sudoriental del Peloponeso.

817 Es decir, vientos «anuales» (del griego *étos* «año»). Soplaban en verano, durante unos 40 días, procedentes del N.-NE. (cf. Aristóteles, *Meteorología* II 5, 361b).

818 Creta era para Homero (cf. *Ilíada* II 649) «la isla de las cien ciudades». El carácter montañoso de Creta favoreció la fragmentación política de la isla en numerosas ciudades-estado, aunque ante un peli-

«¡Estúpidos! ¿No estáis contentos con todas las calamidades que la cólera de Minos [819] envió contra vosotros por haber socorrido a Menelao? Porque ellos no os ayudaron a vengar su muerte, que tuvo lugar en Cámico [820], y en cambio vosotros sí que cooperasteis con ellos a la hora de vengar el rapto de la espartana por parte de un bárbaro [821].» Cuando esta respuesta llegó a sus oídos, los cretenses se abstuvieron de enviar socorros.

170

Digresión sobre la muerte de Minos en Sicilia

Cuéntase, en efecto, que Minos llegó, buscando a Dédalo, hasta Sicania [822] (la isla que en la actualidad se denomina Sicilia), donde pereció de muerte violenta [823]. Andando el tiempo, a instancias de una divinidad, todos los cretenses, a excepción

---

gro común solían unirse (cf. J. Tulard, *Histoire de la Crète*, París, 1962, págs. 78 y sigs.). En esta época, Creta vivía al margen del mundo griego (por ejemplo, tampoco tomó parte en la guerra del Peloponeso); es posible que los griegos intentaran conseguir el apoyo de los cretenses por la fama de sus arqueros, para tratar de contrarrestar con ellos a los arqueros persas (en todo caso, el testimonio de Ctesias, *Persiká* 26, sobre su presencia en Salamina, no puede aceptarse).

[819] Mítico rey de Cnoso, hijo de Zeus y Europa. Sobre su leyenda, vid. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 365 y sigs.

[820] La posterior Acragante (cf., asimismo, Diodoro, IV 78). Como las excavaciones arqueológicas han encontrado restos de un asentamiento pregriego en Agrigento, es posible que la leyenda de la muerte de Minos en ese lugar (cf. el capítulo siguiente) sea el reflejo de relaciones comerciales entre Creta y el Occidente en el segundo milenio a. C.

[821] Los cretenses participaron en la guerra de Troya con ochenta naves, al mando de Idomeneo (cf. *Ilíada* IV 251-271), para rescatar a Helena. En cambio, los espartanos no los habían ayudado cuando, tres generaciones antes, Minos había muerto en Sicilia. Por eso, a su regreso de Troya, los cretenses sufrieron la cólera de Minos (cf. VII 171).

[822] Así llamada por sus primitivos habitantes, los sicanos. Se trataba de un pueblo autóctono (cf. Tucíd., VI 2; Diodoro, V 6, 1), aunque algunas fuentes hablan de una emigración ibera (cf. Filisto, fr. 3, *F. Gr. Hist.* 556). En época histórica había sido relegado a la zona septentrional y central de Sicilia por las presiones de sículos, griegos y cartagineses.

[823] Fue asesinado, mientras se estaba bañando, por Cocalo, el rey

de los de Policna y Preso[824], se trasladaron a Sicania con una poderosa flota y sitiaron por espacio de cinco años la ciudad de Cámico, que en mi época ocupaban los de Acragante. Finalmente, en vista de que no podían 2 tomar la ciudad ni prolongar el asedio (pues eran víctimas del hambre), abandonaron la zona y emprendieron el regreso. Pero, cuando, en el curso de la travesía, se hallaban a la altura de Yapigia[825], los sorprendió una violenta tempestad que los arrojó a tierra. Como sus naves quedaron destruidas (y dado que no veían ya ningún medio para retornar a Creta), fundaron allí la ciudad de Hiria[826], donde se quedaron a vivir; y, de cretenses que eran, pasaron a ser mesapios yápiges[827], y, de isleños que eran, se convirtieron en un pueblo continental.

A partir de Hiria, fueron colonizando aquellas otras 3 ciudades que, mucho tiempo después[828], trataron de

de Cámico (o por sus hijas, según otras versiones), que actuó así para proteger a Dédalo, el arquitecto que construyó para Minos el laberinto en que poder encerrar al Minotauro, y que había huido a Sicilia (cf. Diodoro, IV 79, 2; Zenobio, IV 92).

[824] Policna se encontraba a unos 10 km. al S. de Cidonia (la actual ciudad portuaria de La Canea), en la costa noroccidental de Creta (cf. Tucíd., II 85). Preso estaba emplazada en la zona oriental de la isla. La tradición según la cual estas dos ciudades no tomaron parte en la empresa que menciona el historiador debe de responder a la pervivencia en ellas de un sustrato de población pregriega (o no totalmente helenizada).

[825] La posterior Calabria, en la extremidad sudeste de Italia, entre el golfo de Tarento y el Adriático. La zona estaba poblada por tribus ilirias, procedentes de Iliria y del Epiro, que recibieron influjo griego a través de Tarento. Cf. G. Devoto, *Gli antichi Italici...*, páginas 149 y sigs.

[826] Entre Tarento y Brindisi (cf. Estrabón, VI 3, 6). Sobre estos desplazamientos de población, y las leyendas que los explican, cf. J. Bérard, *La colonisation grecque...*, págs. 417 y sigs.

[827] Es decir, habitantes de Mesapia, en Yapigia. Mesapia era la región de la península de Otranto. Cf. H. Nissen, *Italische Landeskunde*, Berlín, 1833, I, págs. 539-540.

[828] Según Diodoro, XI 52, en el año 473 a. C. (para una cronolo-

destruir los tarentinos, si bien sufrieron un estrepitoso fracaso, hasta el extremo de que, sin duda alguna, aquélla fue, que nosotros sepamos, la mayor carnicería de todas las que se produjeron en el mundo griego [829], y que afectó a los tarentinos propiamente dichos y a los habitantes de Regio, ya que estos últimos se vieron obligados por Micito, hijo de Quero, a acudir en socorro de los tarentinos, perdiendo ellos solos tres mil hombres (el número de bajas entre los propios tarentinos no pudo determinarse). 4 Por cierto que Micito, que era un servidor de Anaxilao, se había quedado a cargo del gobierno de Regio [830] y fue él precisamente quien, al verse expulsado de Regio [831], se instaló en Tegea de Arcadia y consagró en Olimpia la mayoría de las estatuas [832].

---

gía algo posterior, cf. F. Cordano, «Φόνος ἑλληνικὸς μέγιστος», *Atti e Memorie della società Magna Grecia* 15-17 [1974-1976], 203 y sigs.).

[829] Esta frase parece demostrar que Heródoto ya no vivía cuando, en 413, las tropas atenienses fueron derrotadas en Sicilia (cf. Tucíd., VII 85). La magnitud del desastre posibilitó que en Tarento se instaurara la primera democracia de la Magna Grecia; cf. F. Sartori, «Rifflessioni sui regimi politici in Magna Grecia dopo la caduta di Sibari», *Parola del Passato* 28 (1973), 117 y sigs.

[830] Micito debía de ser un miembro de la familia de Anaxilao (aunque, según Pausanias, V 26, 4, y Justino, IV 2, era simplemente un esclavo, cosa que resulta inverosímil), que fue tutor de los hijos del tirano. Era frecuente que los tiranos, en caso de necesidad, delegaran su autoridad en una persona de su confianza (cf. L. A. Jelnickij, «The role of slaves and freedmen in certain types of Greek state administration in the VI and V centuries B. C.» [en ruso, con resumen en inglés], *Vestnik Drevnej Istorii* 122 [1972], 100 y sigs.). Micito debió de aliarse con Tarento para intentar oponerse al poderío siracusano.

[831] En el año 467, tras nueve de regencia; cf. Diodoro, XI 66, aunque este último habla de un exilio voluntario.

[832] Tegea se encontraba a unos 45 km. al N. de Esparta. Los grupos escultóricos a que alude Heródoto eran famosos y, por eso, el historiador no hace más precisiones. Se trataba de quince estatuas (cf. Pausanias, V 26), obra de los escultores argivos Glauco y Dioniso, que

Pero lo que he contado a propósito de los habitantes de Regio y de Tarento supone una digresión dentro de mi obra. 171

Al quedar despoblada, en Creta —según cuentan los presios— se establecieron nuevos habitantes, en su mayoría griegos[833]; y, dos generaciones después de la muerte de Minos[834], tuvo lugar la guerra de Troya, en la que, como es sabido, los cretenses figuraron entre los mejores aliados de Menelao[835]. Pero, debido a su 2 intervención, cuando regresaron de Troya, se vieron azotados, tanto ellos como sus ganados, por el hambre y la peste[836], hasta que, al quedar Creta nuevamente despoblada, una tercera oleada de inmigrantes —que, con los supervivientes, constituyen los actuales cretenses— ocupó la isla. De ahí que, al recordarles esas calamidades, la Pitia les hiciera desistir de prestar socorro a los griegos, como hubiese sido su deseo.

Micito ofrendó al templo de Zeus en agradecimiento por la recuperación de su hijo, que había caído gravemente enfermo (cf. H. Roehl, *Inscriptiones Graecae antiquissimae praeter Atticas in Attica Repertas,* Berlín, 1882, 532, para la inscripción votiva).

833 Esta oleada de inmigrantes, con la que el historiador cita al final del capítulo, hace referencia a las invasiones de micénicos y dorios. Cf. R. A. Crossland, A. Birchall (ed.), *Bronce Age Migrations in the Aegean,* Londres, 1973, págs. 41 y sigs., 107 y sigs., 305 y sigs.

834 El problema que suponía datar hechos acaecidos en época mítica era insuperable, por lo que Heródoto suele basarse en grandes gestas, tradicionalmente conocidas, como punto de referencia. El sistema es muy impreciso, pero el historiador carecía de otro más fiable. Tres generaciones constituían un siglo (cf., *supra,* II 142, 2, y W. den Boer, «Herodot und die Systeme der Chronologie», *Mnemosyne* 20 [1967], 30 y sigs.).

835 Cf. *Ilíada* XIII 330-359.

836 Cf. nota VI 708.

172 *Fallida expedición griega al valle del Tempe a instancias de los tesalios*

Por su parte los tesalios abrazaron en un principio la causa del medo, pero fue a la fuerza, ya que, como demostraron claramente, no les agradaban las intrigas de los Alévadas [837]. De hecho, en cuanto tuvieron noticias de que el Persa se disponía a pasar a Europa, despacharon emisarios al Istmo [838]. (En el Istmo se hallaban reunidos los delegados de Grecia [839], que habían sido designados por las ciudades que abrigaban los mejores deseos para la Hélade.)

2 Una vez en su presencia, los emisarios tesalios dijeron: «Griegos, para que Tesalia, y la Hélade entera, esté a cubierto de la guerra, hay que custodiar el desfiladero del Olimpo [840]. A este respecto, nosotros estamos dispuestos a hacerlo con vuestra ayuda, pero es menester que, por vuestra parte, enviéis un poderoso ejército; porque, si no lo enviáis, sabed que nosotros llegaremos a un acuerdo con el Persa. Pues es indudable que, por el hecho de que residamos tan al Norte del resto de Grecia, no estamos obligados a perecer en solitario por 3 protegeros a vosotros. Además, si no queréis acudir en nuestro auxilio, no tenéis derecho a imponernos exigencia alguna, puesto que, ante la impotencia, exigir nunca

---

[837] Cf. VII 6, 2, y nota VII 31.

[838] Cf. nota VII 705. Esta nueva reunión de los griegos confederados debió de tener lugar en primavera del año 480. El envío de los emisarios tesalios estuvo, presumiblemente, auspiciado por los adversarios de los Alévadas, en particular por los Equecrátidas de Farsalo. Cf. H. D. Westlake, «The Medism...», págs. 16 y sigs.

[839] Con Esparta a la cabeza de la alianza (cf. VII 158 y 162, VIII 2-3), los aliados estaban representados por delegados (en griego *próbouloi),* que debieron de adoptar la estrategia a seguir, tomándose las decisiones por mayoría de votos. Tras la victoria, el trípode consagrado en Delfos (cf. IX 81) contenía los nombres de los treinta y un Estados que habían formado la liga contra Persia.

[840] Cf. Apéndice X.

ha servido de nada. Ya intentaremos nosotros hallar algún medio para salvarnos por nuestra cuenta.» Esto fue lo que dijeron los tesalios.

173 Entonces los griegos, ante aquellas manifestaciones, decidieron enviar, por mar, a Tesalia fuerzas terrestres para que custodiaran el desfiladero. Cuando las tropas se reunieron, arrumbaron sus naves a través del Euripo[841]; y, al llegar a Alo, en Acaya[842], desembarcaron, dejando allí los navíos, y se dirigieron a Tesalia, hasta que llegaron al Tempe, el desfiladero que lleva, desde la Baja Macedonia[843], a Tesalia por el valle del río Peneo, y que se encuentra entre los montes Olimpo y Osa. 2 Allí acampó un contingente de unos diez mil hoplitas griegos[844], a quienes se unió la caballería tesalia. Al frente de los lacedemonios figuraba Evéneto, hijo de Careno, que había sido elegido entre los polemarcos[845], aunque no era de sangre real[846], y, al frente de los ate-

---

[841] El estrecho (su anchura, en la zona más angosta, no sobrepasa los 60 m.) que separa Beocia de Eubea. El envío de las fuerzas por mar pudo deberse al temor que inspiraba la actitud adversa de los beocios.

[842] Se trata de Acaya Ftiótide, la zona sudoriental de Tesalia. Alo se encontraba a orillas del golfo de Págasas.

[843] La zona costera, al N. de Tesalia, entre el Olimpo y el Egeo.

[844] Como este número implicaría la presencia de una cifra similar de fuerzas de infantería ligera, se ha supuesto que a Tesalia sólo debió de ir una comisión de observadores, presidida por Evéneto y Temístocles, que habría desaconsejado el envío de tropas ante la imposibilidad de defender Tesalia y de detener a la flota persa en aquella zona (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion of Greece...*, pág. 103, nota 3). Vid., sin embargo, N. ROBERTSON, «The Thessalian expedition of 480 B.C.», *Journal of Hellenic Studies* 96 (1976), 100 y sigs.

[845] En Esparta los polemarcos constituían el Estado Mayor del ejército, subordinado a los reyes (cf. TUCÍD., V 66).

[846] Pese a que el mando del ejército era una prerrogativa de los reyes (cf., *supra*, VI 56; ARISTÓTELES, *Política* VI 14, 2), era costumbre en Esparta que los monarcas no tomaran parte en las expediciones militares cuando eran de carácter naval (cf. III 54, VIII 42, 2).

3 nienses, se hallaba Temístocles, hijo de Neocles. En dicho lugar permanecieron pocos días, pues unos emisarios que llegaron enviados por el macedonio Alejandro [847], hijo de Amintas, les aconsejaron que se retiraran y no permaneciesen en el desfiladero, donde el ejército invasor —de cuyo número de soldados y de naves les dieron cuenta— los arrollaría.

Ante el consejo que los macedonios les brindaban, los griegos siguieron sus indicaciones (pues las mismas les parecían acertadas y, además, el proceder del mace- 4 donio revelaba simpatía hacia su causa). En mi opinión, sin embargo, lo que motivó su retirada fue el pánico, porque se habían enterado de que, por la Alta Macedonia, existía otra vía más de acceso a Tesalia (pasaba, a través del país de los perrebos, por las inmediaciones de la ciudad de Gono), vía que fue, precisamente, la que utilizó el ejército de Jerjes [848]. Los griegos, pues, bajaron hasta donde estaban sus naves y emprendieron el regreso al Istmo.

174 En esto consistió la expedición a Tesalia, que tuvo lugar cuando el rey, que se encontraba ya en Abido, se disponía a pasar de Asia a Europa [849]. Por su parte los tesalios, al verse sin aliados, abrazaron definitivamente la causa de los medos y lo hicieron con decisión y sin

---

[847] Se trata de Alejandro I, rey de Macedonia de 495 a 450 aproximadamente (cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, París, 1960, págs. 36 y sigs.), que, con posterioridad a las guerras médicas, fue declarado en Atenas *próxenos kai evergétēs* (el título de «Filoheleno», con que se conoció a este monarca, es de tradición tardía; cf. *escolio* a Tucíd., I 57, 2). El gesto de Alejandro pudo deberse a las relaciones personales que mantenía con Temístocles; cf. J. W. Cole, «Alexander Philhellene and Themistocles», *L'Antiquité Classique* 47 (1978), 37 y sigs.

[848] Cf. VII 128, y nota VII 614. Es posible que los tesalios no prestaran a los griegos toda la colaboración que éstos esperaban, pues los pasos montañosos de Petra y Volustana podían haberlos defendido ellos.

[849] Es decir, en mayo-junio de 480. Cf. nota VII 228.

ulteriores vacilaciones, hasta el extremo de que, durante las operaciones, indudablemente prestaron al monarca señalados servicios [850].

La estrategia decidida: las Termópilas y el Artemisio. Topografía de las posiciones

175 Cuando llegaron al Istmo, los griegos, teniendo en cuenta las informaciones que les había facilitado Alejandro, estudiaron la estrategia a seguir en la campaña y los parajes idóneos para ello. Y la tesis que prevaleció fue la de custodiar el desfiladero de las Termópilas, pues, evidentemente, era más angosto que el que permite acceder a Tesalia [851], era, además, la única vía de penetración existente y se hallaba más cerca de sus bases. 2 (Por cierto que, hasta que llegaron a las Termópilas —donde los traquinios [852] les informaron del particular—, ni siquiera conocían la existencia del sendero por el que fueron capturados los griegos que se vieron sorprendidos en dicho lugar [853].)

Así pues, decidieron custodiar el citado desfiladero, para evitar que el bárbaro pudiera penetrar en Grecia [854], y que la flota pusiera proa al Artemisio, en territorio de Histiea [855], pues ambos parajes se hallan próximos entre sí, hasta el extremo de que en cada uno puede conocerse lo que ocurre en el otro [856].

---

[850] Como guías (cf. VIII 31 y sigs.) y como combatientes (cf. IX 1, 31 y 46).

[851] La anchura media del valle del Tempe es de 40 m. Sobre la inferioridad de las fuerzas persas ante los hoplitas griegos en lugares angostos, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece...*, pág. 93.

[852] Es decir, los habitantes de la región de Traquis, que se menciona en el cap. sig.

[853] Se trata de la senda Anopea. Sobre ella, cf. VII 198 y sigs., 212 y sigs.

[854] La Grecia Central, propiamente dicha.

[855] Localidad emplazada en la costa noroccidental de la isla de Eubea. El cabo Artemisio se halla a unos 20 km. al E. de Histiea.

[856] Como la posición del valle del Tempe, las Termópilas podían ser rodeadas por los persas, pero las ventajas que representaba el des-

176 La topografía de dichos parajes es la siguiente. Empecemos por el Artemisio. El mar de Tracia [857] reduce su anchura en esa zona a un estrecho que constituye el canal que separa la isla de Escíatos de Magnesia [858], en el continente; y, una vez rebasado el estrecho, se encuentra, ya en Eubea, el Artemisio, que es una franja costera en la que hay un santuario de Ártemis [859].

2 Por su parte, la vía de acceso a Grecia por el territorio de Traquis [860] posee, en su punto más angosto,

---

filadero eran grandes: un pequeño destacamento podía enfrentarse con éxito a los persas; la estrategia naval podía ponerse en práctica; y el ejército y la flota griega podían actuar combinadamente (que el papel del ejército estaba subordinado a las operaciones navales lo prueba el exiguo número de soldados que defendieron las Termópilas en comparación con el número de naves destacadas al Artemisio, cf. VII 202, VIII 1; además, el objetivo de las fuerzas terrestres parece claro: mantener la posición hasta que la flota venciese a los persas). Asimismo, la interdependencia de ambas posiciones era absoluta: si las Termópilas resistían, pero la flota resultaba derrotada, el ejército se habría visto perdido, ya que podría haber sido atacado, por el Norte, por la flota y, por el Este, por destacamentos desembarcados de las naves (además de la presión a que se veía sometido por los efectivos terrestres de Jerjes desde el Oeste). Por otra parte, si la posición de las Termópilas no resistía, la línea naval del Artemisio habría carecido de valor (la flota persa habría puesto proa a mar abierto, rehusando entablar combate en una zona que le era desfavorable, para reunirse con el ejército de tierra en el golfo Sarónico). En general, vid. W. K. PRITCHETT, «New Light on Thermopylai», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 203 y sigs.

[857] Es decir, el Egeo septentrional.

[858] Escíatos, la más occidental de las Espóradas septentrionales, dista de la península de Magnesia, frente por frente del cabo Sepíade, unos 5 km.

[859] El templo de Ártemis *Proséōa* («la que mira hacia Oriente»), situado a unos 7 km. al SE. del cabo Artemisio (llamado así por la divinidad cuyo templo se alzaba en las proximidades; cf. PLUTARCO, *Temístocles* 8), en la extremidad norte de la isla de Eubea. El estrecho que separa el cabo y la rada de Áfetas, en la península de Magnesia, donde tomó posiciones la flota persa, posee una anchura de 12 km.

[860] La región situada al S. de Mélide, en la orilla occidental del golfo Malíaco. La capital de esta región tenía su mismo nombre (cf., *infra*, VII 199 y 201, VIII 31).

medio pletro de anchura[861]. Sin embargo, no es precisamente en ese lugar donde se encuentra el paraje más angosto de toda la región, sino delante y detrás de las Termópilas; a la altura de Alpeno, detrás de las Termópilas, el camino sólo permite el paso de un carro, y delante, a la altura del río Fénix —cerca de la ciudad de Antela—, el camino vuelve a permitir únicamente el paso de un carro. Al oeste de las Termópilas se alza 3 una cadena montañosa inaccesible, escarpada y alta, que se extiende hasta el Eta; mientras que, al este, el mar y unas marismas flanquean el camino[862]. En el paso propiamente dicho hay unas fuentes de aguas termales,

---

[861] Algo menos de 15 m. La cifra resulta elevada en comparación con la anchura media de los caminos en Grecia, que tenían entre 4 y 7 m. Hay que entender, pues, que esa anchura debe referirse a todo el espacio comprendido entre la montaña y el mar, ya que la ruta, más estrecha, se hallaba algunos metros por encima del nivel del mar. Cf. Y. Béquignon, *La vallée du Spercheios des origines au IVe siècle*, París, 1937, págs. 54 y sigs.

[862] El desfiladero de las Termópilas (sobre el que el historiador añade nuevos detalles en VII 198-200) poseía una longitud de 6 km.; pero la orientación que indica Heródoto es errónea, ya que se extiende de Oeste a Este (y no de Norte a Sur), por lo que, cuando habla del Oeste y del Este, hay que entender Norte y Sur, respectivamente. Los aluviones depositados por el río Esperqueo han modificado sustancialmente la topografía de la zona, al haber colmatado la orilla occidental del golfo Maliaco, hasta el punto de que, en la actualidad, la antigua línea de la costa se halla entre 3 y 5 km. al O. del mar. El desfiladero presenta tres estrechamientos, lo que se conocía en la Antigüedad con el nombre de las «Puertas»: uno, en la entrada occidental, a 1,5 km. al O. de la ciudad de Antela; el segundo en las Termópilas propiamente dichas, donde se encuentran las fuentes termales y el muro de los focenses, y el tercero en la zona oriental, a menos de 1 km. al Oeste de Alpeno. El primer estrechamiento y el tercero eran más pronunciados que el segundo y, por eso, Heródoto hace esa precisión. El río Fénix (el «Rojo», en razón de sus aguas ferruginosas) era un afluente del Asopo por la derecha; cf. VII 200. El Eta, la cadena montañosa que bordea Traquis por el Oeste, alcanza una altura máxima de 2.153 m.; el contrafuerte aquí citado, situado al S. del desfiladero, es el monte Calidromo, de 1.258 m. de altura.

que los lugareños denominan *Quitros*[863], y, en sus inmediaciones, hay erigido un altar consagrado a Heracles.

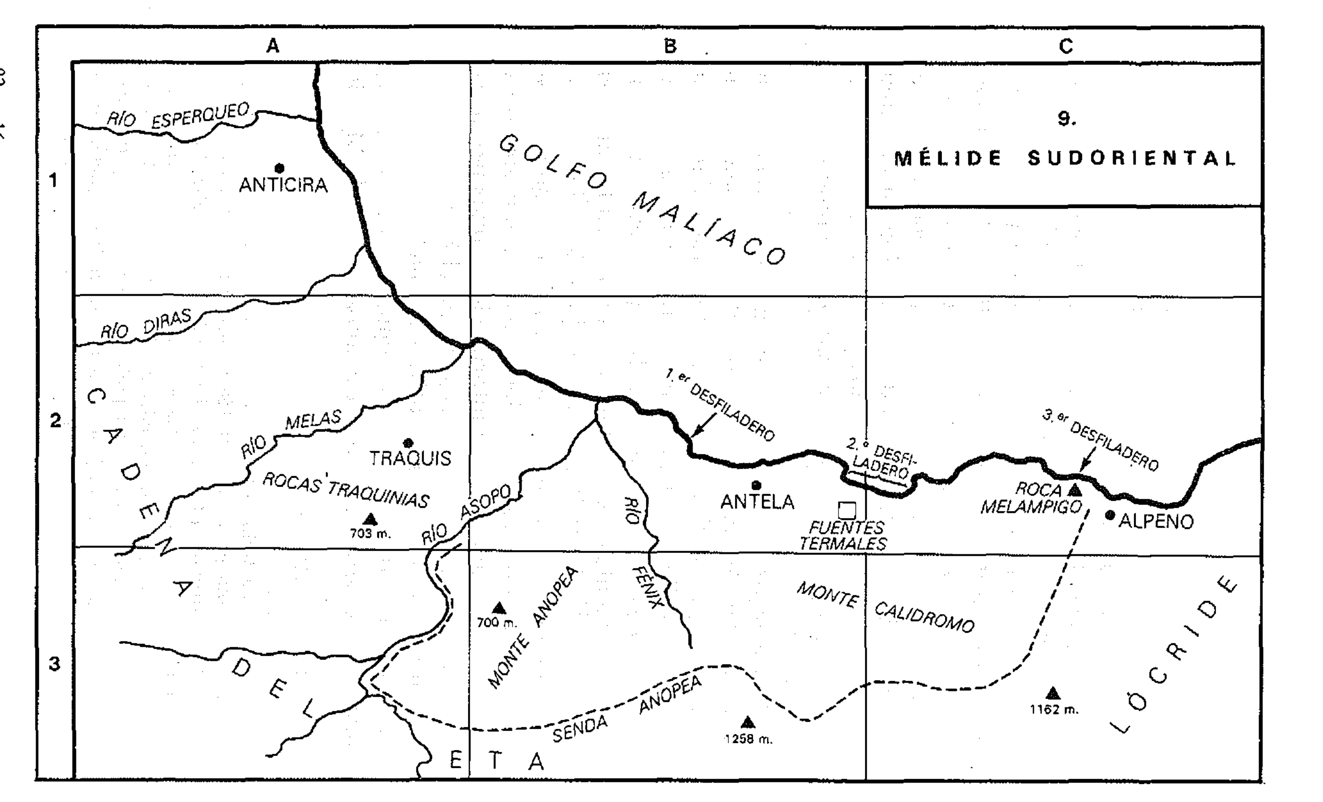
En ese punto del desfiladero se había construido un muro, en el que, antiguamente al menos, figuraban unas 4 puertas. El muro lo construyeron los focenses por temor a los tesalios, cuando estos últimos llegaron, procedentes de Tesprotia, para instalarse en la Eólide, territorio que en la actualidad siguen ocupando[864]. Pues bien, como quiera que los tesalios trataran de someterlos, los focenses tomaron esa precaución y, por aquellas fechas, soltaron el agua caliente sobre el paso, a fin de que la zona se llenara de torrentes[865], ya que recurrían a todo tipo de medidas para evitar que los tesa-5 lios pudiesen irrumpir en su territorio. Como digo, el muro primitivo había sido construido hacía mucho tiempo y, en su mayor parte, se hallaba ya derruido por el paso de los años; no obstante, los griegos decidieron reconstruirlo a fin de rechazar en ese paraje al bárbaro y obligarlo a abandonar Grecia. Además, muy cerca de

---

[863] Es decir, los «Recipientes». Las fuentes termales, que manan a 40° C, alimentan todavía en la actualidad la estación de reumatología de Lutra, y surgen de la ladera septentrional del monte Calidromo. Varios episodios de la leyenda de Heracles se localizaban en la región (cf. VII 193 y 198), en especial el de su muerte. Según parte de la tradición relativa al héroe, al sentir en su piel el ardor que producía la túnica del centauro Neso, Heracles se arrojó a un arroyo próximo a Traquis, y de ahí que sus aguas se convirtiesen en termales.

[864] Sobre las hostilidades entre tesalios y focenses, cf., *infra*, VIII 27-31. Los tesalios procedían de Tesprotia, la zona meridional del Epiro (su migración debió de producirse en la segunda mitad del siglo XII a. C.; cf. D. THEOCHARIS, «Ὁ τύμβος τοῦ Ἑξαλόφου καὶ ἡ ἐσβολὴ τῶν Θεσσαλῶν», Ἀρχαιολογικὰ Ἀνάλεκτα ἐξ Ἀθηνῶν 1 [1968], 189 y sigs.), e invadieron Tesalia (su primitivo nombre era el de Eolia, por haber reinado allí Eolo, hijo de Helén). Los focenses, que habitaban Fócide, la región de Delfos, perdieron, en el siglo VI a. C., el control de la zona de las Termópilas.

[865] Y dificultar así la operatividad de la caballería tesalia, su fuerza militar más destacada (cf. V 63, 3-4).


9.
MÉLIDE SUDORIENTAL
A
B
C
1
2
3
RÍO ESPERQUEO
ANTICIRA
GOLFO MALÍACO
RÍO DIRAS
RÍO MELAS
TRAQUIS
ROCAS TRAQUINIAS
703 m.
RÍO ASOPO
RÍO FÉNIX
1.er DESFILADERO
2.º DESFILADERO
3.er DESFILADERO
ANTELA
FUENTES TERMALES
ROCA MELAMPIGO
ALPENO
MONTE CALIDROMO
MONTE ANOPEA
700 m.
SENDA ANOPEA
1258 m.
1162 m.
LÓCRIDE
CADENA DEL ETA

la ruta hay una aldea, cuyo nombre es Alpeno; y los griegos tenían pensado abastecerse en ella.

177 Éstas fueron, en definitiva, las posiciones que los griegos estimaron favorables, pues, tras haber considerado previamente todos los factores, llegaron a la conclusión de que los bárbaros no podrían sacar partido de su superioridad numérica ni de su caballería [866], por lo que decidieron aguardar allí al invasor de Grecia. Y, cuando tuvieron noticias de que el Persa se encontraba en Pieria [867], dieron por concluida su reunión en el istmo y se pusieron en campaña, unos por tierra, en dirección a las Termópilas, y otros por mar, con rumbo al Artemisio.

178 Los griegos, en suma, partieron a toda prisa para defender las posiciones que les habían encomendado. Entretanto, los delfios, llenos de terror, formularon una consulta al dios relativa a su suerte y a la de Grecia, y la respuesta que recibieron fue que elevaran plegarias a los vientos, pues ellos iban a ser grandes aliados 2 de Grecia [868]. Al recibir este vaticinio, lo primero que hicieron los delfios fue informar del oráculo que les había sido profetizado a los griegos que querían ser libres y, por haber facilitado esa información a unas personas que sentían un pavoroso terror hacia el bárbaro, se hicieron acreedores a una gratitud eterna [869]. Acto seguido, los delfios dedicaron a los vientos un altar en Tuya, justo donde se halla el recinto consagrado a la hija de

---

[866] Cf. nota VII 710.

[867] Cf. VII 131.

[868] Para el cumplimiento de este oráculo, al abatirse dos tormentas sobre la flota persa, cf. VII 188 y sigs., VIII 12 y sigs.

[869] Esta afirmación (en griego las palabras «por haber facilitado esa información... se hicieron acreedores a una gratitud eterna» constituyen un hexámetro) debe proceder de algún epigrama, o de una inscripción votiva, que el historiador pudo ver en Delfos, y su finalidad sería reivindicar, *a posteriori*, la actuación de Delfos en favor de los griegos en el curso de la guerra, después de su inicial actitud pacifista.

Cefiso, Tuya [870] (en su memoria dicho paraje se llama de esa manera), e impetraron su protección con sacrificios. Precisamente debido a ese oráculo, todavía hoy en día los delfios ofrecen a los vientos sacrificios propiciatorios.

La flota persa rumbo a Magnesia. Primeros enfrentamientos navales

179 Mientras tanto la fuerza naval de Jerjes partió de la ciudad de Terme [871] y, con las diez naves más veleras [872], puso proa rumbo a Escíatos, donde estaban montando guardia una avanzadilla de tres navíos griegos [873], uno de Trecén, otro de Egina y otro del Ática. Entonces, cuando los tres navíos divisaron las naves de los bárbaros, se dieron a la fuga.

180 Pues bien, los bárbaros se lanzaron en persecución del navío de Trecén, que estaba a las órdenes de Praxino [874], y no tardaron en atraparlo. Acto seguido, condujeron hasta la proa de la nave al miembro más apuesto de su tripulación y lo degollaron, considerando un feliz augurio que el primer griego que habían capturado fuese muy apuesto. (Por cierto que el nombre del sujeto que fue degollado era León, por lo que es posible que,

870 Según una tradición délfica (cf. PAUSANIAS, X 6, 4), Tuya era una ninfa de la región, hija del dios-río Cefiso, que tuvo con Apolo a Delfos, el epónimo de la localidad, y fue la primera en celebrar el culto de Dioniso en las laderas del Parnaso. Su nombre significa en griego «la tormentosa»; de ahí que se la relacionara con los vientos. Su recinto se hallaba a poca distancia del templo de Apolo.

871 Donde había permanecido anclada mientras el ejército procedía a acondicionar los pasos de montaña para invadir Tesalia. Cf. VII 124.

872 Presumiblemente de Sidón (cf. VIII 92), cuyo contingente naval era el mejor de la flota (cf. VII 96, 1).

873 Las naves griegas no estarían en las inmediaciones de la isla, sino en las proximidades de la desembocadura del Peneo (cf. VII 182), para vigilar el avance de la flota persa en dirección sur.

874 No se conocen otros pormenores sobre este personaje.

en parte, debiera su triste sino precisamente a su nombre [875].)

181 Por su parte, la nave de Egina, que capitaneaba Asónidas [876], les ocasionó ciertos problemas, pues entre los soldados de a bordo figuraba Píteas, hijo de Isquénoo, que aquel día se comportó como un verdadero valiente: la nave había sido ya apresada, pero siguió combatiendo hasta que, finalmente, todo él quedó hecho pedazos. 2 Sin embargo, como, al caer, no murió, sino que todavía alentaba, los persas que iban a bordo de las naves [877] pusieron, por el valor que había demostrado, el máximo interés en salvarle la vida, así que le curaron con mirra las heridas que luego vendaron con tiras de cárbaso [878]. 3 Y, cuando regresaron a su base, lo fueron exhibiendo ante todo el ejército llenos de admiración y le dispensaron un buen trato [879]; en cambio, a los demás prisioneros que hicieron en la citada nave los trataron como a esclavos.

182 Así fue, en definitiva, como fueron capturadas dos de las tres naves. Por lo que a la tercera se refiere, que

---

[875] La ceremonia debe de interpretarse como la ofrenda de parte del botín obtenido (cf. Procopio, *De Bell. Goth.* II 15), y está relacionada con la costumbre púnica, citada por Polibio, XXXIV 16, 2, de inmolar a los leones (cf. H. J. Blumenthal, «Herodotus 7. 180, the killing of Leon», *Liverpool Classical Monthly* 2 [1977], 181-182). Sobre la consideración de los nombres propios como presagios, cf. VI 50, IX 91; Cicerón, *De Div.* I 45; 102; Tácito, *Hist.* IV 53.

[876] Personaje del que no se poseen más datos.

[877] Como *epibátai*, según la terminología griega; es decir, como soldados, ya que las dotaciones estaban integradas por los diversos pueblos sometidos a los persas, en este caso por los fenicios. Cf. nota VII 478.

[878] Este tratamiento de los heridos, aplicándoles vendas de lino impregnadas en un ungüento aromático y antiséptico como la mirra, sugiere la existencia entre las fuerzas persas de un servicio sanitario del que carecían los griegos.

[879] Durante la batalla de Salamina, Píteas sería rescatado con vida en la nave sidonia que lo había apresado; cf. VIII 92.

capitaneaba el ateniense Formo, logró escapar, pero encalló en la desembocadura del Peneo; y, aunque los bárbaros se apoderaron de la embarcación, no ocurrió lo mismo con la tripulación. Pues, nada más hacer que la nave encallara, los atenienses saltaron a tierra y se trasladaron a Atenas atravesando Tesalia [880].

183 Los griegos fondeados en Artemisio se enteraron de lo ocurrido por señales que, con antorchas, les hicieron desde Escíatos. Y, ante aquellas noticias, levaron anclas, abandonando aterrorizados el Artemisio, y pusieron proa a Calcis [881], para custodiar el Euripo, si bien dejaron vigías en las alturas de Eubea [882]. 2 Entretanto, de los diez navíos de los bárbaros, tres se dirigieron hacia el escollo situado entre Escíatos y Magnesia, y que recibe el nombre de *Mírmex* [883]. Una vez que los bárbaros hubie-

---

[880] Esta primera escaramuza entre navíos persas y griegos debió de producirse, pues, antes de que las tropas de Jerjes hubieran invadido Tesalia. Desde la desembocadura del Peneo hasta Atenas, por las rutas practicables en esa época, había unos 300 km. Tampoco contamos con datos adicionales sobre el *triérarchos* de esta nave ateniense.

[881] La ciudad más importante de Eubea, a orillas del estrecho del Euripo. Probablemente, Heródoto debió de sufrir una confusión en este punto, ya que es impensable una retirada griega de sus posiciones en el Artemisio. Cabe suponer, por la alusión que el historiador hace (en VIII 14, 1) a un escuadrón de 53 naves atenienses que se unió a la flota para enfrentarse a los persas en la batalla del Artemisio, que fue ese destacamento el que en esta ocasión partió para custodiar el estrecho, ante el temor de que la escuadra persa, como así lo hizo (cf. VIII 12-13), intentase rodear Eubea para coger a los griegos entre dos frentes, ya que las señales recibidas por el Estado Mayor de la flota griega se limitarían a advertir de la aproximación persa. Cf. W. K. PRENTICE, «Thermopylae and Artemisium», *Transactions of American Philological Association* 51 (1920), 5 y sigs.

[882] La zona montañosa del N. de Eubea, cuya máxima altitud es el monte Teletrio, de 977 m. Los vigías tendrían como misión descubrir tanto los movimientos de la flota persa como recibir informaciones, mediante algún sistema de señales, de las operaciones terrestres en las Termópilas.

[883] «La hormiga» (presumiblemente por su forma). Debía de tratarse de un arrecife muy conocido (en la actualidad se llama, simple-

ron erigido en el escollo una estela de piedra que llevaban consigo, fue cuando la flota persa, dado que su ruta había quedado libre de obstáculos, abandonó Terme, haciéndose a la mar con todas sus naves once días después de que el rey hubiese partido de dicha ciudad [884]. 3 (Por cierto que fue Pamón de Esciro [885] quien les indicó que el escollo se encontraba justamente en su derrota.) Los bárbaros estuvieron navegando durante todo el día, llegando hasta Sepíade, en Magnesia, concretamente hasta la costa que se extiende entre la ciudad de Castanea y el cabo Sepíade [886].

Cifras de los efectivos persas

184 Pues bien, hasta dicha zona y hasta las Termópilas [887], las fuerzas persas no habían sufrido bajas, y sus efectivos, de acuerdo con las conclusiones a que me han llevado mis cálculos, alcanzaban todavía por aquel entonces las siguientes cifras: por una parte, en los navíos llegados desde Asia, que

---

mente, *Leftari* «la piedra») y peligroso para la navegación, dada la poca anchura del canal que separa Magnesia y Escíatos (cf. nota VII 858). El objetivo principal de los diez navíos fenicios sería, pues, señalar claramente su presencia al grueso de la flota mediante la columna que llevaban al efecto.

884 Con dirección a Pieria, donde el monarca permaneció un tiempo (cf. VII 131).

885 La isla más oriental de las Espóradas septentrionales, a unos 35 km. de la costa de Eubea.

886 El cabo Sepíade constituye la extremidad sudoriental de Magnesia, siendo el punto de la península más próximo a la isla de Escíatos. La ciudad de Castanea se hallaba emplazada en la costa de Magnesia, a unos 30 km. al NO. de dicho cabo (cf. W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes», *Journal of Hellenic Studies* 28 [1908], 211). La distancia entre Terme y el cabo Sepíade es, en línea recta, de unos 160 km., por lo que es posible que, en condiciones favorables, la flota persa pudiera alcanzar su destino en un día de navegación. Para una discusión sobre esta posibilidad, de acuerdo con el testimonio de las fuentes antiguas, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 210-211.

887 La distinción se refiere, respectivamente, a los efectivos navales y terrestres de los persas.

ascendían a mil doscientos siete [888], los contingentes aportados inicialmente por los diferentes pueblos suponían doscientos cuarenta y un mil cuatrocientos hombres, computando a razón de doscientos tripulantes en cada nave [889]; además, a bordo de las citadas naves [890], 2 y al margen de las respectivas dotaciones indígenas, figuraban treinta guerreros persas, medos o sacas [891]. Este contingente suplementario arroja una cifra de treinta y seis mil doscientos diez hombres. A ese número 3 y al anterior debo añadir, asimismo, los tripulantes de los penteconteros [892], a razón —número arriba, número abajo— de unos ochenta hombres por navío. Como ya he indicado anteriormente, las embarcaciones de ese tipo que se habían reunido eran tres mil [893]; por lo tanto, a bordo figurarían doscientos cuarenta mil hombres. Éstos eran, en definitiva, los efectivos de la flota llega- 4

---

[888] Cf. VII 89, 1, y nota VII 447.

[889] Doscientos era el número habitual de la dotación de un trirreme griego (cf., *infra*, VIII 17; JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 3-7), de los cuales ciento setenta eran remeros. Como no todos los navíos de combate de la flota persa tenían la misma procedencia (cf. nota VII 447), es presumible que la uniformidad que conjetura Heródoto no fuera tal.

[890] A bordo de cada una, se entiende.

[891] Cf. VII 96, 1. Como señala C. HIGNETT, *Xerxes' invasion of Greece...*, pág. 92, «of the peoples which supplied contingents to the Persian navy, all except the Phoenicians (and perhaps the Cilicians) had little enthusiasm for a Persian victory, and the Egyptians, Cyprians, and Ionians had all been in revolt from Persia on one occasion or another within the last twenty years».

[892] Cf. nota VII 218.

[893] Cf. VII 97, donde, entre las naves auxiliares, se incluyen otros tipos, además de los penteconteros. Una dotación de ochenta hombres parece una cifra razonable para esta clase de navíos, pero resulta excesiva para las embarcaciones ligeras, como los cércuros. En general, cf. A. KÖRSTER, *Studien zur Geschichte des antiken Seewesens*, Wiesbaden, 1934, cap. VI; y C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 345-350, con discusión crítica.

da de Asia, que en total suponían quinientos diecisiete mil seiscientos diez hombres [894].

Por otro lado, las fuerzas de infantería ascendían a un millón setecientos mil hombres y las de caballería a ochenta mil [895], y a estas últimas debo añadir, además, los contingentes de árabes, que montaban los camellos, y los de libios, que guiaban los carros, cuyo número estimo en veinte mil hombres [896].

5 En resumidas cuentas, las cifras totales de las fuerzas navales y terrestres ascendían a dos millones trescientos diecisiete mil seiscientos diez hombres. Ese número que digo se refiere a los efectivos militares que atravesaron el mar procedentes de Asia propiamente dicha, sin incluir la servidumbre que los acompañaba, las embarcaciones destinadas al transporte de víveres y sus dotaciones.

185 Pues bien, a todas esas fuerzas que he enumerado hay que añadir, además, los contingentes que se reclutaron en Europa [897] (con todo, en este punto debo atenerme a meras conjeturas). En ese sentido, los griegos de Tracia y de las islas a ella adyacentes [898] aportaban ciento veinte naves, por lo que las dotaciones de dichas 2 naves suponían veinticuatro mil hombres [899], mientras que las fuerzas de infantería que aportaban tracios, peonios, eordos, botieos, pueblos de la Calcídica, brigos, píeres, macedonios, perrebos, enianes, dólopes, magne-

---

[894] La cifra resultante responde, pues, al siguiente cálculo: (1.207 × 200) + (1.207 × 30) + (3.000 × 80) = 241.400 + 36.210 + 240.000.

[895] Cf., respectivamente, VII 60, 1 (con nota VII 315), y VII 87 (con nota VII 443).

[896] Cf. VII 86, 2.

[897] Durante el avance de Jerjes desde Dorisco a las Termópilas. Cf. VII 108 y sigs.

[898] Esto es, Samotracia y Tasos.

[899] Heródoto consideraba, pues, que todos aportaron trirremes, a razón de 200 hombres por navío, de donde resulta la cifra indicada.

sios, aqueos y todos los pueblos que ocupan la costa de Tracia[900], la aportación, insisto, de esos pueblos considero que ascendía a trescientos mil hombres. Por consiguiente, esas decenas de miles de hombres, sumadas a las que llegaron desde Asia, dan un total, por lo que a guerreros se refiere, de dos millones seiscientos cuarenta y un mil seiscientos diez hombres. 3

Ahora bien, pese a lo elevado del número de esos contingentes militares, el de la servidumbre que los acompañaba, el de las dotaciones de los cargueros destinados al transporte de víveres, así como el de las demás embarcaciones que servían de apoyo naval al ejército, no creo que fuera inferior al de los combatientes, sino superior. En cualquier caso, voy a considerar que su número fuese exactamente igual —ni más, ni menos— al de los efectivos militares; así, si esa multitud de personas era igual al total de combatientes, su número alcanzaba las mismas decenas de miles de hombres. Por consiguiente, Jerjes, hijo de Darío, condujo hasta el cabo Sepíade y las Termópilas a cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos veinte hombres[901]. **186** 2

---

900 El texto debe de presentar un error de transmisión, ya que el historiador enumera los diversos pueblos, que Jerjes fue encontrando en su marcha desde Dorisco, en un orden geográfico, pero falta en la lista el nombre del último pueblo, que deben ser los traquinios (y no los tracios, citados al comienzo), en cuyo territorio acamparon los persas antes de atacar las Termópilas (cf. VII 201). Sobre los peonios, cf. VII 113, y nota VII 551. Los eordos residían entre los cursos bajos del Axio y el Estrimón, al N. de la Calcídica (cf. Tucíd., II 99). Los botieos habitaban en Botiea (cf. nota VII 598). Los brigos debían de residir entre los cursos bajos del Axio y el Haliacmón, a orillas del golfo Termaico. Sobre los píeres, cf. VII 112, y nota VII 548. Para los perrebos, cf. VII 128, 1, y nota VII 612. Sobre los enianes, dólopes, magnesios y aqueos, cf. VII 132, 1, y nota VII 626.

901 Heródoto enumera los efectivos del ejército de Jerjes (aumentado con los contingentes reclutados en Europa) en el momento en que van a enfrentarse con los griegos, muy inferiores en número, y cuando aún no han sufrido bajas. Lo elevadísimo de las cifras aduci-

187 Ésta era, en definitiva, la cifra a que ascendía la totalidad de los efectivos militares de Jerjes, pues el número exacto de mujeres encargadas de preparar la comida, de concubinas y de eunucos nadie podría precisarlo (como tampoco podría precisar nadie, debido a su cantidad, el número de acémilas o de otras bestias de carga, así como el de perros indios [902] que acompaña-

---

das (que deben situarse, aproximadamente, en unos 180.000 hombres para el ejército de tierra, 60.000 para la caballería, y alrededor de 600 navíos para la flota) se debe, probablemente, al carácter de las fuentes consultadas por el historiador y a la tradición panegirista griega, que trató de acentuar la desproporción de fuerzas. Los resultados a que llega Heródoto proceden, quizá, de alguna lista oficial donde figurarían los pueblos sometidos al rey y el número *teórico* de soldados que cada uno debía aportar a requerimiento del poder central persa (cf. Ed. Meyer, *Forschungen zur alten Geschichte...*, II, págs. 231-232). A ello se añade una conjetura del historiador sobre el número de hombres integrantes de los servicios auxiliares (Heródoto lo considera tan elevado, por lo menos, como el de los combatientes, lo que es una exageración indudable, ya que, si los personajes más importantes de la expedición, así como los *Inmortales*, llevaban consigo a sus esclavos y concubinas [cf. VII 83], es seguro que no ocurriría igual con todos los soldados; el historiador debe de estar extrapolando al ejército persa lo que ocurría entre los griegos, en un nuevo ejemplo de *interpretatio graeca:* en el ejército griego [cf. IX 29, 2] cada hoplita era acompañado por un ayudante, llamado *hypērétēs*, que le llevaba el equipo, las provisiones y el escudo [cf. Jenofonte, *Anábasis* IV 2, 20; *Helénicas* IV 5, 14 y 8, 39]), y sobre el número, igualmente exagerado, de los contingentes aportados por los vasallos europeos de Jerjes. Sus conjeturas están basadas, en definitiva, en testimonios orales o no verificables: recuerdos de contemporáneos a los hechos historiados, tradiciones, textos literarios que glorificaban a los griegos y que adoptaban una cifra global: tres millones de invasores (cf. VII 228, 1). Cf. F. Maurice, «The size of the Army of Xerxes in the invasion of Greece, 480 B. C.», *Journal of Hellenic Studies* 50 (1930), 210 y sigs.

[902] Perros de presa que eran muy apreciados por su tamaño y potencia (cf. Ctesias, *Indica* 5; Plinio, *Hist. Nat.* VII 2, 13, y VIII 61, 8). Su presencia en la expedición se debía a la pasión de los nobles persas por la caza.

ban al ejército). De ahí que no me produzca la menor extrañeza que el caudal de algunos ríos se agotase [903]; lo que más me asombra es que hubiese víveres suficientes para tantas decenas de miles de personas. Pues las 2 conclusiones a que me han llevado mis cálculos son que, si cada persona recibía única y exclusivamente un *quénice* de trigo diario, se consumían diariamente ciento diez mil trescientos cuarenta *medimnos* [904] (y no incluyo la ración de las mujeres, de los eunucos, de las acémilas y de los perros). Ahora bien, pese a que el número de personas ascendía a tantas decenas de miles, entre todas ellas no había nadie que, por su apostura y por su físico, tuviese más méritos que el propio Jerjes para disponer de ese potencial.

---

[903] Ya que, por la época del año en que se desarrolló la campaña (cf. nota VII 228), el caudal de los ríos se hallaba en su nivel más bajo.

[904] La unidad común para las medidas de capacidad —que variaban según fueran para sólidos o líquidos— era el *cotilo* (= 0,27 litros) en el sistema ático, que es el que presumiblemente está utilizando Heródoto. Para sólidos, un *quénice* (la provisión diaria de un hilota en Esfacteria; cf. Tucíd., IV 16) equivalía a 1,08 litros (= 4 cotilos), y un *medimno* a 51,84 litros (= 192 cotilos = 48 quénices). Como puede observarse, el cálculo del historiador es erróneo, ya que 5.283.220 quénices, divididos por 48, dan un total de 110.067 1/12 medimnos. Probablemente, Heródoto empleó, para la división, el ábaco (un instrumento de cálculo aritmético consistente en un cuadro de madera con cuerdas transversales, correspondiente cada una de ellas a una posición digital [unidades, decenas, etc.], en las que se hallaban enfilados los elementos de cuenta [bolas, fichas, etc.], que podían deslizarse libremente; cf. M. Lang, «Herodotus and the Abacus», *American Journal of Archaeology* 26 [1957], 271 y sigs.), y, tras dividir correctamente 5.280.000 (las miriadas, o decenas de millar) por 48, obteniendo un resultado de 110.000, hizo lo propio con las unidades de millar (3.220), pero, en lugar de sumar el cociente (67,08) al primer resultado, sumó el antepenúltimo resto (= 340).

188 *Violenta tempestad sobre los navíos persas anclados en la costa de Magnesia*

Como decía [905], después de hacerse a la mar, la fuerza naval proseguía su singladura [906] y, cuando arribó a la costa de Magnesia comprendida entre la ciudad de Castanea y el cabo Sepíade, las naves que llegaron en primer término como es natural fondearon arrimadas a la orilla, mientras que las demás anclaron a continuación de aquéllas (pues, como la playa no era amplia, tuvieron que fondear de ocho en fondo, con sus proas orientadas a mar 2 abierto). Así fue como pasaron aquella noche, pero, al amanecer, después de una víspera bonancible y con calma chicha, el mar empezó a picarse y se abatió sobre ellos un violento temporal acompañado de fuertes ráfagas de viento de Levante, que entre los habitantes de aquellos parajes se conoce con el nombre de «Helespon-3 tias» [907]. Pues bien, todos aquellos que se percataron de que la fuerza del viento iba en aumento, y estaban fondeados en una posición que se lo permitía, sacaron a tierra sus naves antes de que se desencadenase el temporal, con lo que tanto ellos como sus naves quedaron a salvo. Pero, por lo que se refiere a todos aquellos navíos a los que la tempestad sorprendió en el mar, el viento arrastró a unos a la zona del Pelión [908] que se conoce con el nombre de los Ipnos [909], y a otros a la

---

[905] Tras la digresión sobre el total de efectivos persas, se reemprende la narración interrumpida en el capítulo 184.

[906] El empleo del verbo con valor durativo puede parecer que contradice el final del cap. 183. Pero su utilización se debe a que Magnesia no era el objetivo final de la flota persa.

[907] Más que viento de Levante era viento del Nordeste, procedente del mar Negro (el llamado *Kaikíēs;* cf. PLINIO, *Hist. Nat.* II 121: «Caeciam aliqui vocant Hellespontiam»). Las tormentas estivales son muy violentas en el Egeo; cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, páginas 388-390.

[908] Cf. nota VII 616.

[909] «Los Hornos», en las inmediaciones del monte Pelión, a unos

costa; algunos fueron a estrellarse en las inmediaciones del mismísimo cabo Sepíade, otros fueron arrojados a la costa en la ciudad de Melibea [910] y otros en la de Castanea. Y es que no hubo manera de capear la furia del temporal [911].

Gratitud ateniense hacia el dios Bóreas

Y por cierto que circula una historia **189** según la cual los atenienses, siguiendo los dictados de un oráculo, habían invocado la ayuda de Bóreas, ya que les había llegado otro vaticinio [912] aconsejándoles que invocaran la protección de su yerno.

De acuerdo con las tradiciones griegas, Bóreas está casado con una mujer del Ática, con Oritía, la hija de Erecteo [913]. Debido precisamente a ese parentesco, los **2** atenienses, según una versión que se ha venido difundiendo, supusieron que su yerno era Bóreas y, cuando se percataron (mientras, a bordo de sus naves, permanecían a la expectativa en Calcis, en Eubea [914]) de que

---

40 km. al NO. del cabo Sepíade. Cf. A. J. B. Wace, «The Topography of Pelion and Magnesia», *Journal of Hellenic Studies* 26 (1906), 143 y sigs.

910 A unos 70 km. al NO. del cabo Sepíade, en las estribaciones meridionales del monte Osa (cf. Livio, XLIV 13).

911 Con lo que se veían cumplidos los temores de Artábano (cf. VII 49): la poderosa flota de Jerjes no pudo guarecerse en un puerto lo suficientemente grande para que la albergase.

912 Presumiblemente procedente de Delfos, de donde les habían llegado los dos citados en VII 140, 2-3, y 141, 3-4. Quizá el vaticinio fuera *post eventum*, y se relacionaría con el culto a Bóreas en Atenas. Cf. J. Elayi, «Le rôle de l'oracle de Delphes...», págs. 93 y sigs.

913 Oritía, que era hija del primer rey de Atenas, Erecteo-Erictonio, hijo de Hefesto y de la tierra, fue raptada por Bóreas, el viento del Norte (que se la llevó a Tracia, donde vivía), mientras estaba danzando a orillas del río Iliso (cf. Apolonio de Rodas, I 213 y sigs.; Virgilio, *Geórgicas*, IV 463 y sigs.). Para una racionalización del mito, vid. Platón, *Fedro* 229b-c.

914 Los navíos griegos destacados en el Artemisio debieron de guarecerse, ante la inminencia de la borrasca, en el golfo de Edepso, en la zona norte del canal de Eubea, acción que Heródoto interpretó erróneamente como una retirada, confundido por la misión de los 53 na-

la violencia del temporal iba en aumento —o incluso antes de aquella circunstancia—, ofrecieron sacrificios a Bóreas y a Oritía, apelando a ellos para que les socorriesen y destruyeran los navíos de los bárbaros, como ya lo hicieran años atrás en las inmediaciones del 3 Atos [915]. Realmente no puedo afirmar si esa fue la razón de que Bóreas se abatiera sobre los bárbaros mientras se hallaban fondeados; pero, sea como fuere, los atenienses sostienen que Bóreas, que ya los había auxiliado años atrás, lo hizo también en aquel momento, y, a su regreso, le erigieron un santuario a orillas del río Iliso [916].

190 *Pérdidas persas* Según cuentan, en ese desastre resultaron destruidas, como mínimo, no menos de cuatrocientas naves [917], las bajas humanas fueron incalculables y se perdió una ingente cantidad de riquezas, hasta el extremo de que a un natural de Magnesia que poseía tierras en los aledaños del cabo Sepíade, a Aminocles, hijo de Cretines, ese naufragio le resultó sumamente provechoso, pues, cierto tiempo después, se hizo con una gran cantidad de copas, tanto de oro como de plata, que el oleaje arrastró hasta la costa; encontró, además, tesoros pertenecientes a los persas, y se apoderó de otros muchísimos objetos [de oro]. Pero, a pesar de que, merced a sus hallazgos, amasó una gran fortu-

---

víos atenienses que habían sido enviados a vigilar el estrecho del Euripo. Cf. H. Hoerhager, «Zu den Flottenoperationen am Kap Artemision», *Chiron* 3 (1973), 43 y sigs.

[915] Cf., *supra*, VI 44, 2-3, y nota VI 217.

[916] Un riachuelo que, procedente del Pentélico, bordeaba Atenas por el Sur. El santuario en cuestión se hallaba al SE. de la Acrópolis (cf. Pausanias, I 19, 6).

[917] Naves de combate; es decir, trirremes. La cifra es desmedida y tiende a paliar la desproporción de fuerzas navales existentes entre persas y griegos. Cf. W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes»..., págs. 212-215.

na, la suerte no le acompañó en otras facetas de la vida, pues se produjo un desgraciado accidente que, también a ese sujeto [918], lo llenó de aflicción: mató a un hijo suyo.

191 Por otra parte, el número de cargueros destinados al transporte de víveres y el de las demás embarcaciones que resultaron destruidas no pudo determinarse. Las pérdidas fueron tantas que los jefes de la flota, ante el temor de que los tesalios los atacaran aprovechando el revés que habían sufrido, ordenaron que, con los pecios, se levantara una alta empalizada con fines defensivos.

2 El temporal, en concreto, se prolongó por espacio de tres días [919]; finalmente, mediante la inmolación de víctimas propiciatorias y entonando salmodias dirigidas al viento [920] —además de ofrecer, asimismo, sacrificios a Tetis y a las Nereidas [921]—, los magos lograron que se aplacara a los cuatro días (a no ser que, por otra

[918] Por su condición de ser humano. Cf. III 40, 2-3, y J. KROYMANN, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), 166 y sigs.

[919] Esta particularidad acabó convirtiéndose en un *tópos* meteorológico (cf. ARISTÓTELES, *Problemas* XXIV 9, 941a20, quien afirma que, en la región, incluso las tormentas invernales nunca duraban más de tres días).

[920] Para ceremonias semejantes, a fin de aplacar a los vientos, cf., *supra*, II 119, 2-3; ESQUILO, *Agamenón* 1417; JENOFONTE, *Anábasis* IV 5, 3; VIRGILIO, *Eneida* II 116 y sigs.; PAUSANIAS, II 12, 1 (y recuérdese que el sacrificio de seres humanos para calmar vientos adversos aparece en la leyenda de Ifigenia).

[921] Quizá, al identificarlas, por la tendencia habitual al sincretismo religioso, con *Anaitis* (o *Anāhita*, diosa de la pureza, las aguas y la fecundidad en la religión irania) y las «esposas de Ahuramazda»; cf. K. ZAEHNER, *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism*, Londres, 1961, págs. 159 y sigs. Las Nereidas eran divinidades marinas (muy arraigadas, por tanto, en las creencias populares griegas), de número variable (34 en *Ilíada* XVIII 31 y sigs.; 51 en HESÍODO, *Teogonía* 243 y sigs.; 45 en APOLODORO, I 2, 7, y 32 en HIGINIO, *Fab.*, pref. 8), que seguramente representaban a las olas.

razón cualquiera, el viento remitiese espontáneamente). Y por cierto que ofrecieron sacrificios en honor de Tetis al enterarse, gracias a los jonios, de la tradición que cuenta que Tetis fue raptada por Peleo en esa región, y que la totalidad del cabo Sepíade le pertenece a ella [922] y a las demás Nereidas.

192 El temporal, en suma, había amainado a los cuatro días.

Por su parte, un día después de que la tempestad comenzara a desencadenarse, los vigías allí apostados [923] bajaron a toda prisa de las alturas de Eubea e 2 informaron a los griegos del alcance del naufragio. Al tener noticias de lo ocurrido, los helenos, después de elevar plegarias y ofrecer libaciones a Posidón Salvador [924], se apresuraron a regresar sin dilación al Artemisio [925], en la creencia de que se iban a encontrar sólo con unas cuantas naves enemigas.

Los griegos, pues, se presentaron por segunda vez en las inmediaciones del Artemisio, donde, a bordo de

---

[922] Como un oráculo había anunciado que el hijo que tuviera Tetis, una de las Nereidas, sería más poderoso que su padre, los dioses, para evitar el riesgo de que superara a una divinidad, decidieron casarla con un mortal, resultando elegido Peleo, rey de Ftía. Tetis consideraba humillante el matrimonio con Peleo, por lo que éste se apoderó de la Nereida a la fuerza, después de que ella se hubiera transformado en fuego, agua, viento, tigre, león, serpiente, pájaro y, por último, en una enorme jibia (en griego *sēpía)*, de donde el nombre del cabo Sepíade. Para los detalles de la leyenda, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 339 y sigs.

[923] Cf. VII 183, 1.

[924] Por su condición de dios del mar y las tempestades marinas. La advocación de *Sōtḗr* «salvador», solía reservarse a las divinidades olímpicas, especialmente a Zeus.

[925] Cf. notas VII 881 y VII 914. Lo que dice el historiador debe de ser erróneo: o bien los navíos griegos regresaron al Artemisio una vez finalizada la tormenta, o ésta no duró tres días. Cf. J. Labarbe, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l'Artemision et à Salamine», *Bulletin de Correspondence Hellénique* 76 (1952), 384 y sigs.

sus naves, permanecieron a la expectativa. Y, desde entonces —costumbre que se ha mantenido hasta hoy en día—, han adoptado para Posidón la advocación de «Salvador».

La flota persa en Áfetas

193 Entretanto los bárbaros, una vez que hubo amainado el viento y se hubo calmado el oleaje, botaron sus naves —a bordo de las cuales fueron costeando el continente— y, después de doblar la extremidad de Magnesia, pusieron proa rumbo al golfo que llega hasta Págasas[926]. 2 En dicho golfo hay un paraje, en la costa de Magnesia, donde, según cuentan, Heracles, a quien habían enviado a por agua, fue abandonado por Jasón y por quienes con él tripulaban la nave Argo, cuando se dirigían a Ea, [en la Cólquide], a por el vellocino, pues, después de haberse aprovisionado de agua, tenían el propósito de partir de allí con rumbo a mar abierto[927], por eso el nombre de ese pa-

---

[926] Ciudad de Tesalia, a orillas del golfo de su mismo nombre, que separa la península de Magnesia, al Este, de Acaya, al Oeste. La flota persa, pues, costeó Magnesia, dobló el cabo Sepíade por el canal en el que se halla el arrecife Leftari (= *Mírmex*), y siguió un rumbo sudoeste. No obstante, y por lo que dice el historiador, es posible que los navíos auxiliares penetraran en el golfo de Págasas, tras costear el cabo Eantio (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* IV 32), que sería la extremidad de Magnesia a la que alude.

[927] Según otra tradición (cf. APOLONIO DE RODAS, I 1207-1272; TEÓCRITO, *Id.*, XIII 58; VIRGILIO, *Bucólicas* VI 43 y sigs.; ANTONINO LIBERAL, 26), Heracles se extravió en Misia, en la costa asiática de la Propóntide, al abandonar la nave Argo para buscar a Hilas, su amigo favorito, que había desembarcado para hacer provisión de agua y que, por su belleza, fue raptado por las Náyades de la fuente hasta la que había llegado. En esta leyenda local, de la que se hace eco Heródoto, los Argonautas lo abandonaron nada más zarpar de Págasas, porque el héroe, con su peso, desequilibraba la nave y la ponía en peligro de zozobrar (cf. APOLODORO, I 9, 19). Los Argonautas fueron los héroes que, en la nave Argo (de ahí su nombre), zarparon con rumbo a la Cólquide, en busca del vellocino de oro, misión que Pelias, rey de Iolco, en Tesalia, había impuesto a su sobrino Jasón, esperando que pere-

raje es Áfetas[928]. Pues bien, allí fue donde fondearon los efectivos de Jerjes.

194 Sin embargo, quince naves de la flota, que se habían quedado muy rezagadas por haberse alejado de la costa, debieron de divisar los navíos griegos fondeados en Artemisio. El caso es que los bárbaros creyeron que eran de los suyos y fueron a caer en manos del enemigo. Al mando de dichas naves se encontraba el gobernador de Cime[929], en Eolia, Sandocas, hijo de Tamasio, a quien resulta que, con anterioridad a estos acontecimientos, el rey Darío había hecho crucificar porque, cuando formaba parte de los jueces reales[930], lo halló reo del siguiente delito: Sandocas pronunció, por dinero, un pro-
2 nunciamiento improcedente[931]. Pues bien, pendía ya ese sujeto de la cruz, cuando Darío se paró a reflexionar y llegó a la conclusión de que sus servicios a la casa

---

ciese en la aventura. En la leyenda puede haber un eco de las exploraciones griegas en el mar Negro. Las fuentes más importantes para la misma son Píndaro, *Pít.* IV; Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* (con numerosos y útiles escolios); Valerio Flaco, *Argonáuticas;* las *Argonáuticas órficas,* y Apolodoro, I 107 y sigs. Sobre los pormenores de la expedición, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 274 y sigs.

[928] Que significa la «salida». Este lugar se encontraba, prácticamente, frente por frente del cabo Artemisio, del que dista unos 12 km. Cf. J. A. R. Munro, «Some Observations on the Persian Wars...», página 310, y A. J. B. Wace, «The Topography of Pelion and...», pág. 145.

[929] En Asia Menor, a orillas del golfo de Elea. Pese a que Heródoto suele aplicar el término *hýparchos* (= «gobernador») a los sátrapas (cf. III 70, 120 y 126, IV 166, IX 113), aquí hace referencia a la máxima autoridad de una ciudad, pero subordinada al sátrapa (cf. Tucíd., VIII 16; Jenofonte, *Helénicas* III 1, 10).

[930] Los jueces reales constituían una especie de consejo asesor del monarca integrado por siete personas (cf. *Esdras* VII 14; *Esther* I 14; Jenofonte, *Anábasis* I 6, 4; Josefo, *Arqueología judía* XI 61), que estaba encargado de la interpretación de la ley consuetudinaria.

[931] Es decir, «una sentencia injusta». La traducción propuesta pretende reflejar el políptoton que aparece en el texto griego *(ádikon díkēn edíkase).* Para un delito similar, cf., *supra,* V 25.

real eran superiores a sus faltas [932]. En ese convencimiento, Darío reconoció que había obrado con más precipitación que cordura y ordenó que lo liberaran. Así 3 fue, en definitiva, como se sustrajo al castigo del rey Darío y pudo conservar la vida; pero, en aquellos momentos, al toparse con los navíos griegos, no iba a escapar por segunda vez a la muerte: cuando los griegos vieron que las naves de los bárbaros se aproximaban, comprendieron el error en que habían incurrido y salieron a su encuentro, apoderándose fácilmente de ellas.

195 A bordo de una de esas naves fue capturado Aridolis, tirano de Alabanda, en Caria [933], y en otra lo fue el general pafio Pentilo, hijo de Demónoo, que había traído consigo desde Pafos [934] doce navíos, once de los cuales los perdió en la tempestad que se desencadenó en el cabo Sepíade, por lo que fue capturado cuando se dirigía, con rumbo al Artemisio, en el único que le quedaba. Cuando los griegos averiguaron, gracias a los prisioneros, lo que querían saber sobre el ejército de Jerjes, los enviaron encadenados al istmo de Corinto [935].

196 En suma, que la fuerza naval de los bárbaros, a excepción de los quince navíos que, como he dicho, capitaneaba Sandocas, llegó a Áfetas.

Jerjes, a través de Tesalia y Acaya, llega a Mélide. Descripción de esta región

Por su parte, Jerjes, en unión de sus fuerzas terrestres, había atravesado Tesalia y Acaya [936] y hacía ya dos días que había irrum-

---

[932] Por la costumbre mencionada en I 137, 1.

[933] La región sudoccidental de Asia Menor. Alabanda se encontraba emplazada en la margen izquierda del río Marsias, el último gran afluente del Meandro por la izquierda, a unos 60 km. al E. de Mileto.

[934] Ciudad de Chipre, en la costa sudoccidental de la isla.

[935] Cf. nota VII 705.

[936] Sobre el avance de Jerjes por la zona y las posibles rutas seguidas, cf. W. K. Pritchett, «Xerxes' rout over Mount Olympos», *American Journal of Archaeology* 65 (1961), 369 y sigs.

pido en Mélide [937] (en Tesalia mandó organizar una carrera de caballos, poniendo a prueba a su caballería y a la caballería tesalia, ya que había oído decir que era la mejor de Grecia; pues bien, en dicho certamen las yeguas griegas quedaron muy atrás). Por otro lado, entre los ríos de Tesalia, el Onocono [938] fue el único cuyo caudal no alcanzó a satisfacer las necesidades del ejército, y, entre los ríos que riegan Acaya, ni siquiera el Epídano [939], que es el más importante de todos, ni siquiera ese río, digo, bastó más que a duras penas.

197 Cuando Jerjes llegó a Alo [940], en Acaya, los guías de la expedición, con ánimo de informar al monarca de todo tipo de pormenores, le contaron una tradición local relativa al santuario de Zeus Lafistio [941]. Le dijeron que Atamante, hijo de Eolo, tramó en connivencia con Ino la muerte de Frixo [942] y que, a raíz de ello, los aqueos,

---

[937] La región del curso bajo del Esperqueo, a orillas del golfo Malíaco. Con la referencia temporal indicada, el historiador no quiere decir que Jerjes llegara a Mélide dos días después de haber abandonado Pieria, sino que llegó dos días antes de que la flota lo hiciese a Áfetas, por haberse visto retrasada a causa de la tormenta. Cf. Apéndice XI.

[938] Cf. nota VII 617.

[939] El afluente más importante del Peneo por la derecha. Posee unos 100 km. de longitud y nace en el monte Otris, el más alto de Acaya Ftiótide, con 1.728 m. de altitud.

[940] Cf. nota VII 842.

[941] Zeus «Devorador», sin duda una advocación en recuerdo de un tiempo en que se le ofrecían sacrificios humanos (cf., para Ártemis, PAUSANIAS, IV 31, 7, y VII 18, 12; para Dioniso, PLUTARCO, *Moralia* 299), que en épocas prehistóricas existieron en Grecia. El centro principal del culto a Zeus Lafistio se localizaba en el monte Lafistio, contrafuerte septentrional del Helicón, en Beocia.

[942] Ino, la segunda esposa de Atamante (rey de Orcómeno, en Beocia), convenció a su marido para que sacrificara a los dos hijos de su primer matrimonio, Frixo y Hele, a Zeus Lafistio, a fin de alejar una plaga según había profetizado un oráculo falsificado por la propia Ino. Pero, en el momento de la inmolación, el dios (o, según otra versión de la leyenda, la madre de los muchachos, Néfele) envió un carne-

siguiendo los dictados de un oráculo, imponen a los descendientes de este último las siguientes pruebas: al 2 miembro de más edad de esa familia le ordenan que se abstenga de entrar en el *Léito* (así es como los aqueos denominan al *pritaneo*[943]), y ellos se encargan personalmente de montar guardia; pero, si entra en el edificio[944], no puede salir bajo ningún pretexto hasta el momento en que va a ser sacrificado. Y, a lo dicho, los guías añadieron que, con frecuencia, muchos de los que iban a ser sacrificados escapaban aterrorizados, trasladándose a otro país[945]; con todo, si, andando el tiempo, regresaban y eran sorprendidos cuando intentaban entrar en el *pritaneo* [*** [946]], el infractor —seguían di-

---

ro alado que salvó a los pequeños. Hele, la niña, cayó al mar en una zona que, en su memoria, pasó a llamarse Helesponto. Por su parte, Frixo llegó hasta la Cólquide, donde el rey del país, Eetes, lo albergó y le concedió la mano de una de sus hijas. Frixo sacrificó a Zeus el alado carnero y Eetes colgó su vellón, que era de oro, en un bosque consagrado a Ares: era el famoso vellocino que motivó la expedición de los Argonautas; cf. APOLODORO, I 9, 1. Cerca de Alo existía una llanura conocida con el nombre de «llanura de Atamante» (cf. APOLONIO DE RODAS, II 514, y *escolio*).

943 El *pritaneo* era un edificio público donde residían los magistrados supremos de las ciudades griegas. Constituía el centro espiritual de la ciudad y en él se encontraba el altar de Hestia, con su fuego perpetuo. El término *Lēito* está relacionado con *lēós*, «pueblo». Cf. F. GSCHNITZER, s. vv. *Prytanis, Prytaneia, Prytaneion*, en *RE*, supl. XIII, 1973, cols. 730 y sigs.

944 Como se desprende de lo que el historiador dice poco después, hay que entender que quien no podía salir del *pritaneo*, teóricamente hasta la ceremonia del sacrificio, era el que se veía sorprendido al intentar entrar en el edificio, pues, si el representante de la familia lograba entrar, burlando la vigilancia de los guardias, había triunfado en la prueba y no tenía nada que temer.

945 El rito (en una época en que los sacrificios humanos habían desaparecido) consistiría en inmolar un carnero en lugar del miembro del clan de los Atamántidas, que previamente tendría que haber escapado.

946 El texto debe presentar una laguna (cf. PH. E. LEGRAND, *Héro-*

ciendo los guías— era sacrificado todo cubierto de cin-
3 tas y conducido al ara en medio de una procesión. Los descendientes de Citisoro [947], hijo de Frixo, reciben ese trato debido a que, cuando los aqueos, siguiendo los dictados de un oráculo, designaron a Atamante, hijo de Eolo, como víctima expiatoria para la purificación de su territorio [948] y se disponían a sacrificarlo, el tal Citisoro llegó procedente de Ea, en la Cólquide, y lo salvó, por lo que, con su acción, atrajo la cólera divina sobre su descendencia.

4 Como quiera que, al oír esta historia [949], Jerjes se encontrara en las inmediaciones del bosque sagrado, el monarca se abstuvo de entrar en dicho lugar y ordenó a todo el ejército que hiciera lo propio, e idénticas muestras de respeto tuvo para con la casa de los descendientes de Atamante y su sagrado recinto.

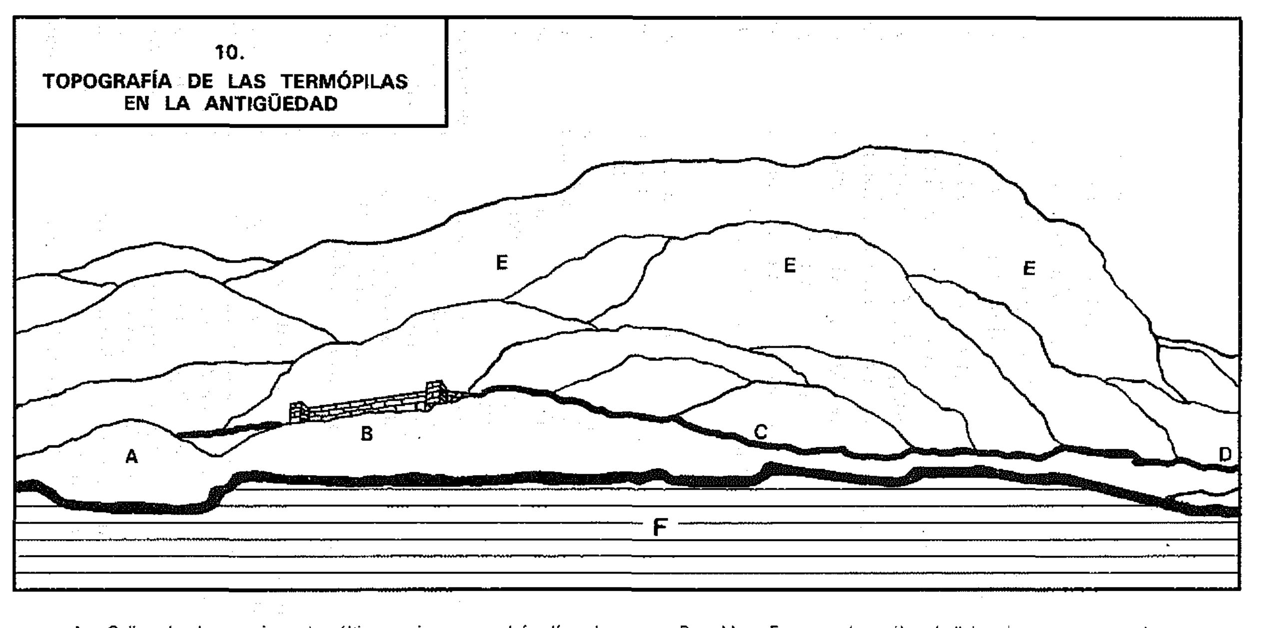
---

dote. Histoires. Livre VII..., pág. 210), en la que presumiblemente se diría que la ley seguía en vigor para los que regresaban.

[947] A quien Frixo tuvo en la Cólquide con una hija del rey Eetes y que volvió a Grecia para reclamar la herencia de su abuelo Atamante. Cf. APOLONIO DE RODAS, II 1155; *escolios* a II 388, 1122, 1149; APOLODORO, I 9, 1; P. GRIMAL, *Dictionnaire de la Mythologie grecque et romaine*, París, 1951, pág. 392.

[948] Que se vio afectado por una plaga a causa del impío intento de Atamante para matar a sus hijos (cf. PLATÓN, *Minos* 315b-d).

[949] La historia, tal y como la cuenta Heródoto, resulta oscura, respondiendo, quizá, a una actitud premeditada motivada por escrúpulos religiosos (cf. II 171, para similar proceder), o bien porque los antiguos ritos ya no eran comprendidos en tiempos del historiador y eran explicados en relación con las aventuras de conocidos héroes legendarios. Como en la leyenda de Frixo, el primogénito de la familia real de Alo debía ser sacrificado para la purificación del país (el sacrificio del primogénito es un rito que aparece en numerosos cultos orientales; cf. *Deuteronomio* XII 31, XVIII 9, 10; *II Reyes* XVII 17; *Jeremías*, VII 31, XIX 5, XXXII 35, etc.), pero la víctima humana fue pronto sustituida por un carnero. La historia contiene un rito agrario y meteorológico para conseguir lluvia: Atamante es hijo de Eolo, dios de los vientos, y Frixo es hijo de Néfele, la Nube (cf. M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion...*, I, págs. 371 y sigs.).



A. Colina donde perecieron los últimos griegos que defendían el paso. — B. «Muro Focense» (tras él se hallaba el campamento griego y por allí pasaba la ruta que permitía atravesar el desfiladero). — C-D. Paso de las Termópilas, de 1.300 m. de longitud y entre 15-30 m. de anchura. — D. Límite occidental del paso, donde se hallaban las Fuentes Termales. — E. Monte Calidromo, al S. del paso. — F. Golfo Maliaco.

198 Eso es lo que ocurrió en Tesalia y en Acaya. Tras abandonar esas regiones, Jerjes entró en Mélide, contorneando un golfo en el que todos los días se produce reflujo y flujo marino [950]. Ese golfo se halla bordeado por una llanura que en unas zonas es ancha y en otras muy angosta, y, a su vez, la llanura se halla bordeada por altas e inaccesibles montañas, que rodean toda Mélide y que reciben el nombre de Rocas Traquinias [951].
2 Pues bien, cuando se llega de Acaya, la primera ciudad del golfo es Anticira, en cuyas inmediaciones el río Esperqueo, que procede del país de los enianes [952], desemboca en el mar. A unos veinte estadios [953] del Esperqueo se encuentra otro río, cuyo nombre es Diras [954], que, según dicen, surgió del suelo para auxiliar

[950] Pese a que, en la cuenca mediterránea, el fenómeno de las mareas (la referencia histórica más antigua del mismo se encuentra en II 11, 2, al aludir Heródoto a las observadas en el mar Rojo; no obstante, la ciencia griega no se interesó por el fenómeno hasta que los navegantes griegos extendieron sus periplos más allá del Mediterráneo y, a su vuelta, llevaron referencias detalladas del flujo y reflujo de las aguas oceánicas) es poco perceptible —con un valor medio de 30 cm.—, en el golfo Malíaco, con una costa muy llana en la zona de la desembocadura del Esperqueo, son más sensibles los movimientos de ascenso y descenso de las aguas marinas debido a la acción de la corriente procedente del Euripo y del estrecho de Eubea septentrional.

[951] Se trata de los contrafuertes orientales del monte Eta, de 2.153 m. de altitud, situado en la zona sudoccidental de Mélide. Para la topografía de la región, vid. Y. Béquignon, *La vallée du Spercheios...*, páginas 2 y sigs.

[952] Sobre los enianes, cf. nota VII 626. El Esperqueo, un río de unos 75 km. de longitud, nace en el monte Tirofresto, en la zona central de la cadena del Pindo, y desemboca en el golfo Malíaco. Anticira estaba emplazada en la margen derecha del río, a unos 2 km. de su antigua desembocadura, pues la región ha sufrido sensibles variaciones en su configuración por la colmatación de toda la comarca occidental del golfo debido a los aluviones del Esperqueo.

[953] Aproximadamente 3,5 km. Heródoto indica la topografía a medida que se avanza hacia el Sur.

[954] El Diras, que en época de Heródoto desembocaba en el golfo

a Heracles cuando éste era presa de las llamas [955]. Y, a otros veinte estadios del Diras, hay otro río, que recibe el nombre de Melas [956].

A cinco estadios de distancia de este último río —del Melas— se halla la ciudad de Traquis [957]. En ese punto, precisamente (desde las montañas, en cuyas inmediaciones está emplazada Traquis, hasta el mar), se encuentra la zona más ancha de toda esa región, ya que la llanura posee una superficie de veintidós mil *pletros* [958]. Y por cierto que en la cadena montañosa que rodea la región de Traquis hay, al sur de la ciudad [959], un desfiladero a través del cual corre el río Asopo bordeando las montañas [960]. **199**

Al sur del Asopo hay otro río de mediana importancia, el Fénix, que procede de la citada cadena montañosa y que es un afluente del Asopo [961]. (La zona más estrecha se encuentra a la altura del río Fénix [962], ya que existe una calzada que sólo permite el paso de un carro.) Desde el río Fénix hasta las Termópilas hay quince **200**

Malíaco, es en la actualidad un afluente, por la derecha, del Esperqueo, cuyo curso y desembocadura se han desplazado hacia el Sudeste.

[955] Cf. nota VII 863.

[956] También el Melas es, en la actualidad, un afluente del Esperqueo por la derecha. Sobre los ríos citados en estos capítulos, cf. Y. Béquignon, *La vallée...*, págs. 63-66.

[957] La posterior Heraclea Traquinia (cf. Tucíd., III 92; Livio, XXXVI 22-24; Pausanias, X 22), a poco menos de 1 km. al S. del río Melas (5 estadios = 888 m.), y a unos 3 km. de la costa.

[958] Entendiendo el pletro como medida de superficie (como medida de longitud, la cifra supondría 651,2 km.), unos 25,5 km^2.

[959] En realidad, al E. de Traquis (cf. nota VII 862).

[960] Entre las Rocas Traquinias y el monte Anopea. En la actualidad el Asopo es el último afluente del Esperqueo por la derecha.

[961] Cf. nota VII 862. Este río nace en el monte Calídromo y se unía al Asopo por su margen derecha, a unos 300 m. de su desembocadura en el golfo Malíaco.

[962] Concretamente, a 1,5 km. al E. de la desembocadura del Fénix en el Asopo.

2 estadios[963], y, en el espacio comprendido entre el río Fénix y las Termópilas, hay una aldea cuyo nombre es Antela, por cuyos aledaños[964] pasa precisamente el Asopo, que desemboca en el mar. En torno a Antela hay un amplio espacio de terreno en el que se alza un santuario en honor de Deméter Anfictiónide y, asimismo, allí se encuentra el lugar donde los Anfictiones celebran sus asambleas y un santuario consagrado al propio Anfictión[965].

201 *Batalla de las Termópilas. Posiciones de los dos ejércitos*

Pues bien, el rey Jerjes había acampado en la región de Traquis, en Mélide, mientras que los griegos lo hicieron en el paso[966]. Y por cierto que ese paraje es conocido por la mayor parte de los griegos con el nombre de «Termópilas», si bien entre los lugareños y las gentes de los alrededores se lo denomina «Pilas»[967].

Como digo, ambos adversarios habían acampado en esas posiciones, por lo que el monarca tenía bajo su control toda la zona norte[968], hasta Traquis, en tanto que los griegos controlaban la zona continental[969] por su parte más meridional.

---

963 Unos 2,6 km. La distancia, en realidad, es algo superior.

964 La referencia es imprecisa, ya que el Asopo desemboca a más de 3 km. al O. de Antela, situada entre el paso occidental y el lugar en que se desarrolló la batalla. Cf. A. R. Burn, «Thermopylai revisited», en *Studies presented to F. Schachermeyr*, Berlín, 1977, págs. 89 y sigs.

965 Cf. Apéndice XII.

966 Concretamente, en la angostura central del desfiladero, las Termópilas propiamente dichas, protegidos por el «muro focense» (cf. VII 176, 3, y 208, 2). La lucha se entabló por la defensa de ese paso central (cf. VII 223).

967 Es decir, «las Puertas (de las aguas) calientes» y «las Puertas», respectivamente. En ambos casos lo que se resaltaba era el carácter de «puerta» de acceso a Grecia Central que poseía el desfiladero.

968 El Norte, en este caso, vuelve a referirse al Este (cf. nota VII 862).

969 Aunque «meridional» hay que interpretarlo en el sentido de

Composición del ejército griego apostado en las Termópilas a las órdenes de Leónidas, rey de Esparta

Los griegos que aguardaban el ataque **202** del Persa en dicho paraje eran los siguientes: trescientos hoplitas espartiatas; mil de Tegea y Mantinea (quinientos por cada ciudad); ciento veinte de Orcómeno, en Arcadia, y mil hoplitas del resto de Arcadia (a ese número ascendían los contingentes arcadios). De Corinto había cuatrocientos hombres, doscientos de Fliunte y ochenta de Micenas [970]. Éstas eran las fuerzas que habían llegado desde el Peloponeso, en tanto que de Beocia lo habían hecho setecientos tespieos y cuatrocientos tebanos [971].

«oriental», Heródoto se refiere a la península helénica; esto es, a Grecia Central y meridional.

970 El total de esos efectivos ascendía, pues, a 3.100 hombres, cuando en el epitafio citado en VII 228 se habla de 4.000 peloponesios. Como la tradición literaria posterior (cf. Isócrates, *Panegírico* 90; *Arquídamo* 99; Diodoro, XI 4) alude a mil lacedemonios, y los griegos tendían a exagerar el número de sus adversarios, pero no el de sus propias fuerzas, es presumible que el contingente espartano comprendiera, además de los 300 espartiatas aquí citados, un número adicional de periecos o de hilotas manumitidos (cf. Tucíd., IV 80), que habría sido omitido por el informador de Heródoto (vid. J. A. R. Munro, «Some observations on the Persian Wars...», pág. 307). Tegea y Mantinea eran dos localidades de Arcadia, en el Peloponeso central, distantes entre sí unos 20 km., y que el historiador menciona como si sus efectivos se hubiesen presentado agrupados porque ambas ciudades presentaban idéntico número, ya que las relaciones entre ambas eran tensas (cf. Pausanias, VIII 8 y 45; y J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece*, Londres, 1898 [reed. en Nueva York, 1965], IV, págs. 201 y sigs., 422 y sigs.). Orcómeno de Arcadia se hallaba emplazada a unos 15 km. al NO. de Mantinea (cf., *infra*, VIII 34, IX 16; Pausanias, VIII 13; J. G. Frazer, *op. cit.*, IV, págs. 224 y sigs.). Sobre Corinto, cf. nota III 267. Fliunte se encontraba a unos 25 km. al SO. de Corinto (cf. Pausanias, II 12, 13). Micenas, por esas fechas, era una ciudad independiente de Argos y estaba aliada a Esparta; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.

971 Cf. nota VII 626. Ambas comunidades pertenecían a la liga beocia, un organismo sobre el que estamos mal informados (se ignora cuáles eran los derechos y obligaciones de las ciudades que la componían,

203 Para apoyar a los contingentes citados acudieron los locros opuntios [972], con todos sus efectivos, y mil focenses. Resulta que fueron los propios griegos [973] quienes solicitaron su ayuda, diciéndoles, por medio de mensajeros, que ellos constituían las avanzadillas del grueso del ejército y que era inminente cualquier día la llegada del resto de los aliados [974]; además, tenían el mar controlado, pues en él montaban guardia los atenienses, los eginetas y quienes habían sido encuadrados en las fuerzas navales, por lo que no debían abrigar temor alguno. 2 Por otra parte —siguieron diciendo—, no era un dios quien atacaba Grecia [975], sino un hombre; y no había mortal alguno, ni lo habría en el futuro, para quien no fuera connatural la desgracia desde el mismo día de su nacimiento [976]; y, cuanto más importantes son las personas, más importantes son sus desgracias. En con-

---

qué tipo de reglamentos tenían vigencia, etc.), pero cuya jefatura ostentaba Tebas. Cf. J. A. O. Larsen, *Greek Federal States*, Oxford, 1968, págs. 26-40.

[972] Cf. nota VII 626. Heródoto sólo distingue dos grupos de locros en Grecia Central: los locros ozolas (cf. VIII 52, 2, habitantes de Lócride occidental) y los locros opuntios (entre ellos hay que incluir a los epicnemidios), habitantes de Lócride oriental. Estos últimos serían los primeros griegos a quienes invadirían los persas si lograban franquear el desfiladero.

[973] Es decir, los jefes de los contingentes que habían tomado posiciones en las Termópilas.

[974] Lo exiguo de las tropas griegas destacadas para defender el paso (sobre todo, el número de espartiatas) debía de sorprender a Heródoto, y de ahí que los considerara una avanzadilla. Pero, como se demostró (al margen de ciertos errores cometidos por los griegos), eran suficientes para defender la posición; cf. F. Miltner, «Pro Leonida», *Klio* 28 (1935), 228 y sigs.

[975] Aunque Jerjes ya había sido comparado con Zeus (cf., *supra*, VII 56), y la propia Pitia había dictado a los espartiatas un oráculo en ese sentido (cf. VII 220, 4).

[976] Una idea que se repite a lo largo de la obra de Heródoto (cf., por ejemplo, I 31, 3; V 4, 2) y que es consustancial al pensamiento griego (cf. Píndaro, *Pít.* III 81; Sófocles, *Antígona* 610-625).

secuencia, el invasor, como mortal que era, también había de sufrir un revés en sus ansias de gloria. Al enterarse de esos detalles[977], locros y focenses acudieron con socorros a Traquis.

204 Como es natural las fuerzas griegas, según sus respectivas ciudades, tenían sus propios generales, pero el más admirado y el que tenía a sus órdenes a la totalidad de las tropas era el lacedemonio Leónidas (hijo de Anaxándridas, nieto de León y descendiente de Euricrátidas, Anaxandro, Eurícrates, Polidoro, Alcámenes, Teleclo, Arquelao, Hegesilao, Doriso, Leobotas, Equéstrato, Agis, Eurístenes, Aristodemo, Aristómaco, Cleodeo, Hilo y Heracles[978]), que había obtenido el trono de Esparta de una manera inesperada.

205 Como tenía dos hermanos mayores[979] (Cleómenes y Dorieo), no se le había pasado por la imaginación la posibilidad de reinar. Pero resulta que Cleómenes había muerto sin descendencia masculina[980] y tampoco Do-

---

[977] De los relativos a las cuestiones militares, como es lógico, ya que las reflexiones morales no los movieron a prestar ayuda a los defensores de las Termópilas. Posiblemente, la misión de locros y focenses, por su conocimiento de la zona, fuera la de custodiar enclaves vitales para asegurar la defensa del paso (cf. VII 218).

[978] Heródoto, para resaltar la figura de Leónidas, traza su genealogía por parte de padre hasta Heracles (cf. nota VII 2). El monarca espartano (Leónidas I fue rey de Esparta de 488 a 480 a. C., al suceder a su hermanastro Cleómenes I) pertenecía a la familia de los Agíadas. En general, cf. P. OLIVA, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 28 y sigs.

[979] Aunque Cleómenes sólo era hermano de Leónidas por parte de padre, ya que Anaxándridas, que reinó en Esparta de 560 a 520 a. C. aproximadamente (cf. W. G. FORREST, *A History of Sparta, 950-192 B. C.*, Londres, 1968, págs. 21-22), tuvo dos esposas a la vez: la madre de Cleómenes, y la de Dorieo, Leónidas y Cleómbroto. Cf., *supra*, V 39 y sigs.

[980] Cleómenes I fue rey de Esparta de 520 a 488 a. C. (cf., sin embargo, V. MERANTE, «Sulla cronologia di Dorieo...», págs. 272 y sigs., que es partidario de una cronología más temprana). Según la tradición espartana (cf., *supra*, V 75 y 84), Cleómenes se suicidó (cf. A. GIUSTI,

rieo se hallaba con vida (también él había muerto, aunque en Sicilia [981]), por lo que el trono recayó en Leónidas, pues, por otra parte, era mayor que Cleómbroto [982] (que era el hijo menor de Anaxándridas) y, además, estaba casado con la hija de Cleómenes [983].

2 Fue él quien, en aquellos momentos, acudió a las Termópilas con los trescientos hombres que, de acuerdo con la ley, había escogido entre quienes contaban con hijos [984]. Y se presentó acompañado, asimismo, de

---

«Il suicidio di Cleomene», *Atene e Roma* 10 [1929], 54 y sigs., y Th. Lenschau, «König Kleomenes I. von Sparta», *Klio* 13 [1938], 412 y sigs.); pero, como su política se caracterizó por su personalismo, en contra del poder de los éforos, algunos críticos (cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 36) han apuntado la posibilidad de que fuera asesinado por los propios lacedemonios por considerarlo un peligro para Esparta, asesinato en el que pudo estar involucrado el propio Leónidas (cf. D. Harvey, «Leonidas the Regicide? Speculations on the death of Kleomenes I», en *Arktouros. Hellenic Studies presented to B. M. W. Knox*, Berlín, 1979, págs. 253 y sigs.).

[981] Sobre la muerte de Dorieo, cf. V 45-48.

[982] Cleómbroto fue, a la muerte de su hermano Leónidas, tutor-regente durante la minoría de edad de su sobrino Plistarco, aunque por muy poco tiempo, ya que, al parecer (cf. IX 10), murió poco después de la muerte de Leónidas.

[983] La separación de las dos casas reinantes en Esparta se sostenía de intento, ya que ambas conservaban sus moradas, enterramientos y lugares de culto aparte. Esto hacía que abundaran los matrimonios endogámicos en ambas estirpes. Sobre Gorgo, la hija de Cleómenes, cf. V 51, VII 239.

[984] Los 300 hombres aludidos deben de tratarse de la guardia real, a razón de un centenar por cada una de las tres tribus en que estaban divididos los espartanos (cf. Tucíd., V 72, 4). Quizá en este caso, y pese a que el acceso a ese cuerpo honorífico estaba reglamentado claramente (cf., *supra*, I 67, 5), Leónidas pudo elegir, para que formaran parte de la guardia real, a espartiatas con descendientes masculinos (a fin de que, si el padre moría, la familia no se extinguiera), que relevarían a los integrantes por derecho de dicha guardia que carecieran de hijos. No obstante, el texto presenta problemas interpretativos; cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books...*, I, página 307; y Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, pág. 214, nota 4.

los tebanos (su número lo indiqué al hacer el cómputo de los efectivos griegos), al frente de los cuales se hallaba Leontíadas [985], hijo de Eurímaco. La razón por la 3 que Leónidas se empeñó en que los tebanos fuesen los únicos griegos que lo acompañasen radicaba en que se les acusaba de ser unos decididos partidarios de los medos. De ahí que, con el propósito de averiguar si iban a enviar tropas en su apoyo o si, por el contrario, iban a rehusar abiertamente integrarse en la coalición griega, les pidiese que tomaran parte en la guerra. Los tebanos, entonces, enviaron tropas a pesar de que sus intenciones eran otras [986].

Los espartiatas enviaron a Leónidas y a sus hombres **206** por delante, para que los demás aliados, al ver a ese contingente, se pusiesen en campaña y a fin de evitar que también ellos abrazasen la causa del Medo, si llegaba a sus oídos que los espartanos se demoraban. Pero más adelante, después de haber celebrado las fiestas (pues las Carneas impedían que lo hiciesen entonces [987])

[985] Probablemente, uno de los once *beotarcas*, que tenían a su cargo la dirección política y militar de la liga beocia. Cf. R. J. Buck, «Boeotarchs at Thermopylae», *Classical Philology* 69 (1974), 47 y sigs.

[986] Naturalmente no hay que analizar, a comienzos del siglo v a. C., el concepto de patriotismo panhelénico con la perspectiva bajo la que lo enfocaron los autores posteriores, sobre todo los panegiristas del siglo iv a. C. Era natural que los oligarcas tebanos, enemigos de Atenas por razones geográficas y políticas, se decantaran por los persas para tratar de salvaguardar los intereses de su ciudad. Cf. D. Hegyi, «Boiotien in der Epoche der griechisch-persischen Kriege», *Annales Universitatis Budapestinensis* 1 (1972), 21 y sigs.

[987] Las fiestas en honor de Apolo Carneo, que tenían lugar entre los días 7 y 15 del mes Carneo, que correspondía al mes ático de Metagitnión (entre julio y agosto), y que, según Heródoto (cf. VI 106, 3), también habían sido la causa de que los espartanos no pudieran, en 490 a. C., llegar a tomar parte en la batalla de Maratón (cf. VI 120). El último día de las fiestas coincidía con el plenilunio y, antes de que terminasen, los lacedemonios no podían ponerse en campaña. Cf. M. P. Nilsson, *Griechische Feste von religiöser Bedeutung mit Ausschluss der Attischen*, Leipzig, 1906, págs. 118 y sigs.

y de haber dejado una guarnición en Esparta, tenían pensado trasladarse a las Termópilas, con todos sus efec-
2 tivos, a marchas forzadas[988]. Asimismo, el resto de los aliados, por su parte, habían decidido hacer otro tanto, pues, por aquellas mismas fechas, los Juegos Olímpicos habían coincidido con las operaciones que nos ocupan[989]. Como no creían que la campaña de las Termópilas fuera a decidirse tan rápidamente, de ahí que enviasen unas avanzadillas.

207 Esto es, en suma, lo que tenían pensado hacer.

Entretanto, cuando el Persa llegó a las proximidades del desfiladero, los griegos que se hallaban en las Termópilas fueron presa del pánico y consideraron la posibilidad de retirarse[990]. En ese sentido, la mayor

---

[988] Esta afirmación es una deducción errónea, debida a Heródoto o a su fuente de información, y motivada por el escaso número de espartiatas que defendieron las Termópilas (cf. nota VII 974). Vid. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 112.

[989] Los Juegos Olímpicos, el certamen panhelénico más importante, se celebraban cada cuatro años y, antes de su inauguración, unos heraldos partían de Olimpia para proclamar por toda Grecia una tregua sagrada que impedía hacer uso de las armas (sobre dichos juegos, cf., en general, C. Durantez, *Las Olimpíadas griegas* [Comité Olímpico Español], s. l., 1977). Los juegos aquí aludidos constituían la septuagesimoquinta Olimpíada, coincidente con la luna llena de agosto que, en el año 480, se dio la noche del 19 al 20 de dicho mes (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 403-405).

[990] Esta afirmación de Heródoto puede entenderse motivada por dos razones: 1) porque los griegos destacados en las Termópilas, al tener noticias de que su flota se había replegado al golfo de Eubea (cf. nota VII 914), para intentar sustraerse a los embates del temporal que diezmó la escuadra persa (cf. VII 190-191), considerasen que la posición había perdido su valor, dado que no iban a poder desarrollar la estrategia prevista: contener al ejército invasor, mientras su flota trataba de imponerse a los navíos persas (cf. nota VII 840); 2) porque, una vez en las Termópilas, se enteraron de la necesidad de custodiar el sendero conocido con el nombre de Anopea, para impedir que los persas los rodeasen (como, de hecho, acabó sucediendo). En previsión de esta contingencia tenían que destacarse tropas a fin de que se apos-

parte de los peloponesios abogaba por trasladarse al Peloponeso y montar guardia en el istmo[991]. Pero, en vista de que, ante esa proposición, los focenses y los locros protestaron airadamente[992], Leónidas decidió permanecer donde estaban y enviar emisarios a las ciudades para pedirles que acudiesen en su ayuda, alegando que contaban con pocos efectivos para rechazar al ejército de los medos.

Talante de los espartanos

208 Mientras los griegos discutían esa propuesta, Jerjes envió a un jinete en misión de espionaje, para que se cerciorara de cuántos eran y de qué era lo que estaban haciendo, pues, cuando se encontraba todavía en Tesalia, había oído decir que en aquel paraje se había concentrado un pequeño contingente de tropas a cuyo frente se hallaban los lacedemonios y, concretamente, Leónidas, que era un descendiente de Heracles.

2 Cuando el jinete llegó a las inmediaciones del campamento, no pudo, desde su posición, contemplarlo en su totalidad, pues, desde donde estaba, le resultaba imposible ver a quienes se hallaban apostados al otro lado

taran en el desfiladero del río Asopo, que daba acceso al sendero (cf. VII 216), donde es posible que tomaran posiciones los locros (cf. J. A. R. Munro, «Some observations on the Persian Wars...», pág. 313), y en la propia senda Anopea, donde se situaron los focenses (cf. VII 218). Como estos contingentes no debían de inspirar mucha confianza a los expedicionarios peloponesios, de ahí que se cuestionara la necesidad de permanecer en las Termópilas. En general, vid. A. Daskalakis, *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopiles*, París, 1962.

[991] Donde, mediante la construcción de un muro, tenían previsto organizar una última línea defensiva para resistir al ejército persa. Cf. VII 139, VIII 71-72, y Ch. Kardara, «The Isthmian Wall», 'Αρχαιολογικὰ 'Ανάλεκτα ἐξ 'Αθηνῶν 4 (1971), 85 y sigs.

[992] Porque su territorio se veía directamente amenazado por los persas.

del muro, obra que los griegos habían restaurado y que mantenían vigilada [993]. No obstante, pudo divisar a los que estaban acampados fuera, con las armas diseminadas en la parte exterior del muro (en aquellos momentos se daba la circunstancia de que quienes estaban apos- 3 tados fuera eran los lacedemonios). Pues bien, el jinete vio que una parte de los soldados estaba realizando ejercicios atléticos, mientras que los demás se peinaban la cabellera [994]. Como es natural, ante aquel espectáculo, se quedó perplejo, pero se fijó en su número. Y, tras haberse fijado detenidamente en todo tipo de detalles, regresó con absoluta tranquilidad, pues nadie lo persiguió y se benefició de la despreocupación general, por lo que, a su vuelta, le contó a Jerjes todo lo que había visto.

209 Al oírlo, Jerjes no podía intuir la realidad, es decir que los lacedemonios se estaban preparando para morir y matar en la medida de sus posibilidades. De ahí que, como su proceder se le antojaba risible, mandara llamar a Demarato, hijo de Aristón, que se encontraba 2 en el campamento. Y, a su llegada, Jerjes le fue haciendo preguntas acerca de los pormenores del informe

---

[993] Se trata del «muro focense» (cf. VII 176, 3-5), paralelo a la costa, y no transversal; cf. K. P. Kontorlis, *The battle of Thermopylae*, Atenas, 1972, pág. 9.

[994] Los griegos, originariamente, llevaban el cabello largo (en los poemas homéricos se epitetiza a los helenos haciendo referencia a esa particularidad: *kárē komóōntes Achaioí*) y, entre los conservadores espartanos, perduró esta costumbre por más tiempo que en el resto de Grecia (en el siglo v a. C., y en Atenas, *komân* «dejarse crecer el cabello» era una señal de «laconismo»; cf. Aristófanes, *Aves* 1281-1282). Sobre esta actitud de los lacedemonios antes de entrar en combate (el propósito es conseguir una purificación del cuerpo, para que esté en consonancia con el espíritu, ajeno ya al materialismo terreno —piénsese en el ritual de los *kamikazes* japoneses antes de entrar en combate, durante la campaña del Pacífico—), cf. Jenofonte, *Const. de los lacedemonios* XI 3, XIII 8; Plutarco, *Licurgo* 22.

que había recibido, al objeto de entender la actitud de los lacedemonios. Entonces, Demarato le dijo: «En otra ocasión —cuando emprendimos la expedición contra Grecia—, ya me oíste hablar de esos individuos [995], pero, ante mis palabras, al decirte qué desenlace preveía para esta empresa, te burlaste de mí. Porque atenerme a la verdad en tu presencia, majestad, constituye mi máximo objetivo [996]. Por eso, préstame especial atención 3 en este momento. Esos individuos están ahí para enfrentarse a nosotros por el control del paso, y se están preparando con ese propósito; pues, entre ellos, rige la siguiente norma: siempre que van a poner en peligro su vida es cuando se arreglan la cabeza. Y entérate 4 bien: si consigues someter a esos hombres y a los que se han quedado en Esparta, no habrá en todo el mundo ningún otro pueblo que se atreva a ofrecerte resistencia, majestad. Pues en estos instantes vas a luchar con el reino más glorioso y los más valerosos guerreros de Grecia.»

Como es natural a Jerjes dichas afirmaciones se le 5 antojaron extremadamente inverosímiles, por lo que volvió a hacer uso de la palabra y le preguntó qué táctica iban a emplear los griegos, que contaban con tan pocos efectivos, para luchar contra sus tropas. «Majestad —le replicó Demarato—, trátame como a un embustero [997],

---

[995] Durante la conversación mantenida en Dorisco entre Jerjes y Demarato; cf. VII 101-104.

[996] El texto permite otra traducción (cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre VII...*, págs. 216-217: «soutenir contre toi la vérité, ô Roi, est en effect pour moi une tâche très risquée»). Pero ello implicaría una acusación de arbitrariedad contra Jerjes, y la posibilidad de que, en otras ocasiones, Demarato no hubiese dicho la verdad por temor a la reacción del monarca.

[997] La *Inscripción de Behistun* es pródiga en exaltar el valor de la verdad (cf., por ejemplo, I 10; IV 4-8 y 13). Y el propio Heródoto, en I 138, 1, afirma que, para un persa, mentir era lo más deshonroso.

si las operaciones no se desarrollan tal como te digo.» (Sus palabras no lograron convencer a Jerjes.)

210 *Primeros enfrentamientos: los persas rechazados*

En un principio el monarca dejó pasar tres días, en la creencia de que los griegos huirían en cualquier momento [998]. Pero, a los cuatro días, en vista de que no se retiraban, sino que seguían en sus posiciones (en su opinión lo hacían dando claras muestras de altanería e imprudencia), se irritó y lanzó contra ellos contingentes medos y cisios [999], con la orden de que los capturaran vivos y los condujesen a su 2 presencia. Sin embargo, cuando los medos se arrojaron a la carga contra los griegos, las bajas fueron numerosas, si bien nuevos efectivos sustituían a los caídos y no desistían pese a sufrir enormes pérdidas, por lo que evidenciaron ante todo el mundo, y en particular ante el propio monarca, que había muchos combatientes, pero pocos soldados [1000]. El caso es que el combate se prolongó durante todo el día.

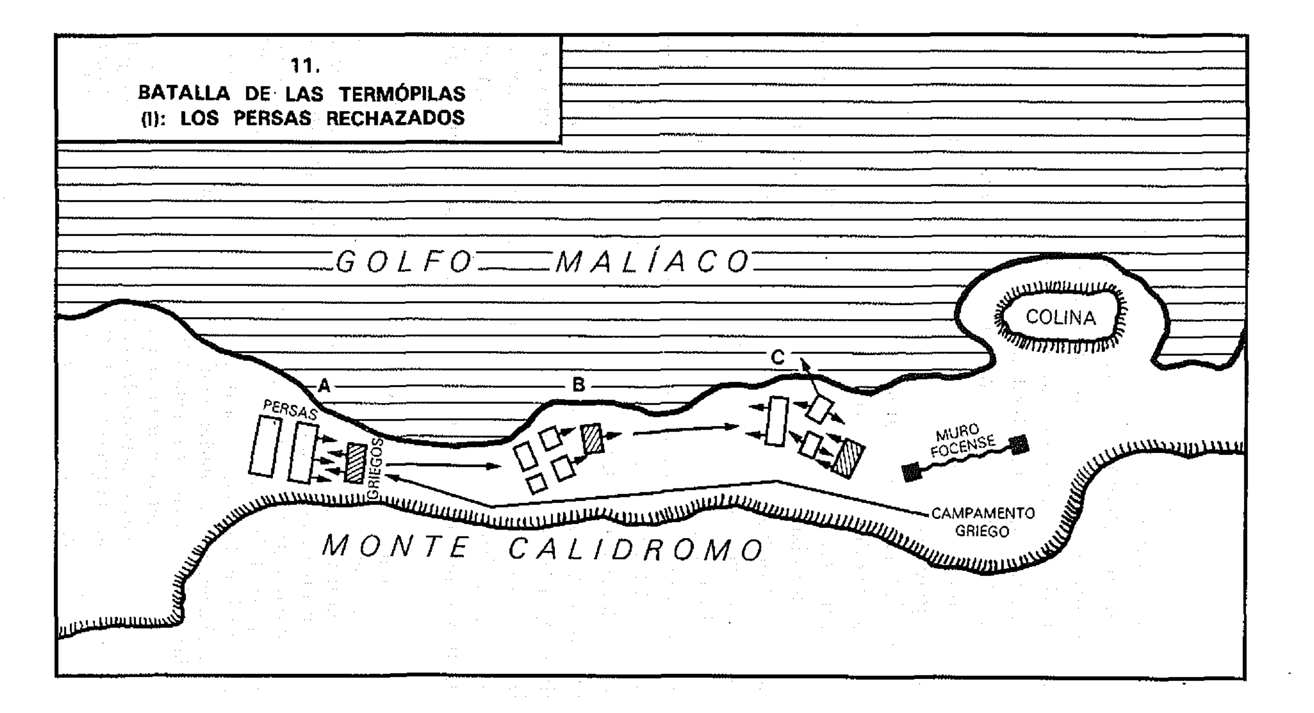
211 Ante el duro revés que sufrieron los medos, dichas fuerzas acabaron por retirarse, pasando entonces al ata-

---

[998] En realidad, Jerjes dejó pasar los días indicados (en el texto griego se habla de cuatro días porque Heródoto emplea habitualmente un cómputo cronológico inclusorio, según el cual la jornada a partir de la que se empieza a contar se computa como la primera del plazo de que se trate), por la tormenta que se estaba abatiendo sobre la región (cf. VII 188 y sigs.) y que impedía las operaciones combinadas del ejército y la flota persas. Cf. nota VII 937, y W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 372-373.

[999] Cf. VII 62 y notas *ad locum*.

[1000] La traducción que propongo trata de subsanar la incoherencia que resultaría de traducir *polloì mèn ánthrōpoi eîen, olígoi dè ándres* por «había muchas personas, pero pocos hombres» (incidiendo en la diferencia primaria de los dos sustantivos griegos, como en latín *homo/vir*, o en alemán *Mensch/Mann).* Como los guerreros persas no se retiraban, sino que persistían en el ataque, la antítesis hace referencia, en su segundo elemento, a la deficiente instrucción militar de los atacantes en comparación con la de los griegos.


11.
BATALLA DE LAS TERMÓPILAS
(I): LOS PERSAS RECHAZADOS
GOLFO MALÍACO
COLINA
A
B
C
PERSAS
GRIEGOS
MURO
FOCENSE
CAMPAMENTO
GRIEGO
MONTE CALIDROMO

que, en su lugar, los persas a quienes el rey denominaba «Inmortales» (a su frente se hallaba Hidarnes [1001]), plenamente convencidos de que ellos sí que lograrían 2 fácilmente la victoria. Sin embargo, cuando esos nuevos efectivos trabaron combate con los griegos, no obtuvieron mejores resultados que el contingente medo, sino que sufrieron su misma suerte, dado que luchaban en un lugar angosto y con lanzas más cortas que las de los griegos [1002], por lo que no podían sacar partido de su superioridad numérica.

3 Los lacedemonios, por su parte, combatieron con un valor digno de encomio y, con sus diferentes tácticas [1003], demostraron —frente a enemigos que no sabían hacerlo— que sabían combatir perfectamente. Por ejemplo, cada vez que volvían la espalda, simulaban huir, pero sin romper la formación, de manera que los bárbaros, al ver que huían, se lanzaban contra ellos gritando alborotadamente; pero, en el momento en que iban a ser alcanzados, daban la vuelta para enfrentarse a los bárbaros y, con esa maniobra, acababan con una cantidad ingente de persas. En el curso de la refriega también se produjeron algunas bajas entre los propios espartiatas. Finalmente, dado que no podían apoderarse de ninguna zona del desfiladero, aunque lo intentaron

---

[1001] Cf. notas VII 426 y 427.

[1002] Las lanzas de los griegos solían medir unos 2 m. Pese a que las que portan los guerreros persas representados en los frisos de Susa vienen a tener una longitud similar (cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, págs. 238-239), Heródoto insiste en varias ocasiones (cf. V 49, 3; VII 61, 1) en que eran más cortas que las de los infantes griegos. Para la lucha cuerpo a cuerpo, el equipo de combate de los persas resultaba netamente inferior, tanto ofensiva como defensivamente, al de los hoplitas griegos (cf. nota VII 389).

[1003] Sobre el entrenamiento con las armas, instrucción de los hoplitas, formaciones y tácticas de combate en que se ejercitaban los lacedemonios para la guerra, cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos...*, págs. 30-31.

atacando tanto en formación compacta como de todas las maneras posibles, los persas se replegaron a sus posiciones.

212 Según cuentan, en el transcurso de esos enfrentamientos que se dieron en la batalla, el monarca, que asistía a su desarrollo, saltó tres veces de su trono [1004], temeroso por la suerte de sus tropas. Así fue como se libraron los combates durante aquella jornada.

Al día siguiente, los bárbaros no tuvieron más éxito en sus ataques: como sus enemigos eran poco numerosos, se lanzaron al asalto suponiendo que estarían diezmados por las heridas y que ya no se hallarían en condiciones de ofrecer resistencia. 2 Sin embargo, los griegos estaban alineados por secciones y nacionalidades, y presentaron batalla en sus respectivos puestos, con la única excepción de los focenses (sus efectivos habían sido apostados en la montaña, para vigilar el sendero [1005]). Al comprobar, pues, que la situación no presentaba un cariz distinto al del día anterior los persas se replegaron.

Traición de Epialtes

213 Se encontraba el monarca sin saber qué hacer ante aquel problema, cuando un natural de Mélide [1006], Epialtes [1007], hijo de Euridemo, se entrevistó con él y, en la creencia de que obtendría de Jerjes una importante recompensa, le indi-

[1004] Jerjes, como hizo en Salamina (cf. VIII 88 y 90), debía de estar sentado en su trono sobre una altura. La tradición griega, influida quizá por la huida del monarca a Asia tras la derrota de su flota en Salamina, consideraba poco valiente a Jerjes. Cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 314.

[1005] La senda Anopea, mencionada en VII 175, 2, y descrita en el capítulo 216. Sobre la actuación de los focenses en su posición, cf. VII 218, 3.

[1006] Concretamente, de la ciudad de Traquis; cf. VII 214, 2.

[1007] Heródoto, que escribe en jonio, cita su nombre en ese dialecto, siendo la forma ática Efialtes, al no producirse el fenómeno de la psilosis. Sobre la actuación de Epialtes y su incidencia en el desa-

có la existencia del sendero que, a través de la montaña, conduce a las Termópilas, con lo que causó la perdición de los griegos allí apostados.

2 Posteriormente, por temor a los lacedemonios, Epialtes huyó a Tesalia [1008]; pero, pese a haberse exilado, los *Pilágoros* [1009] pusieron precio a su cabeza con ocasión de una reunión de los Anfictiones en las Termópilas [1010]. Cierto tiempo después resulta que regresó a Anticira [1011], donde fue asesinado por Aténadas, un natu-3 ral de Traquis. Por cierto que el tal Aténadas mató a Epialtes por otro motivo (motivo que explicaré en posteriores capítulos [1012]), pero no por ello dejó de ser re-

---

rrollo de la batalla de las Termópilas, cf. K. I. MERENTITIS, «῾Ο μῦθος τῆς προδοσίας τοῦ ᾿Εφιάλτου», ᾿Επιστημονικὴ ᾿Επετηρὶς ᾿Αθηνῶν 18 (1967-1968), 110 y sigs.

[1008] Es posible que se produjera durante la campaña de Leotíquidas en Grecia Central (cf. VI 72) para castigar a los Alévadas por haber apoyado a Jerjes durante la segunda guerra médica; cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 80 y sigs. En cualquier caso, la referencia temporal tiene que ser posterior a la batalla de Platea.

[1009] Recibían este nombre los representantes especialmente enviados por las ciudades que formaban parte de la Anfictionía (cf. nota VII 965), para que defendieran sus intereses ante el Consejo de los Anfictiones, compuesto por miembros permanentes designados para un período de cuatro años (los *hieromnémones*, encargados de administrar el templo de Apolo en Delfos). Cf. F. R. WÜST, «Amphiktyonie, Eidgenossenschaft, Symmachie», *Historia* 3 (1954), 129 y sigs.

[1010] La sesión de la Anfictionía pileo-délfica en las Termópilas tenía lugar en otoño. Cf. G. BUSOLT, *Griechische Staatskunde*, Munich, 1926 (= 1887), II, págs. 1219 y sigs., y V. EHRENBERG, *Der Staat der Griechen*, Leipzig, 1958, págs. 108 y sigs.

[1011] Cf. nota VII 952.

[1012] Como en I 184, 1, al aludir a un «*lógos* Asirio», que Heródoto no llega a relatar, tampoco este episodio es desarrollado a lo largo de la *Historia*. Esto hizo suponer (cf. M. POHLENZ, *Herodot*, Leipzig, 1937, pág. 163, con bibliografía, a partir de la tesis de A. KIRCHHOFF, *Über die Entstehungszeit des herodotischen Geschichtswerkes*, Berlín, 1878) que la obra del historiador quedó inconclusa. Es más probable, sin embargo, que las omisiones que se dan en su obra se deban simplemente a un descuido, o a que no las revisó en su totalidad.

compensado por los lacedemonios. Así fue como, con posterioridad a estos acontecimientos, murió Epialtes.

214 Existe, sin embargo, otra versión (que tiene su difusión [1013]), según la cual fueron Onetas de Caristo [1014], hijo de Fanágoras, y Coridalo de Anticira quienes facilitaron al rey la citada información y permitieron a los persas rodear la montaña. Pero, a mi juicio, dicha versión no merece credibilidad alguna. 2 Primero, porque hay que tener en cuenta que, en Grecia, los *Pilágoros* no pusieron precio a las cabezas de Onetas y Coridalo, sino a la de Epialtes de Traquis, y, sin duda, debían de estar informados con absoluta precisión. Por otra parte, sabemos que Epialtes huyó debido a esa acusación [1015]. 3 Es cierto que, pese a no ser natural de Mélide, Onetas podía conocer el sendero en cuestión, si había frecuentado con asiduidad la zona, pero, como fue Epialtes quien guió a los persas por el sendero que rodea la montaña, la responsabilidad se la atribuyo a él.

Maniobra envolvente de los persas por la senda Anopea

215 A Jerjes le satisfizo lo que Epialtes se comprometía a llevar a cabo y, exultante de alegría, hizo que Hidarnes, acompañado de los hombres que estaban a sus órdenes [1016], se pusiera en camino sin pérdida de tiempo, por lo que, a la hora en que se encienden las antorchas [1017], habían abandonado el campamento.

[1013] Cf. nota VII 293.

[1014] Una localidad emplazada en la costa meridional de la isla de Eubea.

[1015] La de haber indicado a los persas la existencia del sendero. Los autores posteriores son unánimes al señalar la culpabilidad de Epialtes (cf. Diodoro, XI 8; Pausanias, I 4, 2), pero es indudable que los tesalios que acompañaban a Jerjes también debían conocerlo (cf. VII 215, y Ctesias, *Persiká* 24).

[1016] Los *Inmortales*, tropas de élite.

[1017] Al atardecer. Heródoto (cf. IV 181, 3) divide el día en cuatro partes: el amanecer, la hora en que el mercado se ve concurrido, el mediodía y el atardecer.

Por cierto que el sendero en cuestión lo descubrieron los melieos del lugar, quienes hicieron partícipes de su descubrimiento a los tesalios, para que atacasen a los focenses [1018], en la época en que estos últimos, tras cerrar el desfiladero con un muro [1019], se hallaban al abrigo de la guerra; pero, desde entonces, la senda no había revestido el menor interés para los melieos.

216 El sendero a que me refiero presenta la siguiente topografía: comienza donde el río Asopo atraviesa la cadena montañosa por el desfiladero [1020] (tanto dicha montaña como la senda reciben ambas el nombre de Anopea [1021]). La senda Anopea se extiende a lo largo de la cresta de la montaña y termina a la altura de la ciudad de Alpeno [1022] (que es la primera ciudad de Lócri-

---

1018 Cf. nota VII 864.

1019 Cf., *supra,* VII 176, 3-4.

1020 Cf. VII 199 y nota VII 960. El sendero debía de ser lo suficientemente ancho y transitable como para que todo un destacamento del ejército persa (unos diez mil hombres, ya que, según dice el historiador en VII 83, esa es la cifra que integraba la guardia de los *Inmortales)* pudiera avanzar por él en un orden de marcha que no sería en fila india. Como se ha pensado que el contingente locro habría sido destacado para vigilar el desfiladero del Asopo (cf. nota VII 977), precisamente para evitar una maniobra envolvente de los persas, es posible que éstos enlazaran con el sendero por un camino de montaña que rodeaba las Rocas Traquinias, y que podría partir del río Melas, lo cual coincidiría con el testimonio de PAUSANIAS, X 22, 8 (cf. J. A. R. MUNRO, en *The Cambridge Ancient History,* Cambridge, 1926, IV, págs. 293-297). En general, sobre las diversas localizaciones propuestas para los datos topográficos del sendero (punto de partida desde el Asopo, subida, posición de los focenses y descenso hacia Alpeno), cf. W. K. PRITCHETT, «New Light on Thermopylae»..., págs. 203 y sigs.

1021 El monte Anopea (de 700 m. de altura) es la estribación occidental del monte Calidromo (cf. LIVIO, XXXVI 15; PLINIO, *Hist. Nat.* IV 28), que era el que atravesaba el sendero. Cf. P. W. WALLACE, «The Anopaia path at Thermopylai», *American Journal of Archaeology* 84 (1980), 15 y sigs.

1022 Como se dice en VII 176, 5, se trataba de una aldea, a menos de 1 km. del paso oriental del desfiladero. Sobre Lócride, cf. nota VII 626.

de, próxima a la frontera con Mélide), cerca de la roca conocida con el nombre de Melampigo y de la residencia de los Cercopes [1023], por donde, precisamente, alcanza su máxima angostura.

217 Pues bien, por ese sendero —que presenta la topografía que he descrito— fue por donde los persas, después de haber cruzado el Asopo, marcharon durante toda la noche, dejando a la derecha el macizo del Eta y a la izquierda la cadena montañosa de Traquis [1024]; y, cuando ya alboreaba el día, llegaron a la cima de la montaña. 2 En esa zona del monte estaban de guardia, como ya he indicado anteriormente [1025], mil hoplitas focenses, que custodiaban el sendero en defensa de su patria; pues el desfiladero situado al pie de la montaña lo vigilaban quienes ya he citado [1026], mientras que los

---

[1023] Los Cercopes eran dos enanos gemelos que se dedicaban a robar a los viajeros. Su madre les había prevenido para que tuviesen cuidado cuando se encontraran con un hombre *melampigo* (es decir, que tuviese las posaderas negras). Cierto día intentaron robarle a Heracles sus armas, mientras el héroe dormía al borde del camino, pero éste, al despertarse, los capturó y los ató cabeza abajo a dos palos que se cargó en los hombros. Así colgados, los Cercopes vieron que Heracles era la persona que su madre les había anunciado, ya que tenía las posaderas negras por la pelambrera que las cubría. Su reacción fue de hilaridad y Heracles acabó dejándolos en libertad (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 241-242). La roca Melampigo debía de ser una roca de tono oscuro y 6 m. de altura situada en las proximidades de Alpeno; cf. Y. Béquignon, *La vallée du Spercheios...*, pág. 239.

[1024] La afirmación de Heródoto plantea problemas de interpretación, ya que puede entenderse en el sentido de que los persas rodearon las Rocas Traquinias, remontando el curso del río Melas (cf. nota VII 1020), lo que se adecuaría a lo que aquí dice el historiador. Otra posibilidad es considerar que, con la referencia a «la cadena montañosa de Traquis», se refiere a los montes Anopea y Calidromo, mientras que el macizo del Eta aludiría a la cadena montañosa situada más al Sur.

[1025] Cf. VII 212, 2.

[1026] Es decir, el desfiladero de las Termópilas, defendido por los contingentes griegos mencionados en VII 202.

focenses se habían comprometido con Leónidas a vigilar voluntariamente el sendero que atraviesa la montaña.

218 Los focenses se percataron de que el enemigo había subido por el sendero merced a la siguiente circunstancia: la ascensión de los persas pasó inadvertida porque toda la montaña estaba llena de encinas, pero, debido a la hojarasca esparcida por el terreno que pisaban (a pesar de que el viento se hallaba en calma[1027]), sus efectivos, como era lógico, organizaban mucho ruido, por lo que los focenses se incorporaron[1028] y ciñeron sus armas en el mismo instante en que se presentaban 2 los bárbaros. Cuando los persas vieron a unos soldados que estaban ciñendo sus armas, se quedaron desconcertados, pues esperaban no encontrarse con obstáculo alguno y se toparon con un contingente armado.

Entonces Hidarnes, ante el temor de que los focenses fuesen lacedemonios, le preguntó a Epialtes de qué nacionalidad eran aquellas tropas, y, una vez informado con exactitud, alineó a los persas en formación de 3 combate. Sin embargo los focenses, en vista de la cerrada lluvia de flechas con que eran atacados, emprendieron la huida en dirección a la cima de la montaña, creyendo que el ataque iba dirigido expresamente contra ellos, y se dispusieron a morir. Esto era, en suma, lo que pensaban los focenses. Sin embargo, los persas que iban con Epialtes e Hidarnes hicieron caso omiso de ellos y empezaron a bajar por la montaña a toda velocidad.

[1027] Posiblemente las hojas se habían desprendido de los árboles a consecuencia de la tormenta que azotó la zona (cf. VII 188). Vid. J. Labarbe, «Un témoignage capital de Polyen sur la bataille des Thermopyles», *Bulletin de Correspondence Héllenique* 78 (1954), 1 y sigs.

[1028] Los focenses debían de estar, pues, dormidos. Esta actitud podría explicarse si lo que ocurría era que confiaban en que los locros, apostados en el desfiladero del Asopo (suponiendo que esa hipótesis sea cierta; cf. nota VII 1020), les avisarían en el caso de que los persas los atacaran para rodear las Termópilas.

El grueso de las tropas griegas abandona las Termópilas

219 A los griegos que se hallaban en las Termópilas el primero que les anunció que iban a morir al rayar el día fue el adivino Megistias [1029], pues lo había observado en las entrañas de las víctimas [1030]; posteriormente, hubo asimismo unos desertores [1031] que les informaron de la maniobra envolvente de los persas (esos sujetos dieron la alarma cuando todavía era de noche); mientras que, en tercer lugar, lo hicieron los vigías, que bajaron corriendo de las cumbres cuando ya alboreaba el día.

2 Los griegos, entonces, estudiaron la situación y sus pareceres discreparon: unos se negaban a abandonar la posición, en tanto que otros se oponían a ese plan. Finalmente, los efectivos griegos se separaron y mientras que unos se retiraron, dispersándose en dirección a sus respectivas ciudades, otros se mostraron dispuestos a quedarse allí con Leónidas [1032].

[1029] Cf., *infra*, VII 221.

[1030] Este tipo de hieroscopia se basaba en la creencia de que la divinidad había grabado previamente en las vísceras de los animales las respuestas que quería dar a los humanos. Todas las vísceras podían suministrar indicios, pero el hígado tenía una importancia especial, lo que permitió que se realizasen progresos en el conocimiento anatómico de este órgano, pues, para conocer la voluntad de los dioses, el adivino examinaba el aspecto de los lóbulos, de la vesícula biliar y de la vena porta.

[1031] Presumiblemente, griegos de los que figuraban entre los efectivos de Jerjes; cf. Diodoro, XI 8, 5.

[1032] Como el historiador indica en VII 222, quienes se marcharon de las Termópilas fueron todos los peloponesios (salvo los espartanos), que habían acudido con 2.800 hombres. Aunque es cierto que, en general, los griegos emprendieron la defensa contra los persas sin mucho entusiasmo (las únicas naciones verdaderamente interesadas en oponerse a Jerjes eran Atenas y Esparta), se ha pensado que Leónidas pudo haber enviado a esos efectivos para detener a Hidarnes en la senda Anopea, y que la ausencia de tradición al respecto puede deberse al fracaso de su misión; cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War and its Preliminaries...*, págs. 306 y sigs.

220 Se cuenta también que fue el propio Leónidas quien, preocupado ante la posibilidad de que perdiesen la vida, les permitió que se fueran, mientras que a él y a los espartiatas que le acompañaban el honor les impedía abandonar la posición que expresamente habían ido
2 a defender [1033]. A título personal, yo suscribo plenamente esa versión, es decir que, cuando Leónidas se percató del desánimo que reinaba entre los aliados y de su nula disposición para compartir con los lacedemonios el peligro, les ordenó que se retiraran, considerando, en cambio, que para él constituía un baldón marcharse; además, si permanecía en su puesto, dejaría una fama gloriosa de su persona y la prosperidad de Esparta no se vería aniquilada.

3 Resulta que, con ocasión de una consulta que, a propósito de aquella guerra, realizaron los espartiatas nada más estallar la misma, la respuesta que recibieron de labios de la Pitia fue que Lacedemón [1034] sería devastada por los bárbaros o que su rey moriría. Esa respuesta la dictó a los lacedemonios en versos hexámetros [1035] y rezaba así:

4 *Mirad, habitantes de la extensa Esparta,*
o bien vuestra poderosa y eximia ciudad es arrasada
por los descendientes de Perseo [1036]*, o no lo es; pero, en*
[ese caso,
la tierra de Lacedemón [1037] *llorará la muerte de un rey*
[de la estirpe de Heracles [1038].

[1033] Cf. VII 104, 5, y nota VII 517.

[1034] Cf. nota VII 19.

[1035] Cf. nota VII 671.

[1036] Cf. I 125, 3; VII 61, 3, y nota VII 327.

[1037] El héroe epónimo de Esparta. Debía de tratarse de una primitiva divinidad local, tal vez de carácter ctónico. Según la tradición (cf. PAUSANIAS, III 1, 2, y 20, 2), era hijo de Zeus y de la ninfa del monte Taigeto y esposo, a su vez, de Esparta, hija del río Eurotas.

[1038] Es decir, perteneciente al linaje de «los Heráclidas» (cf. VII 204, y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, págs. 256 y sigs.), los hijos

Pues al invasor no lo detendrá la fuerza de los toros
o de los leones, ya que posee la fuerza de Zeus. Proclamo,
en fin, que no se detendrá hasta haber devorado a una
[u otro hasta los huesos[1039].

Lo que creo, en definitiva, es que Leónidas, reflexionando sobre el contenido de ese oráculo, y con ánimo de que la gloria fuese patrimonio exclusivo de los espartiatas, permitió que los aliados se marcharan, y no que los que se retiraron lo hiciesen por su disparidad de criterios y con tamaña indisciplina.

221 Además, existe, a mi juicio, una prueba, y bastante concluyente, sobre el particular. Se trata de la siguien-

---

de Heracles y de Deyanira, cuyos descendientes acabarían conquistando el Peloponeso, acción conocida con el nombre de «retorno de los Heráclidas» (Heracles había sido hijo putativo de Anfitrión, rey de Tirinto), que se supone es una explicación etiológica de la llegada de los dorios (aunque últimamente se duda de la relación existente entre el final del mundo micénico y la «invasión» doria; cf. Z. Rubinsohn, «The Dorian invasion again», *Parola del Passato* 30 [1975], 105 y sigs., y J. Chadwick, *The Mycenaean World* = *El mundo micénico* [trad. de J. L. Melena], Madrid, 1977, págs. 242-243).

[1039] El oráculo (en el que aparece una referencia a *Leó*nidas, en la alusión a los *leon*es) anuncia la desaparición de Esparta o de su rey, porque, como Jerjes contaba entre sus filas con Demarato, el depuesto rey de la ciudad, los sacerdotes de Delfos pudieron suponer que los persas restablecerían a Demarato en el trono, una vez obtenida la victoria, con lo cual la muerte de Leónidas se convirtió en un sacrificio voluntario en aras de la salvación de su patria. Pese a que se ha negado la eficacia estratégica de la decisión de Leónidas, es indudable que su propósito de resistir en las Termópilas permitió a la flota griega replegarse ordenadamente después de la indecisa batalla del Artemisio, cosa que no hubiera sido posible si el ejército de Jerjes hubiese ocupado la posición antes de que las operaciones navales hubieran terminado (cf. H. Simpson, «Leonidas' decision», *Phoenix* 26 [1972], 1 y sigs.). En cualquier caso, es posible que el oráculo se gestase *post eventum* (en las últimas palabras del mismo puede haber una referencia a la mutilación del cadáver de Leónidas, que tuvo lugar tras la batalla; cf. VII 238).

te: es bien sabido [1040] que Leónidas, para evitar que muriese con ellos, también le pidió que se marchase al adivino que acompañaba a aquella expedición, el acarnanio Megistias (quien, según cuentan, por sus antepasados descendía de Melampo [1041]), la persona que, tras examinar las entrañas de las víctimas, les anunció la suerte que les esperaba. Sin embargo, a pesar de que tenía autorización para marcharse, él se negó a abandonarlos, si bien al único hijo que tenía, y que figuraba entre los expedicionarios [1042], le pidió que lo hiciese.

222 Los aliados que recibieron autorización para marcharse emprendieron, pues, el camino de regreso de acuerdo con las indicaciones de Leónidas, siendo los tespieos y los tebanos los únicos que permanecieron al lado de los lacedemonios. De ambos contingentes, los tebanos se quedaron a la fuerza (es decir, contra su voluntad), pues Leónidas los retenía en calidad de rehenes [1043]; en cambio, los tespieos lo hicieron con absolu-

---

[1040] Por el epitafio citado en VII 228, 3.

[1041] Un héroe natural de Pilo, en Mesenia (cf. *Odisea* XI 285 y sigs., XV 225 y sigs.; Apolodoro, I 9, 11), que, según la tradición, fue el primer médico, adivino y taumaturgo que hubo en Grecia. Cf. IX 34, para parte de su leyenda, y M. P. Nilsson, *Geschichte der gr. Religion...*, I, págs. 613 y sigs. Los naturales de Acarnania (una región montañosa de Grecia occidental) tenían fama de buenos adivinos (cf., *supra*, I 62, 4). Megistias debía de pertenecer a la corporación de los Melampódidas; cf. L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, pág. 99.

[1042] Como Heródoto no incluye a los acarnanios entre los contingentes militares que defendieron las Termópilas, es posible que hubiera ido en calidad de ayudante de su padre.

[1043] Si lo que cuenta Heródoto es cierto, Leónidas habría mantenido a los tebanos a su lado para, forzando al contingente tebano a combatir, retardar la defección de Tebas y comprometer a la ciudad ante Jerjes. No obstante, es posible que el historiador esté siguiendo en este punto una tradición antitebana, presumiblemente de origen ateniense. Según Diodoro (XI 4), Tebas decidió enviar a las Termópilas a ciudadanos hostiles a los oligarcas que regían la ciudad y favorables

ta libertad: se negaron a retirarse y a abandonar a Leónidas y a sus hombres, por lo que permanecieron en la posición, hallando la muerte junto a los espartanos. (Por cierto que al frente de los tespieos figuraba Demófilo [1044], hijo de Diádromes.)

Victoria persa

223 Entretanto, al salir el sol, Jerjes efectuó unas libaciones y, tras aguardar cierto tiempo —poco más o menos hasta la hora en que el *ágora* se ve concurrida [1045]—, inició finalmente su ataque (pues era eso precisamente lo que le había recomendado Epialtes, ya que para bajar desde la montaña se necesitaba menos tiempo, y el trecho a salvar era mucho más corto, que para subir a ella dando un rodeo [1046]).

2 Los bárbaros de Jerjes se lanzaron, pues, al asalto y, en aquellos instantes, los griegos de Leónidas, como personas que iban al encuentro de la muerte, se aventuraron, mucho más que en los primeros combates, a salir a la zona más ancha del desfiladero [1047]. Durante los días precedentes, como lo que se defendía era el muro

---

a la causa griega (la medida de enviar a adversarios políticos para que tomaran parte en una guerra era hasta cierto punto frecuente —cf. III 44, 2; Tucíd., III 75; Jenofonte, *Helénicas* III 1, 4—); cf. U. Cozzoli, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia»..., páginas 264 y sigs. Este pasaje provocó la crítica de Plutarco *(De Herodoti malignitate* 31), que acusó a Heródoto de haber calumniado a sus compatriotas.

1044 Cf. nota VII 985.

1045 Aproximadamente, entre las 9 y las 11 horas. Cf. nota VII 1017.

1046 Traduzco como hendíadis (pues la subida comportaba un rodeo, bien por el río Melas, bien por el desfiladero del Asopo) lo que en el texto griego dice «el rodeo y la subida». Los persas iniciaron el descenso hacia Alpeno cuando ya llevaban recorridos dos tercios de la extensión total de la senda Anopea.

1047 En dirección a Antela, llegando a trabar combate a más de 1 km. al O. de donde se encontraba el muro focense.

que protegía la posición, se limitaban a realizar tímidas
3 salidas y a combatir en las zonas más angostas. Pero, en aquellos momentos, trabaron combate fuera del paso y [1048] los bárbaros sufrieron cuantiosas bajas, pues, situados detrás de sus unidades, los oficiales, provistos de látigos, azotaban a todo el mundo, obligando a sus hombres a proseguir sin cesar su avance. De ahí que muchos soldados cayeran al mar, perdiendo la vida [1049], y muchísimos más perecieron al ser pisoteados vivos por sus propios camaradas; sin embargo, nadie se pre-
4 ocupaba del que sucumbía. Los griegos, como sabían que iban a morir debido a la maniobra envolvente de los persas por la montaña, desplegaron contra los bárbaros todas las energías que les quedaban con un furor temerario.

224 Llegó, finalmente, un momento en que la mayoría de ellos tenían ya sus lanzas rotas, pero siguieron matando a los persas con sus espadas. En el transcurso de esa gesta cayó Leónidas, tras un heroico comportamiento, y con él otros destacados espartiatas, cuyos nombres he conseguido averiguar, ya que fueron personajes dignos de ser recordados, y, asimismo, he logrado averiguar, en su totalidad, los nombres de los trescientos [1050].

[1048] Posiblemente el texto, que tal como se ha conservado resulta anacolútico, presenta una laguna (aunque también es posible justificar la construcción que aparece en griego «as expressing the confused nature of the fighting and the excitement of the narrator»; cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 229).

[1049] Por la profundidad y la fuerte corriente existente en el golfo de Eubea al pie de las Termópilas (cf. Pausanias, X 21, 4).

[1050] En el año 440 a. C., los restos de Leónidas fueron trasladados a Esparta y, sobre su tumba, se erigió una estela (que todavía pudo ver, seis siglos después, Pausanias, cf. III 14, 1) en la que figuraban los nombres de los trescientos espartiatas caídos en las Termópilas. Cf. R. Ball, «Herodotos' list of the Spartans who died at Thermopylai», *Museum Africum* 5 (1976), 1 y sigs.

12.

BATALLA DE LAS TERMÓPILAS (III): VICTORIA PERSA

2 Como es natural, allí también cayeron muchos persas de renombre, entre quienes, concretamente, se contaban dos hijos de Darío, Abrócomas e Hiperantes [1051], a quienes el monarca tuvo con la hija de Ártanes, Fratagune [1052]. (Ártanes era hermano del rey Darío, e hijo de Histaspes y nieto de Ársames [1053]; y, cuando le dio a Darío la mano de su hija, de paso la dotó con la totalidad de su hacienda, dado que la muchacha era su única descendencia.)

225 Como digo, allí cayeron luchando dos hermanos de Jerjes. ⟨Asimismo⟩, por el cadáver de Leónidas se suscitó una encarnizada pugna entre persas y lacedemonios, hasta que los griegos, merced a su valentía, lograron hacerse con él y en cuatro ocasiones obligaron a retroceder a sus adversarios.

Esa fase de la batalla se prolongó hasta que se pre- 2 sentaron los persas que iban con Epialtes; pues, cuando los griegos se percataron de que dichos efectivos habían llegado, la lucha cambió radicalmente de aspecto: los griegos se batieron en retirada hacia la zona más estrecha del paso [1054] y, después de rebasar el muro, fueron a apostarse sobre la colina todos ellos juntos a excepción de los tebanos [1055]. (La colina está a la entrada [1056], donde en la actualidad se alza el león de már-

---

[1051] Dos nombres helenizados (Abrócomas, del griego *Abrokómēs*, es un compuesto bitemático que significa «el de lindos cabellos», mientras que Hiperantes, del griego *Hyperánthēs*, significa «el de esplendorosa lozanía»). Es posible que Heródoto esté siguiendo en este punto alguna fuente literaria.

[1052] La sexta esposa del monarca. Cf. nota VII 15.

[1053] Para los ascendientes de Darío, cf. nota VII 99. Sobre el clan de los Aqueménidas hasta Artajerjes I, vid. H. Stein, *Herodotos. Buch VII...*, cuadro desplegable entre págs. 24-25.

[1054] Es decir, se replegaron en dirección este.

[1055] Cf., *infra*, VII 233.

[1056] Con el sustantivo «colina» se emplea el artículo determinado, porque se trataba de una colina famosa, conocida por todos los

mol erigido en honor de Leónidas[1057].) En dicho lugar 3 se defendían con sus dagas quienes tenían la suerte de conservarlas todavía en su poder, y hasta con las manos y los dientes, cuando los bárbaros los sepultaron bajo una lluvia de proyectiles, ya que unos se lanzaron en su persecución y, tras demoler el muro que protegía la posición, los hostigaban de frente, mientras que otros, después de la maniobra envolvente, los acosaban por todas partes.

Los griegos más destacados. Diéneces

226 Pese a que tal fue el comportamiento de lacedemonios y tespieos, se asegura, sin embargo, que el guerrero más destacado fue el espartiata Diéneces. Según cuentan, ese sujeto pronunció, antes de que los griegos trabaran combate con los medos, la siguiente frase: le oyó decir a un traquinio que, cuando los bárbaros disparaban sus arcos, tapaban el sol debido a la cantidad de sus flechas (tan elevado era su número[1058]); pero él, sin inmutarse ni conceder la 2 menor importancia al enorme potencial de los medos, contestó diciendo que la noticia que les daba el amigo traquinio era francamente buena, teniendo en cuenta que, si los medos tapaban el sol, combatirían con el enemigo a la sombra y no a pleno sol[1059]. Esta frase y

---

contemporáneos de Heródoto, situada en la entrada oriental del desfiladero, a unos 200 m. del «muro focense».

[1057] El león (símbolo del poder real [cf. I 84, 3; V 92 β, 3; VI 131, 2] y alusivo al nombre de Leónidas) no se ha conservado. Sobre su emplazamiento, cf. S. Marinatos, en *American Journal of Archaeology* 43 (1939), 699-700.

[1058] Sobre la destreza de los persas en el manejo del arco, con el que eran adiestrados desde niños, cf., *supra*, I 136, 2 y III 35, 3; Platón, *Alcibíades I* 121d; Jenofonte, *Ciropedia* I 1. Vid., asimismo, nota VI 568, y R. Merkelbach, «Zwei Bilder aus der Sprache der Reiternomaden», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 19 (1975), 203 y sigs.

[1059] Mediante esta respuesta se pone de relieve el carácter «lacó-

otras del mismo tenor son, según cuentan, las muestras que el lacedemonio Diéneces ha dejado de su personalidad.

227 Quienes más destacaron tras él fueron, según dicen, dos hermanos lacedemonios, Alfeo y Marón [1060], hijos de Orsifanto. Y, por lo que se refiere a los tespieos, quien más sobresalió fue un sujeto cuyo nombre era Ditirambo, hijo de Harmátides.

228 *Epitafios en honor de los caídos*

Los griegos fueron sepultados en el mismo lugar en que cayeron, al igual que quienes murieron antes de que se retiraran los que habían sido autorizados a ello por Leónidas [1061], y sobre sus tumbas figura grabada una inscripción que reza así:

Aquí lucharon cierto día, contra tres millones [1062], *cuatro mil hombres* [1063] *venidos del Peloponeso.*

2 Como digo, esta inscripción hace referencia a la totalidad de los caídos, mientras que a los espartiatas en particular se refiere esta otra:

---

nico» de los lacedemonios, que era proverbial; cf., *supra,* V 49, 9, y PLUTARCO, *Moralia* 866, que narra también este episodio.

[1060] Según PAUSANIAS (III 12, 9), eran gemelos y en su honor se erigió un santuario. Como no superaron en valor a Diéneces, del que no tenemos noticias sobre que fuera objeto de algún tipo de culto, se ha supuesto que, aparte de por su arrojo militar, fueron venerados precisamente por ser gemelos, ya que en la Antigüedad los gemelos eran considerados seres dotados de poderes sobrenaturales y naturaleza divina. Cf. S. MARINATOS, «The twins of Thermopylae», Ἀρχαιολογικὰ Ἀνάλεκτα ἐξ Ἀθηνῶν 2 (1969), 267-268.

[1061] Cf. VII 220, y nota VII 1032.

[1062] La cifra aparece redondeada poéticamente (cf. VII 184-185). Sobre el número real, cf. nota VII 315.

[1063] Como, en VIII 25, 2, el historiador considera, asimismo, que ese fue el número de griegos caídos en las Termópilas, es posible que fuera influido, a este respecto, por la afirmación del epigrama, ya que, según indica en VII 222, con los trescientos espartanos (cf., no obstante, nota VII 971) sólo se quedaron los 700 tespieos y los 400 tebanos.

Caminante, informa a los lacedemonios que aquí yacemos por haber obedecido sus mandatos [1064].

Este epitafio, repito, se refiere a los lacedemonios, 3 y al adivino este otro:

Éste es el sepulcro del célebre Megistias (a quien cierto [día
mataron los medos, después de atravesar el río Esper- [queo),
un adivino que, aunque bien sabía que en aquellos mo- [mentos las Keres [1065] *acechaban,*
se negó a abandonar a los adalides [1066] *de Esparta.*

Quienes honraron a los caídos con epitafios y este- 4 las —salvedad hecha del epitafio en honor del adivino— fueron, concretamente, los Anfictiones [1067], mientras que el del adivino Megistias fue Simónides [1068], hijo de Leó-

---

[1064] El epigrama lo tradujo al latín CICERÓN *(Tuscul.* I 42, 101):

Dic, hospes, Spartae nos te hic vidisse iacentes,
dum sanctis patriae legibus obsequimur.

[1065] Las *Keres* eran unos espíritus sobrenaturales que, en los campos de batalla, remataban a los caídos (cf. *Ilíada* XXIII 78; HESÍODO, *Teogonía* 211). Posteriormente, pasaron a ser identificadas con la Muerte misma.

[1066] O, según la lectura propuesta por Stein, «al caudillo de Esparta»; es decir, a Leónidas.

[1067] Cf. notas V 287 y VII 965.

[1068] Se trata de Simónides de Ceos, poeta cortesano que vivió de 556 a 467 a. C. Exponente, con Píndaro y Baquílides, de la oda coral (aunque alcanzó gran fama en la Antigüedad con los epigramas epitáficos que se le atribuían), fue posiblemente el creador del epinicio como forma artística. Sobre el conocimiento y manejo de los poetas arcaicos por parte de Heródoto, cf. nota VI 257, y H. VERDIN, «Les remarques critiques d'Hérodote et de Thucydide sur la poésie en tant que source historique», en *Historiographia antiqua. Commentationes Lovaniensis in honorem W. Peremans,* Lovaina, 1977, págs. 53 y sigs.

prepes, quien mandó grabarlo [1069], por los vínculos de hospitalidad que con él le unían.

229 *Espartanos supervivientes* Por cierto que, según cuentan, dos de los trescientos espartiatas, Éurito y Aristodemo, podían —si ambos se hubiesen puesto de común acuerdo— haberse salvado, volviendo juntos a Esparta (pues habían sido autorizados por Leónidas a abandonar el campamento y se hallaban en Alpeno aquejados de una grave dolencia ocular [1070]), o bien —si es que no querían regresar a su patria— haber muerto con sus camaradas. Esos dos sujetos, insisto, podían haber adoptado una u otra determinación, pero no acertaron a llegar a un acuerdo; es más, su decisión fue bien distinta: mientras que Éurito, al enterarse de la maniobra envolvente de los persas, pidió sus armas, se las puso y ordenó a su hilota [1071] que lo llevase al campo de ba-

---

[1069] Los tres epigramas citados en este capítulo se atribuían a Simónides (cf. *Antología Palatina,* VII 248-249; y K. I. MERENTITIS, en 'Επιστημονική 'Επετηρίς 24 [1973-1974], 729 y sigs.). La diferencia que establece Heródoto, al margen de la autoría, es la de quiénes corrieron con los gastos de grabación y erección de la estela.

[1070] Las oftalmias debían de abundar en la zona pantanosa de la desembocadura del Esperqueo. Posteriormente, este tipo de dolencia acabó convirtiéndose en una excusa tópica para desertar (cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 192).

[1071] Los hilotas (que acompañaban a los espartiatas —cada uno tenía un hilota a su exclusivo servicio— en las expediciones militares, llevándoles la armadura y los bagajes —cf., *infra,* IX 10; JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 14—) ocupaban una posición muy inferior a la de los periecos (cf. nota VII 1087). Estaban adscritos a la gleba y eran una propiedad del Estado, formando parte integrante de los bienes rurales de los espartiatas, cuyas tierras tenían que cultivar y entregarles, además, un canon prefijado de su cosecha anual. Cf. J. ÖHLER, s.v. *Heloten,* en *RE,* 8, 1 (1912), cols. 203 y sigs.; y J. DUCAT, «Aspects de l'hilotisme», *Ancient Society* 9 (1978), 5 y sigs. Cuanto mayor era su superioridad numérica con respecto a los espartiatas, tanto más crecía la desconfianza y crueldad con que éstos los trataban, hasta el punto de que existía una institución (la *criptía,* una policía «secreta») organi-

talla (cuando lo hubo conducido hasta allí, su guía se dio a la fuga, pero él se lanzó a la refriega, perdiendo la vida), Aristodemo, por su parte, se acobardó y se quedó donde estaba [1072].

2 Pues bien, si Aristodemo hubiese retornado a Esparta por haber padecido la enfermedad él solo, o si hubieran regresado los dos juntos, soy de la opinión de que los espartiatas no habrían manifestado indignación alguna hacia ellos [1073]. Pero el caso es que, como uno de ellos había muerto y el otro, pese a encontrarse en la misma situación [1074], no había querido perder la vida, los espartiatas no tuvieron más remedio que irritarse mucho con Aristodemo.

230 Unos, en definitiva, pretenden que así —esgrimiendo dicho pretexto— fue como Aristodemo se salvó, regresando a Esparta. Otros, en cambio, aseguran que recibió el encargo de llevar un mensaje fuera del campamento y que tuvo la oportunidad de tomar parte en la batalla que se estaba librando, pero no quiso hacerlo, sino que se entretuvo en el camino para conservar la vida, en tanto que su compañero de misión llegó a tiempo para la batalla y encontró la muerte.

231 A su regreso a Lacedemón, Aristodemo sufrió deshonra y humillación. Las muestras de discriminación que tuvo que soportar eran las siguientes: ningún es-

---

zada, a propósito, para la persecución y el exterminio de los hilotas. Cf. H. Jean Maire, «La cryptie lacédémonienne», *Revue des Études Grecques* 26 (1913), 121 y sigs., y P. Oliva, «Die Helotenfrage in der Geschichte Spartas», en *Die Rolle der Volksmassen in der Geschichte der Vorkapital*, Berlín, 1975, págs. 109 y sigs.

[1072] O bien, «y conservó la vida».

[1073] Hacia Aristodemo por su cobardía. Hacia Éurito por haber propiciado, al cometer un acto temerario, la negativa de Aristodemo a compartir su suerte.

[1074] Literalmente, «que podía esgrimir el mismo pretexto» (es decir, un pretexto que Éurito podía haber aducido, pero que no había querido alegar).

partiata le daba fuego ni le dirigía la palabra [1075], y las muestras de desprecio consistían en que se le apodaba Aristodemo «el Temblón» [1076]. Sin embargo, en la batalla de Platea reparó por completo la falta que se le imputaba [1077].

232 Según cuentan, hubo asimismo otro espartiata, integrante del contingente de trescientos (su nombre era Pantitas), que recibió el encargo de llevar un mensaje a Tesalia y conservó la vida. Sin embargo, cuando ese sujeto regresó a Esparta, ante la discriminación que sufría, se ahorcó.

Cobardía de los tebanos

233 Por su parte los tebanos, a cuyo frente se hallaba Leontíadas, mientras estuvieron entre las filas de los griegos, lucharon —aunque fuese prácticamente a la fuerza [1078]— contra los efectivos del rey. Pero, cuando vieron que la situación tomaba un cariz netamente favorable para los persas, aprovecharon el preciso instante en que los griegos que estaban con Leónidas se replegaban a toda prisa hacia la colina para separarse de ellos y aproximarse a los bárbaros con las manos extendidas [1079], alegando la pura verdad: que eran partidarios de los medos, que habían sido de los primeros [1080] en entregarle al rey la tierra

[1075] Es decir que Aristodemo era excluido de cualquier participación en la vida ciudadana (cf. CICERÓN, *De Off.* I 52: «pati de igne ignem capere», como muestra de mala vecindad). Vid. JENOFONTE, *Const. de los lacedemonios* IX 3-6, sobre la miserable vida que llevaba el espartano que había incurrido en cobardía.

[1076] Para la generalización de este apodo aplicado a los cobardes, cf. PLUTARCO, *Agesilao* 30.

[1077] Cf., *infra*, IX 71.

[1078] Cf., sin embargo, nota VII 1043.

[1079] Esta actitud era propia de los suplicantes, de las personas que se acogían a la protección de alguien. En este caso equivale a la rendición.

[1080] Cf. VII 132, 1.

y el agua [1081], que habían acudido a las Termópilas prácticamente a la fuerza y que no eran responsables del revés que había sufrido el monarca. Estas explicaciones les permitieron salvarse, pues contaban con el testimonio de los tesalios [1082] para confirmarlas. Sin embargo, no les salió —ni mucho menos— todo bien: cuando, al pasarse al enemigo, los capturaron los bárbaros, éstos llegaron a matar a algunos a medida que se iban aproximando y, a instancias de Jerjes, marcaron a la mayoría de ellos con los estigmas reales [1083], empezando por su general, Leontíadas (a su hijo Eurímaco lo asesinaron, tiempo después, los plateos, cuando, al frente de cuatrocientos tebanos, se apoderó de la ciudadela de Platea [1084]). 2

Ante Jerjes, Demarato y Aquémenes propugnan estrategias diferentes

234 Así fue, en suma, como contendieron los griegos en las Termópilas. Entretanto, Jerjes mandó llamar a Demarato y empezó por preguntarle lo siguiente: «Demarato, eres un hombre de bien. Y a la realidad de los hechos me remito, ya que todo ha sucedido tal como dijiste [1085]. Dime, pues, en estos momentos cuántos son los lacedemonios

---

[1081] Cf. nota VII 197.

[1082] Cf. VII 174.

[1083] Unas marcas hechas con hierros al rojo vivo que se practicaban en la frente de los esclavos (cf. VII 35; Aristófanes, *Aves* 760; Plutarco, *Pericles* 26, y *Nicias* 29). Este trato infligido a los tebanos puede explicarse por lo apuntado en nota VII 1043.

[1084] Hecho que tuvo lugar en primavera (más concretamente, en marzo o abril) del año 431 a. C., constituyendo la causa próxima del estallido de la guerra del Peloponeso; cf. D. Kagan, *The Archidamian War*, Londres, 1974, págs. 43 y sigs. Tucídides, que, en II 2-6, facilita un pormenorizado relato del ataque tebano a Platea, señala que los tebanos atacantes eran trescientos y que su jefe no fue Eurímaco (aunque fue quien planeó el golpe de mano), sino los beotarcas Pitangelo y Diemporo.

[1085] Cf. VII 102, 2-3; 104, 4-5; 209, 3-5.

que quedan y, entre ellos, cuántos poseen, en el terreno militar, las mismas cualidades que los aquí caídos, o si son todos iguales a éstos.»

2 «Majestad —respondió Demarato—, el número de los lacedemonios es, en total, elevado, y también lo es el de sus ciudades; sin embargo, vas a saber lo que quieres averiguar. En Lacedemonia hay una ciudad —Esparta— con unos ocho mil hombres [1086] aproximadamente. Todos ellos son iguales a los que aquí han combatido. Los otros lacedemonios [1087], desde luego, no pueden compararseles, pero también poseen valor.»

3 Ante estas manifestaciones, Jerjes replicó: «Demarato, ¿de qué modo podremos imponernos a esos individuos con el menor esfuerzo posible? ¡Vamos, explícamelo! Pues, dado que fuiste su rey, tienes que conocer las líneas maestras de sus planes.»

235 Entonces Demarato le respondió: «Majestad, teniendo en cuenta el profundo interés con que me planteas el caso, es de justicia que te revele la estrategia más

---

[1086] Esta estimación viene a coincidir con la tradición según la cual Licurgo dividió el territorio de Esparta en nueve mil lotes inalienables que donó a los espartiatas (cf. Plutarco, *Licurgo* 8). No obstante, el número de ciudadanos que gozaban de plenitud de derechos políticos no dejó de disminuir con el tiempo, debido a las guerras y al reducido índice de natalidad que había en Esparta. En Platea (cf. IX 10, 1, y 28, 2) lucharon cinco mil espartiatas, pero en el año 371 a. C. parece ser que su número no superaba los mil quinientos (cf. Jenofonte, *Helénicas* IV 1, 1; *Agesilao* II 24), y en tiempos de Aristóteles la cifra total de espartiatas rondaba el millar (cf. *Política* II 9).

[1087] Se trata de los periecos, que aportaban al ejército tantos efectivos como hoplitas espartiatas había (cf. IX 11, 3; 28, 2). Eran los descendientes de las antiguas poblaciones predorias. Pese a gozar de libertad, eran ciudadanos de rango inferior al de los espartiatas. Vivían en comunidades autónomas supeditadas a los ciudadanos de pleno derecho y a su cargo estaba el ejercicio de la artesanía y el comercio, aunque no podían ocupar cargos destacados en el ejército. Cf. F. Hampl, «Die lakedaimonischen Periöken», *Hermes* 72 (1937), págs. 1 y sigs.

idónea: deberías enviar trescientas naves de tu fuerza naval contra Laconia. En las proximidades de su costa se halla situada una isla, cuyo nombre es Citera [1088], a propósito de la cual Quilón, uno de los personajes más sabios que ha habido en nuestro pueblo [1089], dijo que más les valdría a los espartiatas que estuviese sumergida en el mar y no que emergiese, pues en todo momento abrigó el temor de que dicha isla pudiese servir para una operación como la que voy a indicarte (no porque hubiera previsto, ni mucho menos, tu expedición, sino ante el miedo que le inspiraba cualquier expedición enemiga, fuese la que fuese [1090]). Tomando como base de operaciones la citada isla, que tus fuerzas inquieten a los lacedemonios; pues, si se encuentran, en las proximidades de su territorio, con una guerra que amenace su patria, dejará de constituir para ti un peligro la posibilidad de que, cuando el resto de Grecia sea conquistada por tus efectivos terrestres, acudan ellos en su ayu-

2

3

[1088] Isla situada a unos 10 km. al S. de la extremidad sudeste del Peloponeso y que los espartanos habían arrebatado a los argivos (cf. I 82). Allí se alzaba el templo más antiguo de Grecia consagrado a Afrodita, de donde su epíteto de *Kythéreia* (cf. *Odisea* VIII 288).

[1089] Quilón fue éforo de Esparta hacia 556/555 a. C. (cf. PLATÓN, *Protágoras* 343a, y V. EHRENBERG, *Neugründer des Staates*, Munich, 1925, págs. 7-54). Pasaba por haber sido uno de los «Siete Sabios», personajes más o menos legendarios que vivieron en los siglos VII y VI a. C., y que prestaron notables servicios a las comunidades griegas de que formaban parte como jueces, legisladores, etc. (para los testimonios que se les atribuían, cf. H. DIELS, W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker...*, I, págs. 61-66).

[1090] Los temores de Quilón se verían confirmados años después. Tólmidas ocupó temporalmente la isla en el año 455 para devastar las costas de Laconia (cf. PAUSANIAS, I 27, 5; G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 325 y sigs.), hecho que volvió a repetirse en plena guerra del Peloponeso, en el año 424 (cf. TUCÍD., IV 52-53). El que Heródoto no mencione este incidente puede ser un indicio para suponer que en ese año ya había muerto (vid., con todo, CH. FORNARA, «Evidence for the date of Herodotus' publication», *Journal of Hellenic Studies* 91 [1971], 25 y sigs.).

da. Y, una vez sojuzgado el resto de Grecia, Laconia se
4 verá sola y sin fuerzas para proseguir la lucha. Ahora bien, si no sigues mis indicaciones, prepárate a enfrentarte con lo siguiente: en el Peloponeso hay un estrecho istmo; en dicho paraje [1091], cuando todos los peloponesos se hayan coligado contra ti, prepárate a enfrentarte con nuevas batallas, más encarnizadas que las que se han desarrollado. En cambio, si haces lo que te he dicho, tanto el istmo a que me refiero como las ciudades se te rendirán sin necesidad de combatir.»

236 Tras la intervención de Demarato, Aquémenes [1092], que era hermano de Jerjes y jefe de la fuerza naval —y que había asistido a la conversación—, ante el temor de que el monarca se dejase convencer y pusiera en práctica aquel plan, dijo: «Majestad, veo que estás prestando oídos a las sugerencias de un sujeto que envidia tus triunfos o que hasta es posible que esté traicionando tus intereses, pues no hay duda de que los griegos disfrutan con semejante conducta: envidian el éxito ajeno
2 y odian lo que descuella [1093]. Si, tras los recientes contratiempos, que han supuesto el naufragio de cuatrocientas naves, privas a la flota de otras trescientas, para enviarlas a costear el Peloponeso, nuestros enemigos van a estar en condiciones de hacerte frente. En cambio, si la fuerza naval permanece agrupada, para ellos va a resultar difícil poder atacarla y, desde luego, no estarán en condiciones de hacerte frente; además, la flota entera podrá apoyar al ejército, y el ejército a la flota, si su avance es combinado, pero, si divides tus fuerzas, tú no podrás prestar ayuda a ese contingente naval, ni

---

[1091] En el istmo de Corinto, donde los peloponesios pensaban organizar la defensa en última instancia; cf. Ch. Kardara, «The Isthmian Wall»..., págs. 85 y sigs.

[1092] Cf. nota VII 424.

[1093] Sobre la consideración que de los griegos tenían los persas, cf. VII 103, 2, y nota VII 510.

dicho contingente podrá hacer lo propio contigo[1094]. Disponte, por el contrario, a velar por tus propios asuntos y a no preocuparte por la situación de nuestros adversarios, es decir, dónde piensan presentar batalla, cuál será su estrategia o de cuántos efectivos disponen. Ellos están perfectamente capacitados por sí solos para ocuparse de sus propios problemas, como nosotros de los nuestros. Por otra parte, si los lacedemonios se enfrentan a los persas en el campo de batalla, no podrán remediar su descalabro de ahora.» 3

Jerjes le respondió en los siguientes términos: «Aquémenes, me parece que tienes razón y voy a hacer lo que dices. Pero Demarato manifiesta lo que, a su juicio, más redunda en mi provecho, aunque haya sido tu plan el que ha prevalecido. Sea como fuere, no puedo admitir, bajo ningún concepto, la afirmación de que no favorece mis intereses, a juzgar por las opiniones que hasta la fecha ha expresado[1095] y por lo que ocurre en la realidad: un individuo puede envidiar los triunfos de un conciudadano suyo y mostrar su hostilidad con su silencio; es más, si su compatriota le pidiera su parecer, él no le daría el consejo que, en su opinión, resultase más idóneo (a menos que su grado de rectitud haya alcanzado elevadas cotas, y son escasas las personas con esa cualidad). Sin embargo, una persona acoge con la mayor simpatía del mundo los éxitos de otra con la que mantenga vínculos de hospitalidad, y, si esta última le 237 2 3

[1094] Las palabras de Aquémenes se explican porque toda la estrategia persa durante la segunda guerra médica estaba trazada con arreglo a una actuación conjunta del ejército y de la flota. Además, la derrota que sufrieron los persas en Maratón, en 490, y que se debió, en gran parte, a la dispersión de las fuerzas persas (cf. nota VI 569), pudo haber influido en la oposición de Aquémenes al plan propuesto por Demarato.

[1095] Además de las diversas intervenciones de Demarato ante Jerjes en el curso de la expedición, por el consejo que brindó al monarca para poder suceder a su padre Darío (cf. VII 3, 2-4).

pidiera su parecer, le facilitaría el mejor consejo posible. En consecuencia, ordeno que, en lo sucesivo, todo el mundo se abstenga de calumniar a Demarato, que es huésped mío[1096].»

238 *Profanación del cadáver de Leónidas*

Dicho esto, Jerjes pasó por entre los cadáveres[1097], y, como había oído decir que Leónidas era el rey y el caudillo de los lacedemonios, mandó que le cortaran la cabeza y que la clavasen a un 2 palo. Para mí resulta evidente, por otras muchas pruebas y en especial por ésta concretamente, que, de entre todos los seres humanos, Leónidas, mientras se hallaba con vida, fue la persona con quien más se irritó el rey Jerjes, pues, de lo contrario, jamás hubiese ordenado ultrajar su cadáver de esa manera, ya que los persas son, que yo sepa, las personas que más suelen honrar a los soldados valerosos[1098]. Como es natural, quienes habían recibido la orden de hacerlo cumplieron su cometido.

239 *Alusión a un mensaje secreto enviado a Grecia por Demarato antes de la guerra*

Pero voy a volver a un punto de mi relato en el que antes quedó omitido un detalle[1099].

Los lacedemonios fueron los primeros en tener noticias de que el rey se disponía a atacar Grecia (de ahí que despacharan consultores al oráculo de Delfos, donde re-

---

[1096] Es decir, amigo íntimo. Cf. nota V 333.

[1097] El monarca, pues, recorrió el escenario de la batalla que acababa de concluir victoriosamente para sus fuerzas.

[1098] Cf., *supra*, I 136, 1. Para casos similares de ensañamiento con los cadáveres de sus adversarios por parte de los persas, vid. Jenofonte, *Anábasis* I 10, 1; III 1, 17; Plutarco, *Craso* 32.

[1099] Este capítulo es considerado por la mayoría de los críticos como una interpolación, ya que, lingüísticamente, aparecen una serie de términos no herodoteos, y porque, formalmente, el episodio relatado tuvo lugar, de ser histórico, hacia 484 a. C., cuando Jerjes, todavía en Susa, decidió emprender la expedición contra Grecia (cf. VII 18),

cibieron el vaticinio que cité hace escasos capítulos [1100]. Y tuvieron noticias de ello de una manera singular. Demarato, hijo de Aristón [1101], había buscado asilo en- 2 tre los medos y, en mi opinión (la lógica, por otra parte, abona mi suposición), no sentía simpatías hacia los lacedemonios [1102], por lo que cabe preguntarse si su gesto se debió a razones de simpatía o si lo hizo con un propósito mordaz.

Resulta que, cuando Jerjes decidió llevar a cabo su expedición contra Grecia, Demarato, que se encontraba en Susa, se enteró de lo que se proponía y quiso informar a los lacedemonios. El caso es que no podía aler- 3 tarlos así como así (pues corría el peligro de que lo pillasen), por lo que se le ocurrió la siguiente idea: cogió una tablilla de doble hoja [1103], le raspó la cera y, acto seguido, puso por escrito, en la superficie de madera de la tablilla, los planes del monarca; hecho lo cual, volvió a recubrirla con cera derretida, tapando el mensaje,

---

por lo que no constituye el tránsito adecuado para conectar los libros VII y VIII de la *Historia* (cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 234: «it appears highly probable that some part of the text connecting Books VII and VIII was early lost, and into the gap this chapter was thrust by an interpolator. Even if it be a genuine fragment it is misplaced here»). Con todo, no hay que olvidar que, con relativa frecuencia, Heródoto no agrupa los hechos atendiendo a criterios cronológicos, sino dramáticos.

[1100] Cf. VII 220, 4.

[1101] La fecha tradicional del reinado en Esparta de Aristón (que fue colega de Anaxándridas, el padre de Cleómenes I) abarca desde 550 hasta 515 a. C. (o, tal vez, 510) aproximadamente; cf. I 67, 1, y E. J. Bickermann, *Chronology of the Ancient World...*, pág. 156.

[1102] Porque, por las intrigas de Cleómenes y Leotíquidas (cf. VI 64 y sigs.), había sido destronado en 491 a. C. Cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 2, pág. 70.

[1103] Solían ser de madera de nogal y se utilizaban sobre todo con fines pedagógicos. Cf. J. Bowen, *A History of Western Education = Historia de la educación occidental* [trad. de J. Estruch], Barcelona, 1976, I, págs. 97 y sigs.

a fin de que el transporte de la tablilla, al estar en blanco, no ocasionase el menor contratiempo ante los cuer-
4 pos de guardia apostados en el camino [1104]. Cuando la tablilla llegó definitivamente a Lacedemonia, los lacedemonios no acertaban a dar con una explicación, hasta que, según tengo entendido, al fin Gorgo, la hija de Cleómenes y esposa de Leónidas, comprendió por sí misma la treta y les sugirió que raspasen la cera, porque encontrarían —les indicó— un mensaje grabado en la madera. Ellos, entonces, siguieron sus indicaciones y pudieron descubrir y leer el mensaje, por lo que, acto seguido, informaron de su contenido a los demás griegos. Así es, en definitiva, como, según cuentan, sucedieron estos hechos.

[1104] Posiblemente se refiere a las guarniciones que custodiaban los enclaves más importantes de la «ruta real», que unía Susa con Sardes (cf. VI 52, y mapa 2 correspondiente a los libros V-VI de la presente traducción). Para otras precauciones adoptadas para enviar un mensaje, cf., *supra,* I 123 y V 35.

APÉNDICES

I

El libro VII. — Tras la digresión sobre las campañas de Milcíades contra Paros y Lemnos, que abarca los capítulos 132-140 del libro VI, el historiador reemprende el hilo de la narración, interrumpida en VI 120. Pese a que Heródoto es, con Homero, el mejor exponente, en la literatura griega arcaica, de lo que se suele denominar «composición abierta», es decir, aquella que no opera rectilíneamente en los detalles narrativos, sino que intercala digresiones, retardaciones, etc., en el argumento central (en la *Historia,* aparte de novelas y fábulas, aparecen 28 *lógoi,* o narraciones geográfico-histórico-etnográficas), parte de la crítica analítica —concretamente, la partidaria del orden regresivo en la composición de la obra herodotea— consideraba que, entre los libros VI y VII, se produce una ruptura, motivada porque los tres últimos libros fueron los primeros en ser compuestos. No obstante, la hipótesis del orden inverso, que fue desarrollada fundamentalmente por la crítica inglesa, no se admite en la actualidad, cf. F. Jacoby, «Herodotos», *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft,* supl. II, Stuttgart, 1913, cols. 360 y sigs. (Una sucinta exposición acerca de la composición de la *Historia* puede verse en el vol. I, págs. 33 y sigs. de la Introducción de F. Rodríguez Adrados a la presente traducción.) Es cierto, con todo, que el comienzo del libro VII presenta un ritmo más vivo que otras partes de la obra, como ya apuntó A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques,* París, 1894, págs. 276-277 («En quelques lignes l'historien résume les dernières années de Darius, ses projets de campagne contre la Grèce, la révolte de l'Égypte. Avant de réprimer les rebelles, Darius désigne Xerxès pour son successeur; puis il meurt, et aussitôt Xerxès reprend les projets de son

père. L'Égypte réclame d'abord son attention; mais Hérodote n'indique que par un mot la soumission du pays révolté: on dirait qu'il a hâte de nous introduire à la cour de Suse, dans le conseil royal, où de grandes résolutions vont être prises... Nulle part ailleurs Hérodote n'avait avec autant d'art concentré sur un point tout l'intérêt de son histoire»), pero ello es debido a que, con dicho libro, comienza, precisamente, el último —pero, al tiempo, el más crucial— acto del enfrentamiento entre griegos y bárbaros, cuya narración constituía el objetivo fundamental de la *Historia*, como el propio Heródoto nos dice en su Proemio.

II

Sublevación de Egipto. — Estamos insuficientemente informados sobre las causas y pormenores de este levantamiento (cf. E. Bresciani, «La satrapia d'Egitto», *Studi Classici e Orientali* 7 [1958], 132 y sigs.). Sabemos que la política de Darío fue de aceptación de las costumbres egipcias —la política aqueménida fue, por lo regular, muy tolerante con los países sometidos—. En principio, el monarca persa se limitó a aceptar el derecho indígena vigente hasta el año 44 de Amasis (es decir, hasta el final de su reinado), encargando a una comisión de prohombres egipcios que redactasen un informe sobre las leyes del país, para que, una vez recopiladas, se redactasen en arameo y demótico, a fin de poner a disposición de los funcionarios del gobierno, y sobre todo del sátrapa, un código en la lengua administrativa del imperio (cf. W. Spiegelberg, *Die sogenannte demotische Chronik des Papyrus 215 der Bibliothèque Nationale zu Paris*, Leipzig, 1914, págs. 30 y sigs., y E. Meyer, *Ägyptische Dokumente aus der Perserzeit*, Berlín, 1915, vol. II, págs. 304 y sigs.). Por la inscripción de *Udjahorresne* (sobre este egipcio, cf., *supra*, nota III 13, y vid. G. Posener, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936, págs. 1-26) sabemos que Darío encargó a dicho personaje el restablecimiento, «después de la ruina» (ruina producida tal vez durante la conquista del país por Cambises), de las «casas de la vida» (es decir, las instituciones de instrucción superior ligadas a los santuarios; cf. A. H. Gardiner, «The House of Life», *Journal of Egyptian Archaeology* 24 [1938], 157 y sigs.), considerando que no podía menospreciar el apoyo de los sacerdotes si quería obtener una duradera y pacífica sumisión de Egipto. Precisamente, su actitud benevolente, los reconocimien-

tos al culto egipcio y la protección concedida al sacerdocio (la construcción de un nuevo templo en honor de Amón en el oasis de *El Kharga* y la dotación de rentas para el mismo debieron de costar sumas ingentes; cf. E. Winlock Davies, *The Temple of Tibis in El Khargeh*, Nueva York, 1941, y C. M. Zivie, «Les temples de l'Oasis meridionale», *Archéologia* 110 [1977], 30 y sigs.) le valieron el favor de la clase sacerdotal y, en consecuencia, de todo el país.

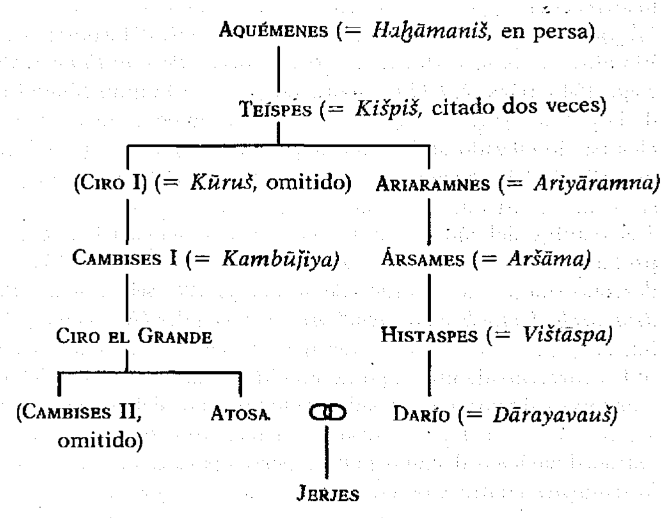
Cabe preguntarse, pues, por qué se sublevó Egipto en 486, poco antes de la muerte de Darío (es muy problemático intentar establecer una relación entre la derrota persa en Maratón y la insurrección egipcia; cf. D. Mallet, *Les rapports des Grecs avec l'Égypte, de la conquête de Cambyses (525) à celle d'Alexandre [332]*, El Cairo, 1922). A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 227-229, supone que, pese a la gran liberalidad de la política persa en Egipto, habría descontento entre los egipcios por lo elevado de las sumas que tenían que tributar (cf., *supra*, III 91, 2-3), quejándose, entre otras cosas, de que Persépolis se había construido con dinero egipcio (cf. Diodoro, I 46, 4). El 5 de octubre del año 486 un tal *Khnumemakhet* escribió al sátrapa Feréndatas (el sustituto de Ariandes; cf., *supra*, IV 166) una desconcertante carta desde Elefantina (cf. W. Spiegelberg, *Drei demotische Schreiben aus den Korrespondenz des Pherendates*, Berlín, 1928, págs. 604 y sigs.), para que se tomasen precauciones ante las correrías de un grupo de rebeldes. Nada más dicen los documentos egipcios, pero la sublevación del país debió de producirse, en buena medida, a causa de la magnitud de los impuestos extraordinarios ordenados por los persas para la organización de la campaña contra Grecia.

III

Genealogía de los Aqueménidas. — La genealogía de los Aqueménidas que aquí presenta Hdt. en labios de Jerjes conlleva varios problemas que la crítica ha intentado resolver de diversas maneras. En la *Inscripción de Behistun*, I 2 y sigs. (junto al *Cilindro de Ciro* los únicos testimonios persas que nos facilitan información sobre el particular), Darío dice: «Mi padre es Histaspes, y el padre de Histaspes fue Ársames, y el padre de Ársames fue Ariaramnes, y el padre de Ariaramnes fue Teíspes, y el padre de Teíspes fue Aquémenes. Por ello recibimos el nombre de Aqueme-

nidas y hemos sido reyes desde antiguo. Ocho de mi raza poseyeron el trono antes que yo. Yo soy el noveno. Hemos sido reyes en dos líneas.» Las interpretaciones más destacadas que se han propuesto para conjugar lo que dice Darío con el presente pasaje han sido las siguientes:

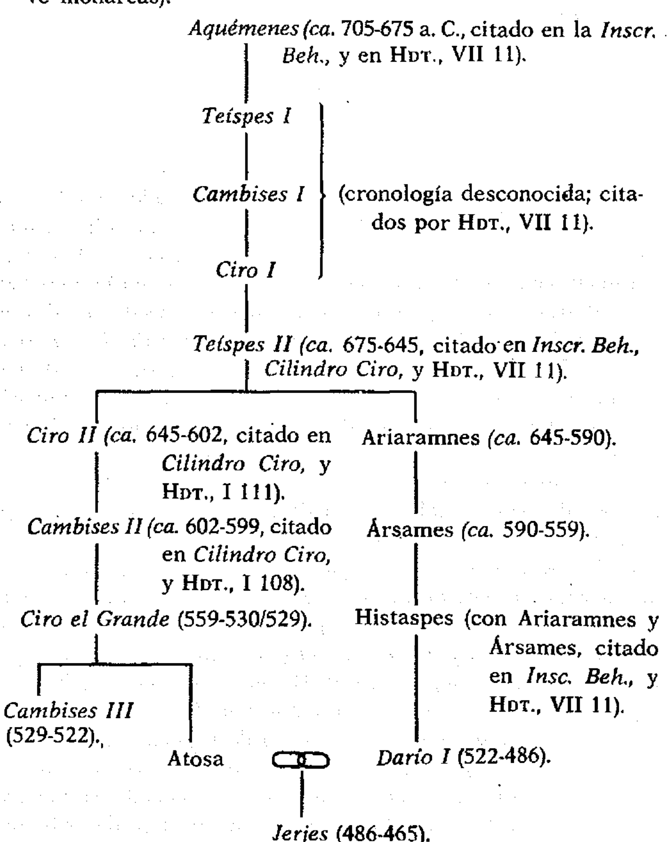
1. Jerjes cita a sus ascendientes por parte de padre hasta Teíspes, y luego a los de su madre Atosa, incluyendo de nuevo a Teíspes (y omitiendo a su tío Cambises y al abuelo de Ciro el Grande, del mismo nombre, mencionado en I 111 y en el *Cilindro de Ciro).* La genealogía quedaría, pues, así:



Esta hipótesis se adecuaría al número de monarcas aqueménidas que menciona Darío en Behistun, insertando (como hace, por ejemplo, R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh eighth & ninth books,* Nueva York, 1973 (= Londres, 1908), I, página 20) *kaí* (y), tras el primer Teíspes mencionado, y *toû Kýrou* (de Ciro), tras Cambises, con lo cual tendríamos los nueve monarcas aqueménidas que reinaron antes que Jerjes: Aquémenes y Teíspes, primeros monarcas de la rama común; Ciro I (3.°), Cambises I (4.°), Ciro II «el Grande» (7.°), y Cambises II —que es omitido por Heródoto— (8.°), por parte de su madre Atosa. Y Ariaramnes (5.°), Ársames (6.°) y Darío (9.°), por

parte de su padre. El problema es que, en la *Inscripción de Behistun*, Darío no dice que Ársames y Ariaramnes hubiesen sido reyes (como no lo fue Histaspes).

2. La hipótesis «tradicional» (la que ve en Darío al primer rey de su línea de descendencia Aqueménida) es mucho más compleja (cf. J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser*, Gotha, 1906, I, págs. 179 y sigs.): un tronco común con varios reyes y dos ramas: la de Ciro y Darío, respectivamente, hasta confluir en Jerjes (se citan en cursiva los nombres de los nueve monarcas):



Naturalmente, el problema fundamental que presenta esta interpretación genealógica es el de la cronología de los tres monarcas sucesores de Aquémenes. (Y es muy improbable que Jerjes esté haciendo referencia únicamente a su línea paterna, porque eso supondría no citar en la genealogía a Ciro el Grande, el fundador del imperio.) En general, sobre la genealogía de los Aquémenidas, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, Oxford, 1928, I, págs. 387-389; y M. A. Dandamaev, «The dinasty of the Achaemenids in the early period», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 25 (1977), 39 y sigs.

IV

Campaña de Cambises contra los etíopes. — Respecto a la campaña de Cambises contra Etiopía (que el historiador narra en III 17 y sigs.), hay que distinguir entre la finalidad que Hdt. atribuye a la expedición y el verdadero propósito de los persas. Pese a su testimonio, en III 21-25, lo más probable es que, en la embajada a que alude (y que le permite explicar curiosidades de una Etiopía irreal; cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1969 [=1921], págs. 83-84), figurasen comisionados persas que exigirían a los etíopes su sumisión simbólica. Lo que parece indudable es que, pese a lo que el historiador afirma en III 25, 1, los persas no remontaron el curso del Nilo sin haber tomado una serie de medidas previas. En la *Estela de Dongola* —una localidad situada a unos 150 km. al S. de la tercera catarata—, el rey etíope *Nastasesen* se jacta de haber rechazado a *Kambasuten* (presumiblemente, Cambises), a cuyas tropas diezmó con sus arqueros, y de haberse apoderado de unos barcos que el agresor traía consigo por el Nilo con ganado y provisiones (cf. H. Schäfer, *Die äthiopische Königsinschrift des Berliner Museums*, Leipzig, 1910, y R. Hennig, «Der äthiopische Feldzug des Kambyses», *Rheinisches Museum* 84 [1934], págs. 201 y sigs.). El ejército de Cambises debió de remontar el curso del Nilo hasta la segunda catarata y, desde allí, algún contingente cruzaría el desierto por la ruta caravanera que acortaba camino, ya que el Nilo, desde la quinta a la segunda catarata, describe una

doble curva que prolongaba la marcha en más de 200 km. Si hay que conceder crédito al historiador en su relato sobre las penurias sufridas por los persas (que, según Heródoto, llegaron a incurrir en antropofagia; cf. III 25, 6), cabe suponer que el ejército de Cambises no abandonó el Nilo en su progresión hacia el S. (lo cual coincidiría con el testimonio de la *Estela de Dongola)*, y que la falta de provisiones afectó, en realidad, a un destacamento persa enviado a través de la ruta de las caravanas para poder atacar a los etíopes por dos frentes. En cualquier caso, la expedición de Cambises no constituyó un fracaso en la medida en que afirma el historiador. Es cierto que tampoco puede determinarse su estricta valoración, ya que ignoramos las metas concretas que se habían propuesto los persas. Si pretendían conquistar en su totalidad Etiopía (cosa muy improbable), la expedición no logró un rotundo éxito. Pero —y es lo más factible—, si deseaban simplemente asegurar la frontera meridional de Egipto, la campaña cumplió su objetivo. El propio Heródoto indica, en III 97, 2, que los etíopes colindantes con Egipto estaban sometidos a los persas; y esos mismos etíopes aparecen, en VII 69, engrosando las filas del ejército de Jerjes durante la segunda guerra médica. En general, cf. C. SCHRADER, «La locura de Cambises y la estrategia persa en Egipto», en *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1983, vol. II, págs. 29 y sigs.

V

EL EJÉRCITO DE JERJES. — Junto a la lista de las satrapías persas (cf. III 90 y sigs.) y la descripción de la «ruta real» que unía Sardes con Susa (cf. V 52), esta lista de los contingentes persas que integraban el ejército de Jerjes (configurada a la manera del «Catálogo de las naves», que aparece en *Ilíada*, II 493 y sigs.) constituye nuestra mejor información, a falta de testimonios persas, sobre la etnografía del imperio aqueménida. Y, pese a que, en cuestiones de detalle, difiere de la lista de las satrapías, no está en contradicción con ella. Los pueblos mencionados (incluyendo el nombre omitido en el capítulo 76 y a los sagartios, citados en VII 85) ascienden a sesenta y uno, divididos en cuarenta y seis pueblos que integraban la infantería (cf. VII 61-83), ocho encuadrados en la caballería (cf. VII 84-88) y doce en la flota (cf. VII 89-99), y son

enumerados con arreglo a un criterio geográfico: se comienza en el centro del imperio (persas y medos), para citar a continuación a los pueblos orientales, hasta el Indo (VII 62-68); vienen luego los pueblos meridionales (VII 69-71), los de Asia Menor (VII 72-79), y, por último, los pueblos marítimos del Oeste (VII 89-95). Conjugando la lista sobre la organización del imperio, que el historiador facilita en el libro III, con la enumeración de los contingentes armados, puede establecerse el siguiente cuadro sobre la aportación militar de las satrapías al ejército de Jerjes (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B.C.*, Londres, 1962, págs. 123-126, que facilita los equivalentes persas de los nombres de los pueblos que Heródoto cita en griego):

Número de orden de la satrapía, en Hdt., III 90 y sigs. (y tributo satisfecho)	Pueblos integrantes	Infantería (orden que aparece en Hdt., VII 62 y sigs.)	Caballería (VII 84 y sigs.) y Flota (VII 89 y sigs.)
I (400 talentos)	JONIOS	—	100
	MAGNESIOS (ASIA)	—	—
	EOLIOS	—	60
	CARIOS	—	70
	LICIOS	—	50
	MILIOS	24 (en satrapía II)	—
	PANFILIOS	—	30
	DORIOS (ASIA) omitidos en Hdt., III)	—	30
II (500 talentos)	MISIOS	22	—
	LIDIOS	—	—
	LASONIOS	—	—
	CABALIOS	24 (con milios de I)	—
III (360 talentos)	HELESPONTIOS	—	100
	FRIGIOS	21 (con armenios de XIII)	—

	TRACIOS (ASIA)	23	—
	PAFLAGONIOS	19 (con matienos de XVIII)	—
	MARIANDINOS	—	—
	SIRIOS (= Capadocios)	20	—
IV (500 talentos y 360 caballos)	CILICIOS	—	100
V (350 talentos)	FENICIOS	—	300
	CHIPRIOTAS	—	150
VI (700 talentos)	EGIPCIOS	—	200
	LIBIOS	18	carros
VII (170 talentos)	GANDARIOS	11	—
	DADICAS	—	—
VIII (300 talentos)	CISIOS (= Susiana)	3	caballería
IX (1000 talentos y 500 eunucos)	BABILONIOS	5	—
	ASIRIOS	—	—
X (450 talentos)	MEDOS	2	caballería y marinos
XI (200 talentos)	CAŚPIOS	12	—
XII (360 talentos)	BACTRIOS	6 (con XV)	caballería
XIII (400 talentos)	PACTIOS	13	—
	ARMENIOS	21 (con frigios de III)	—
XIV (600 talentos)	SAGARTIOS	—	ocho mil jinetes
	SARANGAS	14	—
	UTIOS	15	—
	MICOS	—	—
	«DEPORTADOS»	29	—
XV (250 talentos)	SACAS	6 (con XII)	caballería y marinos
	CASPIOS	—	caballería

XVI (300 talentos)	PARTOS	9	—
	CORASMIOS	—	—
	SOGDOS	10	—
	ARIOS	8	—
	HIRCANIOS (cf. III 117)	4	—
XVII (400 talentos)	PARICANIOS	16	caballería
	ETÍOPES (ASIA)	7 (con XX)	—
XVIII (200 talentos)	MATIENOS	19 (con paflagonios de III)	—
	SASPIRES	28	—
	ALARODIOS	—	—
XIX (300 talentos)	MOSCOS	25	—
	TIBAREMOS	—	—
	MACRONES	26	—
	MOSINECOS	—	—
	MARES	27 (con colcos)	—
XX (360 talentos oro en polvo)	INDIOS	7 (con XVII)	caballería y carros
ZONA METROPOLITANA (sin tributación)	PERSAS	1 (más «Inmortales»)	caballería y marinos
CONQUISTAS EUROPEAS (tras -520) —tributo no especificado—	TRACIOS	tropas sin especificar	120
	MACEDONIOS	—	—
	CÍCLADAS	—	17
ZONAS FRONTERIZAS	COLCOS	27 (con mares de XIX)	—
	CAUCASIOS	—	—
	ETÍOPES (ÁFRICA)	—	—
	ÁRABES	17	camellos

Como ocurre con la lista de las satrapías (cf., *supra*, nota III 450), resulta imposible determinar la fuente de información de He-

ródoto, aunque es presumible que se tratara de un documento oficial persa (cf. VII 100, para la mención a las notas que tomaban los escribas del rey), donde aparecerían consignados los nombres de los pueblos, sus jefes y una descripción de su indumentaria y armamento, pero no su número. ED. MEYER *(Forschungen zur alten Geschichte*, Halle, 1899, II, págs. 231-232) sugirió que el documento oficial persa podía contener también informaciones relativas a la marcha del ejército persa desde Celenas a Terme (VII 26-131), si tenemos en cuenta la relativa exactitud geográfica de la descripción de Heródoto al respecto en comparación con su vaguedad sobre el avance persa a través de Tesalia (cf. VII 196-197) y la retirada de Jerjes tras Salamina (cf. VIII 113-120; 126-129). A esa lista, el historiador habría añadido datos (a menudo erróneos) sobre los orígenes de los pueblos citados (cf. VII 61, 2-3; 62, 1; 74, 1; 75, 2) obtenidos de otras fuentes.

VI

LOS AQUEMÉNIDAS EN LA EXPEDICIÓN DE JERJES. — Los cuatro generales en jefe citados, en VII 82, en primer lugar (Mardonio, Tritantecmes, Esmerdómenes y Masistes) pertenecían, pues, al clan de los Aqueménidas (sobre Mardonio, cf. nota VII 26; sobre Artábano, cf. nota VII 76; Ótanes, el padre de Esmerdómenes, no era hermano de Darío, sino que estaba casado con una hermana del monarca), que ocupaban los cargos más importantes en el ejército. Concretamente los Aqueménidas de nacimiento o parentesco que tomaron parte en la campaña fueron los siguientes (para un detallado análisis de las relaciones de parentesco entre los diversos personajes —ya que la endogamia estaba generalizada—, cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B.C.*, Londres, 1962, págs. 333 y sigs.):

a) Hijos de Darío y Atosa:
   1. Jerjes, rey de Persia, caudillo supremo.
   2. Aquémenes, sátrapa de Egipto (VII 7), almirante de la flota egipcia (VII 97).
   3. Masistes, general en jefe del ejército (1.°) [VII 82], sátrapa de Bactria (IX 107).
   4. Histaspes, comandante (6.°) de la infantería bactria y saca (VII 64).

b) Otros hijos de Darío:
   1. Habidos con la hija de Gobrias y nacidos antes de 522 a. C.:
      a) Artobázanes, aspirante al trono, no tomó parte en la campaña (VII 2).
      b) Ariabignes, comandante de los contingentes navales jonios y carios (VII 97). Muerto en Salamina.
      c) Arsámenes, comandante (14.º) de utios y macas (VII 68).
   2. Habidos con Artistone, hija menor de Ciro:
      a) Ársames, comandante (17.º) de la infantería árabe y etíope (VII 69).
      b) Gobrias, comandante (20.º) de la infantería capadocia (VII 72).
   3. Habidos con Parmis, hija de Bardiya:
      a) Ariomardo, comandante (25.º) de los contingentes de infantería de los tibarenos y moscos (VII 78).
   4. Habidos con Fratagune, hija de su hermano Ártanes:
      a) Abrócomas e Hiperantes, oficiales jóvenes muertos en las Termópilas (VII 224).

c) Hijos de hermanos de Darío:
   1. Tritantecmes, hijo de Artábano, segundo general en jefe (VII 82).
   2. Artifio, hijo de Artábano, comandante (10.º) de la infantería gandaria (VII 66).
   3. Ariomardo, hijo de Artábano, comandante (11.º) de la infantería de los caspios (VII 67).
   4. Básaces, hijo de Artábano, comandante (23.º) de la infantería de los tracios de Asia Menor (VII 75).
   5. Artáfrenes, hijo del medio hermano de Darío Artáfrenes (el sátrapa de Sardes). Comandante (22.º) de la infantería lidia y misia (VII 74).

d) Hijos de hermanas de Darío casadas con otros conjurados contra Bardiya:
   1. Mardonio, hijo de Gobrias, primer general en jefe (VII 82).
   2. Esmerdómenes, hijo de Ótanes, tercer general en jefe (VII 82).

e) Yernos de Darío:
   1. Artocmes, comandante (21.º) de la infantería frigia y armenia (VII 73).

f) Suegros de Jerjes:
   1. Ótanes, padre de Amastris, comandante (1.º) de la infantería persa (VII 61).

g) Cuñados de Jerjes:
   1. Anafes, hijo de Ótanes (el padre de Amastris, que no debe de ser el conjurado contra Bardiya del mismo nombre), comandante (3.º) de la infantería cisia (VII 62).

h) Otros Aqueménidas:
   1. Tigranes, comandante (2.º) de la infantería meda (VII 62), muerto en Mícala (IX 96; 102). Sin noticias sobre sus vinculaciones familiares.
   2. Megabazo, almirante de la flota (VII 97). Su padre Megábatas era, quizá, el primo de Darío que mandó la flota persa contra Naxos (V 32).
   3. Feréndatas, comandante (12.º) de la infantería de los sarangas (VII 67). Tal vez hijo de Megabazo, el jefe persa en la campaña de Tracia (V 1-26).

i) Probables Aqueménidas:
   1. Ázanes, comandante (10.º) de la infantería de los sogdos (VII 66). Tal vez hermano de Artaqueas (V 22; 117).
   2. Otaspes, comandante (5.º) de la infantería asiria (VII 63). Tal vez hijo de Artaqueas.
   3. Artaíntes, comandante (13.º) de la infantería pactia (VII 67).

VII

EFECTIVOS NAVALES PERSAS. — Es indudable que los efectivos navales persas superaban a los griegos (en Salamina, estos últimos pudieron alinear 378 trirremes; cf. VIII 48 y 82), pero el número aquí citado parece excesivo.

En concreto, el desglose completo del potencial naval persa que indica Heródoto es el siguiente:

Origen	Número de naves	Características
Fenicia	300	El contingente más numeroso y eficaz.
Egipto	200	Con soldados armados pesadamente.
Chipre	150	En su mayoría equipados como los griegos.
Cilicia	100	Con armas ligeras.
Panfilia	30	Armados como los griegos.
Licia	50	
Caria	70	Armados como los griegos.
Griegos de Asia	290	150 jonios 30 dorios 60 eolios 100 helespontios
Cícladas	17	

Lo que arroja un total de 1.207 navíos (más unos 120 trirremes reclutados en Tracia y las islas adyacentes; cf. VII 185, 1).

En los autores griegos las cifras van desde mil naves *(escolio* a Esquilo, *Persas* 342; Platón, *Leyes* 699 b; Demóstenes, *De Sym.* 29) a 1.207 (además de Heródoto, Isócrates, *Panegírico* 93; 97; 118; Diodoro, XI 3). Es posible que el historiador incluyera, entre las 1.207 naves, las empleadas en la construcción de los dos puentes del Helesponto, que ascendían a 674 (cf., *supra,* VII 36, 1), con lo cual la cifra total de navíos persas pudo rondar, más o menos, las seiscientas naves (la cifra convencional en otras expediciones persas; cf. IV 87-89, para Escitia; VI 6 y 9, para Lade; y VI 95, para Maratón). Lo cierto es que el propio Heródoto, en su relato, acaba indicando que el número de unidades persas se redujo a 720, ya que, en VII 190, cuenta que una tormenta desatada en el cabo Sepíade destruyó 400 naves, y otra tempestad destruyó 200 en la costa de Eubea (cf. VIII 13). De hecho, los persas no actuaron en toda la campaña como si gozasen de una superioridad aplastante sobre la flota griega (cf. VII 236).

VIII

«Decreto de Trecén». — Con la decisión de hacer frente al ataque del bárbaro contra la Hélade está relacionado (aunque Heródoto discrepa de la datación de la medida, ya que la sitúa con posterioridad a la caída de las Termópilas; cf. VIII 40-41) el contenido de una inscripción descubierta en Trecén, en el verano de 1959, por M. H. Jameson (vid. «A Decree of Themistokles fron Troizen», *Hesperia* 29 [1960], 198 y sigs.), cuyo contenido es el siguiente:

Dioses.
El consejo y el pueblo decidieron.
Temístocles, hijo de Neocles, del demo Frearrio, dijo:
«Debemos confiar la ciudad a Atena, la protectora de Atenas,
y a todos los demás dioses, para que velen
y rechacen al bárbaro en pro de la patria. Asimismo, todos
los atenienses y extranjeros que habitan en Atenas
tienen que trasladar a sus hijos y mujeres a Trecén
****, fundador de la región.*
A los ancianos, y a los bienes muebles, hay que trasladarlos
a Salamina. Los tesoreros y sacerdotisas, por su parte,
deben permanecer en la Acrópolis velando por las propiedades
[de los dioses; todos los
demás atenienses y extranjeros en edad militar deben embarcar
en las doscientas naves que han sido aparejadas,
y combatir al bárbaro por su propia libertad
y la del resto de los griegos, en unión de los lacedemonios,
corintios, eginetas, y con todos aquellos que quieran
compartir el peligro. Por su parte, los estrategos
deben nombrar mañana mismo doscientos trierarcas,
uno por cada nave, entre quienes posean
tierras y casa en Atenas y cuenten con hijos
legítimos, sin que ellos sobrepasen los cincuenta años de edad;
las naves deben serles asignadas por sorteo. Tienen también
que alistar marineros, diez por cada nave, entre los mayores
de veinte años, pero que no superen los treinta, y cuatro arqueros.
Asimismo, deben distribuir por sorteo las tripulaciones de las naves
en el momento en que, mediante sorteo, hagan la designación
[*de* trierarcas.

Los estrategos deben también inscribir a los demás, nave por nave, en leucómatas, *a los atenienses a partir de los registros* lexiárquicos *y a los extranjeros a partir del número registrado con el polemarco. Tienen que registrarlos distribuyéndolos por compañías, hasta formar un número de doscientas, compuestas por cien hombres, y para cada compañía deben especificar el* [*nombre del trirreme, del* trierarca *y de la tripulación, para que sepan en qué trirreme debe embarcarse cada compañía. Cuando todas las compañías hayan sido distribuidas y hayan sido asignadas mediante sorteo a los trirremes, el Consejo y los estrategos deben completar las doscientas naves, tras ofrecer un sacrificio propiciatorio a Zeus Omnipotente, a Atena, a Dike y a Posidón Asfaleo. Cuando las naves estén definitivamente equipadas, hay que llevar, con cien de ellas, socorros al Artemisio, en Eubea, y las cien restantes deben permanecer ancladas en las inmediaciones de Salamina, y el resto del Ática, y vigilar el país. Igualmente, para que todos los atenienses puedan, en comunidad de intereses, hacer frente al bárbaro,* [*quienes hayan sido desterrados por diez años deben regresar a Salamina y permanecer allí, hasta que el pueblo tome alguna decisión sobre ellos. Por su parte, quienes hayan sido privados de derechos ***.*»

No obstante, y al margen de los problemas de autenticidad material que plantea la inscripción (anacronismos formales, expresiones literarias propias del siglo IV a. C., etc.), la historicidad del decreto ha sido rebatida por la gran mayoría de los críticos, debido a los contrasentidos que plantea con la estrategia general de los griegos durante la segunda guerra médica (por ejemplo, la orden de enviar cien barcos al cabo Artemisio, mientras los otros cien barcos debían permanecer en las costas del Ática, resulta extraña, ya que, si el Ática iba a ser evacuada, no tenía objeto que cien barcos fueran dispuestos para guardar sus costas; la batalla del cabo Artemisio no fue una maniobra de distracción, como parece indicar la inscripción; en el documento se sitúa la evacuación del Ática con anterioridad a la batalla del Artemisio, cuando los testimonios literarios —y no hay razón aparente para pensar que Heródoto se equivocara o alterara la fecha de la evacuación— lo hacen inmediatamente antes de la de Salamina; resulta problemá-

tica la ausencia de toda referencia a los demás aliados; etc.). Lo que hoy se cree es que el «Decreto de Trecén» es, sobre todo, importante para la evaluación de la historia propagandística ateniense del siglo IV a. C.: el decreto debió de surgir en una época en que los atenienses estaban rememorando su grandeza pasada —sobre todo, la relativa a las guerras médicas—, cosa que ocurrió especialmente durante la década comprendida entre 357 a. C. (al estallar la guerra entre Atenas y los aliados, hecho que explicaría su ausencia en el texto de la inscripción) y 346, año en que Atenas firmó un tratado de paz con Filipo II. Fue en esos años cuando la atención de la oratoria se centró en ese pasado glorioso con una finalidad exclusivamente panegírica. Cf., en general, C. HABICHT, «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege», *Hermes* 89 (1961), 1 y sigs., que presenta un análisis de la gestación en esa época de ciertos documentos que muestran las siguientes características, comunes a todos ellos: 1) Pertenecen a la época del enfrentamiento entre Atenas y Persia, con lo cual se conceptuaba también a Macedonia como un país bárbaro. 2) Pretenden poner de relieve la tradicional resolución ateniense ante circunstancias particulares conflictivas. 3) Son empleados por la oratoria propagandística. 4) Fueron inscritos en piedra. 5) Aparecieron en un período de tiempo muy próximo entre sí. 6) Todos, salvo el problemático *Juramento de los Efebos*, contienen rasgos que implican su falsedad histórica. En concreto, sobre el «Decreto de Trecén», cf. M. P. GALVE, «Aproximación al estudio del Decreto de Trecén», *Estudios del Seminario de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza* 3 (1977), 69 y sigs. (con análisis de la bibliografía existente sobre la cuestión hasta 1975); y, recientemente, N. G. L. HAMMOND, «The Narrative of Herodotus VII and the decree of Themistokles at Troezen», *Journal of Hellenic Studies* 102 (1982), 75 y sigs.

IX

CALIAS. — Sobre Calias, cf. PAUSANIAS, I 8, 2, y O. REGENBOGEN, s.v. *Kallias*, *RE*, supl. VIII, 1956, col. 1008. Con este personaje se relaciona la paz que lleva su nombre y que se habría concertado, entre Atenas y Persia, en 449/448 a. C. Sin ambargo, Heródoto

no menciona explícitamente su existencia. Se ha argumentado (cf. R. MEIGGS, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, pág. 132) que la causa puede residir en que el historiador sólo narró los sucesos acaecidos hasta la toma de Sesto, en 479. Pero ello carece de consistencia, dado que, en los tres últimos libros de la *Historia*, aparecen mencionados acontecimientos posteriores a esa fecha (cf. VII 107, sobre la toma de Eyón; VIII 3, sobre la asunción de la hegemonía por Atenas; VIII 109, sobre la huida de Temístocles a Persia; IX 35 y 64, sobre la tercera guerra mesénica; etc.), pero no la paz. Y, asimismo, pensar que el motivo de su silencio puede explicarse porque no terminara su obra (cf. F. KOEPP, «Ein Problem der griechischen Geschichte», *Rheinisches Museum* 48 [1893], pág. 490) debe descartarse, ya que, si en VII 233, aparece citado el ataque tebano a Platea, en 431 a. C., también pudo haber aludido a la paz aprovechando cualquiera de sus múltiples digresiones.

El problema estriba en saber qué quiere decir Heródoto con su afirmación de que los argivos estaban en Susa «por un motivo diferente». Y, en este sentido, en el texto del historiador puede observarse una contraposición interna. Heródoto menciona la llegada a Susa de embajadores argivos para saber si Artajerjes iba a mantener el tratado de amistad que Jerjes les había garantizado, y, *por otra parte,* Calias se hallaba en la capital persa «por un motivo diferente». Es decir que, si el historiador hubiese querido relacionar ambas misiones, probablemente hubiera precisado con mayor claridad su conexión, pues, aunque cabe distinguir entre la naturaleza de los objetivos de las dos embajadas —renovación por parte de Argos, y posible establecimiento de un tratado entre Atenas y Persia—, si Calias iba a negociarlo, su explicación es notoriamente ambigua.

Además, la embajada de Calias no puede, en ese contexto, tener relación cronológica con la posible paz de 449 /448, ya que, al parecer, los comisionados de Argos fueron a Susa varios años antes de esa fecha. E. M. WALKER advirtió («The peace of Callias», en *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1969, reimp., V, pág. 470; cf., asimismo, R. SEALEY, «The peace of Callias once more», *Historia* 3 [1954-1955], 325 y sigs.) que la embajada, al tener como objeto cerciorarse de si la «alianza» concertada en tiempos de Jerjes seguía teniendo vigencia para el nuevo monarca, debía datarse hacia la ascención de Artajerjes al trono (aproximadamente, en 464 a. C.). Y, por otra parte, que la embajada debió de ser

enviada en un momento en que Argos se veía en peligro de ser atacada, sin duda por Esparta. Por consiguiente, la fecha tiene que situarse entre el año 462, cuando Argos se alió con Atenas, y 451 a. C., año en que se concluyó con Esparta una tregua de treinta años de duración. Los primeros años del reinado de Artajerjes (entre 464 y 460 a. C.) serían un momento explicable.

Sin embargo, H. T. Wade Gery («The peace of Kallias», en *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, págs. 228-229) consideró que la cronología más adecuada debía retrasarse. Argos, en 462, había iniciado una peligrosa aventura política al ponerse al lado de Atenas frente a Esparta (cf. Tucíd., I 102, 4; 107, 5); de ahí que, cuando, en 451, Atenas, tras la fracasada expedición a Egipto, concertó una tregua con Esparta, Argos temiera verse aislada (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia*, III, Gotha, 1893, pág. 339, nota 3), e inquiriese a Persia sobre el tratado de amistad acordado con Jerjes. En todo caso, es más verosímil que la embajada argiva tuviese lugar poco después de la muerte de Jerjes. S. K. Eddy («On the peace of Callias», *Classical Philology* 65 [1970], págs. 10-11) databa las embajadas ateniense y argiva en 464/463. Y que entre Atenas y Persia no hubo paz en esos años lo prueba el que las hostilidades entre ambos Estados se prolongaron durante toda la década siguiente.

Hay que explicar, sin embargo, el significado de lo que Heródoto quisó decir al hablar de «un motivo diferente». Sin considerar que la embajada no debió de tener lugar en 449/448, Ed. Meyer (*Forschungen zur alten Geschichte*, Halle, 1899, II, pág. 81) estimaba que el significado de sus palabras implicaba la paz, pero que, como no fue gloriosa para Atenas —ya que, con la misma, abandonaba sus iniciales propósitos de rechazar a Persia—, «so erklärt es sich, dass Herodot bei der Erwähnung von Kallias' Gesandtschaft über ihren Zweck Schweigt»; su silencio se explicaría, pues, por un deseo de no airear un tema que desacreditaba la política periclea. Pero, como señaló Koepp («Ein Problem der griechischen Geschichte»..., pág. 490, nota 1), «dem gleichzeitigen Leser wäre doch keinen Augenblick zweifelhaft gewesen, war Herodot würde, wenn er daran nicht hätte erinnern wollen, wohl von Kallias ganz geschwiegen haben». Y tampoco puede pensarse, de acuerdo con K. Kraft («Bemerkungen zu den Perserkriegen», *Hermes* 62 [1964], pág. 170), que su alusión a la paz es tan concisa, porque relatar en este contexto que, en aquellas fechas, Calias es-

taba negociando una paz con Persia habría exigido largas explicaciones para decir que la paz de Calias no confirmaba, como en el caso de Argos, un antiguo tratado de amistad, pues de lo que no carece la obra de Heródoto es de abundantes digresiones. La realidad es que el historiador no menciona la llamada paz de Calias, y que no disponemos de argumentos convincentes para justificar su silencio. En general, sobre la no historicidad de dicho tratado, cf. C. Schrader, *La paz de Calias. Testimonios e interpretación*, Barcelona, 1976; y, últimamente, K. Meister, *Die Ungeschichtlichkeit des Kalliasfriedens und deren historische Folgen*, Wiesbaden, 1982.

X

El desfiladero del Olimpo. — Se trata del valle del Tempe (cf. notas VII 610 y 614). Los planes griegos de defensa durante la segunda guerra médica se vieron condicionados por la estrategia persa (que preveía la estrecha colaboración entre el ejército y la flota). El máximo objetivo griego fue encontrar una posición en la que fuerzas inferiores en número pudieran detener un doble ataque persa por mar y por tierra. Las posibilidades iniciales eran defender el istmo de Corinto (muy defendible por tierra y que ofrecía a Esparta la ventaja de no tener que enviar lejos sus tropas ante el peligro siempre latente de una sublevación de hilotas, ante la amenaza argiva, y ante la actitud ambigua de Élide y Mantinea [cf., *infra*, IX 10], pero que suponía abandonar el resto de Grecia a los persas, con la posibilidad de que Atenas y su flota cayeran en manos del enemigo, lo que habría imposibilitado la defensa griega por mar) y la línea del Citerón (pero sólo una poderosa fuerza militar podía sostener esa posición, existía el riesgo de una maniobra envolvente por Decelía y Oropo, y, además, el ejército y la flota griegos no podían actuar conjuntamente). La defensa, pues, tenía que llevarse más al Norte. Con todo, las fuerzas terrestres griegas tenían que estar subordinadas a la flota. La finalidad era contener al ejército persa para permitir a la flota que intentara imponerse a los navíos enemigos; para ello, la flota tendría que atraer a los persas a una zona angosta que impidiese desplegar al enemigo su superioridad numérica y su mayor capacidad de maniobra. Los estrechos de Eubea eran el lugar más idóneo (la

táctica a seguir consistía en atacar al adversario con los espolones de los navíos griegos, que eran más pesados, y abordarlos, atacándolos con los hoplitas embarcados). La única posibilidad de conseguir que los persas aceptasen librar combate en ese paraje era detener por tierra al ejército en un lugar próximo. La alternativa quedaba reducida a las Termópilas, ya que es posible que el envío de tropas al Tempe tuviese como mero objetivo efectuar una manifestación de poderío militar griego, a fin de conseguir la adhesión de los tesalios a la causa antipersa (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford, 1963, pág. 103). En general, vid. F. J. Lazenby, «The strategy of the Greeks in the opening campaign of the Persian war», *Hermes* 92 (1964), 264 y sigs., y A. Ferrill, «Herodotus and the strategy and tactics of the invasion of Xerxes», *American Historical Review* 72 (1966), 102 y sigs.

XI

Cronología de las operaciones del ejército y flota persas. — La cronología que se desprende del relato de Heródoto, para las operaciones del ejército y la flota persas, es la siguiente:

Ejército	Día	Flota
Abandona Terme	1	
	12	Zarpa de Terme rumbo a Magnesia (cf. VII 179 y sigs.).
	13	Tormenta en Magnesia y destrucción de parte de la flota (VII 188-191).
Alcanza Mélide (VII 196-198)	14	Continúa la tormenta.
Permanece inactivo (VII 208-210)	15	Continúa la tormenta. Al remitir, zarpa hacia Áfetas (VII 193) 200 naves son enviadas para rodear Eubea (VIII 6).
Inactividad	16	Primera batalla naval en Artemisio (VIII 9 y sigs.). Tormenta en Eubea (VIII 12 y sigs.).
Inactividad	17	Llegada al Artemisio de las 53 naves atenienses destacadas en el Euripo. Segunda batalla naval (VIII 14).

Primer ataque a las Termópilas (VII 210-211)	18	Tercera batalla naval (VIII 15-17). Noticias del desastre en las Termópilas y retirada griega (VIII 21 y siguientes).
Segundo ataque a las Termópilas (VII 212)	19	
Caída de las Termópilas (VII 213-233)	20	

El texto del historiador presenta, pues, una omisión de dos días en el relato de las operaciones navales, por lo que hay que retrasar las operaciones de los días 16, 17 y 18 a las jornadas 18, 19 y 20. Para un estudio detallado sobre los «diarios paralelos» de las operaciones en las Termópilas y el Artemisio, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 395 y sigs.

XII

Anfictionías. — A Anfictión, segundo hijo de Deucalión (el protagonista de la versión griega del mito del Diluvio), se le consideraba fundador de la Anfictionía, una liga de antiguas tribus y, después, de ciudades griegas, de carácter religioso y político. Las anfictionías debieron de ser numerosas, aunque sólo se tienen noticias de media docena. Las dos más importantes fueron la anfictionía délica, cuyo centro era el santuario de Apolo en Delos, integrada por los jonios insulares y, hasta fines del siglo v a. C., dominada por Atenas, y, sobre todo, la anfictionía pileo-délfica (a la que aquí se refiere Heródoto), que fue el lazo de unión entre los griegos de Grecia Central. Su centro cultural originario no fue el santuario de Apolo en Delfos (que lo fue en época histórica), sino el santuario de Deméter en Antela, junto a las Termópilas, a donde en un principio acudirían los pueblos que estaban interesados en mantener el control sobre el desfiladero, verdaderas «puertas» *(Pýlai)* de paso entre Grecia Septentrional y Central. El hecho de que la asamblea de la anfictionía celebrara una de sus dos sesiones, la de otoño, en las Termópilas (la sesión de primavera tenía lugar

en Delfos), y su propio nombre *(Pylaía)*, son un claro testimonio de su origen. De esta asamblea formaban parte dos representantes (los *hieromnémones* y los *pylágoros)* de cada uno de los doce pueblos que constituían la anfictionía: tesalios, beocios, dorios, jonios, perrebos, dólopes, magnesios, locrios, enianes, aqueos de Ftiótide, melieos, y focenses. En el siglo v a. C. se creó una asamblea general plenaria *(synédrion)*, que se convocaba en casos graves y que, aparte de las funciones propiamente administrativas del dinero de los santuarios y las relativas a la construcción y reconstrucción de edificios religiosos, podía castigar las faltas de los Estados miembros de la anfictionía contra las leyes de la misma o las decisiones de la asamblea, incluso excluyendo de la liga o declarándoles la guerra santa, sobre todo si se trataba de garantizar la independencia del santuario de Delfos. Del prestigio de la anfictionía da idea el que tanto Filipo II, como su hijo Alejandro Magno, recabaron el apoyo del Consejo de los anfictiones. En general, cf. I. Calabi, *Ricerche su i rapporti tra le poleis*, Florencia, 1953, págs. 11 y sigs.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *Asia Menor;* 2 = *Tracia y Helesponto;* 3 = *El imperio de Jerjes;* 4 = *Calcídica y Macedonia;* 5 = *Tesalia;* 6 = *Grecia;* 7 = *Sicilia y Magna Grecia;* 8 = *El mundo mediterráneo;* 9 = *Mélide sudoriental;* 10 = *Topografía de las Termópilas en la Antigüedad;* 11 = *Batalla de las Termópilas. I;* 12 = *Batalla de las Termópilas. II),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevada frecuencia.

ÍNDICE GENERAL

Págs.